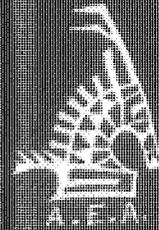


ESTUDIOS AFRICANOS



Revista de la Asociación Española
de Africanistas (A. E. A.)

VOL. XIII

Nº 24

1999

NÚMERO
MONOGRAFICO

ÁFRICA
A LOS 40 AÑOS
DE SU
INDEPENDENCIA



ESTUDIOS AFRICANOS

VOL. XIII Nº 24 - 1999



EN COLABORACIÓN Y PATROCINADA POR LA AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL

ESTUDIOS AFRICANOS

Revista de la Asociación Española de Africanistas (A.E.A.)

Director:

José U. Martínez Carreras

Subdirector:

Juan Carlos Pereira Castañares

CONSEJO ASESOR

Manuel Alía Medina	Amador Martín del Molino
Manuel Gala	Luis Rodríguez de Viguri
Carlos González Echegaray	Fernando de Salas
Germán de Granda	Juan Velarde Fuertes

CONSEJO DE REDACCIÓN

Luis Beltrán	Juan Manuel Riesgo
Carlos A. Caranci	Marta Sierra Delage
Carlos Echevarría	Luis E. Togores
Javier Morillas	Juan B. Vilar
Olegario Negrín	

Secretaria:

Belén Pozuelo Mascaraque

Dirección Postal:

Colegio Mayor Universitario «Ntra. Sra. de África»
C/ Ramiro de Maeztu, s/n. Ciudad Universitaria
28040 MADRID

Departamento Comercial:

Ediciones Polifemo
Avda. de Bruselas, 44
28028 MADRID

ESTUDIOS
AFRICANOS

ESTUDIOS AFRICANOS

Revista de la Asociación Española
de Africanistas (A.E.A.)

Número monográfico:
ÁFRICA A LOS 40 AÑOS
DE SU INDEPENDENCIA

VOL. XIII

1999

N.º 24

EN COLABORACIÓN Y PATROCINADA POR
LA AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL

Sumario

	<i>Págs.</i>
<i>Introducción</i> , Carlos González Echegaray	9-10
<i>Presentación</i> , Belén Pozuelo Mascaraque.....	11-16
<i>Programa del Seminario</i>	17-19
<i>El Mediterráneo y España como encrucijada entre Europa y África</i> , José Luis Neila Hernández	21-49
<i>Relaciones entre España y Guinea Ecuatorial: Anatomía de un desencuentro permanente</i> , Donato Ndong-Bidyogo	51-63
<i>El Magreb y sus problemas</i> , Carlos Echeverría Jesús	65-74
<i>Economía actual y futuro desarrollo en África</i> , Javier Morillas....	75-83
<i>Problemas actuales del África subsahariana</i> , José U. Martínez Carreras	85-98
<i>Sudáfrica ayer, hoy y mañana</i> , Juan Manuel Riesgo	99-124
<i>La educación en África subsahariana: de la enseñanza tradicional a la modernización educativa</i> , Olegario Negrín Fajardo	125-153
<i>La situación de los africanos en España</i> , Augusto Iyanga Pendi..	155-162
<i>La Iglesia en el futuro de África</i> , Gerardo González y Antonio Villarino	163-190
<i>La unidad africana y la O.U.A.</i> , José Luis Cortés López	191-214
<i>Dictaduras y conflictos sociales en los Estados africanos</i> , Ferrán Iniesta.....	215-233
<i>África: Evolución política y democratización interna</i> , Mbuyi Kabunda Badi	235-251
<i>Clausura</i> , Francisco Javier Jiménez de Gregorio	253-254
<i>Bibliografía</i>	255-258

Ilustración de portada: Acto de proclamación de la independencia de Namibia, 1990.
(Fotografía facilitada por *Mundo Negro*)

ISBN: 0214-2309
Depósito Legal: M-2570-1999

Imprime: Lerko Print, S. A. - Paseo de la Castellana, 121 - 28046 Madrid

Introducción

CARLOS GONZÁLEZ ECHEGARAY
Director del Seminario

A las puertas ya del siglo XXI y con él del nuevo milenio parece que la sociedad quiere plantearse un examen realista de la situación del mundo y especialmente de los países en vías de desarrollo, e incluso de aquellos que ya empiezan a ser denominados «el cuarto mundo» por su extrema pobreza. Entre estos últimos aparecen inevitablemente algunos del continente africano. Por ello se hace necesaria una mirada profunda hacia las causas de esas situaciones y las posibilidades de evitarlas, de cara a la nueva etapa de la humanidad que está a punto de comenzar.

Por lo que se refiere a África, hacia la mitad de este siglo todo parecía anunciar una nueva era llena de esperanzas al iniciarse el proceso de las independencias del poder colonial, como una de las consecuencias indirectas de la II Guerra Mundial. Se pensó que todo iba a cambiar, pero no se contaba con una serie de circunstancias que condicionaban el esperado porvenir. De ellas una de las más importantes era el hecho de que los nuevos Estados quedaron reclusos en sus anteriores fronteras coloniales, lo que dio origen a una serie de problemas interiores e internacionales, ya que estas fronteras eran artificiales y no respetaban la distribución de las etnias autóctonas.

A esto se unió el neocolonialismo económico y político por parte de las antiguas metrópolis y el establecimiento de dictaduras militares, así como el continuo estallido de golpes de Estado y revoluciones violentas. A este estado de cosas se ha unido la crisis política, ya que, con escasas excepciones, a la caída de una dictadura ha seguido la implantación de otro régimen aparentemente provisional, pero que al poco tiempo degenera en una nueva dictadura de distinto signo, pero de igual dureza que la anterior.

Otro fenómeno que ha marcado este largo período ha sido la emigración masiva a las ciudades, cuyos nuevos habitantes se han desvinculado de sus orígenes y culturas locales. Todo ello ha producido una crisis económica con un impacto decisivo en el nivel del pueblo, que vive sumido en la carencia de lo más elemental para una existencia digna.

Todos estos hechos hacen necesaria la reflexión a que hemos aludido, sobre todo de cara a los países desarrollados —antiguas potencias coloniales— para que estudien y afronten sus obligaciones con ese mundo que vive en la miseria, acompañada del sobresalto y la angustia. También debe constituir una llamada a las organizaciones internacionales no gubernativas para que planifiquen sobre unas bases más realistas sus laudables tareas de ayuda al desarrollo.

De acuerdo con estas ideas, la Universidad Internacional Menéndez Pelayo ha querido llamar la atención sobre estos temas, convocando en su programa de 1997 un Seminario, que ha tenido lugar en su sede de Valencia, del cual una parte se dedica a la situación actual en África, atendiendo a las distintas áreas geográficas y sus respectivos problemas. Otra mira hacia el futuro, íntimamente relacionado con el presente y consecuencia de lo que en éste pueda llevarse a cabo.

El programa de este Seminario se ha procurado que fuera interdisciplinar, a pesar de sus implicaciones concretas en lo social, político y económico, y ha sido encomendado a profesores universitarios y a africanistas especializados en los distintos temas, para lo cual se ha contado con el incondicional apoyo de la Asociación Española de Africanistas.

El Seminario estaba dirigido a los universitarios españoles y en especial a los africanos que cursan estudios en España, así como a todas las personas interesadas en las cuestiones africanas, que tan de cerca afectan a nuestro país, por los lazos históricos y por la inmediata vecindad geográfica.

Me queda agradecer a la U.I.M.P. el decidido apoyo que prestó a la realización de esta idea. Y a la Agencia de Cooperación para el Desarrollo (que envió su representación al acto de clausura), por haberse brindado a editar el presente volumen con los trabajos aportados por los conferenciantes.

Presentación

BELÉN POZUELO MASCARAQUE
Secretaria del Seminario

Entre el 6 y 8 de octubre de 1997 ha tenido lugar en Valencia el Seminario sobre *África a los 40 años de las independencias*, celebrado en el Palau de Pineda, sede de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en el marco de los cursos que esta Institución organiza todos los años, dirigidos a estudiantes, diplomados o postgraduados universitarios.

En este Seminario, organizado por el Dr. D. Carlos González Echegaray, director del mismo y Miembro de Honor de la Asociación Española de Africanistas, se han tratado diversos temas de carácter interdisciplinar, tanto de historia como de política, economía, educación, religión o sociología, que afectan a todo el continente africano, desde el Magreb hasta el África austral.

Inaugurado por el director del mismo, la primera conferencia fue pronunciada por Donato N'Dongo Bidyogo, historiador y escritor, que habló sobre *Las relaciones entre España y Guinea Ecuatorial: anatomía de un desencuentro permanente*, criticando a España, por un lado, por su política «blanda» hacia los regímenes de Macías y de Obiang, y por otro, por su retirada de la zona, permitiendo la entrada de Francia, lo cual podría significar la pérdida de independencia de Guinea Ecuatorial. Igualmente, señaló el fracaso de la cooperación española, destinada a intereses tribales, aunque destacó el empleo de mano cualificada.

Sobre *El Mediterráneo y España como encrucijada entre Europa y África* fue la segunda conferencia, impartida por el profesor José Luis Neila Hernández, de la Universidad Autónoma de Madrid, quien realizó una introducción histórica del Mediterráneo, para hacer posteriormente un análisis del mismo en la dialéctica bipolar Este/Oeste y en el marco Norte/Sur,

destacando por último el papel del Mediterráneo en el nuevo orden mundial, tras el fin de la guerra y posguerra fría, siendo importante la región por ser la frontera sur europea; tras haber perdido su flujo la amenaza demográfica, se está tendiendo al equilibrio entre las dos cuencas.

La última conferencia de la mañana versó sobre *El Magreb y sus problemas*, señalando Carlos Echeverría Jesús, del Institut des Études de Sécurité (UEO), la problemática de la seguridad mediterránea, en términos de defensa para Europa mientras que para África más como un eje Sur-Sur, ya que consideran que las amenazas a sus Estados vienen más de sus vecinos que del Norte. Tras una introducción global, realizó un análisis individualizado de cada país magrebí, destacando especialmente Túnez, Libia y Argelia.

Por la tarde tuvo lugar una mesa redonda sobre *La historia reciente de la descolonización española*, moderada por Carlos González Echegaray, y en la que participaron Donato N'Dongo y los profesores José U. Martínez Carreras, de la Universidad Complutense de Madrid y Presidente de la Asociación Española de Africanistas, y Javier Morillas, de la Universidad San Pablo. Primeramente, el profesor Martínez Carreras trató la cuestión de la descolonización en general como marco de la descolonización española, siendo ésta una política desacertada y tardía que atravesó varios momentos con unas fechas clave: 1958, provincialización; 1963, autonomía para Guinea Ecuatorial; 1969, cesión de Ifni a Marruecos, y 1975, el problema del Sáhara Occidental.

El profesor Morillas abordó la política descolonizadora española en su proceso histórico, señalando tres fases cronológicas: a comienzos del siglo XIX en América española; a finales de ese mismo siglo, concretamente en 1898, en Cuba, Puerto Rico y el Pacífico y, por último, desde mediados del siglo XX, las cuestiones del Protectorado de Marruecos, Tarfaya, Guinea Ecuatorial, Ifni y Sáhara Occidental. Por su parte, Donato N'Dongo, aunque centrándose en el caso de Guinea Ecuatorial, igualmente realizó un esbozo de la acción colonial y descolonización españolas, remontándose a los años de las independencias americanas. Tras la exposición de los tres ponentes, se abrió un Coloquio en el que participaron los alumnos matriculados.

El día 7 por la mañana continuaron las conferencias, comenzando el profesor Morillas su exposición sobre *Economía actual y futuro desarrollo en África*. Habló de la globalización «mutilada» de la economía, que ha marginado a África, destacando el riesgo de los nuevos estados fallidos, aunque apreciaba una ligera recuperación de las economías africanas por el incremento de precios de productos básicos como el café, cuyos beneficios,

en algunos casos, se reinvierten. Los principales socios comerciales de África son los europeos, lo que implica que el conjunto de la economía africana necesita un anclaje con las economías europeas, aunque para ello se requieren, entre otras medidas, una serie de premisas, entre las que señaló un marco institucional abierto, la búsqueda de soluciones para incrementar la productividad agraria, la necesidad de comercio y de ayuda al desarrollo, y la mejora y cualificación de los recursos humanos.

Los *Problemas actuales del África Subsahariana* fueron expuestos por el profesor Martínez Carreras, refiriéndose en primer lugar a las tres cuestiones principales desde las independencias que han hecho que exista una crisis casi permanente que llega hasta nuestros días: en el plano económico, el subdesarrollo, la dependencia económica y el neocolonialismo; en el plano político, la evolución de las dictaduras de partido único al pluripartidismo y la democracia, y en el plano sociopolítico, la existencia de conflictos políticos en el contexto de la violencia interior. Cronológicamente, y desde el momento mismo de las independencias, la evolución política africana parece clara, apuntando que en los años 60 los regímenes africanos adoptaron, por regla general, el sistema político de sus ex metrópolis, poniendo el caso de las colonias británicas, que practicaron el parlamentarismo, y de las francesas, que se transformaron en repúblicas presidencialistas. La excepción fue Guinea Ecuatorial, ya que no siguió el modelo de la potencia colonizadora, transformándose en una república parlamentaria. Entre los años 60 y 80 se establecen los partidos únicos con un dictador que suele tener buenas relaciones con la ex metrópoli. Por último, y desde los años 90, se han ido adoptando poco a poco reformas democráticas que han ido poniendo fin al sistema de partido único y a las dictaduras, y ello debido, entre otras razones, al «efecto Mandela», a la caída del comunismo y el final de los regímenes afrocomunistas, y a la política de cooperación de la Unión Europea.

Por su parte, Juan Manuel Riesgo, de la Sociedad de Estudios Internacionales y Vicepresidente de la Asociación Española de Africanistas, se centró en un país concreto del continente africano, *Sudáfrica ayer, hoy y mañana*, destacando la evolución del régimen segregacionista desde mediados del presente siglo, para pasar a analizar posteriormente la crisis del mismo y la era Mandela, avanzando hasta nuestros días con la designación de Tabo Mbeki como sucesor en el poder del carismático líder del ANC.

En la sesión de tarde, el profesor Olegario Negrín, de la UNED y director del Colegio Mayor Universitario Nuestra Señora de África, se refirió a *La educación en África subsahariana: de la enseñanza tradicional a la modernización educativa*, poniendo de manifiesto la diversidad de sistemas

según las tradiciones pedagógicas y los focos educativos: indígena, afro-cristiana, afroislámica y euromoderna. La enseñanza tradicional en África se basaba en la tradición oral y en las religiones naturales, produciéndose desde los años 50 un proceso de aculturación, dada la imposición de la lengua de los colonizadores. Hoy día se asiste a una progresiva utilización de las lenguas africanas en la enseñanza, que es más de tipo humanístico que técnico-científico, lo que implica que la investigación es prácticamente nula, siendo insuficiente el desarrollo de la formación profesional.

Un tema de actualidad, y que nos afecta a todos porque está en la calle, es el de *La situación de los africanos en España*, sobre el que trató el profesor Augusto Iyanga Pendi, de la Escola Universitària de Magisteri «Ausías March», quien tras constatar que los africanos que viven en nuestro país son emigrantes, hizo un análisis de las causas de la emigración (económicas, políticas, sociales) y de las etapas de la misma, desde los años 50 hasta la actualidad. Destacó los principales problemas de estos emigrantes (falta de documentación o permiso de residencia; falta de trabajo o recursos económicos, desconocimiento total del país; dificultades para integrarse en la sociedad, y dificultades para realizarse) que les han llevado a sufrir una crisis de valores, insistiendo en que tanto el Gobierno como otras instituciones españolas han de procurar las vías que conduzcan a mejorar las condiciones de vida de aquéllos, así como colaborar en el desarrollo de sus países de origen; finalmente, hizo hincapié en el papel de las ONGs.

Un gran conocedor de temas africanos, Gerardo González Calvo, director de la revista *Mundo Negro*, expuso el tema *La Iglesia en el futuro de África*, haciendo referencia a los tres grandes bloques existentes en el continente desde el punto de vista religioso: musulmanes o islamizados, que representan el 40,3% de los 750 millones de africanos; cristianos en general, entre católicos, coptos y protestantes, que representan el 31%; y el resto, 28,4%, religiones tradicionales africanas, que poseen dos características: estrecha relación con los antepasados, los cuales garantizan cohesión y continuidad del clan, y creencia ciega en un Ser Supremo, aunque muy lejano. Por lo que se refiere a la Iglesia católica, desde los años 50 hasta hoy el balance es positivo, estando adscritos a la misma 109 millones de africanos, cuando hace más de cuarenta años tan sólo había 20 millones; igualmente, el número de sacerdotes se ha incrementado, pasando de 1.800 en la primera fecha a 14.000 en la actualidad. Hoy día se asiste al paso de la eclesiología a la cristología, intentado fomentar el cristianismo africano.

En la mañana del miércoles se trataron cuestiones políticas, comenzando el profesor José Luis Cortés, de la Universidad de Salamanca, haciendo un recorrido histórico por *La unidad africana y la OUA*, desde el pan-

africanismo y sus grandes líneas, esto es, su implantación y sus contenidos ideológicos, hasta los caminos para conseguir los objetivos a través de la acción política internacional (Conferencias de los Estados independientes, Conferencias de los Pueblos Africanos, partidos políticos y acción sindical). El debate sobre la unidad (¿política?, ¿moral?) desemboca en el nacimiento de la OUA, cuyo desarrollo, evolución, logros y fracasos son objeto de análisis crítico por parte del autor.

El profesor Ferrán Iniesta, de la Universitat de Barcelona, dedicó su Conferencia a las *Dictaduras y conflictos sociales en los Estados africanos*, en la que trató de describir los procesos del mundo subsahariano analizando sus causas, prestando especial atención a los límites del Estado poscolonial y a los comportamientos sociales africanos ante la presión modernizadora, y planteando interrogantes sobre las perspectivas próximas de los países africanos. Dividió su exposición en tres partes, refiriéndose al Estado independiente, destacando el proyecto político actual; la sociedad negroafricana, en la que han surgido poderes alternativos a los poderes del Estado, y las relaciones de África con Occidente, señalando que las sociedades son cosmocéntricas.

La última Conferencia, impartida por Mbuyi Kabunda Badi, de SODEPAZ, abordó la problemática de la *Evolución política y democratización interna*, destacando que la crisis africana actual es, sobre todo, política más que económica, siendo una crisis de gobernabilidad y, por tanto, del Estado. Esta crisis tiene su origen desde la descolonización, cuando los nuevos gobernantes africanos procedieron a la confiscación del Estado en función de sus minoritarios intereses tribales o sociales, bajo la excusa de la creación de un sentimiento nacional y la promoción del desarrollo económico, dejando como única vía de cambio el golpe de Estado o la guerra civil, en opinión de Kabunda. Ello implica que, con estos antecedentes, el proceso actual de democratización sea extremadamente frágil. Así, los sistemas políticos africanos han atravesado tres fases: la primera, en el marco de las luchas anticoloniales y en el momento mismo de las independencias, cuando la clase política se alía con las masas para acceder al poder, instaurándose inmediatamente sistemas multipartidistas; una segunda fase en la que estos dirigentes, civiles o militares, monopolizan el poder y establecen el sistema de partido único, y una tercera fase, la actual, en la que se asiste al retorno del multipartidismo, aunque truncado y manipulado, por presiones externas, internacionales, e internas.

Por la tarde hubo un mesa redonda, presentada y moderada por el profesor Martínez Carreras, titulada *¿Cómo será África en el siglo XXI?*, en la que participaron los profesores Iniesta, Cortés y Kabunda Badi. Para el pro-

fesor Iniesta, hay dos conjuntos de hipótesis sobre el futuro africano: las externas, de carácter económico y que propugnan la evolución africana en función, por ejemplo, de las teorías del FMI, y las internas, de carácter más político, y que miden la evolución del Estado según las opciones elegidas (democrática, autoritaria, «neofaraónica» o de recomposición tradicional). Para el profesor Cortés, es difícil predecir lo que será África en el siglo XXI; por ahora, lo que quiera Estados Unidos, que está suplantando claramente a Francia. Políticamente, probablemente continuará como hasta ahora, aunque se observa un cierto despertar cultural, especialmente en el arte y música africanas. Mbuyi Kabunda se mostró optimista, considerando que la vía autoritaria-desarrollista (Congo, Uganda) puede ser una etapa hacia la instauración de un Estado nacional y popular en el que la democracia sea la base de la organización, siendo destacable así la vía afrocentrista, en la que la economía popular y social se impongan ante la mundialización económica.

El curso fue clausurado por D. Javier Jiménez de Gregorio, subdirector del Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Mediterráneo y Países en Desarrollo, que dedicó su intervención a explicar los programas de cooperación que la Dirección General del ICMAMPD mantiene con los países del África subsahariana, cuyas prioridades geográficas se centran en África austral (Angola, Mozambique, Namibia y Sudáfrica) y occidental (Guinea Ecuatorial, Santo Tomé, Cabo Verde, Guinea Bissau y Senegal).

Programa del Seminario

ÁFRICA A LOS 40 AÑOS DE SU INDEPENDENCIA Perspectivas hacia el siglo XXI

Valencia, del 6 al 8 de octubre de 1997

Director: **Carlos González Echegaray**
Asociación Española de Africanistas

Secretaria: **Belén Pozuelo Mascaraque**
Asociación Española de Africanistas

LUNES 6

09.00 h.: Acreditación y entrega de documentación

09.30 h.: *Apertura del curso. España entre Europa y África*
José Luis Neila Hernández
Dpto. Historia Contemporánea. Universidad Autónoma de Madrid

11.00 h.: *Relaciones entre España y Guinea Ecuatorial: Anatomía de un desencuentro permanente*
Donato Ndongo-Bidyogo
Historiador y escritor

- 12.30 h.: **El Magreb y sus problemas**
 Carlos Echeverría Jesús
 Institut des Études de Sécurité. U.E.O. / Universidad Complutense de Madrid
- 17.00 h.: **Mesa redonda: La historia reciente de la descolonización española**
 Moderador: Carlos González Echegaray
 Participantes: Donato Ndong-Bidyogo / Javier Morillas, Dpto. Estructura Económica, Universidad San Pablo-CEU / José U. Martínez Carreras, Dpto. Historia Contemporánea, Universidad Complutense de Madrid, Asociación Española de Africanistas

MARTES 7

- 09.30 h.: **Economía actual y futuro desarrollo en África**
 Javier Morillas
 Universidad San Pablo-CEU
- 11.00 h.: **África Subsahariana**
 José U. Martínez Carreras
 Asociación Española de Africanistas
- 12.30 h.: **Sudáfrica, ayer, hoy y mañana**
 Juan Manuel Riesgo
 Sociedad de Estudios Internacionales
- 17.00 h.: **La educación y la cultura en África**
 Olegario Negrín Fajardo
 Universidad Nacional de Educación a Distancia
- 18,15 h.: **La situación de los africanos en España**
 Augusto Iyanga Pendi
 Escola Universitaria de Magisteri «Ausias March». Universitat de Valencia
- 19.30 h.: **La Iglesia en el futuro de África**
 Gerardo González Calvo
 Revista «Mundo Negro»

MIÉRCOLES 8

- 09.30 h.: **La unidad africana y la O.U.A.**
 José Luis Cortés López
 Escuela Universitaria del Profesorado. Universidad de Salamanca

- 11.00 h.: **Dictaduras y conflictos civiles**
 Ferrán Iniesta
 Dpto. Historia de África. Universitat de Barcelona
- 12.30 h.: **Evolución política y democratización interior**
 Mbuyi Kabunda Badi
 Dpto. Sociología. Universidad Complutense de Madrid / SODEPAZ
- 17.00 h.: **Mesa redonda: Cómo será África en el siglo XXI**
 Moderador: José U. Martínez Carreras. Participantes: José Luis Cortés López / Ferrán Iniesta / Mbuyi Kabunda Badi
- 19.00 h.: **Clausura del curso**
 Sr. D. Francisco Javier Jiménez de Gregorio
 Subdirector General de Cooperación con África del Ministerio de Asuntos Exteriores
- 19.30 h.: Entrega de diplomas

El Mediterráneo y España como encrucijada entre Europa y África ()*

JOSÉ LUIS NEILA HERNÁNDEZ
Universidad Autónoma de Madrid

La reflexión en torno a la historia reciente del Mediterráneo, como punto de encuentro y confrontación —en palabras del historiador francés Maurice Baumont— entre Europa y África, y el papel que en este escenario de encuentros y desencuentros entre los pueblos ribereños ha jugado España nos induce, en primer término, a realizar una aproximación a los rasgos geohistóricos del Mediterráneo y la mediterraneidad de España, y a continuación, a valorar la posición del Mediterráneo, como mar entre europeos y africanos, y de España, como Estado privilegiado en aquel escenario, en la sociedad internacional desde 1945.

1. EL MEDITERRÁNEO Y LA MEDITERRANEIDAD DE ESPAÑA

El Mediterráneo, mar en medio de la tierra, se extiende entre Europa, Asia y África. Considerado por algunos geógrafos como un lago cerrado por angostos estrechos y por un canal artificial abierto por Lesseps en 1869, el Mediterráneo constituye un área geohistórica de algo más de 2,5 millones de kilómetros cuadrados, con una profundidad máxima de 5.093 metros, una longitud que desde Gibraltar hasta las costas sirias es de 3.800 kilómetros y

(*) La presente ponencia es resultado de la colaboración con el Dr. Juan Carlos Pereira, de la Universidad Complutense de Madrid, bajo cuya dirección hemos ido abordando en el transcurso de los últimos años aspectos diversos de las relaciones internacionales de España en el ámbito mediterráneo a lo largo del siglo XX.

con una distancia máxima entre sus orillas, en sentido norte-sur, de unos 700 kilómetros.

El «bajo vientre de Europa», como le llegara a denominar Winston Churchill, histórica y geográficamente se presenta como una realidad muy compleja. Una constatación lúcidamente percibida por uno de los grandes estudiosos sobre el Mediterráneo como sujeto histórico, el historiador francés Fernand Braudel, en obras de tan profundo calado historiográfico como *El Mediterráneo en la época de Felipe II*, y en otros trabajos elaborados bajo su dirección como *El Mediterráneo*, cuya publicación en España tuvo lugar en 1987. En ellas la permanente reflexión sobre ¿qué es el Mediterráneo? le lleva a afirmar: «Mil cosas a la vez. No un paisaje, sino innumerables paisajes. No una mar, sino una sucesión de mares. No una civilización, sino civilizaciones amontonadas unas sobre otras (...) Y todo ello porque el Mediterráneo es una encrucijada viejísima. Desde hace milenios todo ha confluído hacia él, alterando y enriqueciendo su historia (...) Tanto en su paisaje físico como en su paisaje humano, el Mediterráneo heteróclito se presenta en nuestros recuerdos como una imagen coherente, como un sistema donde todo se mezcla y se recompone en una unidad original».

La duda nos asalta al pensar en el Mediterráneo en términos plurales o en términos unitarios, y al plantearnos, por tanto, la conveniencia de referirnos a «Mediterráneos» o «Mediterráneo». Parece fuera de toda duda, cuando accedemos a las noticias de los medios de comunicación, las declaraciones de los líderes políticos o los documentos emanados de los diferentes organismos internacionales, de que las referencias al Mediterráneo se concretan sobre un sentimiento común presidido por la unidad y la homogeneidad del Mediterráneo. En cambio, una reflexión más pausada nos ilustra el carácter diverso y complejo del mismo. Las diferencias entre los territorios y los pueblos que lo rodean, entre los sistemas políticos y las estructuras sociales, entre los sistemas económicos y entre las formas culturales y religiosas de los pueblos que han habitado y habitan su cuenca, confirman la convicción en torno a la pluralidad del Mediterráneo y, por qué no, de la conveniencia de hablar de Mediterráneos.

La diversidad y la complejidad de esta realidad geohistórica nos sitúa en el centro de un debate, aún inconcluso, en torno a los criterios más idóneos para distinguir y conceptualizar los diferentes «Mediterráneos». Las sugerencias son múltiples y su validez difiere según las motivaciones a que obedece cada tipificación. Una de las revistas especializadas más prestigiosas en la materia, *Méditerranée*, publicada en Francia y fundada por H. Isnard, distinguía en su primer número cuatro «Mediterráneos»: en primer término, el Noroeste, donde están situados los Estados más ricos, con un desarrollo

económico sostenido y un crecimiento demográfico ralentizado, los cuales se encuentran integrados en la Europa Occidental; en segundo lugar, el Sudoeste, el espacio magrebí, en el que se ha producido una lenta progresión económica, no sin fuertes desajustes y desequilibrios, con una elevada presión demográfica y muy vinculado y dependiente en términos económicos de la zona anterior; en tercer lugar, el Sudeste, conformado por un heterogéneo grupo de Estados, mediatizados en su reciente historia por el problema árabe-israelí; y por último, el Nordeste, donde el entramado geopolítico, cultural y nacional es muy complejo y conflictivo, y en donde las fórmulas de modernización occidental no siempre han encontrado buen acomodo.

Otros procedimientos de diferenciación han optado por recurrir a un criterio «estatócentrico», entendiendo por éste aquél que considera al Estado como actor privilegiado de las relaciones internacionales. Desde esta perspectiva el área mediterránea está conformada en el tramo final del siglo por 20 Estados ribereños: España, Francia, Italia, Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Yugoslavia, Albania, Malta, Grecia, Turquía, Chipre, Siria, Líbano, Israel, Egipto, Libia, Túnez, Argelia y Marruecos. Las diferenciaciones, de acuerdo con este planteamiento, pueden variar en virtud de distintas consideraciones. Desde una perspectiva histórica se podrían distinguir entre las potencias coloniales —España, Francia, Italia, Grecia y Turquía— y los territorios colonizados y posteriormente emancipados de la tutela colonial —Egipto (1922), Líbano (1941-1946), Siria (1941-1946), Israel (1948), Libia (1951), Marruecos (1956), Túnez (1956), Chipre (1959), Argelia (1962) y Malta (1964)—. Desde un plano regional podríamos agruparlos en: Estados integrantes de la Europa mediterránea (España, Francia, Italia y Malta); la Europa Balcánica (Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Yugoslavia, Albania, Grecia, Turquía y Chipre); el «Magreb» (Marruecos, Argelia, Túnez y Libia); y el «Maskrech» (Egipto, Líbano y Siria, para nuestro estudio) e Israel y los territorios ocupados. Y, por mostrar otra posibilidad, en función de los regímenes políticos, distinguiendo entre Monarquías (España y Marruecos) y las restantes repúblicas, o según el grado de implantación de los principios democráticos o el nivel de autoritarismo.

En términos puramente geográficos el Mediterráneo suele dividirse en dos cuencas marítimas, separadas por una cadena montañosa submarina entre Sicilia y Túnez: el Mediterráneo Occidental, de fisonomía abierta y amplia, y el Mediterráneo Oriental, fragmentado en su disposición espacial, y donde se incluyen algunos de los mares más célebres de la historia —el Adriático y el Egeo—.

Asimismo, podríamos recurrir a consideraciones de orden cultural, religioso, e incluso contemplar las diferentes percepciones que los pueblos ri-

bereños tienen del Mediterráneo. En esta última tesitura, las percepciones pueden ser muy variadas en virtud de la proximidad geográfica y el pasado histórico. Así, para un francés, el Mediterráneo se valora en función del interés prioritario sobre Argelia, Marruecos y Túnez, además de sus vínculos con España e Italia; para un español, el Mediterráneo se identifica básicamente con Marruecos, con Francia e Italia; para los griegos, con Turquía y Chipre; o para los turcos, por citar un último ejemplo, con Grecia y Chipre.

En fin, el amplio abanico de opciones de diferenciación confirman la realidad compleja y plural del Mediterráneo. Una complejidad y una pluralidad en la que se encuentra geográfica e históricamente inserta España, y cuya mediterraneidad es una realidad fundamental para la comprensión y el desarrollo de sus relaciones internacionales. En el marco cronológico del siglo XX, la crisis colonial en el Caribe y en el Pacífico con la que se cerraba el siglo anterior enfatizó la importancia de su condición mediterránea, en la medida en que ésta jugará un papel crucial en la redefinición de su posición internacional en el acontecer del nuevo siglo. El Mediterráneo, como lugar de encrucijada, y la vocación atlántica de España, definen dos de los pilares esenciales de sus relaciones internacionales a lo largo del presente siglo, y tanto uno como otro influirán en sus relaciones y su incardinación en Europa.

El Mediterráneo, como encrucijada y como marco de relación inmediato de España con su entorno internacional, ha sido objeto de reflexión por parte de los historiadores y de otros científicos sociales. Entre los planteamientos más sugerentes quisiéramos destacar: en primer término, la consideración del Mediterráneo como espacio geohistórico en el que se encuentra España desde la dialéctica Centro-Periferia; en segundo lugar, el Mediterráneo como área fronteriza; y por último, el Mediterráneo como lugar de encuentro con los europeos y la política europea y con el mundo de ultramar.

La reflexión sobre la posición y el devenir de España respecto de los núcleos de poder y de civilización mundiales desde la dialéctica Centro-Periferia se ha plasmado en sugerentes planteamientos. Desde la perspectiva histórica del tiempo largo, José Luis Abellán ha interpretado las relaciones entre España y Europa desde la Edad Media desde la tensión casticismo-europeización. El historiador norteamericano Stanley G. Payne, por su parte, sostiene que el retraso de España respecto a Europa es, en cierto modo, consecuencia de su posición periférica en relación al Noroeste de Europa y su proximidad geográfica con África y Oriente Medio. Desde el paradigma de la modernización, otros especialistas, como Gabriel Tortella, han insistido

en la mediterraneidad de España y han sugerido un «patrón latino de modernización» como modelo interpretativo de las transformaciones de las sociedades europeas en aquellas latitudes a tenor de los cambios en el Noroeste de Europa.

En el ámbito de la historia de las relaciones internacionales de España, el profesor José María Jover Zamora, en su obra *Política, Diplomacia y Humanismo Popular en la España del siglo XIX*, define la posición de nuestro país en el tránsito hacia el siglo XX con las siguientes palabras:

«España, es en efecto, en el cuadro general de la política mundial ochocentista, una pequeña potencia, situada en posición periférica con respecto a los pueblos protagonistas de aquélla, y tan radicalmente introvertida, que neutraliza con una pasividad internacional casi absoluta la agotadora actividad de sus luchas y sus tensiones interiores.»

Esa situación limítrofe entre el Centro y la Periferia le confiere a España una peculiar forma de encauzar las relaciones internacionales, puesto que, en opinión de Roberto Mesa, se observa un elemento de convergencia hacia el Centro, en virtud de su europeidad, pero también afloran elementos de vinculación con la Periferia a tenor de su dimensión mediterránea y americana. En consecuencia, España se encuentra en una zona fronteriza y móvil entre el Centro y la Periferia, cuya posición dependerá de situaciones concretas y de sus condicionamientos culturales, socioeconómicos, estratégicos y geopolíticos.

Esta imagen de espacio limítrofe nos conduce a la consideración del Mediterráneo como frontera y la tendencia secular, apuntada por algunos historiadores como José María Jover, de España a polarizar la frontera hacia el sur, como un condicionante histórico y cuya percepción hace referencia «no sólo a la existencia de una demarcación política o de una delimitación de civilizaciones, sino al antagonismo entre el español y el moro», entre el europeo y el musulmán. Una noción que ha sido intensamente socializada en la conciencia histórica del español y basada en un pasado histórico de conflictos con la otra orilla del Mediterráneo.

Sin embargo, este espacio fronterizo y de encrucijada fue en el despertar del siglo XX el canal de acceso a la política europea y de superación del ensimismamiento que había caracterizado la política exterior española durante la Restauración. De nuevo, ahora en el marco mediterráneo, los españoles se encontrarán con los europeos en ultramar. En consecuencia, constituye un error de enfoque —afirma José María Jover— buscar en el continente el principal plano de referencia para la percepción española de los conflictos europeos anteriores al recodo de los años treinta. La relación

España-Europa, en el ámbito político-diplomático, desde principios de siglo no se establecerá, por tanto, a través de una conexión continental, sino a través de una conexión periférica. La ventana mediterránea seguirá siendo un canal de conexión privilegiado de España con la realidad europea a lo largo del siglo. Ciertamente la historiografía alude al inicio de un nuevo ciclo en la política exterior española con la redefinición de su posición internacional en el eje mediterráneo a principios de siglo, pero por debajo de los elementos coyunturales subyace una realidad estructural, en tanto en cuanto nuevamente era la extraversion hacia ultramar la ventana de acceso a la política europea.

La evolución de España en sus relaciones internacionales a lo largo del siglo ha puesto de relieve la transcendencia de su mediterraneidad y el dinamismo de la misma, en la medida en que ha influido en su posición dentro de la sociedad internacional, a la vez que su posición en esta última ha determinado también la forma de enfocar la condición mediterránea de nuestro país.

2. EL MEDITERRÁNEO Y ESPAÑA EN LA SOCIEDAD INTERNACIONAL ACTUAL

El análisis del Mediterráneo y de España como encrucijada en las relaciones entre Europa y África en la sociedad internacional surgida tras la II Guerra Mundial lo vamos a situar en un triple marco: en primer término, el Mediterráneo en la dialéctica bipolar de la Guerra Fría; a continuación, el Mediterráneo en la tensión Norte-Sur; y por último, la situación del Mediterráneo y los retos de la política española en el marco de la Europa de la posguerra fría y el debate sobre el Nuevo Orden Mundial.

2.1. El Mediterráneo en el conflicto Este-Oeste

El final de la II Guerra Mundial dio lugar al nacimiento de una nueva etapa en la evolución de la sociedad internacional, que puede darse por finalizada en 1991 tras la desaparición jurídica, política y territorial de la URSS. En esta nueva fase surgirá un factor condicionante que mediatizó el desarrollo de la sociedad internacional: el conflicto Este-Oeste. Un conflicto que surgió en la inmediata posguerra mundial y que estalló definitivamente en 1947 con el inicio de la «guerra fría», en la cual dos superpotencias, los EE.UU. y la URSS, amparadas en su poder económico, influencia político-ideológica y el enorme potencial de sus armas convencionales y es-

tratégicas, competirían sin llegar al enfrentamiento directo y abanderarían dos bloques antagónicos divididos por el ya histórico «Telón de acero». Este conflicto se iría mundializando, convirtiéndose en uno de los factores más decisivos en las relaciones internacionales tras la II Guerra Mundial.

En ese proceso de mundialización del conflicto, especialmente desde los años cincuenta, el Mediterráneo comenzó a ser objeto de interés por las dos superpotencias al representar una vía comercial primordial y una barrera estratégica frente al mundo «no civilizado». Un interés incentivado, además, por el debilitamiento, cuando no la retirada, de las grandes potencias europeas, especialmente de Gran Bretaña, ocupadas en sus respectivos procesos de reconstrucción posbélica y ante la clara decadencia europeo-occidental en el nuevo sistema internacional.

Ya desde 1947, ante la conflictiva situación de Grecia y Turquía, los EE.UU. comenzaron a manifestar su interés por el Mediterráneo. La «Doctrina Truman» de contención del comunismo se llevó a la práctica por primera vez en el Mediterráneo. A partir de ese momento los norteamericanos se dispusieron a controlar el área mediterránea, para contener y evitar la expansión del comunismo y la influencia soviética. Los instrumentos para concretar ese control fueron de diversa índole: en primer término, las alianzas militares, como la OTAN creada en 1949, y a la que se irían incorporando paulatinamente varios Estados ribereños como Grecia y Turquía en 1952, y España en 1982, de modo que el flanco sur de la Alianza parecía así controlado con la mayoría de los países del Norte mediterráneo integrados en su seno; además de los vínculos bilaterales realizados con otros Estados del área como Israel, Marruecos, Argelia o Egipto tras el giro pro-occidental; y en segundo término, los instrumentos norteamericanos de acción directa, como la creación de la VI Flota, que se introdujo en el Mediterráneo en noviembre de 1942 con ocasión del desembarco aliado en el Norte de África y que, tras su retirada, volvería a establecerse definitivamente en apoyo a la «Doctrina Truman» el 1 de junio de 1948. Desde principios de 1950 la VI Flota fue dotada con armas nucleares tácticas y en la década de los setenta estaba formada por dos portaaviones, unos cuarenta buques de combate, 175 aviones y más de 22.000 soldados, junto a varios submarinos atómicos dotados de misiles Polaris. La actividad de la flota se ha visto favorecida por las bases militares disponibles, más de setenta en la década de los ochenta, en algunos de los Estados ribereños.

Por su lado, la URSS asumió una presencia activa en el Mediterráneo para la defensa de sus intereses de distinta índole: en primer término, por el Mediterráneo pasa la principal ruta que une el Mar Negro con los océanos; en segundo lugar, era una ruta de acercamiento a las fronteras y los territo-

rios soviéticos; a continuación, el Mediterráneo era una zona desde la que se podía hacer un ataque nuclear limitado a la URSS y sus aliados; y por último, como ámbito de expansión ideológica como alternativa al occidentalismo. La forma en que se concretó la política soviética para incrementar su presencia en el Mediterráneo siguió similares cauces: en primer lugar, la firma de acuerdos con algunos Estados como Siria y Libia, además de Egipto hasta la ruptura de relaciones en 1976; y en segundo lugar, mediante la disposición de un instrumento de intervención directa, la flota del Mar Negro y la creación en 1964 de una flota especial y permanente en el Mediterráneo, la V Escuadra. En menor cuantía que los EE.UU., la URSS también contó con algunas bases y fondeaderos en las riberas del Mediterráneo.

Junto a estas dos superpotencias, otras dos grandes potencias nucleares —Francia y Gran Bretaña— y cuya presencia en el Mediterráneo había sido un elemento permanente desde el siglo XIX, dispondrían también de flotas permanentes dotadas de armas convencionales y nucleares.

Estos cambios en el equilibrio mediterráneo afectarían de forma muy directa a España, en aquellos momentos sometida a la dictadura del general Franco tras la victoria en la Guerra Civil y condenada y marginada del nuevo orden internacional por su vinculación a las potencias fascistas que habían sido vencidas en la contienda mundial. El desenlace de la guerra mundial dispuso las aspiraciones imperialistas en el Mediterráneo que se habían suscitado en el seno del nuevo régimen. En la posguerra mundial, el ostracismo en que se vio inmerso el régimen, al que se intentó superar mediante la diplomacia sustitutoria hacia Hispanoamérica y hacia los países árabes, sólo comenzó a desbloquearse en el contexto de la Guerra Fría a finales de los años cuarenta y de forma más clara en la década siguiente. Los acuerdos con los Estados Unidos firmados en 1953 vinculaban a España de forma indirecta con el sistema defensivo occidental y, en adelante, se mantendrían esos vínculos en un «status» de inferioridad, como reflejan la presencia de fuerzas y bases norteamericanas en nuestro país. Su política mediterránea se atendería a la directriz atlantista y occidental, mediatizando la seguridad nacional en un área esencial para la defensa nacional como es el eje Canarias-Estrecho de Gibraltar-Baleares. En consecuencia, el Mediterráneo se instrumentalizaría como una vía de reinserción en la sociedad internacional y, más concretamente, en el sistema internacional occidental.

En la publicística española de los años cincuenta, especialmente en el protagonismo asumido por algunos especialistas como L. García Arias y E. Manera, se debatía en torno a la importancia estratégica de España y la controversia en torno a la incorporación al sistema internacional, bien de forma directa mediante la vía exclusivamente occidental, o bien indirecta-

mente a través del significado que el Mediterráneo pudiera tener para la defensa de Europa. La política mediterránea de España, teñida de arabismo a lo largo de los cincuenta, tenderá a reformularse, en opinión de Monserrat Huguet, a principios de los setenta, en términos de una mayor conciencia regional, mediante una política de «defensa de los intereses ribereños», de neutralización de la Cuenca ante la ONU y la CSCE, insistiendo en los contactos bilaterales con los países del área.

El Mediterráneo fue, asimismo, el balcón desde el cual la España de Franco afrontó el problema de la descolonización, con un comportamiento errático que osciló desde el apoyo inicial a los movimientos de emancipación de los pueblos árabes, reivindicando el papel de España como «mediador» entre África y Europa, como se puede constatar en el tercero de los principios del Movimiento Nacional, hasta una posición renuente y poco coherente en la solución de sus litigios coloniales en África —Marruecos, Guinea y Sáhara—.

La concentración de fuerzas militares y la alta conflictividad en el Mediterráneo, como consecuencia de la mundialización de la Guerra Fría, le convirtieron en una de las áreas más críticas de todo el globo. El recuento de los conflictos es sumamente elocuente si consideramos los episodios de Grecia, Turquía, la crisis de Suez, Líbano en 1958 y 1982, la guerra libio-norteamericana en 1986 y, especialmente, la larga secuencia de confrontaciones en Oriente Medio. Todos ellos serán el trágico reflejo de la tensión Este-Oeste, pero este último es el que mejor refleja la complejidad de los conflictos de la Guerra Fría en el Mediterráneo. En la situación de Oriente Medio la dialéctica bipolar operará sobre un escenario complicado por los nuevos Estados surgidos del desmembramiento del Imperio Otomano, la importancia económica y estratégica del petróleo y la cuestión árabe-israelí. Cinco guerras han jalonado el hasta ahora incombustible problema árabe-israelí: 1948 (Egipto, Siria, Israel junto a Irán, Iraq y Arabia Saudí); 1965 (Egipto-Israel); 1967 (Egipto, Siria, Israel junto a Jordania e Iraq); 1973 (Egipto, Siria e Israel, junto a Iraq) y 1982 (Líbano-Israel). Un conflicto en el que se han visto involucradas tanto las superpotencias como las grandes potencias europeas, y que inició un difícil y dilatado proceso de pacificación en la Conferencia de Paz organizada en Madrid en 1991.

La extensión de la Guerra Fría en el teatro mediterráneo ha generado una fuerte conflictividad a la que no es ajena un doble fenómeno: la concentración de armamento y el comercio de armas. La proliferación armamentista se puso de manifiesto durante años en la densa circulación de buques de guerra, entre sesenta y setenta diarios, con capacidad nuclear. Ese intenso tráfico ha dado lugar a que entre 1945 y 1990 las flotas nucleares presenta-

sen el preocupante balance de 110 accidentes. El club nuclear en el Mediterráneo no queda, además, circunscrito a las superpotencias, sino que Francia posee su propia fuerza nuclear, e Israel que a pesar de no haber firmado el Tratado de No Proliferación Nuclear y aunque se encuentra definido como un «país no declarado nuclear», cuenta con un arsenal estimado entre 50 y 200 cabezas nucleares. También existen dudas respecto a Libia, especialmente en cuanto a su arsenal químico y la posesión de misiles de alcance medio. Y Siria, por su lado, cuenta también con un arsenal de misiles balísticos y armas químicas, pero forma parte del Tratado de No Proliferación, como Egipto, que ha patrocinado varias propuestas para la declaración de Oriente Medio como zona libre de armas nucleares.

En lo concerniente al comercio de armas, cinco Estados mediterráneos se encuentran entre los principales exportadores de armas en el mundo entre los años 1988 y 1992: Francia, en 3.^a posición (54.968 millones de dólares); Italia, en 9.^o lugar (1.613 millones de dólares); España, en 13.^o lugar (1.014 millones de dólares); Israel, el 15.^o país (777 millones de dólares) y Egipto, en 17.^o lugar (668 millones de dólares). Y asimismo, en la cuenca mediterránea figuran destacados importadores de armamento en el mismo período: Grecia, en 5.^o lugar (6.197 millones de dólares); Turquía, en 6.^a posición (6.167 millones de dólares); España, en 9.^o lugar (3.747 millones de dólares); Egipto, en 15.^a posición (3.295 millones de dólares); Israel, en 17.^o lugar (2.768 millones de dólares); Libia, en 18.^a posición (2.700 millones de dólares) y Siria, en 19.^o lugar (2.618 millones de dólares). En definitiva, nada menos que siete Estados entre los veinte principales importadores de armamento en el mundo, lo que representa el 20% de las importaciones de armas en el mundo. Armas, además, no destinadas siempre a los ejércitos nacionales, sino también a equipar grupos terroristas en algunos Estados ribereños.

En suma, el protagonismo del Mediterráneo en el conflicto Este-Oeste ha sido indudable a lo largo de la evolución de la Guerra Fría, como foco de tensiones, de agrupaciones regionales o jugando un papel muy relevante en una de las vertientes de la Guerra Fría como es el comercio de armamentos, aunque bien es verdad que el interés de las grandes potencias por la zona no se tradujo en iniciativas precisas para afrontar los problemas del Mediterráneo desde la perspectiva de la cooperación y el fomento de la paz.

La dialéctica bipolar, indudablemente, ha sido uno de los factores internacionales que más ha incidido en la historia reciente de los países mediterráneos. Pero el final de la Guerra Fría ha permitido constatar con toda su amplitud otra dialéctica de tensión, el problema Norte-Sur. Un problema multidimensional en sus manifestaciones y cuyos contornos ya comenzaron

a vislumbrarse en la sociedad internacional de la posguerra, aunque a menudo confundidos o entrelazados con los conflictos Este-Oeste.

2.2. El Mediterráneo en la dialéctica Norte-Sur

El problema Norte-Sur ha ido asumiendo una magnitud creciente a medida que avanzamos hacia el final del milenio. Tanto el concepto Norte-Sur como, en otros términos, «Centro-Periferia», «Tercer Mundo» o el de «países en vías de desarrollo», revelan la existencia de una falla horizontal en el grado de desarrollo material y en el nivel de vida de las diferentes poblaciones en el marco de una economía-mundo. Una falla que no sólo se expresa en términos de desigualdad económico-social, sino también en el desarrollo tecnológico, en el desigual peso político de los Estados o en términos más amplios en una compleja tensión entre civilizaciones.

En la década de los noventa el contraste entre el Norte (Estados Unidos, Canadá, Japón, Australia, Nueva Zelanda y Europa) y el Sur es sumamente ilustrativa a la luz de ciertos datos estadísticos: la población del Norte, unos 1.200 millones de personas —lo que supone un 23% de la población del planeta—, controla un 84% de la producción bruta mundial; mientras que el Sur, con una población que asciende a 4.100 millones de habitantes, sólo participa del 16% de la producción del globo. El balance final es desolador si consideramos que cada habitante del Norte dispone de un riqueza casi 19 veces superior a la de un habitante del Sur.

Un Sur que no ha parado de crecer en la sociedad internacional desde 1945, de modo que si en 1955, año de la Conferencia de Bandung, estaba compuesto por 25 países, pasó a 77 en 1977, año de la Conferencia de Lima, hasta superar los ciento setenta en nuestros días.

El área mediterránea, ese espacio de encrucijada entre Europa y África, ha plasmado físicamente el distanciamiento entre un Norte desarrollado y un Sur en vías de desarrollo y dependiente. Un espacio que se ha convertido en una frontera entre los dos mundos. Desde este prisma podemos diferenciar: por un lado, un Mediterráneo europeo-occidental que representaría el «Norte»; y por otro, un Mediterráneo árabe-africano, que representaría el «Sur».

Los Estados que integran el «Norte» (España, Francia, Italia, Grecia, Malta, Chipre y Turquía), entre los que no integramos los nuevos Estados ribereños de la antigua Yugoslavia ni a Albania, sumidos en una aguda crisis política y económica, presentan cierta homogeneidad en sus indicadores demográficos, económicos y sociales. En cambio, el Mediterráneo ára-

be-africano, constituido por Marruecos, Argelia, Túnez, Libia, Egipto, Israel, Líbano y Siria, presentan datos más heterogéneos y en su conjunto reflejan un claro contrapunto con los indicadores del «Norte».

A modo de balance, los datos demográficos, para el año 1992, muestran un mayor peso específico del «Norte», en el que habitan más de 224 millones de personas, frente al «Sur», poblado por 142 millones de habitantes. Sin embargo, el ritmo y el comportamiento demográfico en ambas orillas reflejan un dinamismo bien distinto en sus poblaciones. Efectivamente, la tasa de crecimiento anual en el Norte, entre los años 1988 y 1992, se situó en una media de un 0,8 por mil, aunque en el caso de Turquía este índice ascendía a un 2,3 por mil, mientras que en el Sur la media se situaba en torno al 2,6 por mil. Los datos relativos a la natalidad reflejan, consecuentemente, dicha disparidad, de modo que mientras en el Norte era de un 14,9 por mil, en el Sur era de un 31,3 por mil. En cambio, los guarismos de la mortalidad reflejan una evidente convergencia, puesto que la media se acercaría en ambas áreas a valores situados entre 8 y 9 por mil. Este descenso de la mortalidad, por la mejora de las condiciones de higiene y sanidad, ha favorecido el alza de la esperanza media de vida, acercándose de forma ostensible los datos del Sur (66,5 años) a los del Norte (75,4 años), lo que ha convertido a las poblaciones del Mediterráneo en uno de los grupos humanos con mayor esperanza media de vida en el mundo.

El cuadro económico ilustra de forma más elocuente las disparidades entre el Norte y el Sur en el Mediterráneo. Los siete Estados del Norte en su conjunto alcanzaban un Producto Interior Bruto de 3,3 billones de dólares en 1992, lo que supone el 14% del Producto Interior Bruto mundial, para una población que representa el 4,1% de la mundial. En cambio, el Producto Interior Bruto de los Estados del Sur era de 243.370 millones de dólares, es decir el 1,06% del Producto Interior Bruto mundial, para una población total que engloba el 2,6% de la mundial. Asimismo, la renta per cápita media en el Norte es de 11.968 dólares, mientras en el Sur era de 3.531 dólares, la cual descendería a 2.146 dólares si excluyéramos el índice de Israel.

Entre ambas orillas del Mediterráneo existen importantes disparidades en el desarrollo económico. Sólo tres Estados de la cuenca mediterránea — España, Francia e Italia — se encuentran entre las diez potencias económicas del mundo. A continuación otros tres países — Grecia, Turquía e Israel — presentan un alto nivel de desarrollo. El resto de los Estados se encontrarían, aún con grandes diferencias entre ellos, en los países en vías de desarrollo. Argelia y Libia, países que forman parte de la OPEP, poseen grandes riquezas energéticas en su subsuelo que les permiten, en principio, mayores recursos para afrontar su desarrollo económico. Marruecos, Túnez

y Egipto presentan importantes tasas de crecimiento frente a otros Estados con escaso nivel de industrialización como Siria, Líbano, Malta o Chipre. Pero en el desafío del desarrollo económico el peso de la deuda externa en el Sur se han convertido en un factor de presión de gran magnitud, y que ha agravado su dependencia económica del Norte. Tomando los indicadores de cuatro Estados del Sur cuya deuda externa conjunta en 1980 era de 53.510 millones de dólares, el ascenso de ésta en 1991 había llegado a 98.733 millones de dólares.

Desde el plano socioeconómico se confirman estos grandes contrastes. Las sociedades del Norte a grandes rasgos manifiestan una evidente ralentización cuando no estancamiento del crecimiento demográfico, un proceso de envejecimiento progresivo de la población y una mayor esperanza media de vida, especialmente entre las mujeres. Son sociedades, con excepción de Turquía, que tienen unas altas tasas de urbanización, a raíz de un desarrollo económico sostenido, un prolongado fenómeno de éxodo rural y altos niveles de bienestar. Los datos facilitados en los Índices de Desarrollo Humano para 1996, elaborados por las Naciones Unidas, se puede constatar que de los siete Estados del Norte, seis de ellos se encuentran en los niveles «alto desarrollo humano», entre los puestos 10 y 28, solamente Turquía, en el puesto 84, se encontraría en un nivel medio. Por último, desde un plano religioso las sociedades del Norte son mayoritariamente cristianas, con reducidas minorías religiosas pero con un alto grado de tolerancia. Son sociedades muy secularizadas y donde los Estados son, en su mayoría, no confesionales.

En el Sur las sociedades tienen un perfil demográfico caracterizado por la juventud de sus poblaciones, con altas tasas de natalidad y fecundidad y un fuerte ritmo de crecimiento, así como una esperanza media de vida apreciablemente alta. Son sociedades en la que dominan, numérica y jerárquicamente, los hombres, mientras las mujeres figuran en un plano secundario y dependiente. Asimismo, mantienen una proporción equilibrada entre la población rural y urbana, a excepción de Israel. En la escala de los Índices de Desarrollo Humano, la mayoría de los Estados, a excepción de Israel, que ocupa el puesto 19, se encuentran en unos niveles medios de desarrollo humano, entre los puestos 69 y 123. Son sociedades con un menor arraigo de las formas políticas democráticas y donde predomina un arraigado sentimiento religioso, a pesar de los intentos por desarrollar vías de modernización laicas desde su acceso a la independencia.

Asimismo, hemos de considerar otros dos factores que han ido adquiriendo un mayor protagonismo en este fin de milenio, los cuales han contribuido a ilustrar la complejidad del problema Norte-Sur. Por un lado, el fac-

tor religioso, que en el ámbito Mediterráneo es el escenario de convergencia de tres grandes religiones: el cristianismo, mayoritario en el Norte; y el islamismo y el judaísmo, en el Sur. Precisamente, en este Sur, se configura una civilización cimentada, afirma Fernand Braudel, en tres fundamentos: un hombre, Mahoma; un libro, el Corán; y una religión, el Islam. Una civilización en la que conviene diferenciar entre el Mundo Árabe y el Mundo Islámico. Efectivamente, este último está constituido por todos aquellos que profesan la religión musulmana, más de 750 millones de creyentes, que se extienden desde Indonesia a Senegal y cuyo órgano de expresión es la Conferencia Islámica. El Mundo Árabe, en cambio, se caracteriza no sólo por compartir una religión, sino también la lengua árabe y el proyecto panarabista, que resurge de forma moderna desde la segunda mitad del siglo XIX en Egipto y cuyo órgano de expresión en la actualidad es la Liga Árabe. Dos mundos que convergen en el Sur Mediterráneo, y que forman parte también de la esencia de Turquía, en la que habitan no sólo importantes minorías de orden religioso (suníes y chiíes principalmente), sino también étnicas (bereberes, armenios, kurdos, drusos y las importantes comunidades palestinas), y que en mayor o menor intensidad se han visto inmersas en la ola fundamentalista que recorre el Islam en este fin de siglo, especialmente desde el triunfo del ayatollah Jomeini en Irán en 1979. En el mundo mediterráneo, Egipto, una de las cunas y principales focos intelectuales del pensamiento árabe-islámico, Argelia y el problema árabe-israelí, son las expresiones más agudas del conflicto entre civilizaciones que ha aflorado en toda su magnitud en la posguerra fría. Un conflicto manifiesto tanto entre el Islam y el Sionismo, como entre el Islam y Occidente.

El otro factor, que dibuja la complejidad de las relaciones Norte-Sur, es el flujo migratorio, que tiene un escenario privilegiado en el Mediterráneo como frontera y como vía de comunicación entre ambos mundos. Los contrastes tan acusados, que hemos analizado con anterioridad, han creado dos mundos antagónicos, agudizando las desigualdades, los desequilibrios y la conflictividad en el Mediterráneo.

Hasta la década de los cincuenta las sociedades europeas se había caracterizado por la extraversion en su comportamiento migratorio, puesto que desde el siglo anterior había sido una sociedad emisora. En cambio, las transformaciones que se fueron plasmando en los años cincuenta fueron modificando el signo del comportamiento migratorio de Europa. Efectivamente, la recuperación económica tras la crisis de la posguerra mundial y el posterior ciclo expansivo hasta la década de los setenta; el proceso de construcción europea que inició la andadura de su integración económica en aquella decisiva década; la configuración de una sociedad amparada en el

Estado del bienestar y un modelo político basado en los fundamentos liberales y democráticos, además de los procesos de descolonización, especialmente en el Norte de África, modelarían un nuevo panorama general que, entre otros fenómenos, invertiría los hábitos demográficos.

Desde los años cincuenta a la década de los setenta, los Estados europeos más industrializados, en una fase álgida de crecimiento económico, mandarían mano de obra y abrirían sus puertas a la inmigración, tanto de europeos como de extra-europeos. Hasta finales de la década de los sesenta, los inmigrantes no europeos tuvieron que competir con españoles, italianos, portugueses, griegos y yugoslavos. A pesar de ello, el balance del flujo migratorio Norte-Sur mediterráneo entre 1950 y 1975 superó los 8 millones de personas.

Desde 1975 hasta finales de la década de los ochenta, el ciclo depresivo de la economía en Europa se tradujo en un giro en la política migratoria, mediante la imposición de una política de «puertas cerradas» a través de medidas restrictivas o el fomento del retorno a los países de origen. A lo largo de estos años se producirá una profunda transformación en las sociedades de la Europa mediterránea, no sólo en sus estructuras políticas transitando hacia modelos democráticos —caso de España y Grecia—, sino protagonizando una profunda transformación y modernización socio-económica y completando, asimismo, su proceso de integración en Europa. En términos demográficos, esta mutación en las sociedades europeas mediterráneas ha invertido el sentido de los flujos migratorios, convirtiéndose en áreas receptoras de inmigrantes provenientes del Sur. Países que, a su vez, inmersos en aquel marco económico de crisis, tenderán a aplicar políticas migratorias de corte restrictivo. Todo ello modificaría las vías y las formas de la migración Norte-Sur: por un lado, una emigración de mano de obra clandestina que se extiende por los Estados meridionales europeos, y que según los datos de 1988 ascendió a 1.274.000 extranjeros, es decir, el 47,4% del total; por otro, una migración legal compuesta de jóvenes y mujeres, esencialmente de carácter familiar, limitadas por las políticas de «cupos» establecidas por los respectivos gobiernos; y, finalmente, una migración de mano de obra acogida en el Estado tras las demandas de asilo político (reconocida en la Convención de Ginebra de 1951 y ratificada por todos los Estados democráticos), calculada desde 1990 en algo más de 350.000 personas.

El balance a la altura de la década de los noventa es que dos terceras partes de los extranjeros que viven en Europa Occidental son originarios de los Estados mediterráneos. Según los datos suministrados por la revista *Mediterrané*, a finales de los años ochenta, de los 12 millones de extranjeros que vivían en la Europa comunitaria, ocho eran originarios de los Estados ribe-

reños del Mediterráneo: más de dos millones de turcos, más de medio millón de tunecinos y más de un millón de marroquíes y argelinos. Inmigrantes que desde la década de los noventa han de competir, a su vez, con la fuerte corriente migratoria Este-Oeste que aconteció en Europa desde la caída del Muro de Berlín en 1989, y con el ascenso y radicalización de los movimientos racistas y xenófobos, que han agudizado la conflictividad y el rechazo hacia las minorías extranjeras. Las previsiones apuntan a la continuidad de este flujo migratorio, cuyo ritmo tenderá a crecer en proporción a la magnitud del desequilibrio Norte-Sur. Todo ello ha impulsado a los Estados comunitarios a convocar diferentes encuentros para abordar esta problemática y elaborar, entre otros, el Acuerdo de Schengen —en vigor desde el 26 de marzo de 1995—, en el que participan siete Estados, por el cual se han comprometido en suprimir los controles en las fronteras internas y transferirlos a las fronteras exteriores del perímetro constituido por los Estados firmantes, confirmando la imagen de la Europa-fortaleza, ya afianzada en su política económica.

Estas desigualdades y desequilibrios socio-económicos que se fueron planteando en la estructura internacional dieron lugar al desarrollo de respuestas colectivas, como los procesos de regionalización, suscitados en su mayoría en el caldo de cultivo de la dialéctica bipolar, los cuales deben ser muy tenidos en cuenta como mecanismos efectivos en la resolución de conflictos y en el fomento de la cooperación y el desarrollo en el área. En el Mediterráneo Norte, desde un punto de vista económico, cuatro Estados pertenecen a la Unión Europea y los otros tres han solicitado su adhesión —Malta, Chipre y Turquía—, amparados en sus estrechos vínculos comerciales con la Unión. En 1991, y a propuesta de Turquía, se creó la Cooperación Económica del Mar Negro, que agrupa a diez Estados, y entre los que figuran Grecia, además de Turquía. Todos los Estados del Norte pertenecen al Consejo de Europa, identificándose con los valores y principios de esta organización creada en 1949 para promover una estrecha unión con el fin de salvaguardar el patrimonio común y favorecer el progreso de los europeos. Asimismo, todos pertenecen a la OSCE, y todos menos Malta y Chipre pertenecen a la OTAN, aunque en Malta existen facilidades para el Estado Mayor aliado de la Organización (Comnavsouth). Asimismo, a la UEO pertenecen todos los Estados, excepto Chipre y Malta, y la especial situación de Turquía, que figura con el estatuto de «asociado». Por último, Malta y Chipre pertenecen al Movimiento de Países No Alineados. Por su lado, en el Mediterráneo Sur, todos los Estados, exceptuando a Israel, pertenecen a la Liga Árabe y al Movimiento de Países No Alineados. A su vez, todos los países de la franja mediterránea norte-

africana, excepto Marruecos desde 1985, son miembros de la OUA. Finalmente, en 1989 se creó la Unión del Magreb Árabe, integrada por Marruecos, Argelia, Libia, Túnez y Mauritania, para fomentar proyectos comunes y crear un mercado único.

En definitiva, la falla Norte-Sur, que comenzó a perfilarse desde las décadas de los cincuenta y de los sesenta con los procesos de descolonización, ha ido adquiriendo una magnitud y amplitud en sus registros hasta convertirse en la actualidad en el principal eje de tensión en la sociedad internacional. Un abismo que, en opinión de Amin Maalouf, es la expresión de un mundo dividido:

«(...) claramente dividido en dos. De un lado, unas sociedades con una población estable, cada vez más ricas, más democráticas, con unos progresos técnicos casi cotidianos, una esperanza de vida que no cesa de aumentar, una verdadera edad de oro de paz, de libertad, de prosperidad, de progreso, sin precedente, sin ningún precedente en la Historia. Del otro, poblaciones cada vez más numerosas pero que se empobrecen sin cesar, unas metrópolis tentaculares que tienen que ser abastecidas por barco, unos Estados que caen en el caos uno tras otro. Desde hace décadas, se buscan soluciones, pero la situación cada vez está peor. Sin lugar a dudas, existen dos humanidades, y el foso entre ellas se ha vuelto insalvable».

2.3. El Mediterráneo, España y las expectativas en torno al Nuevo Orden Mundial

El Mediterráneo, como escenario privilegiado del conflicto Norte-Sur, ha adquirido un innegable protagonismo en el contexto del debate sobre el Nuevo Orden Mundial y los desafíos futuros de la Unión Europea. Un debate y unos desafíos que para España son asuntos de capital importancia dada su condición europea y mediterránea, y que se han materializado en una activa política por despertar la conciencia sobre los problemas mediterráneos en los foros internacionales.

En 1989, año del bicentenario de la Revolución francesa de 1789, Europa se vio sacudida por un nuevo ciclo revolucionario, que marcaría el final de la Guerra Fría y cuyo epicentro se situaría en Europa Central y Oriental. En aquellos convulsos años, que culminaron en 1991 con la desintegración de la Unión Soviética y el final de la dialéctica bipolar, se fue planteando en la sociedad internacional el debate sobre el Nuevo Orden Mundial. Un Nuevo Orden al que ya haría referencia Gorbachov en 1988, como algo necesario para el mundo, pero que se asentó en el lenguaje y

los medios políticos tras la conferencia pronunciada por el presidente George Bush el 11 de septiembre de 1990. En breve, la Guerra del Golfo, el primer conflicto de la postguerra fría, que finalizó el 28 de febrero de 1991, confirmó la necesidad de construir un nuevo sistema de relaciones internacionales y de atender a los nuevos retos mundiales, muchos de ellos pendientes durante la Guerra Fría.

En este contexto, el Mediterráneo ha ido cobrando, especialmente desde 1994, un papel relevante en los análisis y preocupaciones de las grandes potencias y de diferentes foros multilaterales. Entre los argumentos y razones que explican la nueva percepción en torno al Mediterráneo figura su carácter de frontera vulnerable de Europa tras la desaparición del «Telón de acero». Una frontera sur que separa a Occidente del Tercer Mundo árabe-islámico, y que desde la perspectiva española enlaza con una preocupación secular de la proyección internacional de nuestro país. Un teatro próximo en el que, como apuntábamos con anterioridad, se escenifica en toda su amplitud y complejidad el abismo Norte-Sur. Un ámbito donde se plasma, de acuerdo con las tesis de Samuel Huntington, el conflicto entre civilizaciones, o, en términos más concretos si se quiere, el conflicto entre Occidente y el Islam.

Junto a estos problemas, y en el marco de la dialéctica de confrontación Norte-Sur, la presión demográfica se ha convertido en uno de los problemas más inmediatos entre las comunidades de un lado y otro del Mediterráneo. Las proyecciones para el año 2025 agravan la brecha entre los dos mundos: los siete países del Norte tendrán una población estimada en unos 260 millones de almas, en gran parte población madura, mientras el Sur alcanzará la cifra de 246 millones. En consecuencia, un crecimiento de 104 millones de habitantes en el Sur frente a 24 millones en el Norte en el intervalo de casi una treintena de años. En el año 2035 se prevé que sean 400 millones los habitantes del Sur, lo que significa que si en 1950 dos tercios de la población mediterránea vivían en la ribera Norte, en el año 2035 la proporción se habrá invertido en ambas orillas.

Asimismo, las diferencias económicas Norte-Sur se acrecentarán según las estimaciones del Banco Mundial. En la actualidad más del 87% del Producto Interior Bruto total de la cuenca mediterránea está concentrado en la orilla Norte, y la tendencia apunta a su aumento a tenor de la reducción de las inversiones del Norte en el Sur mediterráneo. Todo ello puede desestabilizar aún más el precario equilibrio social en el Sur, impulsando las tendencias migratorias hacia el Norte. El informe de la Trilateral, denominado «Los Nuevos Retos de las Migraciones Internacionales», insiste en estos problemas y subraya que el Mediterráneo se convertirá en una

de las tres grandes fronteras migratorias del mundo hasta finales del presente siglo.

Por último, el fenómeno fundamentalista se ha manifestado como una de las expresiones más radicalizadas en la confrontación entre civilizaciones en la fractura Norte-Sur. El fundamentalismo, como actitud de rechazo a las frustradas vías de modernización de corte laico y occidental, ha radicalizado las posturas políticas y religiosas. La percepción que del fundamentalismo se ha forjado en buena parte del mundo occidental y europeo se ha polarizado en una sensación de amenaza, manifiesta a través de distintos ámbitos: geoestratégicos, por el peligro que suponen las acciones terroristas llevadas a cabo por grupos fundamentalistas; políticas, por la inestabilidad en los Gobiernos y regímenes del Sur mediterráneo; y en el terreno económico por el temor a las consecuencias que el triunfo fundamentalista pudiera tener en el acceso de Occidente a importantes recursos energéticos, principalmente gas y petróleo. Una geografía compleja en términos geopolíticos caracterizada por su carácter fronterizo y por su permanente inestabilidad, ilustrada en la actualidad por problemas como las tensiones entre los grupos islámicos y los regímenes laicos y pro-occidentales en Argelia, Egipto o Turquía; los innumerables obstáculos en el proceso de paz entre árabes e israelíes o el litigio en torno a Chipre.

Ante este complejo horizonte y ante las expectativas e incertidumbres suscitadas en la inmediata posguerra fría, hemos de preguntarnos: ¿en qué medida el interés por la situación mediterránea se ha plasmado en políticas concretas en los foros internacionales?, y si se han adoptado iniciativas en este sentido, ¿cuál ha sido el papel de España en la toma de conciencia y la promoción de políticas específicas hacia una área tan crucial para sus intereses nacionales?

La actividad desempeñada en varios foros internacionales, concretamente la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea (CSCE), la OTAN y la Unión Europea, ilustra la concienciación occidental hacia la situación del Mediterráneo y el papel activo que en la misma ha jugado España, y en un plano más secundario Italia y Francia.

El punto de partida de las nuevas acciones y políticas habría que situarlo en la reunión de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea, celebrada en Palma de Mallorca en septiembre de 1990 y a la que asistieron 35 Estados, entre los que figuraban Argelia, Egipto, Israel, Líbano, Libia, Marruecos, Siria y Túnez. En el transcurso de la misma los problemas concernientes al Mediterráneo ocuparían un lugar muy destacado. El entonces ministro de Asuntos Exteriores, Fernández Ordóñez, afirmaba en su intervención que «la interdependencia apunta al hecho de que la orilla Norte y la

orilla Sur son un todo indisoluble, un espacio de constante interacción (...) El Mediterráneo es una condición necesaria para la estabilidad de Europa; o, en expresión más categórica, Europa no estará segura mientras el Mediterráneo sea inestable».

A iniciativa hispano-italiana se presentó una propuesta con la finalidad de convocar una Conferencia de Cooperación y Seguridad en el Mediterráneo (CSCM), cuyo principal objetivo sería el de extender a esta área los principios de distensión y cooperación imperantes en Europa desde Helsinki en 1975. Las delegaciones española e italiana presentaron una serie de propuestas concretas amparadas en dos principios: la interdependencia entre el Norte y el Sur, y la disparidad existente entre ambas orillas. Las propuestas concretas presentadas por ambas delegaciones fueron: en primer lugar, la urgencia de globalizar las relaciones en el área mediterránea; en segundo término, la conveniencia de iniciar un modelo de convivencia y estabilidad para la denominada por la doctrina española «postcrisis»; en tercer lugar, la extensión del «espíritu de Helsinki» a la región mediterránea; a continuación, la creación de instrumentos adecuados de cooperación y distensión en el área, teniendo en cuenta las especificidades de ese espacio heterogéneo, dual y conflictivo; en quinto lugar, la creación de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo, que habría de integrar a todos los países del área y que debía canalizar el camino hacia la distensión y la cooperación; y por último, la articulación de dicha Conferencia en tres cestos, el «cesto de la seguridad» para construir un orden estable y prevenir las crisis, el «cesto de la cooperación» para promover el codesarrollo, y el «cesto humano» para fomentar el diálogo entre diferentes culturas y creencias.

Estas propuestas fueron acompañadas por una serie de medidas tendentes a la institucionalización de unas estructuras de diálogo entre los cuatro países de la Comunidad Europea ribereños y las cinco naciones integrantes de la Unión del Magreb Árabe (UMA). A estas reuniones se las conoció coloquialmente como las «reuniones 5+4» y después «5+5» tras la incorporación de Malta. La CSCM debía de convertirse en el marco global y gradual desde el que habría de potenciarse la solución de los conflictos mediterráneos.

Estas propuestas dieron lugar a un notable apoyo entre los Estados miembros de la CSCE, aunque la delegación francesa, muy poco activa en estos temas, mostró sus reticencias desde un principio. El resultado final fue que en el punto 14 de la Declaración final de Palma se concluía que: «A lo largo de la Reunión se ha propuesto, que, cuando las circunstancias lo permitan, se proceda a la convocatoria de una reunión fuera del marco de la CS-

CE, pero inspirada en la experiencia de su proceso, que aborde un conjunto de reglas y principios generalmente aceptados en los campos de la estabilidad, la cooperación y la dimensión humanitaria en el Mediterráneo». Esa conferencia, sin embargo, no se llevó a cabo tanto por las circunstancias internacionales como por el creciente interés por los antiguos Estados del bloque comunista y por el papel de la Rusia de Yeltsin, en el seno tanto de la CSCE como de la OTAN y la propia Comunidad Europea.

La OTAN, por su lado, no mostró excesiva atención a los problemas del Mediterráneo, ni al fenómeno del fundamentalismo islámico, hasta principios de 1994. En aquella fecha, el comunicado final de la cumbre de la Alianza hacía mención a que los 16 miembros tenían la «convicción de que la seguridad de Europa se veía afectada en gran medida por su flanco sur». La preocupación por esta área ha ido en aumento en los últimos años, de modo que se ha considerado la necesidad de actuar de forma más eficaz e intensa. En febrero de aquel mismo año la Alianza Atlántica introdujo al Mediterráneo en su mapa de seguridad, y se ha convertido en un tema prioritario, al sustituir el «Sur» al Este europeo como foco de peligro para la paz y la estabilidad de Europa. El Consejo Atlántico aprobó, a iniciativa española y por consenso, a principios de febrero, un documento estratégico titulado «Recomendaciones sobre la puesta en práctica de un diálogo con países mediterráneos no miembros de la Alianza», el cual establecía tres fases para alcanzar un «diálogo directo» político y de seguridad con países del Norte de África, entre los que no figuraba Argelia. Durante la primera fase se desarrollarían unas conversaciones exploratorias con los embajadores de aquellos países. Durante la segunda fase se concretaría un diálogo más estructurado y formal, y en la última fase, se desarrollaría un proceso de cooperación plena cuyo objetivo final sería la creación de algún tipo de estructura permanente de cooperación entre la Alianza Atlántica y estos países.

En el marco europeo se han ido adoptando iniciativas que han puesto de relieve el interés creciente por el Mediterráneo. Además de acciones emprendidas por organizaciones no gubernamentales, destaca la propuesta para la elaboración de una «Carta del Mediterráneo», auspiciada por el Movimiento Europeo y otras organizaciones, presentada en noviembre de 1994 en Murcia. Pero indudablemente, las propuestas institucionales de mayor calado y mayor alcance serán aquellas promovidas en el seno de la Unión Europea.

El interés comunitario por el Mediterráneo ha sido siempre una constante, aunque éste se ha mostrado con desigual intensidad a lo largo del tiempo. Ya en la firma de los Tratados de Roma de 1957 se aludía explícitamente

te a Marruecos y Túnez, en un protocolo anexo, considerando sus privilegiadas relaciones económicas con Francia.

Hasta 1972 la Comunidad había concluido una serie de acuerdos bilaterales con países europeos de la cuenca mediterránea: Grecia y Turquía en 1963, España en 1970, así como con algunos países del Norte de África, como Marruecos y Túnez en 1969. La base jurídica de aquellos acuerdos comerciales se amparan el artículo 238 del hoy Tratado de la Unión Europea.

A pesar de estos acuerdos el balance de la política mediterránea comunitaria en 1971 era juzgado por la Comisión en los siguientes términos: «La estrecha imbricación de los intereses políticos y económicos que existen y la influencia que Europa puede ejercer en esa región contribuyen a colocar el desarrollo de la cuenca mediterránea, como una prolongación natural de la integración europea (...) (No obstante) Los acuerdos firmados con esos países son una expresión insuficiente del interés que Europa manifiesta por esa región».

La carencia de una concepción global de la política comunitaria hacia el Mediterráneo, como puede deducirse de la conclusión de la Comisión, sería un problema abordado en la cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de 1972 celebrada en París. En aquella cumbre se subrayó la importancia del Mediterráneo y la necesidad de iniciar una nueva fase de aproximación hacia los países de dicha cuenca. No obstante, la política mediterránea todavía estaba muy lejos de la globalidad de la política comunitaria hacia el África Subsahariana, regulada en el Convenio de Lomé. No obstante, unos meses más tarde, la Comisión propondría un «enfoque global mediterráneo», para impulsar una cooperación en el Mediterráneo basada tanto en un régimen comercial preferencial como en la promoción de ayuda financiera, económica y técnica.

En este contexto, desde 1974 se inició una acción mediterránea más intensa con la firma de acuerdos de cooperación global con los países del Magreb: Túnez (25 de abril de 1976), Argelia (26 de abril de 1976) y Marruecos (27 de abril de 1976); y con los países del Mashrek: Egipto (18 de enero de 1977), Jordania (18 de enero de 1977), Siria (18 de enero de 1977) y Líbano (3 de mayo de 1977). Estos acuerdos se complementarían con protocolos financieros que se renovarían cada cinco años. Desde 1986 se firmaron Acuerdos de Asociación con Turquía, Chipre y Malta, que debían llevar a una unión aduanera y al impulso de acuerdos de cooperación con los otros países mediterráneos.

El balance de la política mediterránea de la Comunidad a finales de la década de los ochenta era el siguiente: el predominio del bilateralismo en las relaciones entre la Comunidad y los países mediterráneos; el asentamiento

de la política mediterránea sobre dos pilares —las concesiones arancelarias y la cooperación financiera a través de proyectos concretos—, y el estancamiento del diálogo político euroárabe. A pesar de todo ello, la dependencia comercial entre la Comunidad y los países del área mediterránea había aumentado de forma creciente. Todos los Estados del Magreb, más Siria, Egipto e Israel, tenían a la Comunidad Europea como su principal mercado de exportación. Entre el 45 y el 60% de las exportaciones de estos países se dirigían hacia la Comunidad, mientras que entre el 35 y el 60% de sus importaciones procedían de la Comunidad. Las exportaciones comunitarias hacia aquellos países habían adquirido cierta entidad, aunque sólo representaban el 7,3% del total comunitario en la década de los ochenta.

Con el final de la década de los ochenta aquel modelo pareció agotarse, a pesar de que tras el ingreso de España y Portugal el Sur comenzó a acaparar mayor atención en las políticas comunitarias globales. En este contexto, se propondría en diciembre de 1989 la «Política Mediterránea Renovada», que sería adoptada por el Consejo en diciembre de 1990. La ampliación y renovación de la política mediterránea se orientaba hacia seis capítulos: el apoyo al proceso de ajuste económico; el fomento de las inversiones privadas; el incremento de las financiaciones bilaterales y comunitarias; el mantenimiento y mejora del acceso al mercado comunitario; la observación de la implicaciones de la evolución de la Comunidad hacia el mercado único; y el refuerzo del diálogo económico y político. La dotación económica de esta política sería de 4.405 millones de ecus, repartidos en tres capítulos: 2.075 para los protocolos financieros con Argelia, Egipto, Israel, Jordania, Líbano, Marruecos, Siria y Túnez, desde el 1 de noviembre de 1991 hasta el 31 de octubre de 1996; 2.030 millones de ecus para la cooperación financiera horizontal; y 300 millones de ecus destinados a apoyar las reformas económicas.

Sin embargo, el impacto de los acontecimientos de Europa Central y Oriental, así como la Guerra del Golfo, mostrarían nuevos horizontes que modificarían las pautas de la política mediterránea de la Comunidad. El Consejo Europeo de Lisboa, celebrado en junio de 1992, fue el punto de partida en este giro en las relaciones mediterráneas. En aquel encuentro se subrayó que las costas meridional y oriental del Mediterráneo, así como Oriente Medio, eran zonas geográficas en las que la Unión tenía importantes intereses, tanto en la esfera de la seguridad como el ámbito de la estabilidad social.

En septiembre de 1993 la Comisión aprobó una comunicación sobre el apoyo comunitario al proceso de paz en Oriente Medio, que se plasmó en la concesión de ayudas a los palestinos, el impulso a las negociaciones entre palestinos e israelíes y al apoyo a la cooperación regional en Oriente Medio.

De cualquier modo, no sería hasta el Consejo Europeo de Corfú, celebrado en junio de 1994, el momento en que se presentó una petición formal y decisiva a la Comisión para que ésta presentara orientaciones y propuestas concretas para el desarrollo de una renovadora política mediterránea. En esta línea de acción, el Parlamento Europeo contribuyó a la renovación de la política mediterránea mediante una proposición, fechada el 6 de mayo de 1994, para crear una Asamblea Mediterránea, que canalizase el diálogo político entre los países del Norte y del Sur mediterráneos. Este conjunto de iniciativas confluyó en un amplio documento de la Comisión Europea, del 19 de octubre de 1994, que fue remitido al Consejo y al Parlamento Europeo, donde se ponían las bases de la nueva política mediterránea de la Unión bajo la denominación de «Asociación Euromediterránea».

En este documento se pone de relieve la toma de conciencia de la Unión hacia los problemas mediterráneos, en alguna medida aplazados o relegados por la emergencia de los cambios y las expectativas hacia Europa Central y Oriental. Muchos son los argumentos que justifican el interés de los europeos hacia el Mediterráneo: el valor estratégico del Mediterráneo, la importancia de los suministros energéticos procedentes de países del Sur mediterráneo (el 24% de las importaciones energéticas de la Unión), la presencia de 5 millones de inmigrantes procedentes del Mediterráneo en la Unión, el peligro del fundamentalismo islámico o la agravante expectativa del aumento de los desequilibrios socio-económicos Norte-Sur. De este modo a principios de marzo de 1995 la Comisión Europea aprobó el llamado Plan Meda, en cuya elaboración jugó un destacado papel el comisario español Manuel Marín, que preveía la cooperación con los países mediterráneos a partir de tres ejes: el apoyo a las transiciones económicas, la mejora del equilibrio social y económico, y el respaldo a la integración regional. Este plan, cuya alternativa en el Este de Europa es el programa Phare, tiene también como objetivo la creación de un marco de seguridad y estabilidad en la frontera sur de la Unión Europea.

El 19 de marzo de 1995, los quince Estados de la Unión Europea, a través de sus ministros de Asuntos Exteriores, confirmaron el interés europeo por el Mediterráneo aprobando un texto titulado «Plan de acción para la asociación euro-mediterránea 1995-2010», basado en las propuestas de la Comisión. Este plan abarca a los 11 países con los que la Unión Europea mantiene relaciones. Se prevé, asimismo, el seguimiento del mismo a través de la institucionalización de reuniones permanentes de ministros o altos funcionarios de todas las partes implicadas. El plan prevé una ayuda financiera de 5.500 millones de ecus para el período 1995-1999, a los que se podrán sumar otros 5.500 millones de ecus en préstamos del Banco Europeo de In-

versiones. El plan incluye un amplio conjunto de medidas concretas, tanto en el ámbito económico, como la creación de una zona de libre cambio en el 2010, la promoción del desarrollo económico a través del intercambios de informaciones sobre desarrollo industrial y tecnológico, o el desarrollo de los recursos y las infraestructuras; como en el ámbito social, mediante el fomento de las redes de intercambios universitarios, intercambios culturales de todo tipo y la promoción de la inserción de la población inmigrada en la Unión.

El interés por la promoción de una política global hacia el Mediterráneo por parte de España se concretó en la Conferencia Euro-Mediterránea de Barcelona. La posición española ya fue anticipada por el entonces ministro de Asuntos Exteriores español, Javier Solana, al exponer en julio de 1994 su concepción de la nueva arquitectura mediterránea. Desde las páginas de *El País* afirmaba que:

«La dialéctica entre la unidad y la diversidad en el Mediterráneo es tan antigua como nuestros pueblos. No obstante, estoy convencido de que se puede construir una nueva arquitectura mediterránea que incorpore ambos factores. El edificio mediterráneo debería sustentarse en dos pilares, correspondientes a las cuencas oriental y occidental de nuestro mar común, y coronarse mediante una especie de bóveda unificadora que acompañe estos esfuerzos y aborde con flexibilidad y gradualidad las cuestiones que afectan al conjunto mediterráneo. Sería la mejor manera de resolver la ecuación de la diversidad y de la unidad.»

La Conferencia Euromediterránea de Barcelona, en la que participaron 27 países, institucionalizó el camino hacia la asociación sobre tres pilares: la política y la seguridad; la economía; y la asociación social, cultural y humana. Pero no culminó con la creación de una «Conferencia Permanente» que asegurase el seguimiento del programa de trabajo aprobado en Barcelona. Los avances posteriores han sido muy limitados, como se puso de relieve en la II Conferencia Euromediterránea de Malta en abril de 1997, por la persistencia, o agravación en algunos casos, de las tensiones existentes en la cuenca mediterránea.

En definitiva, unidad y diversidad, tal como planteábamos en un principio al recurrir a las reflexiones de Fernand Braudel, siguen siendo, por tanto, los elementos de fondo sobre los que se ha de plantear, desde las dos orillas, la solución de los problemas mediterráneos. Unidad y diversidad que en el tramo final de este siglo, tras la Guerra Fría y el debate abierto sobre el Nuevo Orden Mundial, enmarca en su complejidad la convivencia en el Mediterráneo. En este convulso y cambiante horizonte la preocupación de

los dirigentes españoles por el Mediterráneo no es sólo la herencia de una constante de la política exterior de nuestro país, sino que expresa la toma de conciencia por un área vital para el propio devenir de España en el marco de un mundo cada vez más globalizado, y percibido como parte integrante de una comunidad ribereña de dicho mar y como un país anclado en las estructuras institucionales occidentales, atlánticas y europeas.

Aún es pronto para hacer balance de la coherencia y efectividad de las políticas auspiciadas hacia el Mediterráneo desde estos foros occidentales y europeos, pero de lo que no cabe duda es que la magnitud de los problemas existentes en el mundo mediterráneo, como expresión de esa brecha Norte-Sur, requiere soluciones nuevas que bien podrían definirse desde este nuevo marco global de entendimiento, que no ha logrado aún disolver las recíprocas suspicacias entre las comunidades de una orilla y otra, consecuencia de una experiencia histórica reciente dominada a menudo por el conflicto y las tensiones entre ambas.

BIBLIOGRAFÍA

1. Bibliografía general sobre el Mediterráneo actual

- ALIBONI, R.-JOFFE, G. (eds.): *Security challenges in the Mediterranean region*, 1995.
- ALONSO GARCÍA, M.: *Las Comunidades Europeas, el Mediterráneo y el Norte de África*, 1989.
- ALPHER, J.: *Nationalism and modernity: a mediterranean perspective*, 1986.
- AMIN, S.-YACHIR, F.: *El Mediterráneo en el mundo: la aventura de la transnacionalización*, 1989.
- AMIN, S.: *El juego de la estrategia en el Mediterráneo*, 1993.
- AYARI, C.: *Enjeux Méditerranéens: pour une coopération euro-arabe*, 1992.
- BALTA, P.: *Estrategia del Mediterráneo Occidental y del Magreb*, 1983.
- (dir.): *La Méditerranée reinventée: réalités et espoirs de la coopération*, 1992.
- BAUMONT, M.: *La Méditerranée et les problèmes méditerranéens de 1869 à 1939*, 1958.
- BENHAYOUN, G. (dir.): *L'Europe et la Méditerranée*, 1993.
- BRAUDEL, F.: *El Mediterráneo en la época de Felipe II*, 1976.
- *El Mediterráneo*, 1987.
- *El Mediterráneo: el espacio y la historia*, 1989.
- *En torno al Mediterráneo*, 1997.
- CAUZATIER, J. M.: *Géopolitique de la Méditerranée*, 1988.

- CEE: *CEE, Mezzogiorno, Mediterráneo: nuove prospettive di cooperazione economica*, 1982.
- CONVERSACIONES: *Las conversaciones Norte-Sur sobre los problemas del Mediterráneo*, 1994.
- ESTRATEGIA: *Estrategia regional en el Mediterráneo Occidental*, 1989.
- FISAS ARMENGOL, V.: *Paz en el Mediterráneo*, 1987.
- GARCÍA CANTUS, D.: *El Mediterráneo y el mundo árabe ante el nuevo orden mundial*, 1994.
- GILLESPIE, R. (ed.): *Mediterranean politics*, 1996.
- HOLMES, J. W. (ed.): *The United States, Southern Europe and the challenges of the Mediterranean*, 1995.
- KHADER, B.: *L'Europe et la Méditerranée: géopolitique de la proximité*, 1994.
- KHADER, B.-ROOSENS, C.-AIT CHAALAC, A.: *Territoires et frontières en Méditerranée*, 1994.
- LUALOW, P. (ed.): *Europe and the Mediterranean*, 1994.
- MADÉLIN, H.: *Petróleo y política en el Mediterráneo Occidental*, 1975.
- MARQUINA, A. (ed.): *Confidence building and partnership in the Western Mediterranean: task for preventive diplomacy and conflict avoidance*, 1994.
- *Las conversaciones internacionales Norte-Sur sobre los problemas del Mediterráneo*, 1994.
- MEDITERRANÉE: «La Méditerranée dans la vie internationale», en *Relations Internationales*, n.º 87, 1996.
- MELERO, A. (coord.): *Países árabes y Comunidad Europea: relaciones institucionales y comerciales*, 1995.
- MÍGUEZ, A.: *Europa y el Mediterráneo: perspectivas de la Conferencia de Barcelona*, 1995.
- MIRA, E.: *El Mediterráneo, entre Europa y el Islam*, 1991.
- MONTABES, J.-LÓPEZ, B.: *Explosión demográfica, empleo y trabajadores emigrantes en el Mediterráneo*, 1993.
- MORALES LEZCANO, V.: *El Mediterráneo 2. Edades Moderna y Contemporánea*, 1993.
- MORO, C. (coord.): *La nueva Europa y la cuenca sur del Mediterráneo*, 1992.
- O'NEILL, R.: *Prospects for security in the Mediterranean*, 1988.
- PÉREZ JIMÉNEZ, A.-CRUZ ANDREOTTI, G.: *La religión como factor de integración y conflicto en el Mediterráneo*, 1997.
- PINKELE, C. F.-POLLIS, A. (ed.): *The Contemporary Mediterranean World*, 1983.
- POMFRET, R.: *Mediterranean policy of the European Community: a study of discrimination in trade*, 1986.
- ZORGBIBE, C.: *La Méditerranée sans les grands?*, 1980.

2. Bibliografía sobre España y el Mediterráneo en la actualidad

- ACTAS: *Actas del I Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar»*, 1988.
— *Actas del II Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar»*, 1995.
- ABELLÁN, J. L.: «El significado de la idea de Europa en la política y la historia de España», en *Sistema*, n. 86-87, 1988, pp. 31-43.
- ÁLGORA, D.: *Las relaciones hispano-árabes durante el Régimen de Franco*, 1996.
- ALONSO BAQUER, M.: *Estrategia para la Defensa. Los elementos de la situación militar en España*, 1988.
- AREILZA, J. M.-CASTIELLA, F. M.: *Reivindicaciones de España*, 1941.
- BARCIA TRELLES, C.: *Puntos cardinales de la política internacional española*, 1939.
- CASARIEGO, J. E.: *Grandeza y proyección del mundo hispánico*, 1941.
- CORDERO, J. M.: *Relaciones exteriores de España*, 1954.
- DIEGO, J. R.: *Historia del Sahara español. la verdad de una traición*, 1988.
— *La última guerra colonial de España. Ifni-Sáhara, 1957-1958*, 1993.
- ESPADAS, M.: *Franquismo y política exterior*, 1988.
- IBÁÑEZ DE IBERO, C.: *La personalidad internacional de España*, 1940.
- JOVER ZAMORA, J. M.: *Política, Diplomacia y Humanismo Popular en la España del siglo XIX*, 1976.
— «La percepción de los conflictos europeos: notas históricas para su entendimiento», en *Revista de Occidente*, febrero de 1984, pp. 5-42.
- LARRAMENDI, M. N. DE-NÚÑEZ, J. A.: *La política exterior y de cooperación de España en el Magreb (1982-1995)*, 1996.
- LORCA, A.: «El retorno de España al Mediterráneo», en *Información Comercial Española*, n. 664, diciembre 1988, pp. 9-23.
- LORCA, A.-ESCRIBANO, G.: «Goeconomía y geopolítica mediterráneas», en *Información Comercial Española*, n. 759, diciembre 1996-enero 1997, pp. 9-17.
- MAESTRE, J.: *El Sáhara en la crisis de Marruecos y España*, 1975.
- MAGREB: *Magreb/Marruecos. U.E./España ¿Acercamiento o cierre?*, 1996.
- MARQUINA, A.: *España en la política de seguridad occidental, 1939-1986*, 1986.
— (ed.): *El flanco sur de la OTAN*, 1993.
- MESA, R.: «La posición internacional de España. Entre el Centro y la Periferia», en *Leviatán*, n. 33, 1988, pp. 32-39.
- OLIVER, P.: *Sáhara: drama de una descolonización, 1960-1987*, 1987.
- PAYNE, S.G.: *Spain's first democracy. The Second Republic. 1931-1936*, 1993.
- PINIÉS, J.: *La descolonización del Sáhara: un tema sin concluir*, 1990.
- PINO, D. DEL: *La última guerra con Marruecos: Ceuta y Melilla*, 1983.
- SANTAMARÍA, R.: *Ifni y Sáhara: la guerra ignorada*, 1984.
- TORRE, H. DE LA (coord.): *Portugal, España y África en los últimos cien años*, 1992.

- TORTELLA, G.: *El desarrollo económico de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*, 1994.
- VICENS VIVES, J.: *España. Geopolítica del Estado y del Imperio*, 1940.
- VILLAR, F.: *El proceso de autodeterminación del Sáhara*, 1982.
- VV.AA.: *África, España y la Comunidad Europea. Flujos migratorios y Cooperación al desarrollo*, 1993.
— Dossier: Europa y el Mediterráneo: Confrontación y encuentro, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n. 19, 1997.

Relaciones entre España y Guinea Ecuatorial: Anatomía de un desencuentro permanente

DONATO NDONGO-BIDYOGO

Me permitirán iniciar esta intervención con un par de precisiones. La primera, que trataré de rehuir el nivel teórico para exponer los hechos concretos y las reflexiones que susciten de una manera directa, con el fin de que sean comprensibles dentro de su lógica complejidad. Para un guineano preocupado por su país, el tema de Guinea Ecuatorial —una de cuyas parcelas prioritarias es la de las relaciones con España, nuestra antigua potencia colonizadora, de la que hemos heredado una parte de nuestra identidad nacional, como es la lengua y la cultura— no puede ser reducido al solo ejercicio intelectual, sino que suscita una variada gama de emociones, ya que se trata de nuestro país, de nuestra tierra, y sus habitantes no son un mero dato estadístico, sino que se trata de nuestros familiares y amigos, es decir, todo nuestro mundo, sobre el que van proyectados todos nuestros horizontes vitales. La segunda precisión es que no pertenezco a ningún partido político, ni en Guinea Ecuatorial ni en España, por lo que las opiniones aquí expresadas pertenecen a una persona tan celosa de su independencia personal que desde hace décadas ha asumido todas las consecuencias de esa autonomía intelectual, incluida la soledad, con la finalidad de mantener en todo momento la ecuanimidad, en la medida de lo posible, aun a riesgo de la orfandad que puede suscitar la incompreensión.

Lo que voy a exponer es, pues, el fruto de una experiencia personal alimentada, ciertamente, por la observación desde atalayas privilegiadas: durante bastantes años hice información internacional y diplomática para *Diario 16*; luego fui director adjunto del Colegio Mayor Nuestra Señora de África de Madrid, que depende del Ministerio de Asuntos Exteriores; durante siete años trabajé dentro de la estructura de la Cooperación Española

como director adjunto del Centro Cultural Hispano-Guineano de Malabo; y, por último, durante otros tres años, fui delegado de la Agencia Efe en Guinea Ecuatorial y en Gabón, con jurisdicción informativa en otros países vecinos, además de haber realizado las investigaciones sobre la historia de mi país como soporte de alguno de mis libros y de numerosos trabajos publicados en revistas especializadas. Todo lo cual me ha permitido conocer de primera mano no sólo una serie de datos que en mayor o menor medida están al alcance de la opinión pública, sino, sobre todo, una serie de mecanismos políticos y de reflejos psicológicos que condicionan históricamente, desde hace ya 29 años, las relaciones de ambos países, hasta configurar ese territorio de desencuentro permanente que trataremos de describir.

Cuando se habla de Guinea Ecuatorial, hay que tener en cuenta que se trataba de una colonia, doblegada bajo una doble opresión, la consustancial al hecho colonial mismo y la añadida por la naturaleza del régimen imperante en nuestra metrópoli: la dictadura del general Franco. Muchos españoles no entienden que el guineano sea anticolonialista, y desde Carrero Blanco hasta ahora mismo, el discurso español está varado en la autocomplacencia de la estadística: la renta per cápita de la Guinea de los años 60 era, efectivamente, la más alta del África subsahariana, si exceptuamos Sudáfrica; los niveles de escolarización eran envidiables, en comparación con nuestros vecinos geográficos, y notables la infraestructura sanitaria, la red de carreteras asfaltadas, la belleza de la arquitectura colonial de ciudades como Bata o Santa Isabel, hoy Malabo. Y aquí se produce el primer elemento de desencuentro. En efecto, todo esto es cierto, pero, visto y, sobre todo, vivido desde el otro lado, desde el lado del colonizado, el colonialismo encerraba otra serie de realidades: el racismo, atenuado o inconsciente, pero racismo al fin; la despersonificación del nativo, al que se despojó de su cultura original y genuina para imponerle otra, conceptuada como «superior», con todo lo que ello significa, puesto que a partir del momento en que se asume la lengua, la religión y hasta las costumbres y los alimentos foráneos, el individuo se convierte en simple apéndice «del otro»; la explotación de los recursos económicos del propio país y de sus recursos humanos por los extranjeros, principales beneficiarios de la situación colonial, genera una reacción de rebeldía, al sentirse expoliados y vejados por personas venidas de otros mundos. Es necesario insistir en que, pese a toda la retórica a que nos acostumbró el régimen colonial, el colonialismo no fue altruista, aunque los nativos se beneficiasen de algunas de sus aportaciones esenciales. Dicho de manera sencilla: ¿a quién le gusta vivir permanentemente en una cárcel, por muy cómoda que sea? Hay que entender que el colonialismo en general —y el franquista en particular— era un atentado contra la esencia misma del

ser humano, que es la libertad; de ahí que sea lógico el deseo de disponer de la propia vida, y en ese sentido la rebelión colonial estaba plenamente justificada y completamente natural la exigencia de la independencia.

De manera que aquí nos encontramos con una doble patología: la neurosis obsesiva de los españoles por que se les reconozca la «bondad» de su régimen colonial choca frontalmente con la neurosis obsesiva de los dirigentes guineanos de que se les garantice su libertad y su soberanía, y hasta que no se produzca una catarsis en ambos campos, un doble ejercicio de madurez, siempre serán tensas las relaciones entre Guinea Ecuatorial y España. Para que desaparezca ese primer elemento distorsionador, es necesario, pues, que los españoles superen su complejo de colonizadores, su complejo de superioridad de blancos que están en país de negros; y es necesario a su vez que los guineanos superemos nuestros complejos de colonizados, nuestro complejo de inferioridad de negros que supuestamente siempre son engañados por los blancos, de africanos que son siempre explotados por los europeos, de seres siempre a la defensiva, incapaces de articular un pensamiento nuevo y positivo superador del trauma colonial. Ello significa relegar el colonialismo a su verdadera dimensión actual como fenómeno histórico, y no un permanente referente político y social que nos impida formular proposiciones de progreso. Dicho de otro modo, es necesario que se establezcan entre españoles y guineanos relaciones de igual a igual, con lo que conlleva de asunción de las propias responsabilidades.

Las relaciones entre España y su única ex colonia en el África negra nacieron, pues, viciadas desde un principio. Nuestro primer presidente, Francisco Macías, estaba claramente afectado por la paranoia, por esa neurosis obsesiva de la que acabamos de hablar, como demuestran sus intervenciones ya durante la conferencia Constitucional —a la que asistieron personalidades luego tan relevantes en la historia actual de España y tan distintas como Fernando Morán y Rodolfo Martín Villa—, y el hecho de que España permitiera su candidatura a la presidencia (que legalmente podía haber impedido) y soportara su elección permite diversas lecturas: ¿no será que de esa manera el ministro Subsecretario de la Presidencia, Luis Carrero Blanco, del que dependían orgánicamente los Territorios Españoles del Golfo de Guinea, «castigaba» a los guineanos por su osadía al exigir la independencia, creyendo poder instaurar después un régimen mejor controlado a través de su candidato Bonifacio Ondo Edú? ¿No será que el entonces ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella, creyera que de esa manera su favorito, Atanasio Ndong Miyone, se haría más fácilmente con el poder, una vez demostrada la incapacidad de Macías? No vamos a entrar en la cuestión de si fue o no apoyado por algún miembro del Go-

bierno español, como se ha especulado, pero lo cierto es que a los cuatro meses y medio de la independencia, Atanasio Ndong realizó una intentona golpista —el único intento de golpe de Estado real que ha tenido lugar en el país, aparte del victorioso de Obiang Nguema contra su tío Macías en agosto de 1979— hecho que culmina la primera crisis de las relaciones hispano-guineanas y constituye el inicio cronológico del desencuentro permanente. Porque, hasta hoy mismo, las autoridades de Malabo se niegan a dar por cerrado ese capítulo de nuestra historia, y lo utilizan como un argumento imperecedero para ilustrar la supuesta falacia que, según ellos, siempre anima a los españoles, sin tener en cuenta que el relevo generacional operado en España ha traído otras formas políticas y nuevos modos de comportamiento.

A partir de ahí, Macías no dejará pasar una sola ocasión de denunciar a la antigua potencia colonizadora como país «imperialista», «colonialista», etc., asumiendo la retórica anticolonialista más radical al uso durante los años de la guerra fría, no sólo en un afán de defender el poder, no exclusivamente por defender su vida — por algo se proclamó presidente vitalicio—, sino para defender la soberanía del país, para afirmar la independencia, que, como buen autócrata, había asociado a su poder y a su vida.

Otro de los factores que condicionó y sigue condicionando las relaciones mutuas es el convencimiento de las autoridades en plaza en Guinea Ecuatorial de que España no les quiere, que desde Madrid se preferiría a otros políticos en el poder en Malabo. Lo que les lleva, en su lógica interna, a sospechar —y a veces a expresar en voz alta esa sospecha— que España se ingiere en sus asuntos internos, minando esa confianza imprescindible para hacer fluidas las relaciones bilaterales. Tal suposición se basa en que, ya desde antes de la independencia, pero sobre todo a partir de la crisis de 1969, determinados sectores del Gobierno español y del empresariado con intereses en nuestro país no ocultaban sus simpatías por algunos políticos guineanos. Hemos hablado ya de la apuesta de Carrero por Bonifacio Ondo Edú y de la de Castiella por Atanasio Ndong. Pero estamentos económicos influyentes en la era colonial trabajaban abiertamente por la desarticulación del país fomentando la creación de grupúsculos de base tribal, el más significativo de los cuales fue la Unión Bubi, cuyo líder, Edmundo Bosió Dioko, gozó siempre de la preferencia de la poderosa Cámara Oficial Agrícola de Fernando Poo. A falta de partidos políticos en la España franquista, las llamadas «familias» de aquel régimen tan peculiar jugaron sus bazas y alimentaron las ambiciones de los guineanos más destacados, haciéndoles concebir esperanzas de hacerse con el poder. Esta situación no respondía sólo al clásico esquema del «divide y vencerás». Cada uno de los sectores con in-

tereses políticos y económicos en Guinea Ecuatorial se aprestó a librar una batalla contra los otros, con nuestro país como telón de fondo, y ese espectáculo esperpéntico fue contemplado por unos guineanos atónitos que se hubieran echado a reír de buen grado, como hicieron los franceses y otros observadores interesados, si no hubieran pagado en su propia piel tanta irresponsabilidad. Las 50.000 personas asesinadas por Macías y los cientos de cadáveres sobre los que Obiang apoya su sillón presidencial no nos permiten reír, y por eso tenemos que mientras Guinea no sea un asunto de Estado consensuado por todas las fuerzas políticas españolas, ahorrándonos las imágenes de guineanos sosteniendo las campañas electorales de populares o socialistas sólo por unas migajas que apenas sirven para llegar a fin de mes, no se podrá llegar a ese territorio de encuentro necesario para basar unas relaciones estables y duraderas. La injerencia de unos y otros sólo genera la turbia ganancia a río revuelto de unos individuos que, como Antonio García-Trevijano en su día, aprovechan para apuntalar a las dictaduras que nos oprimen desde hace 29 años, so pretexto de ayudarnos.

Cuando afirmamos que no deben trasladarse a Guinea Ecuatorial las luchas partidistas españolas, estamos tratando también de conjurar otro peligro, el del enfrentamiento de unos guineanos con otros sobre temas que en principio están alejados de nuestras preocupaciones inmediatas. En mi opinión, tenemos un Estado desarticulado, que hay que ensamblar para que sirva como marco de convivencia entre todos; carecemos de infraestructuras de todo tipo, desde las educativas a las sanitarias, pasando por las obras públicas, las viviendas o los transportes; debe resolverse el tema de la moneda, y con él, el de la articulación de una economía abierta, dinámica y moderna; nuestros niños están malnutridos, las enfermedades nos diezman, la ignorancia nos ahoga; la reconciliación nacional está por hacer, y la cuestión de los antagonismos étnicos por resolver, las libertades por alcanzar; ante tantos y tan graves problemas, parece, si no superfluo, sí al menos un ejercicio de anticipación utópico el tratar de trasladar a nuestro contexto, de una forma mimética, determinados esquemas de pensamiento. Por eso, al hablar de ideologías en África, se debe hilar muy fino, pues, a pesar de la globalización, nuestras condiciones específicas requieren un tratamiento también específico. Deseamos la democracia porque han fracasado todas las experiencias de partido único, que no es sino el marco para mejor ejercer la tiranía; pero, sobre todo, porque exigimos en su momento las independencias para vivir en libertad y no para que unos pocos secuestraran nuestras mentes y nuestras energías; pero ello no significa que debamos absorberlo todo de Europa sin un análisis previo, sólo porque está de moda o nos lo imponen desde fuera.

Y con esto planteo otro de los puntos de desencuentro entre españoles y guineanos, como es la imposibilidad de entenderse si no se utiliza un mismo lenguaje. Me refiero no sólo al lenguaje político, sino a la misma lengua española. Empezando por este último aspecto, resulta claro que la deficiencia en la comprensión del español por las autoridades guineanas ha jugado un papel no despreciable en el diálogo de sordos en que se hallan enfrascados ambos interlocutores, pues no siempre entienden aquello que se les dice ni el sentido de lo que se les trata de decir. Lo cual, con ser grave, podría resolverse si existiera al menos un ambiente de mutua comprensión o una predisposición a esa comprensión, pero, en ausencia de estos elementos, todo acuerdo resulta imposible. Porque tampoco se comprende en Malabo el lenguaje político español, y ya no sólo porque no entienden el significado de las palabras, sino por su estructura mental. En general, el discurso español es un discurso modernizador, tendente a orientar a las autoridades guineanas hacia formas de Estado menos autoritarias, en las que se respeten los derechos humanos, se adecúen a los tiempos actuales las estructuras sociales, se tienda hacia la creación de una sociedad civil, a que el país remonte su ya secular crisis económica y reparta de manera más equitativa los inmensos recursos del país.

Pero en Malabo, esa orientación suena como si los españoles estuvieran poniendo las bases para apartarles del poder, del que tienen una concepción patrimonial. Ni Macías ni Obiang y sus respectivos entornos —que son básicamente el mismo— han asumido el hecho del Estado como entidad supratribal, y uno y otro han basado su acción de gobierno como si se tratara de la administración de los intereses de su tribu. Todo lo ven desde esa óptica, y no existe, por tanto, ni una verdadera Administración pública, ni un deseo de lograr el bien común. Su poder se basa en la mezcla de las concepciones tribales más anacrónicas y de las formas más depuradas de la tiranía, cuya consecuencia es que cualquiera que no pertenezca a su parentela clánica o se haya aliado a ella de una forma incondicional es en principio un «extranjero», un advenedizo del que se debe desconfiar, un enemigo, en suma. Corregir esta propensión llevará mucho tiempo no sólo en Guinea Ecuatorial, sino en muchos otros países del África negra, y sólo un nacionalismo integrador y solidario podrá iniciar la inversión del proceso. Por eso España debe profundizar más su conocimiento de lo africano, y más específicamente de lo guineano, y ayudar, desde la acción cultural, a que vayan desapareciendo los vestigios de las formas más inhumanas de las costumbres ancestrales para que la sociedad guineana alcance el estadio de la modernidad. Hasta que no llegue al poder lo que Fernando Morán suele llamar «clase modernizadora», conceptuando como tal aquellos guineanos

capaces de entender y de hablar el lenguaje actual; mientras los únicos interlocutores sigan siendo los elementos más tradicionalistas y retrógrados de nuestra sociedad, no cabe pensar en un cambio sustantivo en este terreno, ni, por tanto, en un entendimiento entre los lenguajes manejados en una y otra capital.

Por eso no debe sorprender que un ministro de Asuntos Exteriores de Obiang, Santiago Eneme, más conocido por su sobrenombre de Alandi, le preguntara al relator especial de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas «qué tienen que ver los derechos humanos con la democracia». Y es que, en su concepción, en su lenguaje, no tienen nada que ver. Ellos preferirían que España —y el resto de los países y organismos que cooperan con Guinea— les dieran en mano todo el dinero asignado para nuestro país por las estructuras de asistencia internacional para que vivan mejor, ellos y sólo ellos, y se hiciera la vista gorda sobre las detenciones arbitrarias y la tortura, los juicios sin garantía, el terrorismo de Estado, la falta de hospitales y escuelas, de luz eléctrica y agua corriente, etc., etc. Estos temas del bienestar general no les interesan, precisamente porque en sus aldeas no dejaron esas cosas, que consideran lujo de blancos y no necesidades esenciales que hay que cubrir para que la vida humana adquiera dignidad. Están acostumbrados a ejercer el autoritarismo y no entienden —sinceramente no comprenden— que se les diga que el poder es otra cosa. Por eso hablan siempre de injerencia externa si se lo señala un extranjero, o de «malos guineanos» si quien se queja es un nativo. En Guinea Ecuatorial —como en otros países de nuestro continente— hace falta, pues, que el Estado se dote de contenido, que asuma sus funciones y no sea regido por una minoría que simple y llanamente ha trasladado a toda la nación las estructuras de su propia tribu.

Lo cual nos lleva a proponer que España realice una política para el pueblo guineano, y no sólo para los dirigentes guineanos, sean quienes sean, ahora o en el futuro. Sé que es difícil, pues las relaciones se establecen y se mantienen de Estado a Estado, pero, sobre todo en lo cultural, estoy seguro de que existen mecanismos que permitirían mantener abiertas las puertas de un diálogo franco y enriquecedor entre nuestros dos pueblos. Lo que pasa es que muchas veces falta la audacia necesaria y sobra el miedo, a veces disfrazado de prudencia.

Miedo o prudencia, el caso es que España ha tenido que soportar en estos casi tres lustros numerosos casos de humillaciones por parte de los gobiernos guineanos. Tanto en la época de Macías como en la actual de Obiang, el gobierno de Malabo ha organizado manifestaciones multitudinarias en las que el pueblo ha sido obligado a arremeter contra la representa-

ción española, con gritos, consignas y pancartas claramente insultantes. Declaraciones de Macías o de Obiang, o de prohombres de sus gobiernos, han quedado muchas veces sin reacción, sin ninguna respuesta de la parte española. Vejeciones de palabra contra las más altas instituciones del Estado español han sido silenciadas a la opinión pública española. Soflamas, más que discursos, han sido lanzadas contra sus autoridades, sin mayor trascendencia. Ciudadanos españoles —blancos y negros— han sido encarcelados y torturados, sin recibir muchas veces más apoyo de la Embajada española en Malabo que el moral. La valija diplomática de la Embajada de España ha sido violada en varias ocasiones, y aparentemente no ha pasado nada.

Pues bien: esa aparente pasividad del gobierno español ha llevado a las autoridades guineanas a la certidumbre de que España no tiene fuerza, de que lo consiente todo, de que se puede jugar con ella sin que pase absolutamente nada. Y desde la mentalidad tribalista, la prudencia se confunde con la cobardía, y los cobardes no merecen sino desprecio. Por eso se han echado de menos reacciones contundentes, gestos más enfáticos que sirvieran para establecer el respeto que se merece un país como España. Las mentalidades primitivas no conocen más ley que la fuerza, y de vez en cuando es necesaria la firmeza para establecer el equilibrio. A cualquier observador le resulta imposible imaginar a un gobernante gabonés o camerunés insultando a las autoridades francesas, porque las consecuencias no se harían esperar. Y hasta que España no se haga respetar por los guineanos, siempre parecerá que quien dicta el ritmo, la intensidad y la cadencia de las relaciones es Guinea Ecuatorial, lo que constituye una paradoja que comparte el resto de la comunidad diplomática de Malabo, que no entiende el papel de España en su ex colonia. Como vía de ejemplo, podemos decir que la reacción proporcionada que se produjo tras la expulsión del cónsul español en Bata en diciembre de 1993, que se tradujo en la drástica reducción de la cooperación, y que verdaderamente asustó a las autoridades de Malabo, fue seguida por el inicio de unas conversaciones secretas —secretas a voces, como acostumbran los españoles a tratar sus asuntos— en las que la Embajada de España, es decir, el Ministerio de Asuntos Exteriores, pareció renunciar a su hasta entonces postura de firmeza en su apoyo a la democratización del régimen de Obiang. Y en seguida vino la contrarreacción de Obiang intensificando la represión y arremetiendo contra uno de los principales dirigentes de la oposición como lo es Severo Moto, con el que se escenificó un juicio de opereta que todavía recordamos todos, hasta desembocar en la languidez actual de las relaciones bilaterales, en las que la escalada ha llegado a su punto culminante, la supresión del último vestigio de la presencia española en Guinea Ecuatorial, del principal vínculo entre ambos pueblos, co-

mo lo es la lengua española. ¿Qué concederá España ahora a Obiang Nguema, quien, al fin y al cabo, logrará su objetivo como ha logrado todos los anteriores? Recuérdese, a este respecto, tan sólo la incorporación de Guinea Ecuatorial al área económica y monetaria del franco francés en 1985, cuya posibilidad era negada sólo dos años antes por altos funcionarios de Exteriores, quienes, ante un artículo mío sobre el tema, me acusaron de alarmista y desestabilizador. Por desgracia para mi país, en ese y otros temas se reconoce ahora que uno tenía razón.

La cooperación española con Guinea Ecuatorial, tan generosa como anárquica, está mal planteada desde sus inicios. A la primera etapa, ciertamente de emergencia pero que duró nada menos que seis años, siguió un intento de racionalización desde 1985, con la elaboración del I Plan Marco. Pero la realidad es que los guineanos, y no sólo las autoridades, perciben esa cooperación como algo que no les afecta, y tienen razón. Primero, porque está concebida, administrada y ejecutada exclusivamente por los españoles, sin apenas participación de los sujetos a los que se supone va dirigida tal asistencia. Segundo, porque beneficia casi más a los técnicos y funcionarios españoles que al pueblo guineano, porque bastante más de la mitad de su presupuesto está destinada a la propia infraestructura de la cooperación y a los sueldos de los cooperantes. Tercero, porque apenas tiene incidencia en la población supuestamente asistida, puesto que sus beneficios apenas se notan en el país, si exceptuamos el campo de la enseñanza y, de lejos, el de la sanidad. Cuarto, porque la asistencia técnica española se ha convertido en un arma política, y la gente de un poblado alejado de la capital, que ni sabe ni quiere saber de política, no entiende por qué se les quitó al único médico que quizás habían visto en su vida. Podríamos seguir así bastante rato, desgranando los argumentos que han supuesto que una iniciativa en sí loable, que les ha costado a los españoles al menos 25.000 millones de pesetas desde que Obiang subió al poder, se haya difuminado sin dejar más huella que un profundo sentimiento de abandono y de frustración.

En mi opinión, España debió basar su cooperación en los miles de profesionales guineanos —o bien hispano-guineanos— que han estudiado y viven en su territorio, que tienen la ventaja añadida de conocer su país de origen, sus lenguas vernáculas, su mentalidad; y que hubieran dejado el fruto de su trabajo en su propio país, creando de verdad riqueza e impidiendo que buena parte del dinero donado retornara a España por la vía de los fabulosos sueldos de los expatriados. Esos mismos profesionales son, además, la clase modernizadora en la que debiera apoyarse España para que su acción sea permanente y próspera en Guinea Ecuatorial. En segundo lugar, España

debió primar su asistencia en la creación de infraestructuras, y no en servicios que, como se demuestra ahora, son sólo pan para hoy y hambre para mañana. En tercer lugar, España no identificó suficientemente las necesidades del país ni consultó apenas con los guineanos, y, como el resto de los países y organismos internacionales donantes, prefirió el prestigio inmediato y la propaganda a las realizaciones concretas. En este capítulo sólo podemos exceptuar a Francia, que sí se guardó para sí los proyectos más productivos, que iba abandonando España, como los económicos, y el resultado es que las telecomunicaciones, el comercio y la energía —además del sistema financiero y otros sectores de producción— están controlados por los franceses. Y, en último lugar, España prometió —es decir, reflejó sobre el papel— más de lo que podía o quería cumplir.

Si repasamos los acuerdos firmados a partir de 1979 y el Tratado de Amistad y Cooperación de 1980, veremos que España comprometió su asistencia en materia de pesca, hidrocarburos, capacitación y extensión agraria, transportes marítimos, finanzas, transporte aéreo, minería, telecomunicaciones, formación profesional, educación y becas de estudio, cultura, defensa y seguridad, agricultura, y otros de menor calado político. Al día de hoy, prácticamente ninguno de esos acuerdos ha dado sus frutos: los barcos pesqueros españoles no faenan en aguas guineanas; los hidrocarburos son explotados por empresas estadounidenses; la extensión agraria se limitó durante un tiempo a la explotación de dos granjas que suministraban huevos y verduras a los cooperantes y diplomáticos españoles, granjas hoy abandonadas; los transportes marítimos y aéreos no existen; las finanzas, las telecomunicaciones y la energía están controladas por Francia; hace años que España abandonó las prospecciones mineras; la formación de los cuerpos y fuerzas de seguridad también ha pasado a manos francesas, así como los temas de defensa; Malabo y Bata siguen sin agua corriente o luz eléctrica; aún no existe un centro cultural en la región continental, y el de Malabo languidece día a día; y, por último, desde 1994 España ha dejado de influir en la enseñanza en Guinea Ecuatorial.

Reflexión aparte merece el tema de la ausencia de instituciones financieras que respalden las posibles inversiones españolas en nuestro país, lo que nos lleva al caso del Guinextebank, un banco mixto creado en el marco de la cooperación financiera, operado al 50 por 100 entre el Banco Exterior de España y el Estado guineano. Se ha escrito mucho sobre su quiebra, ocurrida en 1987, y se ha insistido en los abusos cometidos por los guineanos, y en particular por Obiang y sus familiares, que recibieron créditos multimillonarios sin presentar ninguna garantía y que, como era de esperar, no devolvieron. Todo eso es cierto. Pero también es cierto que los directores de

las dos sucursales de aquel banco en Malabo y Bata eran españoles, unos funcionarios de banca que se olvidaron de hacer bien su trabajo sólo porque estaban en el trópico, y se engarzaron tan bien en la estructura de la corrupción que reina en Guinea que no dudaron en realizar operaciones al menos irregulares, si no rayando la ilegalidad, para complacer a sus amigos, no todos los cuales eran guineanos, incluido alguno hoy muy conocido en España, y muy particularmente en esta ciudad de Valencia. De modo que, como el capital, la responsabilidad del fracaso del Banco Exterior de Guinea Ecuatorial y de España debe repartirse al 50 por 100, aunque, por desgracia, siempre paguen al final los mismos, los contribuyentes españoles, puesto que el fabuloso agujero que generó gestión tan alegre fue cubierto por aquel banco público español, y en última instancia por el Estado español. Lo que, en buena lógica, nos lleva a afirmar que no es que sea imposible realizar negocios prósperos en Guinea Ecuatorial, sino que deben primar allí los mismos criterios de honestidad, eficacia y rentabilidad que en España garantizan el éxito de una empresa. Por supuesto, el vacío dejado por el banco hispano-guineano fue inmediatamente ocupado por un banco de la órbita francesa.

La última reunión de la Comisión Mixta Guineo-Española, prevista en el Tratado de Amistad y Cooperación, se produjo en 1989, el mismo año, curiosamente, en que Obiang realizó su última visita oficial a Madrid. El primer Plan Marco, que se ejecutó entre 1986 y 1990, no puede decirse que fuera satisfactorio, por las razones ya expuestas, y a la vista están sus resultados. Es posible que si se manejan exclusivamente los documentos producidos por Cooperación Española, se tenga la impresión de que se cumplieron prácticamente todos sus objetivos, hasta en un 80 por 100, según se refleja en ellos; pero el contraste de esos datos optimistas con la realidad sobre el terreno nos lleva, en el mejor de los casos y para no cargar las tintas, a un cierto grado de escepticismo. El II Plan Marco, aprobado en 1990 y que debía desarrollarse hasta 1995, quedó interrumpido dos años antes por la expulsión del cónsul español en Bata, Diego Sánchez Bustamante.

El fracaso de la cooperación española en Guinea Ecuatorial no puede atribuirse en exclusiva a la parte española; pero tampoco podemos descargar todas las culpas sobre Guinea Ecuatorial. El gobierno de Malabo tiene razón cuando se queja de que esa cooperación ha beneficiado principalmente a los propios españoles, que la gestionan en su integridad. Pero lo que pasa es que carece de la autoridad moral para levantar banderas de honestidad y de eficacia un régimen que, en 18 años de poder absoluto, no ha hecho absolutamente nada por mejorar el nivel de vida de su población, que se deteriora día a día. Con sus 400.000 habitantes, la mitad aproximadamente de

los cuales malvivimos fuera, en Gabón, en Camerún, en Nigeria, en España y en otros países a lo ancho del mundo, Guinea Ecuatorial es el país que más cooperación recibe por habitante. Además de España, cooperan o han cooperado con Guinea Ecuatorial Francia, Alemania, Estados Unidos, Japón, Nigeria, Sudáfrica (antes de Mandela), China, Corea del Norte, Cuba y Argentina. Todo el sistema de Naciones Unidas tiene representación en Malabo, coordinado por el PNUD, desde la UNICEF al PMA, pasando por el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional. Además de infinidad de ONGs y congregaciones y agrupaciones religiosas de todo tipo, católicas y no católicas. Tan ingente cantidad de recursos humanos y económicos no ha conseguido sacar al país de la miseria, y la situación, como decíamos antes, se deteriora un poco más cada día. ¿Por qué?

La respuesta es compleja, y no podemos dar aquí la fórmula mágica que resuelva nuestros problemas. Doctores tiene la Iglesia. Pero lo que sí es cierto es que habrá que hacer algo más que mirar cómo muere la gente en un país con inmensos recursos; cómo sus autoridades oprimen y maltratan a una población que jamás ha conocido la libertad, pues dejamos de ser una colonia franquista para caer en la tiranía de Macías, a la que siguió y sigue el despotismo de Obiang.

Antes de terminar, me gustaría tocar brevemente un aspecto que considero importante. Resulta que, pese a los viajes de los Reyes a diversos países de nuestro continente, la presencia de España es mínima en África. Incluso tiene abandonados a miles de africanos que en Camerún, Costa de Marfil, Senegal, República Democrática de Congo, Gabón, Angola y otros países, que aprenden el español como segunda lengua en la secundaria y en la universidad sin material didáctico, etc. En mi opinión, deberían potenciarse las relaciones culturales con estos países, independientemente de lo que suceda con Guinea Ecuatorial; la acción exterior de España no puede estar eternamente hipotecada o condicionada por sus relaciones, buenas o malas, con el gobierno de Malabo. Merecería la pena pensar en esto y emprender una acción específica que consolide y amplíe la presencia de la lengua española en nuestro continente. No hablo a humo de paja: muchos miles de africanos lo demandan, y un país como España ni puede ni debe desatender esa demanda.

La conclusión que podemos sacar de estas reflexiones es, a mi entender, que España debería buscar los mecanismos para conocer y comprender mejor a los guineanos, y no cerrarse en banda ante los desplantes de las autoridades de Malabo. Su cooperación debe concebirse a largo plazo, y no contentarse con ir gestionando el día a día, limitándose a ir tapando las grietas que se producen en el edificio de sus relaciones con su antigua colonia. Gui-

nea Ecuatorial no está formada únicamente por el gobernante de turno y su familia. Es todo un pueblo celoso de su independencia, pero que se siente orgulloso de sus vínculos hispánicos, que conforman una parte sustancial de nuestra identidad como pueblo y como Estado. España —es decir, todos y cada uno de los españoles que tengan que ver con Guinea Ecuatorial— debe dejar de actuar con una mezcla de paternalismo y mala conciencia y respetar escrupulosamente nuestra soberanía, absteniéndose de dictarnos lo que debemos hacer, sea a los que mandan o a los que luchan contra los que mandan. Y debe tratar a los guineanos como seres adultos, sin disculpar la mala fe con una comprensión mal entendida.

Y Guinea debe asumir su independencia con todas las consecuencias. Y no esperar que España y el resto de la comunidad internacional nos resuelvan todos nuestros problemas, e incluso nuestros caprichos, como si fuera una obligación. Cooperar es un verbo de doble dirección, y hasta ahora las autoridades guineanas actúan como los adolescentes, que pretenden afirmar su personalidad mientras esperan que todo les sea dado por los padres. Hace falta que la madurez, que la edad de la razón, lleguen a Malabo, y sólo entonces podrán articularse unas relaciones fructíferas y estables, lejos de los complejos de todo tipo que subyacen en las actuaciones de los unos y de los otros.

El Magreb y sus problemas

CARLOS ECHEVERRÍA JESÚS¹

El Magreb, término geográfico árabe cuyo significado es Poniente, incluye desde el punto de vista político y cultural a cinco Estados —Argelia, Libia, Marruecos, Mauritania y Túnez— y a un territorio, el Sáhara Occidental, cuyo estatuto jurídico definitivo está aún por definir. Las principales características comunes a todos los componentes del Magreb son la existencia de una lengua dominante, el árabe, la aceptación generalizada del Islam como religión, y el mantenimiento de lazos históricos tanto con el mundo árabe como con Europa.

Políticamente todos los Estados magrebíes pertenecen a la Liga Árabe y a la Organización de la Conferencia Islámica pero han venido adoptando hasta la actualidad actitudes diferentes frente a cuestiones relevantes como son el conflicto árabe-israelí o los múltiples enfrentamientos que dividen al mundo árabe. A pesar de tales diferencias los cinco Estados del Magreb fueron capaces de suscribir el 17 de febrero de 1989 el Tratado de Marrakech, constitutivo de la Unión del Magreb Árabe (UMA), vigente hasta la actualidad aunque sus actividades lleven suspendidas desde diciembre de 1995 por tensiones entre Argelia y Marruecos. La integración europea aceleró sin ninguna duda esta cristalización de los deseos unitarios magrebíes, pero los obstáculos internos son muchos y van desde las enormes diferen-

¹ El autor es en la actualidad Visitante Científico en el Instituto de Prospectiva Tecnológica de la Comisión Europea, en Sevilla. En el momento de pronunciar esta conferencia era investigador del Instituto de Estudios de Seguridad de la Unión Europea Occidental (UEO), con sede en París. Las opiniones expresadas en esta conferencia corresponden exclusivamente al autor y no representan las políticas ni de la Comisión Europea ni de la UEO.

cias de desarrollo económico entre los Estados miembros hasta las agudas tensiones políticas .

1. LOS OBSTÁCULOS A LA INTEGRACIÓN MAGREBÍ

El Magreb se ve hoy afectado por una inestabilidad derivada de diversos cambios políticos, socio-económicos, demográficos y culturales producidos en los últimos años. Esta inestabilidad se ha percibido desde el exterior, y fundamentalmente desde la vecina Europa, a través de indicadores como el incremento de la inmigración ilegal, el debate sobre la posible interrupción del suministro energético procedente de Argelia y de Libia, el auge de las actividades terroristas exportadas también al suelo europeo, la inestabilidad política y otros. De hecho algunos analistas occidentales se han visto tentados de caracterizar al Magreb como la nueva línea divisoria entre la estable y rica Europa y el caótico sur.

Diversos factores de fragilidad, tanto económica como política, debilitan la gobernabilidad de los Estados magrebíes y la estabilidad global de la región.

Una de las principales amenazas para los Estados magrebíes es la del crecimiento rápido de la población. El creciente desequilibrio demográfico entre las orillas norte y sur del Mediterráneo está claramente reflejado en las siguientes cifras: durante el período 1980-1988 la tasa anual de crecimiento era del 0,2% en Italia, del 0,3% en Francia y del 0,6% en España, frente al 3,1% en Argelia, el 2,7% en Marruecos y el 2,5% en Túnez. Estas cifras sugieren que incluso si tenemos en cuenta el descenso en el crecimiento de la población magrebí manifestado de una forma clara y evolutiva a partir de la década de los ochenta, la población de la orilla sur del Mediterráneo va a pasar de 161 millones en 1982 a 340 millones en el año 2025. Los efectos positivos del descenso en el crecimiento de la población norteafricana sólo serán percibidos a medio y largo plazo. A título de ejemplo la población de Argelia, Marruecos y Túnez pasará de los 60 a los 150 millones en dicho período. El resultado de esta explosión demográfica es que, por ejemplo, más de la mitad de la población de Marruecos tiene hoy menos de 20 años de edad, o que en 1995 el paro en Argelia se cifrara en un 25% de la población activa elevándose al 65% en el caso del segmento juvenil de la población. La emigración hacia Europa ha constituido en las últimas décadas una salida para parte del excedente de mano de obra de estos países y hoy alrededor de 2,5 millones de magrebíes viven y trabajan en los países europeos, principalmente en Francia. Hoy por hoy dicha cifra es

aceptable tanto social como económicamente y problemas de convivencia sólo se han planteado allí donde la concentración de inmigrantes es alta. El problema actual es que la presión migratoria crece ante la falta de perspectivas de empleo en los países del Magreb (excepción hecha de Libia) y coincide con una cierta saturación del mercado laboral en los países de la UE, al que también optan por acceder remesas cada vez más importantes de emigrantes de los países del antiguo bloque del Este.

En todos los Estados magrebíes el porcentaje de tierra arable se ve limitado por el avance imparable del desierto del Sáhara, siendo del 3% en Argelia, del 1,2% en Libia, del 20% en Marruecos y del 10% en Túnez. Todos los Estados magrebíes sufren de voluminosas deudas externas (32.000 millones de dólares Argelia en 1997) salvo Libia que tiene una deuda externa modesta (6.000 millones de dólares en 1997). Mientras Argelia y Libia atraviesan dificultades de estabilidad notables Marruecos y Túnez tratan de continuar por el sendero de la liberalización económica que les permite contar con el apoyo financiero y con la bendición política de las potencias y las organizaciones financieras occidentales, agitando si es menester los temores occidentales al islamismo radical que sacude de forma visible a sus vecinos.

Las diferencias de desarrollo económico entre los países de la región son importantes. Según el FMI Túnez atraviesa un período de crecimiento económico sólido ayudado por políticas macroeconómicas prudentes y la puesta en marcha de reformas estructurales. Argelia es el cuarto productor mundial de gas natural y está unida a Europa por firmes vínculos comerciales en este ámbito. La construcción del gasoducto entre Argelia y España que atraviesa Marruecos se culminó en el verano de 1996 y ha erigido a Argelia en abastecedor del 25% de las compras europeas de gas natural. El segundo cordón umbilical, que conecta Argelia con Italia a través de Túnez, fue terminado en 1983 y dobló su capacidad en 1995.

En el Magreb, los mayores riesgos provienen de la inestabilidad interna de los regímenes. Algunos Estados de la región son hoy víctimas de la violencia interna. Por ejemplo, los dos grandes productores energéticos del Magreb, Argelia y Libia, cuyos hidrocarburos son muy importantes para el abastecimiento europeo, están sujetos a inestabilidades internas y a tensiones internacionales.

Las sanciones impuestas a Libia por el Consejo de Seguridad de la ONU en 1992 afectan a diversos ámbitos: embargo aéreo y militar, sanciones diplomáticas, prohibición de venta a Libia de determinados bienes utilizados en la explotación de los hidrocarburos, restricción del uso de fondos financieros de propiedad o bajo control de súbditos libios, etc. Se

pusieron en marcha a raíz de la negativa libia a entregar a los EE.UU. y al Reino Unido a dos sospechosos de estar involucrados en el atentado terrorista contra un avión de la compañía PanAm sobre la ciudad escocesa de Lockerbie en diciembre de 1988 con un balance de 270 muertos. En 1989 Francia acusó a Libia de la destrucción de un avión de la compañía francesa UTA en Níger. La experiencia ha demostrado que la aplicación del embargo se ha venido debilitando con el paso de los años dividiendo incluso al bloque occidental². Libia ha violado en repetidas ocasiones el embargo aéreo con el envío de peregrinos libios a La Meca o con los viajes del propio Coronel Gadafi. Foros árabes y africanos, así como el Movimiento de los No Alineados, se han pronunciado en diversas ocasiones contra el mantenimiento de las sanciones. La visita oficial del Coronel Gadafi a Túnez en octubre de 1996 dio paso a un florecimiento en las relaciones bilaterales con este Estado magrebí, tradicionalmente pro-occidental. Aunque más modesto en su contenido, Libia inició parecido acercamiento al también pro-occidental Marruecos a partir de la visita oficial del Primer Ministro marroquí, Abdellatif Filali, en abril de 1997. Ante esta evolución, los EE.UU. y el Reino Unido comienzan a considerar la posibilidad de juzgar a los dos sospechosos libios en un tercer país ante la imposibilidad de conseguir su extradición.

Aunque la importancia de las relaciones comerciales de algunos países europeos impide vislumbrar una aplicación de un embargo comercial total contra Libia³, sí es cierto que el embargo parcial aplicado desde 1992 ha contribuido a aislar este Estado magrebí del mundo; de hecho, es el único país de la UMA que permanece ausente de todos los esquemas de diálogo y de cooperación existentes entre los países del norte y del sur del Mediterráneo. Por otro lado, la contestación interna al régimen del Coronel Gadafi está en gran medida dominada por el islamismo radical, que en los últimos años ha protagonizado enfrentamientos armados con las autoridades, localizados fundamentalmente en la región de Bengazi, en el este del país.

En Túnez la estabilidad política se basa en un férreo control de la sociedad por parte del Presidente Ben Alí. Desde 1987, año en que un golpe

² En 1996 el Congreso norteamericano aprobó la Ley d'Amato, que penaliza a las compañías extranjeras que mantienen relaciones con Libia. Este hecho provocó una crisis en las relaciones entre la UE y sus Estados miembros por un lado y los EE.UU. por otro.

³ Sólo los EE.UU. aplican un embargo comercial total contra Libia, la única medida que podría dañar su economía, y lo hace desde 1982 como represalia por el apoyo de Libia al terrorismo internacional. La Comunidad Europea aplica desde 1986 restricciones en sus relaciones diplomáticas con Libia.

de Estado *médico* apartaba del poder al veterano Habib Burguiba, el General Ben Alí ha consolidado progresivamente su poder eliminando toda fuente potencial de oposición con el régimen. En febrero de 1991 un ataque a una sede del partido gubernamental permitió al régimen iniciar una lucha sin cuartel contra todo movimiento sospechoso de ser islamista. En una década el Presidente Ben Alí ha sido capaz de hacer calificar desde el exterior a Túnez de país estable, y ello a pesar de la deriva sufrida por sus vecinos inmediatos Argelia y Libia y a pesar también de la propia evolución del respeto a los derechos humanos en el país. La UE, su principal socio comercial, ha privilegiado este papel de Túnez, primer socio mediterráneo con el que ha firmado un acuerdo de asociación el 17 de julio de 1995 bajo las nuevas directrices marcadas por la Declaración de Barcelona de 28 de noviembre de 1995 que, entre otras cosas, se fija el objetivo de crear una Zona de Libre Cambio euro-mediterránea en el horizonte del año 2010. Túnez pretende ser con ello, y a pesar de su modesto peso estratégico, el país pionero en el nuevo espacio euromediterráneo en construcción.

Para combatir toda veleidad islamista que pudiera existir aún en la sociedad tunecina, el régimen del Presidente Ben Alí se ha apropiado de algunos de los elementos clave de los programas de los movimientos islamistas: así, se ha convertido en el gran protector de la juventud, de las mujeres, de los pobres y de los desempleados y un sistema específico de asistencia social para las comunidades desfavorecidas, que incluye un fondo de solidaridad, es gestionado directamente por la Presidencia de la República. Es una medida importante si tenemos en cuenta que la aplicación de medidas económicas aún más restrictivas necesarias para aplicar fielmente los programas del FMI y para adaptarse al nuevo escenario de asociación euro-mediterránea propugnado por la UE va a provocar, al menos en el corto y el medio plazo, incrementos unas tasas de desempleo que hoy se sitúan en el 15% de la población activa.

Cuando Argelia inició en 1988 su proceso de liberalización económica y de apertura política nuevas esperanzas surgieron en el mundo árabe. Pero la victoria islamista del Frente Islámico de Salvación (FIS), legalizado de forma precipitada por el Presidente Chadli Benyedid en el marco de apertura indicado, primero en las elecciones municipales de junio de 1990 y después en la primera vuelta de las elecciones generales de diciembre de 1991, hicieron crecer en el país y sobre todo en la clase dirigente los temores a una dictadura islamista. La violencia desencadenada tras la interrupción del proceso electoral en enero de 1992 ha provocado entre 70.000 y 100.000 muertos, según fuentes occidentales. El presupuesto de defensa

se ha doblado desde 1992 y el país vive un nuevo proceso electoral que co-existe con altos niveles de violencia.

Entre 1995 y 1997 diversas convocatorias electorales han reconducido el proceso de democratización argelino y han ido consolidando progresivamente al régimen a los ojos del mundo. Las elecciones generales de 5 de junio de 1997 en Argelia dieron como resultado un Parlamento con representación de 11 partidos políticos. El partido del Gobierno, la Agrupación Nacional Democrática (RND) obtuvo 156 de los 380 escaños. El 1996 el coste total de la lucha antiterrorista fue de 1.800 millones de dólares, es decir, el 17% del gasto del Gobierno. Las fuerzas de seguridad se han mostrado capaces de proteger los puntos vitales de la infraestructura nacional, incluidas las instalaciones de exportación de gas y de petróleo, e incapaces de evitar los ataques contra civiles en el mundo rural. La violencia se va convirtiendo en un fenómeno endémico en Argelia y en el muy dividido bando islamista radical las acciones de pura oposición al régimen van dando paso a prácticas propias del bandidismo y de la pura delincuencia.

En Marruecos la designación del socialista Abderrahman Yussufi como primer ministro tras las elecciones generales de 14 de noviembre de 1997 ha marcado un hito en el proceso político marroquí que debería conducir a un sistema político más abierto. El gran desafío para el nuevo Gobierno es guiar una auténtica transición a la democracia, tarea difícil si se tienen en cuenta los lastres tradicionales de la política marroquí y el papel omnipotente del Rey Hassan II. De hecho el Rey, que se ha plegado a las reformas parlamentarias, sigue dando las directrices políticas y económicas. Marruecos ha optado desde hace años por la vía europea y ha firmado también, el 16 de noviembre de 1995, un acuerdo de nueva generación con la UE después de haberlo hecho Túnez. Como Túnez, Marruecos trata también de hacer méritos para obtener un trato privilegiado de Bruselas y, así, ha iniciado campañas visibles de lucha contra la corrupción, el tráfico de drogas y el contrabando de todo tipo que incluye también el de personas a través de la emigración ilegal hacia Europa. Con respecto al islamismo radical su política es ambigua: por un lado teme la infiltración desde la convulsa Argelia y oficialmente prohíbe la actividad de los partidos religiosos en su suelo pero, por otro lado, permite a las organizaciones islamistas celebrar actos sociales y publicar periódicos. Si bien es cierto que ninguna de las organizaciones islamistas más conocidas preconiza la violencia sí es cierto que existen facciones que sí lo hacen.

Con respecto a la evolución del Sáhara Occidental, en la primavera de 1997 el antiguo Secretario de Estado norteamericano James Baker fue designado Representante Especial del Secretario General de la ONU en el te-

ritorio para tratar de alcanzar un arreglo definitivo del conflicto. Las partes aceptan el marco general del plan de paz de la ONU de 1991 pero el referéndum de autodeterminación no acaba de celebrarse. En diciembre de 1995 el Rey Hassan II acusó a Argelia de interferir en los asuntos del Sáhara Occidental en respuesta a las opciones manifestadas por el Gobierno de Argel a las propuestas de la ONU en materia de elaboración de los registros de votantes. Desde esa fecha las actividades de la UMA han permanecido congeladas a solicitud de Marruecos. Con la intervención de James Baker se han celebrado sucesivas conversaciones directas entre Marruecos y el Frente Polisario, primero en Londres el 12 de junio de 1997, seguidas por reuniones en Lisboa el 23 de junio de 1997 y después en Houston el 16 de septiembre de 1997. En estas últimas se alcanzaron acuerdos importantes, fijándose entre otras cosas un código de conducta para los contactos futuros, aunque las desavenencias sobre la elaboración del censo y los consiguientes aplazamientos del referéndum siguen produciéndose.

En Mauritania, las primeras elecciones multipartidistas han tenido lugar en octubre de 1996 y han sido ganadas por el partido del Presidente Uld Taya. Este debe de continuar haciendo frente a los problemas endémicos de este país, el más pobre de todos los Estados de la UMA y uno de los más pobres del continente africano. Tras los enfrentamientos con Senegal de fines de los años ochenta y a pesar del restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Dakar y Nuakchott el 21 de abril de 1992, las relaciones son tensas y el problema de los refugiados mauritanos en la orilla sur del río Senegal sigue sin resolverse. Entre los movimientos de oposición interna al régimen hay que contar también aquí con los islamistas, repartidos en una densa nebulosa de cofradías religiosas y financiados desde los lejanos Estados del Golfo y desde Arabia Saudí. En octubre de 1994 una importante operación policial llevada a cabo en Nuakchott puso de manifiesto la importancia de este movimiento.

2. EL MAGREB VISTO POR OCCIDENTE

A pesar de la importancia que el Magreb tiene para la seguridad europea puede decirse que es una región que no recibe aún la atención debida. El Magreb en general y la crisis argelina en particular ha quedado subordinada en los últimos años a la preocupación compartida tanto por Europa como por los EE.UU. por el proceso global de Oriente Próximo o las tensiones recurrentes con el Irak de Saddam Hussein.

Esta falta de atención debería de cambiar si tenemos en cuenta, antes de considerar los factores de riesgo ya indicados, que el Magreb es la región del mundo en la que Europa encuentra de forma más inmediata y más directa el Sur. Si bien es cierto que son los países europeos ribereños del Mediterráneo los que hacen frente de forma inmediata a esta realidad también lo es que las consecuencias políticas, económicas y de seguridad de desatender al Magreb serían sufridas por todos los Estados de la UE.

Los desafíos planteados por las manifestaciones anti-occidentales producidas durante la guerra del Golfo, las acciones del islamismo radical, el incremento de la inmigración ilegal y del tráfico de drogas, el deterioro medioambiental y otros problemas han generado iniciativas nacionales y multilaterales destinadas a encontrar soluciones coordinadas para tales problemas. De hecho, la envergadura de éstos nos permite concluir que es necesario construir un sistema regional de seguridad y de cooperación en la región.

Entre las iniciativas multilaterales hoy existentes la mayoría proceden de la orilla norte del Mediterráneo. De hecho, los países norteafricanos han fallado a la hora de crear estructuras de coordinación y de concertación que sí existen en la orilla septentrional. Como ya indicáramos con anterioridad tanto la UMA en particular como la Liga Árabe en un ámbito más amplio han fallado a la hora de obtener resultados tangibles y respuestas concretas a los problemas más acuciantes del Magreb y del mundo árabe. Los países magrebíes buscan concesiones unilaterales de la UE más que establecer lazos entre sí. No más del 3% del comercio total de los países de la UMA se realiza entre ellos, mientras que una media del 70% —el 80% en el caso de Túnez— se realiza con los Estados miembros de la UE. Las potencialidades para la integración regional son enormes —productos agrícolas, minerales y pesqueros en Marruecos, Mauritania y Túnez; productos energéticos en Argelia y Libia; y posibilidades de empleo también en Libia—, pero las tensiones políticas intermagrebíes lo impiden.

El mayor esfuerzo en términos de cooperación está siendo dirigido por la Unión Europea a través de la Asociación Euro-Mediterránea que está construyendo junto con doce socios, de los que tres son magrebíes (Argelia, Marruecos y Túnez) de las orillas sur y este de la cuenca. El vasto programa iniciado con la Conferencia Euro-Mediterránea de Barcelona de 27 y 28 de noviembre de 1995 incluye la creación progresiva de una Zona de Libre Cambio, el incremento de la cooperación financiera, la celebración periódica de reuniones de ministros de asuntos exteriores, el desarrollo del diálogo cultural y la creación de medidas de confianza concretas y específicas para la región.

También en el terreno específico de la seguridad Occidente se ha aproximado en los últimos años a los países del Magreb. En este terreno los logros han sido más modestos al estar las cuestiones de defensa tradicionalmente ausentes del debate no sólo entre los regímenes magrebíes y sus sociedades sino también entre los Estados del Magreb entre sí y, por extensión, entre los países de la orilla norte y sur del Mediterráneo occidental. El diálogo en este terreno ha comenzado en la década de los noventa con la iniciativa lanzada por la Unión Europea Occidental (UEO) en 1992 estableciendo un diálogo de seguridad de carácter bilateral con Argelia, Marruecos, Mauritania y Túnez⁴. La prioridad en este diálogo, así como en el iniciado por la OTAN en febrero de 1995 con Egipto, Israel, Jordania, Marruecos, Mauritania y Túnez, es despejar de forma definitiva las percepciones negativas y tranquilizar a los países del Magreb que son considerados como socios y no como posibles adversarios.

3. CONCLUSIONES

Los países del Magreb tienen notables diferencias entre sí: Túnez ofrece a sus 9 millones de habitantes una prosperidad sin igual en el Magreb que coexiste con una gran obsesión por la seguridad interior; Libia mantiene desde hace años su condición de *paria internacional*, sentado en el banquillo de los acusados y ausente de toda iniciativa de concertación internacional si bien en lo bilateral mantiene jugosas relaciones comerciales con los países occidentales; Argelia, una potencia central en la región, atraviesa una inquietante violencia interior que coexiste con un nuevo calendario electoral que trata de dar solidez al Estado; Marruecos continúa su política de aproximación a Europa pero adolece de importantes handicaps como son la inestabilidad económica y el no resuelto conflicto del Sáhara Occidental, cuestiones ambas que gravitan alrededor de la preparación de la sucesión del Rey Hassan II; Mauritania adolece de problemas endémicos ligados a la debilidad de su economía y a su conflictivo estatuto de paísfrontera.

La experiencia de la apertura argelina ha llevado a despertar entre los líderes magrebíes los temores a los riesgos que pueda entrañar un proceso de democratización no controlado. Así, en la década de los noventa los Estados de la región han frenado temporalmente sus respectivos procesos de

⁴ Con posterioridad el diálogo se ha ampliado a Egipto, Israel y Jordania, pero es de destacar que esta útil experiencia comenzó con un marcado acento euro-magrebí.

apertura para reconducirlos con posterioridad haciendo, en paralelo, una observación atenta de la evolución argelina. No hay que olvidar que, aunque las circunstancias de la crisis argelina son específicas, el problema de base no lo es. El islamismo radical es un fenómeno existente en mayor o menor grado en todos y cada uno de los Estados de la región, y la intensidad con la que se manifiesta depende de dos factores: del margen de maniobra que los regímenes respectivos le conceden y de la solución que se da a los problemas socio-económicos y políticos que han provocado su auge desde la década de los ochenta.

La existencia de dos *cordones umbilicales* en forma de gasoductos que conectan Argelia y Europa, vía Túnez y vía Marruecos, deben de servir de estímulo a una activación no sólo de la cooperación entre las orillas norte y sur del Mediterráneo, sino también y sobre todo a una concertación sur-sur basada en la teoría de la integración económica como condición fundamental de la seguridad.

Organizaciones como la UE, la UEO y la OTAN han demostrado con sus respectivas iniciativas que la era del inmovilismo, e incluso la de la desconfianza, están desterradas de sus agendas. Ahora es misión de los Estados de una y otra orilla, y de sus respectivas sociedades civiles, el conseguir establecer unas auténticas relaciones basadas en el diálogo, la cooperación, el respeto mutuo y el desarrollo sostenible en esta prometedora región del mundo.

Economía actual y futuro desarrollo en África

JAVIER MORILLAS

Profesor de Estructura Económica
Universidad San Pablo-CEU

La economía africana parece abandonar el estancamiento y la depauperación progresiva propia de los últimos años.

Durante el año 1996, concretamente, se ha fortalecido alcanzando un crecimiento del 5% en términos reales. Y las perspectivas para 1997, a la altura de su cuarto trimestre, son de un incremento similar. Destaca, en el norte, la senda de crecimiento sostenido consolidada en Túnez. En el Sur el nuevo despegue de Sudáfrica. Y en el área central el crecimiento de los países del área del Franco CFA.

Esta consolidación al alza se produce a pesar de que la economía mundial se desacelera ligeramente en ese ejercicio de 1996, situándose en torno al 3,5%, habiéndose debilitado la expansión en los países desarrollados (PD) y en los países en desarrollo (PED) de América. Es de destacar, pues, el caso africano, aunque el crecimiento se haya producido, como en otros continentes, con efectos desiguales según los países, y las medidas que se van adoptando en cada uno de ellos.

Este crecimiento económico es alentador, y se prevé que la profundización en las políticas de reforma iniciadas permita que las tasas medias de crecimiento sigan aumentando en este año de 1997 y 1998.

A pesar de todo, es necesario que estas tendencias se consoliden en un ciclo largo. Mientras, la situación africana con respecto a la economía mundial será: 1) De globalización mutilada, 2) Con riesgo de nuevos «Estados fallidos», 3) De una recuperación continental prendida frágilmente de la economía internacional.

Afortunadamente, ya no se puede, como los viejos colonos, seguir hablando de África como si fuera un solo país. De la misma forma que resul-

ta imposible generalizar en cuanto a la situación económica en Asia o América. Ni siquiera por regiones. De la misma forma que entre los mismos países de Europa Oriental, se aplican diferentes políticas, con resultados desiguales, en Polonia que en Albania, en Bulgaria que Hungría. El análisis caso por caso, país por país, se impone.

1. GLOBALIZACIÓN MUTILADA

La globalización y mejora de la economía internacional podría —si no se profundiza en las reformas— acabar de marginar al continente africano. En éste, no se trata sólo de que el Producto Interior Bruto crezca, sino que lo haga en un porcentaje superior al incremento de precios. Es decir, que haya un crecimiento del PIB real, tal como en 1996 ha ocurrido en los países que se mencionarán a continuación. Esto es, resulta necesario que la inflación sea lo suficientemente moderada como para que no actúe como «impuesto sobre los pobres». O sea, gravando a las clases más desfavorecidas de la población; comiéndose sus posibles incrementos nominales de ingresos y producción, favoreciendo comportamientos económicos especulativos y dificultando el desarrollo de la economía real. Tal es lo que ha ocurrido durante los últimos treinta años.

Al mismo tiempo habría que tener en cuenta el incremento de población, que nosotros no vamos a incluir aquí, dadas las obvias limitaciones de espacio. Pero sí dejar dicho que para que haya incremento de renta per cápita en un país, y por tanto mejoras perceptibles en el bienestar de la gente, debemos tener presente que la tasa de crecimiento económico debe ser siempre superior a la tasa de crecimiento demográfico. Si no ocurre así, se producirá crecimiento económico; y al mismo tiempo disminución de la renta per cápita; como también viene ocurriendo desde el momento de las independencias de estos países.

Hay que destacar que en el último «Informe sobre el desarrollo mundial, 1996» (Washington, D.C., Banco Mundial, 1996), el capítulo de África estaba ausente del índice de materias. En él se hablaba de la transición de las economías planificadas a las de mercado; del desafío de la consolidación de los procesos de crecimiento en otras partes del mundo; de los nuevos estados independientes y otros del Asia oriental. Pero África no aparecía como tal en el cuerpo del volumen. Solamente lo hacía en los indicadores seleccionados del Desarrollo Mundial.

Para llegar a alguna conclusión en lo que se refiere al desarrollo global del continente es necesario estudiar y analizar comparativamente los 17 cua-

dos estadísticos que el informe mundial recoge. En ellos aparece una batería de indicadores básicos de 130 países correspondiente al año más reciente sobre el que se dispone de datos, y a otro anterior. En otro cuadro se presentan los indicadores básicos correspondientes a 76 países que tienen una población de menos de 1 millón de habitantes o respecto a los cuales se dispone de datos escasos.

2. ESTADOS FALLIDOS

Cabría resaltar que 41 países de los 54 países de África están en el grupo de países de Ingreso Bajo (menos de 725 \$ por habitante de 1994). Ocho países africanos en el de Ingreso Medio Bajo (entre 725 y 2.900 \$ de 1994), que son Marruecos, Argelia, Túnez, Namibia, Botsuana, Cabo Verde, Suazilandia y Yibuti. Cinco en el de ingreso Medio Alto (entre 2.900 y 8.956 \$ de 1994), que son Sudáfrica, Mauricio, Gabón, Libia y Seychelles. No hay ninguno en el grupo de países de Ingreso Alto.

De esta situación de debilidad económica, siempre consustancial a la fragilidad institucional, se deriva la persistencia del riesgo de encontrarnos con nuevos estados fallidos, como Somalia, Liberia, Ruanda o Zaire.

3. RECUPERACIÓN Y SANEAMIENTO

En 1996, los ingresos derivados de los incrementos de los precios de ciertos productos básicos de exportación, sobre todo el café, se han revertido en determinados países en mejora de sus explotaciones. Y es probable que mientras la actividad económica de las naciones industriales —principales socios comerciales de África— se siga recuperando a un ritmo lento, como ha ocurrido en 1996, muchos países africanos seguirán beneficiándose del saneamiento de sus finanzas públicas y de sus tipos de cambio más realistas.

Así, en Sudáfrica, el fortalecimiento de las exportaciones —tras la fuerte depreciación del Rand a principios de 1996— y la inversión privada, están propiciando un crecimiento más vigoroso, que será superior al 4% del año pasado. Pese al fuerte déficit fiscal, aunque en descenso, la inflación empieza a controlarse al nivel del 8%; aunque, como puede deducirse, siguen creando inquietud estas presiones inflacionistas y la poca firmeza del tipo de cambio de su moneda.

También en Uganda continuó mejorando la credibilidad de las medidas del Gobierno, y se espera que los sólidos resultados obtenidos en los sectores de manufacturas y construcción continúen favoreciendo una tasa de crecimiento de alrededor del 6%.

En Kenya, tras la desaceleración que tuvo lugar en el segundo semestre de 1995, repuntó el crecimiento económico en 1996, que quedó en torno al 5%; en ello influyó la progresiva reducción del déficit fiscal que ha contribuido a que la inflación se mantenga por debajo del 5%. En Argelia la mayor regulación de la demanda y la moderación de los aumentos salariales establecidos por las autoridades ha reducido nuevamente la inflación al entorno del 17% en 1996, en tanto que el incremento del PIB quedó aproximadamente en el 4%, por la mayor expansión del sector de hidrocarburos.

En Etiopía, gracias a la favorable temporada agrícola hubo un crecimiento en 1996 del 6%; la mayor austeridad monetaria ha hecho disminuir la tasa de inflación hasta el 7%. En Zambia se dieron malas condiciones en el primer semestre de 1996, como resultado de la necesidad de importar gran cantidad de maíz, por la sequía que ha asolado el país y la brusca caída de los precios del cobre.

a) Algunas reformas

Resulta especialmente alentador que en los países del área del Franco CFA se haya registrado una recuperación. Se ha seguido desregulando el comercio y los pagos exteriores, lo que se ha traducido en un repunte económico en 1996, tras la devaluación de 1994, a la par que se registran disminuciones en la inflación.

Particularmente alentador es el caso de Benin y Togo. En Costa de Marfil el deterioro de la relación real de intercambio se ha contrarrestado con un fuerte incremento de la producción de petróleo, consiguiendo un crecimiento económico del 6% en 1996. Gracias también a la reducción del déficit fiscal la inflación se ha situado en torno al 7%. En Senegal, donde la cosecha fue favorable, se ha continuado la expansión de las actividades orientadas a la exportación, y el crecimiento en 1996 se ha situado en torno al 5%.

Benin, Costa de Marfil, Togo y otros países del área CFA han crecido tras la mejora de la estructura de incentivos y el restablecimiento de la competitividad externa que trajeron consigo la devaluación de 1994 y las reformas introducidas. El gran crecimiento de Guinea Ecuatorial, que podría estar en torno al 10%, está basado en el incremento de la producción de petróleo.

En Ghana, Kenia y, sobre todo, en Malawi y Uganda se producen mejoras gracias a los continuos avances en las medidas de política interna, y a pesar de los efectos negativos de la inestabilidad de los precios de los productos básicos. En Sudáfrica, se vuelven a dar las condiciones básicas necesarias para un aumento progresivo del crecimiento, aunque el desempleo seguirá siendo relativamente alto durante algún tiempo. Otros países se estancan o retroceden.

En el norte sigue destacando el caso de Túnez, que no tiene equivalencia en el área, con un crecimiento sostenido, que en 1996 ha alcanzado el 7,5%; un país que continúa su senda autónoma, como siempre ha hecho, al margen de los iluminismos que tanta devastación han creado en el continente, viéndose, además, primada por su estabilidad.

Resulta especialmente desolador el desangramiento de Sudán, donde la mitad sur del país sigue amenazada de exterminio por el gobierno integrista impuesto en Jartum y su extravagante línea económica, de la que la llamada «banca islámica» es una muestra. Mientras, Egipto ha avanzado en la desregulación de la economía y su comercio exterior. De hecho el programa de reformas económicas establecido por las autoridades plantea la privatización de empresas públicas, el fortalecimiento del sector financiero y las reformas para mejorar aún más el sistema tributario, elementos necesarios para que el país pueda crecer a un ritmo aún superior al 4,2 conseguido en 1996.

En Marruecos la economía ha repuntado fuertemente tras la sequía pasada, y la previsible intensificación de las políticas de estabilización y de reforma de estructuras pueden permitir continuar la senda del crecimiento iniciado, hasta niveles del 9%; aunque parte del crecimiento tiene que ver con lo que puede ser un cáncer creciente ligado al comercio y las mafias del kifí (Marruecos es el primer exportador mundial de haschisch), engrasador importante de la economía del país y su sector inmobiliario. Porque sigue sin unas fronteras internacionalmente reconocidas y con el problema enquistado del potencialmente explosivo Sahara Occidental, aunque parece ahora reencauzado por la mediación norteamericana de James Baker.

En Argelia, donde la estabilización macroeconómica se ha alcanzado, se preparan reformas estructurales para lograr un crecimiento económico sostenido a medio plazo, y el regreso de los capitales huidos durante los últimos años, en parte precisamente a Túnez. Lo mismo que ocurre desde Libia y Medio Oriente.

b) Sobre los flujos de capital

Ante la creciente demanda para financiar proyectos de infraestructura en Asia, y los programas de privatización en marcha, en gran parte de los países del mundo, cabe prever un aumento de los flujos de capital del extranjero para inversión directa e inversión en cartera.

Los flujos netos de capital hacia África han sido básicamente flujos oficiales, pero el reciente fortalecimiento de los programas de reforma en varios países y la flexibilización continua de las restricciones a los pagos — como ocurre en el área CFA — ayuda a mejorar el clima para la inversión extranjera directa y otros flujos privados. No obstante, esta afluencia de capital a África ha seguido siendo en su mayor parte oficial, con algunas excepciones como Egipto, Sudáfrica y Túnez, que han recibido una gran afluencia de capital privado. Varios países han celebrado acuerdos de reducción de deuda y de su servicio (el pago de sus intereses) con acreedores oficiales y comerciales, en el Club de París, como Malí y Burkina Faso. El Congo, por su parte, firmó un acuerdo de reprogramación, que es el primero de este país en términos concesionarios.

c) Sobre el sector financiero

Tampoco el sector financiero está organizado de igual forma en los distintos países. Así Ghana, Tanzania, y Zambia tienen implantadas reformas orientadas al mercado con el fin de aumentar la eficiencia y la actividad de su sector bancario. Esto se produce por las malas experiencias pasadas. En el caso de Zambia, en 1995, la quiebra de varios bancos dio origen a una fuga de depósitos. Los depositantes trasladaron sus carteras no sólo a otros bancos, sino también a depósitos denominados en dólares, de modo que las deficiencias del sistema bancario se tradujeron en una depreciación de la moneda. Pero en buena parte de países, las prácticas bancarias desacertadas han limitado los beneficios de la mayor intermediación financiera y de canalización del ahorro, necesario para cualquier tipo de desarrollo. Hasta hace poco en Ghana (que en 1996 ha crecido un 5%) los bancos no estaban sujetos a requisitos de suficiencia de capital. En Tanzania siguen siendo precarias las reglamentaciones de prudencia, y en otros países el sector bancario está plagado de leyes anticuadas de contratación y crédito; o las autoridades normativas carecen de capacidad para tratar con eficacia la situación de las instituciones solventes. En el caso de Zambia, sí han mejorado durante 1996, pero aún carece de un sistema adecuado de concesión de licencias.

El efecto que tienen en el crecimiento estas carencias del sector bancario es que menoscaban la eficiencia de cualquier programa de desarrollo. En un entorno de prácticas bancarias desacertadas, las operaciones interbancarias están limitadas, ya que los bancos solventes se mostrarán renuentes a tratar con aquellos cuya cartera tiene una proporción de riesgo alto o de activos no redituables. En consecuencia, la distribución de la liquidez resulta desigual. A los bancos en situación más precaria les resulta difícil ajustar sus reservas y responder a las señales de política monetaria que emita el banco central. Por ejemplo, en Zambia se ha formado un mercado de dos niveles en el que los bancos más grandes realizan transacciones entre ellos, y los más pequeños dependen de los sobregiros del banco central. Los bancos centrales de los países que persisten en respaldar bancos en situación irregular o con formas de actuación arbitrarias, contribuyen a generar inflación en el país y a dar inestabilidad al tipo de cambio.

En Gambia, Kenya y Malawi, como consecuencia de las reformas ya iniciadas, el crecimiento del dinero en sentido amplio (incluyendo depósitos, cartillas de ahorro, etc.) aumentó considerablemente en relación con el PIB; y los préstamos otorgados por los bancos comerciales al sector privado disminuyeron o, en algunos casos, aumentaron a un ritmo mucho más lento. Una característica de las economías menos dinámicas ha sido la intervención del Gobierno en el sector bancario, ya sea directamente por medio de bancos o instituciones financieras estatales, o mediante controles administrativos de las tasas de interés (en Tanzania y Zambia han dejado de estar controladas) y préstamos bancarios.

Así, en Ghana el Gobierno posee acciones en casi todos los bancos, con los consiguientes riesgos de intervención aleatoria del Gobierno.

En bastantes países es muy frecuente que las carteras bancarias muestren poca solidez; así los préstamos no redituables ascendieron a más del 60% de los préstamos en Kenya y a aproximadamente el 35% de los préstamos en Camerún.

d) Sobre la deuda

Han seguido siendo graves, durante 1996, las dificultades para cumplir con el servicio de la deuda externa. Del grupo de 41 «países pobres muy endeudados» (según los denomina el Banco Mundial), los 33 del África subsahariana tienen una deuda total de alrededor de 243.000 millones de dólares, con datos de 1995 (la cifra para todos los PED fue de casi un billón de dólares, 921.000 millones).

El nivel de endeudamiento y su composición (es distinto deberlo a particulares que a Estados) varían ampliamente de un país a otro. En Costa de Marfil y Sierra Leona debían más del 40% de la deuda total a acreedores privados, mientras que en Chad, Ghana y Uganda la deuda se debía a obligaciones multilaterales.

Existe inquietud sobre esa elevada carga de la deuda y sobre su capacidad para cumplir con las enormes obligaciones del servicio de la misma. Sin embargo, no se ha establecido un criterio único para determinar la sostenibilidad, en base a supuestos razonables sobre las tasas de crecimiento del PIB y de las exportaciones, y sobre la evolución de los precios de los productos básicos. No obstante, se espera que la razón entre el valor actualizado de la deuda de un país y sus exportaciones disminuya por lo menos hasta el 200%-250%, y que la razón servicio de la deuda/exportación disminuya al 20%-25%, o menos, en un lapso de cinco a diez años. Habida cuenta de las inciertas perspectivas de los precios de los productos básicos en términos reales, es probable que varios de estos países sigan registrando cocientes superiores a estos niveles a medio plazo, lo que sin duda se convierte en un obstáculo a su desarrollo económico. Sin embargo, la sostenibilidad de la carga de la deuda de un país depende de las medidas de reforma que adopte y no solamente de las condiciones externas.

En principio, un saldo elevado de deuda y las obligaciones futuras del servicio de la misma vienen disuadiendo a los inversores privados, en especial a los extranjeros, debido a la probabilidad de que el país incurra en incumplimientos de futuros reembolsos. Y si disminuye la inversión, se puede reducir el producto y el crecimiento, con lo cual aumenta la probabilidad de dicho incumplimiento. Si bien la inversión extranjera directa ha constituido solamente una pequeña proporción de los flujos de capital a la mayoría de los países pobres muy endeudados, salvo excepciones como Nigeria y Ghana; ello refleja una inadecuación de las medidas gubernamentales, falta de marco normativo adecuado y una pesada carga de deuda.

Para 1997 cabe prever que los países que adopten medidas de reforma económica crebles, y articulen cambios positivos en su marco institucional, van a tener más fácil la renegociación de la deuda.

De la misma forma que no suele prestarse dinero a la persona que vemos no hace un buen uso del mismo. O como sucede en la tienda de comestibles de cualquier esquina de barrio. ¿Quién no renegocia, incluso perdona, parte significativa de la deuda de quien ha atravesado un mal momento pero da muestras de rectificar su anterior comportamiento extravagante?

Lo mismo ocurre en la economía internacional con los países. Para ello estas naciones tienen que revalorizar el sector agrario, fuente originaria de

acumulación de capitales en todos los países hoy desarrollados, de los 185 que componen la comunidad internacional.

Al mismo tiempo, recuperar el importante capital humano africano formado y establecido en los países desarrollados, que hoy éstos capitalizan (e incluso malaprovechan). Y junto a ello, todo el abanico de reformas estructurales necesarias para incorporarse al crecimiento económico moderno y posibilitar el buen aprovechamiento de cualquier Programa de Ayuda al Desarrollo. Establecer prácticas bancarias honestas. Reformar los Tribunales de Justicia. Dar seguridad al cumplimiento de los contratos. Reducir la discrecionalidad en la Administración... En definitiva, responder con claridad a aquella duda trágica surgida de algún sector de la intelectualidad africana: «¿Y si África ha optado por el no desarrollo?».

Hoy por hoy puede afirmarse que se está empezando a optar por el desarrollo. La prueba es el crecimiento real experimentado en el año pasado. Aun prendido con alfileres.

Problemas actuales del África Subsahariana

JOSÉ U. MARTÍNEZ CARRERAS
Presidente de la A.E.A.

Transcurridos cuarenta años desde el comienzo de las independencias en África —Marruecos, Túnez y Sudán en 1956, Ghana en 1957—, en una visión panorámica de este proceso hasta la realidad del África actual, hay tres problemas que han aquejado principalmente al África Subsahariana y que lo han mantenido en una situación de crisis permanente desde su independencia hasta hoy¹. Estas tres cuestiones, que merecen ser destacadas y que se encuentran relacionadas entre sí, constituyen el marco y la base de la realidad africana en la actualidad, y que son:

1. En el plano económico: el subdesarrollo, unido a la dependencia y el neocolonialismo.
2. En el plano político: la evolución desde las dictaduras y el partido único hacia las reformas democráticas y el multipartidismo, y
3. En el plano socio-político: los conflictos internos en algunos países en el contexto de la violencia existente en el continente negro.

Ante esta situación de crisis, la vía posible de solución, para los afro-optimistas, consiste en el definitivo y total establecimiento de la democracia en los países africanos que haga posible la adopción de medidas económicas para superar la situación de subdesarrollo, y de arreglos que conduzcan a la pacificación de los conflictos.

¹ R. DUMONT: *L'Afrique noire est mal partie*, París, Seuil, 1962.

La situación actual de África, que ya era preocupante en la década de los años 70, se ha ido deteriorando desde los 80, tanto por factores externos internacionales como internos continentales, como indica H. D'Almeida-Topor². La opinión de B. Lukan³ es más pesimista al escribir que «tras treinta años de independencia, la situación en África es apocalíptica»: África negra ha llegado a ser un auténtico «cuarto mundo» en el que tras decenios de ayudas internacionales, éstas no han servido para nada, siendo evidente el fracaso en todos los dominios: agrícola, ecológico, sanitario, urbano, político, económico, comercial, etc... Hoy África se encuentra endeudada y prácticamente está fuera del comercio mundial, con una demografía demencial, una corrupción generalizada, y con graves rivalidades étnicas cada vez más evidentes, que acaban por alterar profundamente y marginar a este continente.

Aunque desde finales de los años 80 parecen haberse abierto, una vez más, tímidas vías hacia la esperanza por los cambios introducidos con la adopción de reformas democráticas en muchos de sus países, que sirvan de marco para superar los problemas africanos, además del político-institucional, con su proyección en el campo económico con el planteamiento serio de intentar superar el subdesarrollo, y en el socio-político de dominar los conflictos y erradicar la violencia.

1. EL SUBDESARROLLO

Uno de los problemas más graves del África actual, y para muchos autores el primero en importancia, es la situación de subdesarrollo en que se encuentra este continente, que va unido a la dependencia y al neocolonialismo. Ya desde finales de los años 50, como señala D'Almeida-Topor⁴, la independencia política aparecía como una condición indispensable para el desarrollo económico. La colonización, en efecto, había reducido a los países dependientes al papel de suministradores de materias primas y compradores de productos manufacturados. Parecía, pues, evidente que el fin del régimen colonial conllevaría el de una economía fundada sobre los cambios desiguales, generadores del subdesarrollo.

Pero este proceso no se ha cumplido: si desde las primeras independencias África ha conocido un progreso político continuado al transformarse

² H. D'ALMEIDA-TOPOR: *L'Afrique au XX siècle*, París, A. Colin, 1993.

³ B. LUKAN: *Afrique, bilan de la décolonisation*, París, Perrin, 1991.

⁴ H. D'ALMEIDA-TOPOR, *op. cit.*

sus países en Estados soberanos, en ese mismo plazo de tiempo el continente negro no ha alcanzado un desarrollo económico-social paralelo, y en la actualidad África se encuentra, en este sentido, en una situación de crisis y subdesarrollo; se ha convertido, como se ha indicado, en un «cuarto mundo». Según Y. Morel⁵, todos los indicadores relativos a África, sobre todo a los países del sur del Sahara, denotan una situación en franco retroceso. La peor crisis que atraviesa África en los últimos años es de orden económico. La mayoría de los países africanos tienen unos niveles de renta muy bajos, una deuda externa que paraliza el desarrollo, y unas estructuras económicas deficientes. Todo ello convierte a África en el continente más atrasado.

Los autores se han planteado tanto las causas como los caracteres del subdesarrollo⁶. Entre tales causas se pueden distinguir, por un lado, las lejanas, y por otro, las próximas. Las causas lejanas del subdesarrollo son principalmente dos⁷:

- A) La causa histórica, por ausencia previa en la sociedad afectada de estructuras económicas y sociales adecuadas para un desarrollo de este tipo, manteniéndose en una situación normal de retraso económico; y
- B) La causa colonial, por la expansión e imposición europeas que se hace en función de los intereses del país colonizador y no del colonizado, impidiendo esta dominación y subordinación impuesta por el colonialismo, el desarrollo económico propio, y transformando el estado de retraso normal y coyuntural en una situación de subdesarrollo permanente; así, la consecuencia natural del colonialismo es la dependencia y el subdesarrollo, y el mantenimiento de esta situación es la premisa indispensable para la continuidad del desarrollo de los países capitalistas.

El subdesarrollo africano tiene su origen en la colonización⁸, y tras las independencias, con unas estructuras económicas internacionales desiguales, se asiste en este continente al mantenimiento del subdesarrollo, cuyas principales características son: el deterioro sistemático de las infraestructuras ya precarias, la desintegración de las capacidades productivas, la vulne-

⁵ Y. MOREL: «En el furgón de cola», *Mundo Negro*, 373-374, marzo-abril 1994.

⁶ E. RUIZ GARCÍA: *Subdesarrollo y liberación*, Madrid, Alianza Ed., 1973.

⁷ J. U. MARTÍNEZ CARRERAS: *Historia de la descolonización, 1919-1986. Las independencias de Asia y África*, Madrid, Istmo, 1987.

⁸ W. RODNEY: *Cómo Europa subdesarrolló a África*, La Habana, Ed. C. Sociales, 1981.

rabilidad extrema, la fuerte dependencia externa, el empeoramiento de las condiciones sociales y la degradación creciente del medio ambiente. Para África, todo se resume en esta fórmula: la crisis del desarrollo y el desarrollo de la crisis⁹.

Las causas próximas del subdesarrollo africano se pueden dividir en dos grupos: internas y externas.

- A) Las causas internas son: el mantenimiento de las estructuras coloniales y la acción del neocolonialismo, las inversiones improductivas, la exclusión de la participación popular, la creación de un Estado patrimonial fuente del enriquecimiento personal de sus dirigentes y la corrupción consiguiente, y la ausencia de estructuras económicas suficientes y adecuadas.
- B) Las causas externas están en el precio de las materias primas en los términos del comercio y el intercambio mundiales, la intervención de las multinacionales, la imposición de los modelos de desarrollo occidentales, y en la deuda externa.

Unido al subdesarrollo se encuentra el neocolonialismo. Según escribe K. Nkrumah¹⁰, que ha estudiado este fenómeno, «el colonialismo pasado de moda de ninguna manera ha quedado abolido, todavía es un problema africano, pero en todas partes está en retirada». En lugar del colonialismo, como principal instrumento del imperialismo, existe ahora el neocolonialismo, que en la actualidad representa al imperialismo en su etapa final, quizá la más peligrosa. La esencia del neocolonialismo es que el Estado que le está sujeto es, en teoría, independiente y tiene todas las galas externas de la soberanía internacional, pero en realidad su sistema económico y, con ello, su política son dirigidos desde fuera. Lo más a menudo es que el control neocolonialista sea ejercido mediante medidas económicas o monetarias. El Estado neocolonial será obligado a comprar los productos manufacturados de la potencia imperialista mediante la prohibición de importar productos competidores del país que sea.

Es posible que el control neocolonialista sea ejercido por un consorcio de intereses financieros a los que no se puede identificar con ningún Estado en particular. El control de Zaire por los intereses de grandes financieros internacionales es el caso más representativo. El resultado del neocolonialismo

⁹ M. KABUNDA BADI: *La integración africana. Problemas y perspectivas*, Madrid, A.E.C.I., 1993.

¹⁰ K. NKUMAH: *Neocolonialismo, última etapa del imperialismo*, México, Siglo XXI, 1966.

es que el capital extranjero se utiliza para la explotación más que para el desarrollo de las regiones menos desarrolladas del mundo. La inversión, bajo el neocolonialismo, aumenta mucho más de lo que disminuye la distancia entre los países ricos y pobres del mundo.

Ante la situación de crisis en África, se ha planteado la necesidad de buscar soluciones para sacar a este continente del subdesarrollo. Excluidas algunas por utópicas y radicales, que van de un extremo a otro, desde la revolución a la recolonización¹¹, se pueden recoger dos:

- A) La cooperación internacional, en sus modalidades de bilateral y multilateral, que para muchos autores ha resultado un fracaso y esconde una forma de neocolonialismo¹².
- B) La integración regional, como expone M. Kabunda¹³, justificada por varias razones: la imposibilidad de un desarrollo aislado, la marginación del continente en el sistema internacional, la creación de un poderío africano y la institucionalización del panafricanismo horizontal de las masas que actúen por encima de las fronteras artificiales heredadas de la colonización. Sin embargo, este proceso se encuentra obstaculizado por la prioridad dada a la construcción del Estado-nación, las estrategias de desarrollo exclusivamente nacionales, la adopción del enfoque librecambista imitando a la CEE, y la falta de complementariedad económica y de voluntad política.

La integración regional aparece así como la auténtica estrategia de desarrollo, quedando excluida, por diversos factores, cualquier posibilidad de desarrollo individual. Se preconiza por tanto la estrategia de la autosuficiencia colectiva para resolver los problemas internos y corregir el desequilibrio en las relaciones Norte-Sur. La autosuficiencia colectiva, factible sólo mediante la integración regional, consiste en la sustitución de las relaciones verticales por las horizontales e implica la superación de las fronteras de cada Estado y la reorientación interna de las relaciones externas.

Así pues, se hace imprescindible la reestructuración de las economías nacionales, la creación de un espacio económico regional como marco del desarrollo global y la liberación de las coacciones de la economía internacional. En el plano nacional, se trata de que coincidan la democratización

¹¹ B. LUGAN, *op. cit.*

¹² *Política comunitaria de cooperación para el desarrollo*, Madrid, A.E.C.I., 1992, y E. BALTAR RODRÍGUEZ: *Las asociaciones multilaterales de los países africanos con la Comunidad Económica Europea*, La Habana, M. de Ed., 1986.

¹³ M. KABUNDA BADI, *op. cit.*

política y la económica; en el plano regional, de la creación de infraestructuras básicas para la complementariedad, de acuerdos multilaterales para la interdependencia y la interacción, y de una ideología unificadora y movilizadora, en unas precisas etapas: el desarrollo de mejores infraestructuras físicas, la integración de la producción y la integración de los mercados, y no a la inversa. Y en el plano internacional, la democratización de las relaciones económicas internacionales, y el fin de los términos actuales del intercambio. En definitiva, la transformación estructural y la recuperación económica de África pasan necesariamente por la integración regional. Pero la cuestión que queda planteada es cómo articular y cómo realizar en la práctica esa proyectada integración regional.

2. LA DEMOCRATIZACIÓN

Cuarenta años después de las independencias, la democratización aparece como indispensable para la recuperación económica y social, no sólo política, de África, como escribe, entre otros, D'Almeida-Topor¹⁴, pareciendo que desde finales de los años 80 se ha incrementado la lenta desaparición de los regímenes autoritarios y dictatoriales en el continente negro. En efecto, desde comienzos de los años 90, el África Subsahariana parece que está entrando en una nueva etapa histórica caracterizada por la propagación de los sistemas democráticos, como señala G. González Calvo¹⁵, que puede cerrar definitivamente el capítulo de los partidos únicos y de las dictaduras militares, así como de los presidencialismos autoritarios y de los regímenes afrocomunistas implantados sistemáticamente desde mediados de los años 60. Este fenómeno, de gran interés y novedad, está constituido por la transición, muy generalizada, hacia la democracia, y este proceso de democratización parece irreversible en África.

En la evolución política del África Subsahariana pueden distinguirse claramente tres fases¹⁶. En un primer momento, el del acceso a las independencias en torno a 1960, en los nuevos Estados africanos se plantearon rápidamente los nuevos problemas derivados de la institucionalización de la vida política independiente: problemas cuya apariencia externa era de carácter político pero que constituían además la expresión radicalizada de ten-

¹⁴ H. D'ALMEIDA-TOPOR, *op. cit.*

¹⁵ G. GONZÁLEZ CALVO: «El gran "boom" democrático», *Mundo Negro*, 373-374, marzo-abril 1994.

¹⁶ J. U. MARTÍNEZ CARRERAS: *África subsahariana, 1885-1990, del colonialismo a la descolonización*, Madrid, Ed. Síntesis, 1993.

siones y conflictos de índole económica y social. Así se institucionalizaron, tras las independencias, los sistemas políticos, en general, de carácter democrático-liberal y parlamentario al estilo occidental, establecidos como herencia del colonialismo con Constituciones, partidos políticos y gobiernos civiles salidos de procesos electorales, que adquirieron principalmente dos formas: democracia presidencial y democracia parlamentaria.

Pero desde mediados de los años 60 estos sistemas van a ir desapareciendo por la acción de golpes de estado¹⁷ que imponen sistemas autoritarios, iniciada por K. Nkrumah en Ghana, así como dictaduras militares y regímenes afrocomunistas, y que buscan ajustarse a la realidad económico-social de cada nuevo Estado, que se configura en función de los elementos internos existentes en cada país y de las fuerzas y grupos sociales en cada sociedad, lo que constituye un interesante capítulo de la sociología de la descolonización; y también de los factores externos, como la presión y actividad económicas mantenidas por las antiguas potencias coloniales, que tras haber concedido una formal independencia política, continuaban ejerciendo un neocolonialismo económico.

Uno de los rasgos más característicos de los nuevos Estados en esta segunda fase ha sido la institucionalización del partido único, unido al autoritarismo personal de sus dirigentes que contaban con clientelas políticas entre sus propios clanes y tribus, cuyas causas han visto algunos autores, entre otros factores, en la tradición africana del jefe, en la necesidad de contar con un poder centralizado y fuerte para hacer frente a los problemas planteados, o en el apoyo de los intereses neocoloniales. Otros argumentos que se han expuesto en favor de la vigencia del partido único han sido: su compatibilidad con el socialismo africano, su adecuación para la identidad y construcción nacional, y su capacidad para asegurar el desarrollo económico.

El panorama político de África se ha caracterizado así, a lo largo de esta fase, en opinión de J. F. Bayart¹⁸ por «la proliferación de regímenes de partidos únicos tentaculares, que disponen del monopolio de la función pública y que mandan sobre las diferentes áreas de la sociedad a través de organismos anejos especializados». El régimen de partido único ha supuesto, entre otros aspectos, la fusión entre el partido y el Estado, con predominio de aquél sobre éste, un autoritarismo casi absoluto sin limitaciones ni controles, la gestión burocrática y patrimonial de la economía, la institucionali-

¹⁷ J. L. CORTÉS LÓPEZ: *El golpismo en África negra*, Madrid, CIDAF, 1982.

¹⁸ En M. KABUNDA y N. TSHIBAMBE: «El proceso de democratización en África negra: ¿producto de la perestroika o de la autenticidad africana?», *Estudios Africanos*, 10-11, 1991-92.

zación de la corrupción, nepotismo y clientelismo, y la condena y persecución de la oposición. Durante casi treinta años, entre mediados de los años 60 y comienzos de los 90, han predominado en África los presidencialismos autoritarios basados en partidos y sindicatos únicos, bien de carácter oligárquico y dictaduras militares, o bien de tipo marxista y pretendidamente revolucionarios.

Junto al partido único y al neocolonialismo han actuado otros diversos factores generales que han contribuido de manera conjunta a configurar la realidad política de la nueva África, tanto en los planos nacionales como en el continental. Todo ello ha contribuido a que la evolución política de los nuevos Estados africanos haya sido, en general, inestable y conflictiva, muestra de una inestabilidad y tensión estructural, unido a la presencia y acción de los intereses occidentales y a las inversiones europeas, motivadas por la defensa de tales intereses neocoloniales. Entre todos estos problemas, el proceso político de los Estados africanos se ha visto alterado principalmente, aunque sin olvidar las raíces económico-sociales y las fuerzas profundas de que son expresión, y a modo de síntesis, por: la institucionalización política entre constitucionalismo y militarismo, los golpes de estado y las dictaduras militares, el intervencionismo occidental, los conflictos civiles y étnicos, y los intentos de secesión, los enfrentamientos territoriales y fronterizos y la tensión socio-política entre revolución y contrarrevolución.

Desde comienzos de los años 90, África está entrando en una nueva y tercera fase histórica caracterizada por la adopción de reformas democráticas que ponen fin al sistema de partido único y a los regímenes dictatoriales militares y afrocomunistas. En efecto, desde el inicio de la década de los años 90, un número importante de países de África han ido evolucionando hacia el liberalismo político mediante el establecimiento del multipartidismo y los sistemas democráticos civiles, registrándose en ellos una doble crisis interrelacionada entre sí: la del partido único, por un lado, que ha llegado a su casi total desaparición, y en consecuencia la caída de las dictaduras personales y militares, salvo con algunas excepciones, y de los regímenes marxistas-leninistas, por otro, cuya expresión política era el afrocomunismo.

Todo ello ha estado motivado por un conjunto de causas tanto externas como internas. En este sentido, M. Kabunda¹⁹ plantea si esta transformación, aún en fase transitoria, es producto de la *perestroika*, con el hundimiento de los regímenes comunistas europeos y el final de la Guerra Fría, o de la autenticidad africana. Otros factores que impulsan este proceso demo-

¹⁹ M. KABUNDA..., art. cit., y «La crisis de los partidos únicos y los procesos de democratización en África», *Misiones Extranjeras*, 128, marzo-abril 1992.

crático son, entre los externos: los condicionamientos de la política de cooperación por parte de los países occidentales, la estabilización de contrapoderes capaces de controlar la acción de los dirigentes para mejor utilizar los fondos públicos y la ayuda extranjera, y las presiones de los países acreedores y organismos financieros internacionales. Y entre los internos: la toma de conciencia y la acción de los pueblos africanos en favor de las reivindicaciones democráticas, la profunda crisis política y económico-social, la propia evolución política de Suráfrica y el efecto Mandela, y la revitalización de la tradición democrática y colectivista africana.

En opinión del mismo autor, la reacción de los dirigentes africanos, en un principio, y excluyendo a los que claramente se resisten a abandonar el sistema de partido único y el poder personal autoritario, ha seguido tres posiciones: el mantenimiento del partido único y su democratización interna mediante la organización de elecciones legislativas controladas, el establecimiento de un multipartidismo limitado a unos determinados partidos con base nacional, y la adopción de un multipartidismo integral con participación de todas las fuerzas políticas nacionales. Y el riesgo se encuentra en que el proceso democratizador sea adulterado y se llegue al sistema que M. Liniger-Goumaz²⁰ ha definido como «democracia»: dictadura camuflada o democracia truncada.

Para E. Pisani²¹, África se está introduciendo en esta vía democrática, no sin diferencias entre unos países y otros, y el proceso de eliminación del *apartheid* en Suráfrica es un proceso de democratización de importancia incalculable. De esta experiencia democratizadora en toda África Subsahariana se extraen una serie de conclusiones, como son: las sociedades africanas, que desde ahora están abiertas al mundo, desean el fin de las dictaduras; la existencia de una tradición democrática africana ahora revitalizada; la lectura de las Constituciones democráticas adoptadas en los países que han organizado su transición revela el extraordinario mimetismo de sus autores; en la actitud de Occidente con respecto a la democratización del Este y del Sur hay algo de vanidoso; y existe una extraordinaria simultaneidad y una inquietante confusión entre proceso democrático, liberalización de la economía y ajuste estructural. Y se plantea el hecho de saber si el liberalismo económico mundial que hoy triunfa ofrece a los países más pobres la más mínima oportunidad de asegurar un progreso social que permita arraigar la democracia.

²⁰ M. LINIGER-GOUMAZ: *La démocratie. Dictature camouflée. Démocratie trunquée*, París, L'Harmattan, 1992.

²¹ E. PISANI: «La transición democrática», en *El País*, 30 de julio de 1992.

Sobre el estado actual del establecimiento de la democracia en África Subsahariana escribe G. González Calvo²², que en los últimos cuatro años se han transformado radicalmente los sistemas políticos en la mayoría de los países africanos, y actualmente son cerca de treinta los que han adoptado oficialmente el pluripartidismo, mientras otros se encuentran en fase de transición hacia la democracia. También D. Bourmard y P. J. Quantin²³ escriben que «desde hace unos dos años, África bascula hacia el camino de la democracia», y los precursores en materia de multipartidismo, como Senegal y Botswana, aparecen hoy como modelos a seguir. E igualmente I. de Bes²⁴ opina que «la democratización parlamentaria en el continente africano va siguiendo su proceso».

En una primera clasificación de los países africanos según su sistema político, sujeta a cambios imprevistos de última hora, se pueden establecer los grupos siguientes:

- A) Países que ya disponían de un sistema democrático, más o menos formal: Botswana, Camerún, Costa de Marfil, Gabón, Kenia, Namibia y Senegal.
- B) Países en los que se ha establecido recientemente la democracia, con más o menos limitaciones: Angola, Benín, Burkina Faso, Cabo Verde, Congo, Eritrea, Etiopía, Ghana, Guinea-Bissau, Guinea-Conakry, Lesotho, Madagascar, Malawi, Malí, Mauritania, Mozambique, República Centroafricana, Tanzania, Santo Tomé y Príncipe, Yibuti y Zambia.
- C) Países que se declaran en transición pero donde aún existe el dominio del partido único: Chad, Guinea Ecuatorial, Swazi, Togo y Zimbabue.
- D) Países con dictadura militar: Gambia, Níger, Nigeria, Sudán, Uganda, Zaire y Sierra Leona.
- E) Países con profundos conflictos civiles: Burundi, Liberia, Ruanda y Somalia.

En todo caso, el proceso de democratización en África Subsahariana parece irreversible, y aparece como la condición indispensable para acometer la solución al subdesarrollo y la pacificación de los conflictos africanos.

²² G. GONZÁLEZ CALVO, art. cit.

²³ En *Politique Africaine*, 43, octubre 1991, Burdeos, C.E.A.N.: «Anant-propos».

²⁴ I. DE BES: «Los procesos de democratización en África Occidental», *África Internacional*, 17, 1993, Madrid, Iepala.

3. LOS CONFLICTOS

Un tercer problema que afecta al África actual es el del desencadenamiento de una serie de conflictos regionales que se han generalizado por gran parte del continente, y que le dan esa imagen de convulso y agitado, aunque en contraposición haya otras regiones estables y en paz. Los conflictos regionales son expresión de una latente y tensa situación de violencia que domina en determinadas áreas geopolíticas del continente negro, motivada por un conjunto de causas, tanto históricas como actuales, y que tienen diverso carácter: político, social, étnico o religioso.

El fenómeno de la violencia en África es un tema de actualidad²⁵. La guerra desencadenada por razones de rivalidades y conflictos étnicos o bajo la etiqueta engañosa de imponer procesos de paz se ha registrado en numerosos países de África, como Marruecos-Sahara, Malí y Níger, Chad, Sudán, Somalia, Ruanda y Burundi, Senegal-Mauritania, Liberia, Angola y Mozambique. El poder del Estado, nacido de golpes y contragolpes, ejerce una represión violenta sobre los ciudadanos, como son los casos de Togo, Guinea Ecuatorial, Nigeria y Zaire, entre otros. La violencia religiosa, preferentemente la ejercida por el integrismo islámico en el África al norte del Sahara, también está presente en algunos países subsaharianos, como Sudán y Nigeria. En consecuencia, el África de nuestros días ofrece esa imagen de conflicto y violencia generalizados por la mayor parte del continente²⁶, aunque ha estallado con mayor virulencia en algunas regiones determinadas del mismo, en contraste con otras zonas que disfrutaban de paz y estabilidad.

África Occidental es uno de esos focos conflictivos más agitados del continente: «situaciones incendiarias, guerras regionales, enfrentamientos étnicos, conflictos limitados o de baja intensidad»²⁷ caracterizan los enfrentamientos que afectan a vastas zonas de esta región y que influyen decisivamente en frustrar toda esperanza de desarrollo; y además de esos conflictos, o unidos a ellos, se ha registrado últimamente en esta región un renacimiento del gopismo militar. Así, en 1993 el dictador de Nigeria S. Abacha invalidó las elecciones que dieron la victoria a M. Abiola, al que encarceló, y siguió una política represiva que culminó en noviembre de 1995 con la ejecución del escritor Saro Wiwa y otros activistas ogonis. Desde 1990 Liberia se debate en un conflicto civil generalizado entre diversas facciones guerrilleras que han sumido al país en una situación de crisis y anarquía total, que

²⁵ *Studia Africana*, 5, marzo 1994: «La violència a l'Àfrica», Barcelona, C.E.A.

²⁶ *L'Afrique politique 1995*, Burdeos-París, C.E.A.N.-Karthala, 1995.

²⁷ PH. LEYMARIE: «África Occidental corroída por sus males regionales», *Le Monde Diplomatique* (edición española), 3 de enero de 1996.

se intenta superar mediante la consecución de acuerdos. Desde 1991 Sierra Leona ha vivido una serie de golpes y contragolpes que también han llevado a este país al establecimiento de una dictadura militar y a una situación de guerra civil generalizada. En Gambia se registró en 1994 un golpe militar que ha impuesto en este pequeño país una dura represión y una grave crisis política. En enero de 1996 el ejército de Níger derrocó por un golpe a su primer presidente democrático, y en febrero de este mismo año ha habido intentos golpistas en Guinea-Conakry. En definitiva, «en el África Occidental los conflictos *limitados* se multiplican»²⁸, sus detonantes son múltiples, y todos se desarrollan en un contexto en que el Estado-nación se encuentra en crisis.

En África Oriental, el cuerno de África se ha convertido, desde los años del acceso a las independencias de los países africanos, en una de las regiones más conflictivas y problemáticas de África, con continuas alteraciones políticas y sociales, golpes de estado, intentos revolucionarios y guerras civiles y regionales. Todo ello unido a la pobreza, el hambre y la sequía hacen aparecer a los países de esta región y a sus poblaciones como uno de los más importantes focos de la crisis africana, en una situación de violencia generalizada y de inestabilidad y tensión tanto política como social, además de caos económico.

En estos últimos años, desde 1989, los países de esta estratégica región han experimentado cambios fundamentales y radicales²⁹. Así, en Sudán, tras el golpe de estado de junio de 1989, una Junta islamista ha tomado el poder, ha implantado un régimen basado en el integrismo islámico, transformándose en su centro de propagación por el mundo árabe-islámico al configurarse el eje islámico Teherán-Jartum, además de la permanencia de una larga guerra civil entre el norte y el sur de este extenso país; Etiopía ha conocido un largo período de gobierno fundamentado en el sistema marxista o afrocomunismo, que ha llegado a su término en mayo de 1991, tras una cruenta guerra civil, al ponerse fin por la acción de un movimiento nacional, y ante el levantamiento en armas de Eritrea, que ha alcanzado su independencia en 1993; Somalia también ha experimentado la caída de su dictadura en 1991 por un golpe militar, entrando en una fase de guerra civil generalizada entre las distintas facciones, que han sumido al país en un estado de caos y anarquía, además de la intervención exterior en 1992; y Yibuti queda en relativa calma y aislado en la región, con un gobierno autoritario contestado por acciones populares³⁰.

²⁸ PH. LEYMARIE, art. cit.

²⁹ «La corne de l'Afrique», *Politique Africaine*, 50, junio de 1993, Burdeos, C.E.A.N.

³⁰ CH. GURDON: *The Horn of Africa*, University College London Press, 1994.

En África Central el foco de conflicto en estos últimos años se encuentra en las pequeñas Repúblicas de Ruanda y Burundi. En estos dos países se encontraba latente desde las independencias, y aún antes en la época colonial, la rivalidad entre las dos poblaciones que la habitan: los hutus —mayoritarios— y los tutsis —minoritarios—. Tras el atentado en que murieron los presidentes de ambos países en abril de 1994, se desencadenó, principalmente en Ruanda, un sangriento conflicto étnico-civil, con persecución, represión y exterminio entre ambas poblaciones, que ha llegado hasta nuestros días. Y también en Zaire, donde la acción de un movimiento guerrillero ha generalizado un conflicto civil contra la dictadura de J. Mobutu.

En contraste con todas las situaciones anteriores, en África Austral, que a lo largo de los años de las independencias africanas ha sido el foco de la resistencia y la represión blanca contra las poblaciones negras, se ha transformado en una región estable y en paz, con la configuración de Estados y sociedades multirraciales, en las que tiende a desaparecer la violencia. Así, Botswana dispone de sistema democrático desde su independencia en 1996; la Rhodesia blanca dio paso a la República multirracial de Zimbabwe en 1980, y con el mismo carácter se proclamó la independencia de Namibia en 1990. Por último, han tenido lugar las recientes reformas democráticas y pacificación tanto en Angola como en Mozambique, y la experiencia de la República Sudafricana, que ha vivido un proceso de profundas reformas internas desde 1990 que ha puesto fin al *apartheid* y ha culminado con la elección de N. Mandela como presidente de la nueva Sudafrica democrática y multirracial en 1994, apareciendo en estos momentos como el país con más potencialidades y mejor futuro de toda África. A las grandes figuras políticas de las independencias africanas: K. Nkrumah en Ghana, L. Sedar Senghor en Senegal, y J. Nyerere en Tanzania, se une ahora la personalidad de N. Mandela como un símbolo de los pueblos africanos, con la talla moral de máximo dirigente de toda la nueva África.

CONCLUSIÓN

En resumen, la opinión que predomina hoy en los informes y comentarios sobre África es «la gravedad de los problemas que confronta actualmente el continente africano»³¹. Entre tales problemas se encuentra «la cri-

³¹ A.-M. M'Bow: «¿Qué futuro para África?», *Cuadernos África. América Latina*, 20, 4/95, Madrid, Sodepaz.

sis importante de las economías africanas cuyas manifestaciones se perciben claramente a través de diversos indicadores»³².

Fara W. Pfaff³³ «el problema de África es muy sencillo. No es el sistema tribal, la pobreza o el sida. Es que en la mayor parte de África no existe realmente una clase media profesional culta del tipo que permite funcionar a las sociedades y economías modernas». Mientras que M. A. Bastenier³⁴ se plantea la cuestión de «recolonizar África». Y la prensa escribe sobre «la soledad de África»³⁵ y «África olvidada»³⁶.

Pero no hay que perder totalmente las esperanzas. Para los afro-optimistas quedan dos posibles vías de solución para África: una es seguir el ejemplo de Suráfrica y la autoridad moral de Mandela, ya que en opinión de M. A. Bastenier³⁷ «el único país de todo el continente negro que va camino de estar algún día descolonizado es África del Sur»; y otra, el definitivo y total establecimiento de la democracia que haga posible la adopción de medidas económicas para superar la situación de subdesarrollo, y de arreglos que conduzcan a la solución de los conflictos.

³² E. M'BOKOLO: «Las relaciones sociales, políticas y económicas de África de hoy», *Tiempo de Paz*, 27-28, 1993, Madrid: «África olvidada».

³³ W. PFAFF: «El dilema de África», en *El País*, 22 de agosto de 1994.

³⁴ M. A. BASTENIER: «Recolonizar África», en *El País*, 31 de julio de 1994.

³⁵ *El País*, 31 de julio de 1994.

³⁶ *El País*, 21 de marzo de 1996.

³⁷ M. A. BASTENIER, art. cit.

Sudáfrica ayer, hoy y mañana

JUAN MANUEL RIESGO

Profesor de la Sociedad de Estudios Internacionales
e Historiador

Sudáfrica es más que un país con un millón doscientos veintiún mil kilómetros y más de cuarenta y un millones de habitantes, de hecho es verdaderamente un subcontinente, con todo tipo de variedades climáticas y una riqueza extraordinaria en muchos de los minerales más apreciados de la tierra como oro, cromo, níquel, platino, diamantes, uranio, vanadio, titanio, selenio e ingentes cantidades de carbón con la mayor mina a flor de tierra del mundo: Witbank. Pero con una importante deficiencia: carece de petróleo y ello le hizo ser especialmente vulnerable a pesar del extraordinario y asombroso esfuerzo de la creación de los tres ingentes complejos petroquímicos «Sassol», para la obtención de combustible a través del carbón mediante un sofisticado pero carísimo procedimiento.

Desmontado el «apartheid» en un intenso proceso de 1992 a 1994, que culminó con las elecciones de mayo de ese año, en las que se eligió el primer parlamento democrático, en igualdad de todas las razas. El último presidente blanco, Frederick De Klerk, y el carismático líder del ANC, Mandela, han sido los gestores conocidos de este milagro, pero ha habido también dos protagonistas muy importantes de este acontecimiento; prueba de ello es que fueron designados conjuntamente hombres del año como principales negociadores de la conferencia CNA-Gobierno, Roelf Meyer, Ministro de Desarrollo Constitucional, y Cyril Ramaphosa, representante del ANC, hombre de gran experiencia en negociar con los blancos como diri-

gente del sindicato COSATU, y posteriormente presidente del nuevo parlamento sudafricano¹.

Sudáfrica, creada en 1910, tuvo en sus primeros años como figura principal a Jan Smuts, padrino de la princesa Irene de Grecia, allí refugiada con nuestra reina Sofía y toda la familia real griega durante la II Guerra Mundial. Smuts, licenciado en Derecho en Cambridge, general de la guerra Borer y posteriormente mariscal del Imperio Británico, primer ministro 1919-24 y 1939-48, inventor del término «mandato» y fundador de la ONU, quiso instaurar la igualdad racial en 1948, pero derrotado en las elecciones de ese año por los «afrikaners», que instaurarían el odioso «apartheid», murió de pena, ante el sombrío panorama que se presentaba a su patria. Durante la «Guerra Fría», que fue muy caliente en África, Sudáfrica, gigante económico y militar, quebrantó con continuas incursiones a los países del África Austral, obligados a utilizar sus puertos y ferrocarriles, hasta producir el colapso del bloque comunista. Sin embargo, el régimen del «apartheid», verdadera institucionalización de la negación de los Derechos Humanos, impuso un sistema cruel e implacable de separación racial. El intento de reforma constitucional de 1984, en vez de mejorar la situación, provocó nuevos odios, hasta que en 1990 se consiguió con negociaciones cuatripartitas el fin de la internacionalización de la Guerra de Angola (gravísimo quebranto para Cuba) y la independencia de Namibia. Derrumbado el comunismo, el fin de la Guerra Fría facilitó la elección de un nuevo presidente: Frederick Willem De Klerk, antiguo ministro de Educación y de Desarrollo bantú, que sustituyó a Pieter Botha, anteriormente ministro de Defensa. Como decía el gran empresario Oppenheimer: «Sudáfrica necesitaba una economía abierta a los cuarenta y un millones de consumidores, para que el país oficial fuera el país real». Al poner en libertad a Nelson Mandela, dirigente del principal partido africano ANC, que siempre había intentado una vía pacífica de entendimiento, De Klerk y Mandela crearon una nueva Sudáfrica. Fueron justamente acreedores de los premios Nobel de la Paz, Concordia Internacio-

¹ Estos dos hombres son los que llevaron el peso de las difícilísimas negociaciones entre la oposición y el último gobierno blanco del Partido Nacional, que aunque los miembros de 1992 fueran muy diferentes de los crueles creadores del Apartheid de 1948, no olvidemos que eran de la misma formación política, aunque acabaran abriendo sus filas a las otras razas, principalmente mestizos. De ahí el gran mérito de Roelf Meyer y por supuesto de Cyril Ramaphosa, acreedores en parte de los premios «Nobel de la Paz», «Príncipe de Asturias» y «Bolívar» de De Klerk y Mandela. Desgraciadamente, tanto Frederick De Klerk como Meyer acabaron abandonando la política, incomprensidos principalmente por algunos ciudadanos blancos, que les acusaron de «traidores». Ramaphosa y Meyer fueron portada de la prestigiosa revista sudafricana *Leadership* en 1993, portada reproducida en menor espacio por la revista *Millennium* de agosto 1995.

nal, «Príncipe de Asturias» y de la UNESCO. Tras las elecciones de abril de 1994 y superando muchas dificultades, hoy Sudáfrica emerge como gran potencia continental e incluso mundial, creciendo su economía cerca del 5%. Cuando el resto de África es sólo el 1,5% del comercio internacional, Sudáfrica posee el 95% de las reservas de cromo, vital para la impermeabilización de los vehículos tanto civiles como militares, el 69% de platino, el 82% de manganeso, el 44% de oro, el 33% de vanadio, el 24% de diamantes, el 52% de cobalto, el 14% de circonio y el 10% de titanio. Además la compañía sudafricana de diamantes De Beer posee la mayoría de las minas de Zambia, Angola, Congo-Zaire y otros países de incluso otros continentes. El avance tecnológico en todos los campos ha sido tan asombroso que el célebre Dr. Barnard hizo el primer trasplante de corazón en el hospital Groote Schuur, lo que supuso el Nobel de Medicina para su país. Pese a la desconfianza generada en Tanzania por las compras sudafricanas de tierras y propiedades, un gran porvenir se presenta a este nuevo país, esperanza de todo un continente, al ampliar a toda su población los logros científicos conseguidos.

El Premio Nobel de literatura Wole Soyinka dijo en 1994: «Sudáfrica es nuestro sueño, Ruanda nuestra pesadilla». Con esta contundente frase, el más importante de los intelectuales africanos recalcaba tanto el horror del genocidio de Ruanda, como el asombro y alegría por la democratización de la potentísima Sudáfrica, esperanza de todo un continente, guía y moderador para la solución de conflictos, como acaba de suceder en Zaire-Congo el pasado mes de mayo y locomotora para un desarrollo, que tanto se ha retrasado en la última década.

SUDÁFRICA AYER

Al igual que en Estados Unidos se ha llegado a decir que blancos y negros debían de dejar las luchas raciales para devolver el país a sus verdaderos dueños, los indios, en Sudáfrica también blancos y negros debían devolver su rico país a sus primitivos «indios pobladores» los bosquimanos y hotentotes.

En Sudáfrica, los primeros habitantes se remontan a hace más de medio millón de años: un australopiteco simio fósil de rasgos humanoides, que utilizaba piedras toscamente talladas como instrumento cortante. Las pinturas rupestres bosquimanas encontradas en cuevas tienen al menos 10.000 años. Los antropólogos Casals y Vanenburg han estudiado a este tan interesante pueblo, que por sus ojos rasgados, su esteatopigia, su color pardo-amarillo y sus vasos sanguíneos adaptados para conservar el calor, les permitía resis-

tir el frío del *veld* o meseta interior, los gélidos vientos de El Cabo en invierno o el calor de los desiertos Namibio y Kalahari. Durante siglos vagaron viviendo de la caza y la pesca como dueños de un inmenso territorio en el suroccidente de África, hasta la llegada de un pueblo de más estatura, ganadero y con mejor armamento que las cerbatanas y pequeños arcos de los bosquimanos. Se trataba de los denominados «hotentotes» (expresión holandesa que se refería a los saltos que daban y expresiones que proferían). Tanto bosquimanos como hotentotes empleaban una lengua chasqueante y sibilante, absolutamente distinta del resto de los africanos. Uno de los argumentos de los fanáticos blancos del «apartheid» se basaba en una supuesta Sudáfrica despoblada salvo por unos pocos bosquimanos, un territorio de nadie, un *res nullius*, cuando llegaron los primeros holandeses en el período 1648-52. Pero esto no es cierto, importantes grupos bantúes habían llegado a través del golfo de Guinea y África Central hasta la costa índica y desde allí bajando por el Canal de Mozambique, alcanzaron la actual Natal. Allí estaban en 1450-1500, un naufrago portugués del barco «Sao Vento», Manoel de Mesquita, que fue muy bien tratado en 1554 por nativos pondosxhosa del grupo Nguni. Pero había un grupo aún más interesante, el reino Monotapa en el actual «Gran Zimbabwe», que según las últimas investigaciones era dirigido por una élite de judíos negros de tipo «nilótico», probablemente descendientes de etíopes falashas y de tutsis que procedentes de Etiopía a través del Ruwenzari y Ruanda llegaron al norte de Sudáfrica-sur de Zimbabwe, donde acabaron dominando a pacíficos bantúes dedicados a la agricultura.

El reino del Gran Zimbabwe estaba al oeste de Sofala (Mozambique), sur del actual Zimbabwe y próximo al norte de la actual Sudáfrica donde está el antiguo banthustan de Venda o «país de los mil ríos». Las ruinas encontradas (que se han identificado con las míticas minas del Rey Salomón) conservan aún una torre cónica de 10 m. de altura y 5 de diámetro, un templo elíptico con el sistema medieval de la doble muralla con un alargado pasillo de seguridad en lo que era por su altura la acrópolis de una antigua ciudad cercana a explotaciones de minerales preciosos. Al hacer la prueba del «carbono 14», a un madero que sostenía un desagüe, se descubrió que databa de 800 a 1.000 años antes de Cristo. En las investigaciones arqueológicas se han encontrado restos de cerámica persa, china y árabe por lo que la antigüedad e importancia de esta civilización era muy grande para mantener contactos con los grandes imperios asiáticos, que intercambiarían sus productos manufacturados por oro y piedras preciosas. El reino de Zimbabwe tuvo un florecimiento en los siglos XV y XVI, manteniendo intensas relaciones comerciales con la costa mozambiqueña. Los portugueses desde la costa

indica del sur swahili (Sofala) comerciaron con los rowzi de Zimbabwe y supieron de la existencia de este Estado. Pero la triste suerte de la expedición de Francisco Barreto en 1569 y la muerte posterior del Rey D. Sebastián en la batalla africana de Alcazarquivir (1578) en Marruecos, hicieron mantenerse a los portugueses a la defensiva, mientras perdían las Molucas, Malaca e Isla Mauricio a manos de los holandeses y si en Mozambique vencieron fue con ayuda española.

Los teóricos del racismo sudafricano mantenían que la perfección de las construcciones de Zimbabwe, una de ellas con 107 m. de longitud, muros de hasta 10 m. de altura y cinco metros de grosor sin argamasa, hacían imposible que negros africanos lo hubieran construido y atribuían a judíos o incluso romanos su autoría. Hoy las nuevas investigaciones de Tudor Parfitt (Universidad de Londres)² demuestran que fueron negros de religión judía sus realizadores procedentes de Etiopía y la región de los Grandes Lagos, pero de un desarrollo superior por los instrumentos agrícolas y armas que utilizaban. Los portugueses denominaron al rey de Zimbabwe, «Mbwana Wa tapa, señor de los pueblos sometidos o Monotapa, hijo de rey». El colonialismo europeo de las rutas del Índico acabó quebrando su emporio económico, que terminó debido al «Mfecane» (aplastamiento) la gran guerra de tribus surgida a consecuencia del expansionismo zulú, que empezó a finales del XVIII y tuvo su zenit en 1828 con el emperador Chaka que dominó gran parte del territorio de Natal derrotando a los «xhosas-pondos» y empujó a los ndebele del rey Mzilikasi hacia Zimbabwe, donde vencieron a los más numerosos, pero pacíficos agricultores shona, antiguos vasallos de los lembazimbawe. Cuando llegó el primer explorador europeo el austriaco Karl Mauch, que como su compatriota Oskar Lenz, que llegó a Tomboctú gracias al español Cristobal Benítez, como él estaba en realidad al servicio de Alemania, los shonas no pudieron explicarle el origen de tan imponentes construcciones.

Los rowtzi, algo más evolucionados, se refirieron a la «casa de la gran señora», donde cada tres o cuatro años se celebraban al terminar la recolección, se hacían cultos y fiestas a la fertilidad que duraban tres días en aquel lugar sagrado ofreciendo sacrificios. Parecía el resto de una antigua tradición perdida. En el interior de las murallas había una cavidad que conducía a una fuente lisa y redonda, hecha de la que Mauch denominó «talco poro-

² Tudor Parfitt es un investigador de la Universidad de Londres, especializado en estudios hebraicos, que ha seguido el interesante y más conocido caso de los «falashas». Pero en el grupo étnico de los «lemba», sus descubrimientos son sensacionales. Aunque esta etnia haya perdido parte de sus ritos judaicos, no cabe duda de que descende de pueblos hebraicos, como demuestran sus nombres, costumbres y parte de sus rasgos étnicos.

so», de color gris verdoso. Al final de la ceremonia al brujo o sacerdote penetraba sólo en la cavidad derramando líquido sobre la fuente, pidiendo al Meli o dios que apartara de los enfermos sus males. Cuando volvía al exterior los asistentes se inclinaban volviendo sus rostros hacia la tierra exclamando: «Dios ha dispuesto todo sabiamente aquí». Después entonaban cánticos, utilizando cuernos, címbalos y tambores, como los judíos negros falashas etíopes. Estos ritos relatados por el hijo del gran sacerdote Tenga, por su similitud a las ceremonias judaicas y la proximidad del pueblo balembe que practicaba la circuncisión y sólo se alimentaba de la carne que ellos mismos cazaban, hizo suponer a Mauch³ que el templo lo construyó el pueblo del río Sabía descendiente de Salomón y la reina Makeda de Saba. Estos negros etíopes convertidos al judaísmo, que habían llegado allí en busca de metales preciosos, quedaron finalmente aislados de sus tierras de origen por distintas razones que ahora podemos aportar: tráfico y caza de esclavos, invasiones musulmanas y penetración desde la costa Swahili de árabes y sobre todo el miedo a los bien armados europeos con cuyos barcos de guerra, se acabó con el comercio asiático. El «Mfecane zulú» terminó con un poder ya herido de muerte y al llegar los misioneros y los colonizadores que envió Cecil Rhodes se refugiaron en el vecino Venda, que como Lesotho con su agua abundante y fragosidad, les aislaba de tan poderosos nuevos invasores.

Paul Kruger, el presidente boer del Transvaal al descubrir tan curioso pueblo judío negro, intentó infructuosamente someterlos en 1883 y por ello se les llamó «los judíos de Kruger». Se estima que hoy los Lemba se acercan a los 100.000 en Sudáfrica y sur de Zimbabwe. Tienen indiscutible aspecto semita, como los tutsi con su pronunciada, en muchos casos, nariz aguileña. En ellos son habituales los nombres Filemón, Moisés, Salomón, y son fanáticos de la limpieza y abluciones, siguiendo las reglas de pureza de la Biblia y por supuesto no comen cerdo. Sus sacerdotes o rabinos conocen el hebreo y un profesor de la universidad de Bar Ilan de Israel, demostró que muchas de las palabras de la antigua lengua shona son hebreas. Para convocar a las asambleas se utiliza como los judíos un cuerno o «shofar», aunque en este caso es de rinoceronte. Circuncidan a los niños y no comen un animal que ellos mismos no hayan matado. Mantienen el «kashruf» y el «kosher», utilizan el «piano de la selva», que tocan dentro de una calabaza decorada con caracolas, sólo los falashas tienen un instrumento parecido. Su

³ GARCÍA AYUSO, D. F.: *Viajes de Mauch y Baines al África del Sur*, Madrid, 1877. Las interpretaciones primeras de Mauch resultaron muy importantes, pues posteriormente la codicia de los buscadores de oro destruyó con sus excavaciones restos arqueológicos fundamentales y motivó la sustracción de objetos metálicos de oro o plata.

símbolo tribal es un elefante dentro de una estrella de David. Como los falashas, son grandes artesanos de cerámica de barro a mano con dibujos geométricos en plata, negro y ocre y son hábiles forjadores de hierro y cobre. En el Gran Zimbabwe, se encontró un magnífico pájaro de esteatita, cuya realización demostraba una gran técnica. Desgraciadamente el hallazgo de joyas de adornos de metales preciosos, hizo que las ruinas y enterramientos próximos a las históricas ruinas, fueron saqueados por codiciosos aventureros que con Rhodes y Jameson, acudieron a la fiebre del oro y diamantes de Kimberley y Johannesburgo. Esto nos impide saber mucho más sobre este apasionante pueblo. Según su tradición construyeron Zimbabwe viniendo de Senna lo que se asimila a Sanaa, ciudad del Yemen gobernada por Makeda de Saba y donde hasta la creación de Israel, ha vivido una numerosa colonia de los judíos más oscuros de Asia. Los Falashas dicen venir del «Sennar», lo que se identifica con Ennar del Nilo, que según la judía inglesa de remoto origen sefardí Margarita Nabarro (*sic*), sería la colonia judía de la Isla Elefantina al sur de Egipto.

BLANCOS Y BANTÚES

Sabemos de la existencia en el norte de Sudáfrica de un imperio dirigido por judíos negros, Monotapa, que gobernaba sobre bantúes (los antepasados de los actuales shona) y comerciaba metales y piedras preciosas con persas, árabes y chinos (se ha encontrado porcelana de la era Ming) y vendía también esclavos. Conocemos una importante presencia de nguni (bantúes) a lo largo de la costa soleada de Natal. Por el contrario el frío del «Veld» interior sudafricano, los vientos de El Cabo y la rigurosidad de los desiertos, hicieron creer a los europeos que estaba casi despoblado y sus habitantes eran poco amistosos. Cuando Bartolomé Dias pasó en 1488 El Cabo que dividía el Atlántico del Índico, lo llamó Cabo de las Tormentas por sus vientos huracanados, pero el Rey de Portugal, para alentar el viaje de más navegantes, le cambió el nombre por «Buena Esperanza». Sin embargo, en 1510 cuando hizo escala para repostar de agua, murió en un ataque de los hotentotes el virrey de la India, Almeida, por ello los portugueses no se establecieron permanentemente. En 1648-52, después del trato amable de los indígenas a los holandeses del barco naufragado «Haarlem», los neerlandeses se establecieron definitivamente. El primitivo asentamiento de la Bahía de la Mesa de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales fue desbordado por granjeros (boers) que cultivaban explotaciones privadas y en la década de los 70 del siglo XVIII se encontraron al llegar a las costas índicas del Este de El Cabo

con las grandes tribus Xhosas del Ciskei, Transkei y Pondoland, dando lugar a las «guerras cafres», de «Kafir» infiel en árabe, nombre que los musulmanes daban a los negros.

Como consecuencia de las guerras napoleónicas en 1806, los británicos se anexionaron la Sudáfrica conocida, en la que estaban desde 1795, colonizando la costa índica de los xhosa y entrando en guerra con ellos en sus nuevos asentamientos: Grahamstown, East London, George, Port Elizabeth y King William Town, donde las armas modernas causaron gran mortandad. En El Cabo, con pocas mujeres europeas se había producido una inevitable mezcla con malayas, hotentotes, malgaches e incluso esclavas negras, dando lugar a los llamados «mestizos o malayos de El Cabo», de lengua afrikaans (holandés del s. XVI simplificado). Curiosamente cuando se estableció el «apartheid» en 1948, se decía que esta numerosa población «coloured», se «debía a los marineros de los barcos que hacían escala» (*sic*).

Los ingleses abolieron la esclavitud y los boer holandeses se trasladaron al interior, fundando las llamadas Repúblicas de Orange y de Sudáfrica o Transvaal. Todo fue bien mientras no se descubrieron riquísimas minas. Los británicos estaban demasiado ocupados con el gran poder zulú, una pequeña tribu «nguni», que surgió de la nada con su jefe el Napoleón africano Shaka, generando el movimiento de tribus más violento, el «mfecane» al presionar unos a otros para evitar la superior fuerza militar zulú. En 1828 infringieron una gran derrota a los pondos xhosa a los que arrebataron su ganado. Shaka recibió a un teniente inglés, Firestone, al que puso a prueba, pero con el que congenió. Acabó siendo asesinado por su medio hermano Dingane. Éste atacó a traición a los grupos boers que convergían en Natal bajo el mando de Piet Retief y Gerd Maritz. Los boer se vengaron en la batalla del «Río de la sangre». Los ingleses ocuparon Natal y acabaron enfrentándose al gran poder zulú en 1879, sufriendo la gran derrota de Ishamwanah, en la que murió el hijo y heredero de Napoleón III y Eugenia de Montijo y ocasionando la caída del gran estadista del imperialismo Benjamín Disraeli, que dijo: «Qué tiene este pueblo que vence a nuestros generales, convence a nuestros obispos y extingue a una de las dinastías más gloriosas que han existido». El gran ejército de Lord Chelford acabó tomando la capital Ulundi y desterrando a su rey Cetswayo, pero los zulúes entraron para siempre en la Historia del mundo y de la de Sudáfrica, cuyo protagonismo prácticamente no han abandonado hasta 1995.

Vencido el poder de los negros africanos, el imperialismo inglés dirigido por Cecil Rhodes y el Dr. Starr Jameson se dirigió contra los blancos africanos «boers». Una coyuntura favorable en la batalla de Majuba Hill, don-

de los boers escalaron por el lado más agreste de una escarpada montaña y vencieron al coronel Colley en 1880, les benefició temporalmente por las menores apetencias del primer ministro Gladstone. Los británicos se conformaron con anexionarse el territorio de Griqualand con las ricas minas de diamantes de Kimberley. Pero en la década de los 80 se descubrió oro en el Transvaal y como en la fiebre del oro de California, miles de aventureros americanos, australianos y británicos invadieron las repúblicas «boers» siendo llamados «uitlanders», extranjeros. El Dr. Jameson, secundando a Rhodes, hizo un «raid» el 20 de diciembre de 1895 con un contingente armado de su compañía minera, pero aunque fue derrotado y capturado, creó el ambiente para que tras un ultimátum a las pequeñas repúblicas boer de Orange y Transvaal, entraran en guerra con la mayor potencia mundial de aquel tiempo: el Imperio Británico, que acababa de tomar el Sudán en 1898 y hecho retroceder al ejército francés en Fashoda. En este gran conflicto entre blancos, ambos ejércitos contaron con combatientes mestizos e incluso negros como soldados auxiliares y porteadores. Se iba a trincar la evolución lógica de Sudáfrica.

La llamada «Guerra de los boers» fue una guerra «imperialista», con una peculiaridad muy especial, se intentaba colonizar a blancos, aunque éstos llevaran dos siglos y medio fuera de Europa. Y esto era bastante nuevo, por lo que la política expansiva británica fue más criticada que nunca. Gran Bretaña se encontraba en 1899 en una gran euforia, si Disraeli había caído por la victoria zulú en Ishamwanah en 1879 y Gladstone en 1883 por la toma de Kartum por las hordas del Mahdi, la reconquista del Sudán tras la victoria de Ondurman y la entrada en Kartum del gran ejército de Lord Kitchner, significó con el ultimátum del Fashoda, la retirada del contingente francés del Capitán Marchand, que pretendía el eje Dakar-Yibuti. Los ingleses no olvidaban que en 1896 Starr Jameson y tres de sus colaboradores habían sido condenados a muerte en la República Sudafricana de Transvaal, si bien les fue conmutado por una multa de 75.000 libras que pagó Cecil Rhodes, primer ministro de El Cabo, Rhodes, que debido a estos hechos tuvo que dimitir. Las dos repúblicas boers de Transvaal y Orange firmaron un acuerdo de defensa mutua.

En 1898 empezaba a plasmarse en hechos, superado el estado de guerra en la primera mitad del XIX por el Canadá, el tráfico de esclavos, las «Antillas negras» y Guyana, la alianza entre los dos grandes pueblos anglosajones que les daría la primacía mundial durante todo el siglo XX. La primera víctima será España, los barcos de los astilleros ingleses preparados para otros países como Brasil, serán vendidos a Estados Unidos. A España se le negarán acorazados o cruceros e incluso carboneros. Mientras a Estados

Unidos se le abastece de todo en Hong Kong, a España se le negará el paso por el Canal de Suez, de la escuadra de refuerzo del Contraalmirante Camara en el que van sus más potentes navíos, sus verdaderos barcos de guerra, el acorazado «Pelayo», y el crucero acorazado «Carlos V», que así permanecerán inéditos en la guerra hispano-americana. En Cavite (Filipinas) fueron destruidos viejos barcos de madera. Pero en Santiago de Cuba lo fueron barcos rápidos y modernos, aunque de poca potencia de fuego, en una escuadra mandada muy torpemente por Pascual Cervera.

No es de extrañar que en este ambiente de euforia imperialista el Alto Comisionado en El Cabo Milner utilizara el pretexto de los derechos políticos de los «uitlanders» de origen británico. Lord Chamberlain, secretario de colonias y uno de los grandes imperialistas, consiguió un acuerdo secreto, continuación del que preveía el reparto de las colonias portuguesas entre alemanes e ingleses para que el Kaiser Guillermo II no apoyara a Paul Kruger, el envalentonado presidente del Transvaal, con lo cual dejó a éste aislado del mar salvo el débil apoyo portugués.

Los nuevos imperios serán los que posean las flotas más potentes: Gran Bretaña, Alemania y las repúblicas estadounidense y francesa. La guerra de los boers es en la primera fase bélica favorable a los afrikaners holandeses, más acostumbrados a las cabalgadas y la utilización de armas de fuego. Los boers, como el presidente del Transvaal, Paul Kruger, eran fervientes calvinistas que se consideraban el pueblo elegido por Dios. El propio Kruger estaba convencido de que el mundo era plano y que Dios le hablaba. Un ferrocarril desde 1884 unía Johannesburgo y Pretoria con la Bahía Delagoa en Mozambique. Creyeron contar con el Kaiser Guillermo II y el Zar ruso pero el apoyo de éste fue poco efectivo. Sí contaron con Portugal, que pese a ser aliado tradicional británico por el pasillo El Cabo-El Cairo le había impedido cumplir su sueño del «mapa rosa», uniendo los territorios de Mozambique y Angola. Los lusos intuían la existencia del pacto secreto entre los representantes de la emperatriz Victoria y y el canciller Von Caprivi de su sobrino el emperador alemán, mediante el cual además de un reajuste de fronteras africanas, británicos y alemanes se repartirían el imperio portugués a la primera dificultad que los portugueses tuvieran en controlar sus posesiones. A la larga, el ultimátum británico y el desprecio en este tratado a la nación portuguesa supuso la caída de la monarquía lusa.

Como acertadamente dijeron los africanistas ingleses Robinson y Gallagher, «se pretendió crear en Sudáfrica otro Canadá y en realidad se originó otra Irlanda». Salisbury presionó a Alemania para que dejara de suministrar material militar a los boers. Éstos empezaron la guerra con 30.000 hombres de Transvaal, 20.000 de Orange y 2.000 de El Cabo. Nunca con-

centraron más de 35.000 en una sola batalla y nunca poseyeron más de 70 cañones de campaña en toda la guerra. El general boer Joubert invadió Natal con 16.500 hombres venciendo en Dundee y Moderspruit sitiando Ladysmith, Piet Cronje cortó el ferrocarril a Bechuanalandia y sitió Mafeking donde el Coronel Baden Powell resistió siete meses, utilizando incluso a los niños, dando origen a los boys scout. El mismísimo Rhodes estuvo a punto de caer prisionero en Kimberley. Obviamente un imperio tan poderoso como el británico no podía permitir su derrota y envió 448.725 hombres, prácticamente todo el ejército de la India, fuerzas de Europa, Canadá y sus más famosos generales, Lord Roberts conquistador de Kabul y Lord Kitchner del Sudán, como Jefe de Estado Mayor, que sustituyeron a los derrotados en Spionkop (Buller) y Magersfontein (Methuen). El 13 de marzo fue tomada Bloenfontein, capital de Orange el 31 de mayo Johannesburgo y el 5 de junio la capital del Transvaal, Pretoria. El 1 de septiembre Orange y Transvaal eran anexionados formalmente a la corona británica. Después en Diamond Hill y Belfast, fueron derrotadas las últimas unidades regulares boers (la policía de Johannesburgo).

Los boers no se amilanaron y comenzaron una feroz guerra de guerrillas destruyendo vías de ferrocarril, espantando caballos, explotando polvorines y quemando provisiones. La respuesta de Kitchner fue implacable, fueron incendiadas las casas y granjas más próximas a las vías destruidas, quemados sus cultivos y la población civil fue «reconcentrada» en campamentos donde sufrió gran mortalidad. A pesar de la movilidad de los comandos boers la guerra de destrucción no podía mantenerse y en la conciencia británica pesó la terrible mortandad en los campos de concentración de los civiles más inocentes: ancianos, mujeres y niños. El país resultó arrasado y ello repercutió en la vida de los negros, que se hizo aún más miserable. Cuando se alcanzó la llamada «paz de los bravos» el 31 de mayo de 1902 en Vereeniging, habían muerto unos 4.000 boers en combate, 1.081 por enfermedad o heridos, más 1.118 en los campos de prisioneros de Sta. Elena, Ceylán, Mauricio, etc. Sin embargo, la mortandad civil fue pavorosa para una pequeña población: 1.676 ancianos, 4.177 mujeres y 27.074 niños. Ello engendró un profundo odio de los boers a los británicos, que pagaron los negros. El tan admirado por los ingleses y consumado imperialista Lord Salisbury exclamó en agosto de 1899: «Los boers nos odiarán durante toda una generación, aún en el caso de que se sometan... y si ofrecen resistencia y son derrotados nos odiarán todavía más». Al Alto Comisionado británico Milner y al General Kitchner hay que atribuir en gran parte la quiebra de la evolución de Sudáfrica. Se quiso compensar a los boers y se limitó la emigración blanca. Miles de boers vagaban por las calles sin trabajo y después

de haber perdido todas sus propiedades agrícolas, no les quedaba otra salida que el trabajo industrial urbano, perjudicando con ello al incipiente proletariado negro que no mejoró su capacidad adquisitiva.

LA CREACIÓN DE SUDÁFRICA Y LA FUNDACIÓN DEL A.N.C., LA MALA CONCIENCIA BRITÁNICA

Muchos pueblos indígenas habían sido conquistados en Asia y África a sangre y fuego. Pero un pueblo blanco, aunque lejano, sometido violentamente en condiciones durísimas, en situación próxima al genocidio, conmovió las conciencias europeas y también las británicas. Por ello, cuando la tremenda mortandad infantil de los campos de concentración fue conocida, estremeció al mundo. Por ello se quiso compensar a los boers de sus penurias y se cometió otra injusticia: privar a los negros de sus tierras.

La población negra establecida masivamente en las áreas oriental de la gran provincia de El Cabo y en Natal por la fertilidad y bondad del clima, aumentó espectacularmente en número al mejorar las condiciones sanitarias en los 20 primeros años del s. XX. Paralelo a ello, empezó una emigración de las dos tribus mayoritarias: Xhosas y Zulúes a las zonas urbanas industriales, aunque fueran de clima más riguroso en invierno como el sur de El Cabo y especialmente el alto Veld de la meseta elevada en la que se encuentran todas las ciudades de la rica área del Rand en Transvaal, Johannesburgo, conocido como Jo'burg, Pretoria, Springs, Witbank, Middelburg y las riquísimas minas de Phalabora. Las tribus minoritarias, que habitaban más diseminadas el norte del país o los protectorados británicos de Bechuanalandia y Basutolandia como los tsongas, shangaan o swanas y sothos del norte y del sur, también acudieron a las áreas mineras e industriales a realizar el duro trabajo en las excavaciones del subsuelo. También surgió otro fenómeno en esta época, por la facilidad de circulación de los negros de las colonias británicas próximas, Nyasia, Swazilandia, territorios densamente poblados y pobres y de otros más ricos: Rhodesia del Norte (hoy Zambia) y Rhodesia del Sur (hoy Zimbabwe), también vinieron muchos trabajadores del fronterizo y depauperado Mozambique. Esta inmensa población flotante negra, que en la mayoría de los casos no quiso regresar a sus países de origen, dio lugar a alrededor de 7 millones de personas en 1992. Caprichosamente cuando llegó «el apartheid» en 1948, ciudadanos de procedencia extranjera en las ciudades fueron reconocidos como sudafricanos nativos, mientras residentes en los banthustanes tribales, a los que se dio una ficticia independencia (no reconocida por nadie) con cientos de años, de raíces familiares en Sudáfrica, se les privó de la nacionalidad.

En 1902, los implacables Milner y Kitchner habían negociado la paz con los generales boers Jan Smuts, Louis Botha, Jan De la Rey, De Wet y Hertzog, la llamada «paz de los bravos». De Wet y De la Rey siguieron manteniendo una política hostil. Hertzog hizo una política proboer, pero Smuts y Botha acabaron aceptando una política probritánica de colaboración entre los blancos como base de progreso del país. Para los extremistas boers su derrota se debía a no haber sabido utilizar los nuevos inventos producidos por la revolución industrial en materia de transportes y armamento, ahora había que aprovechar el dominio británico para estudiar y aprender sus avances tecnológicos. Así muchos de los jóvenes boers pasaron en pocos años del s. XVII al XX. De 1902 a 1910 el país se reconstruyó y la industria se reactivó, pasando muchos de los boers empobrecidos por la guerra o que regresaban de los campos de prisioneros a trabajar en las industrias de la periferia de las ciudades. En algunos casos, incluso en competencia con el negro como fuerza de trabajo. El ferrocarril alcanzó los 11.300 km. y se suprimieron las aduanas entre las colonias británicas de El Cabo y Natal y las anexionadas repúblicas boer de Transvaal y Orange. En 1907 se restablecieron los parlamentos provinciales, con lo cual ya se abría una nueva era para un nuevo país. Para ello, en 1908-1909 se celebró una convención nacional en Bloemfontein (Orange) designada nueva capital judicial, para crear la Unión Sudafricana.

Se trataba de un nuevo dominio como Canadá o Australia para dar a la población un antogobierno. Los ingleses iban a ceder mucho por su mala conciencia. Pero nadie se ocupó de la numerosa población negra, fantasma en su propio país. El 31 de mayo de 1910 entró en vigor la nueva constitución. Pretoria sería la residencia del gobierno y del representante de la Corona, pues el rey británico seguía siendo Jefe de Estado y el Parlamento estaría en El Cabo. El primer ministro fue Louis Botha, que en la guerra boer capturó al aguerrido periodista Winston Churchill, su principal colaborador fue el general y abogado graduado en Cambridge Jan Smuts, al que debemos definir como el gran padre de la Sudáfrica pre-Apartheid⁴. Botha y

⁴ Jan Smuts, Primer Ministro de Sudáfrica, 1919-24 y 1939-48, llegó a ser general y mariscal del Imperio Británico, fundador de la ONU y uno de los redactores del preámbulo de su carta. Decisivo en la victoria aliada frente al Eje en la II Guerra Mundial, contó con la antipatía de parte de sus paisanos boers, especialmente cuando en las elecciones de 1948 preparaba la integración de los negros en la vida política. Su partido, al que se había dado el nombre integrador de «Sudafricano», perdió las elecciones ante los fanáticos afrikaners unificados en el Partido Nacional, que luego con Verwoerd, crearon el odioso «apartheid». Smuts acogió a la familia real griega cuando los nazis tomaron Atenas, apadrinando a la princesa Irene, que nació allí. S. M. la reina Sofía, me manifestó en un seminario que le impartí sobre África en 1994, en el Instituto de España, que Smuts había sido injustamente tratado. Efectivamente, Smuts, que en los años 20 tuvo que enfrentarse a los mineros blancos, a difíciles problemas de orden

Smuts obtuvieron 66 votos de 121 frente al partido unionista de Starr Jameson y el laborista de Creswell. Los boers más radicales, dirigidos por Hertzog, fundaron en 1914 el partido Nacional. Hertzog consiguió con la creación de la ley de las tierras nativos con el pretexto de conservar las culturas indígenas, la reserva de 9 millones de hectáreas principalmente en el este de El Cabo, centro este de Natal y norte de Transvaal. Esta cantidad de tierra considerada adecuada se demostró insuficiente después por el *boom* económico sudafricano y el elevado índice de natalidad de los indígenas.

En 1912 zulúes principalmente se reunieron en Bloemfontain y crearon el ANC, Congreso Nacional Africano, primera gran formación africana hasta cierto punto abierta, pero que en su primera fase no superó del todo la implantación tribal. En parte se debió a que los zulúes eran los más combativos, pero también eran el único grupo étnico indígena, que poseía tierras propias. La reina Victoria en compensación al destierro del rey zulú Cetswayo en 1879 les cedió el valle de «las mil colinas».

SUDÁFRICA PRE-APARTHEID, 1910-1948

Es un período intenso que no es ocasión aquí describir, por lo que haremos un breve resumen⁵. Durante la I Guerra Mundial Sudáfrica se alineó con los otros dominios del imperio británico en el bando aliado, sólo un reducido grupo de boers lucharon con los alemanes, muriendo De la Rey y Beyers. Smuts mandó el contingente en el frente francés y Luis Botha tomó el África Sudoeste alemana o Namibia, que de hecho sería gobernada como una quinta provincia sudafricana de 825.000 km², llegando a tener representación en el parlamento. El masivo número de hombres que viajó a Namibia y Tanganika y posteriormente a Europa, motivó que muchos negros repusieran en la industria los puestos dejados por los blancos. La industrialización aumentó y la demanda de los minerales sudafricanos subió los pre-

público con los trabajadores indios y grupos tribales, llegó a hacer amistad con el Mahatma Gandhi y los dirigentes negros. Desplegó toda su energía en la guerra contra los nazis y cuando perdió las elecciones de 1948 murió de pena, pues comprendía el triste porvenir que se cernía sobre Sudáfrica. Cuando se creó el «Apartheid» había fallecido, luego una de las mayores injusticias es atribuirle, como ha escrito algún insensato, su participación en el establecimiento del «Apartheid», contra cuyos instauradores luchó, siendo su implacable enemigo político hasta su muerte, acaecida antes de la promulgación de las terribles leyes de separación de razas y de la absurda creación de los «banthustanes». Smuts es un político a reivindicar.

⁵ Quien desee una explicación más detallada puede consultar mis monografías «Sudáfrica» Cuaderno n.º 133 de *Historia-16* (1988), y «El Apartheid», Cuaderno del Mundo Actual n.º 12, de *Historia-16* (1993). De los tiempos más recientes, *Conflictos en el África Subsahariana*, 1980-1997, Cuadernos CIDAF, 1987, Madrid.

cios. Pero el fin de la guerra hizo decaer el ritmo económico al recuperarse Europa.

Aumentaron los conflictos laborales, que coincidieron con una revuelta de una secta religiosa negra en Queenstown, que acabó con 163 muertos, la mayoría con armas blancas. Los trabajadores blancos exigieron los puestos de los negros apoyados por el partido comunista, bajo el lema «para que Sudáfrica siga siendo blanca». Smuts acabó con la huelga minera de los trabajadores de origen europeo enviando el Ejército, pero se entendió con los indios después de una célebre entrevista con Gandhi abonando el regreso a la India de los que quisieran volver. Smuts perdió las elecciones de 1924 por la extraña alianza de los afrikaners de Hertzog con los laboristas de origen británico, cuyo punto de unión era la supremacía de los trabajadores blancos; por ello, en 1922 se había rechazado en un plebiscito la integración de Rodhesia, donde la población negra era 20 veces superior a la blanca. La crisis de 1929 se palió con la creación de grandes consorcios estatales como la siderurgia ISCOR, que acabó por fin con los blancos pobres, pero en 1936 se suprimió el voto de los mestizos y malayos, que existía desde 1853. En 1939 había un partido nazi dirigido por Pirow, seguidor de Hertzog y teólogos como Jan Vorster, simpatizante de Hitler. Por ello el 4 de septiembre de 1939 la entrada de Sudáfrica en la guerra se decidió por un estrecho margen de 80-67; Hertzog quería la neutralidad, Malan la entrada en favor de Alemania, y sólo la decidida actuación de Smuts, de nuevo primer ministro, llevó a Sudáfrica al bando aliado, dándose la curiosa circunstancia de que un general «afrikaner», Pienaar, repusiera en el trono de Etiopía al negro destronado Haile Selassie. Tobruk, El Alamein e Italia se jalonaron de tumbas con el antiflope «Springbok», símbolo de Sudáfrica; 300.000 blancos y 40.000 mestizos del cuerpo de El Cabo participaron en la guerra y 100.000 negros hicieron trabajos auxiliares.

Si muchos hombres de las colonias lucharon en favor de la libertad de los pueblos de Europa, no entendían la situación de ser ciudadanos de segunda clase en las colonias. En línea con las nuevas ideas Smuts, consejero de Churchill y ascendido a mariscal de campo en la guerra, y su segundo, Jan Hofmeyr, comprendiendo la nueva situación de Filipinas, Indonesia y la India y Pakistán, emprendieron el camino en favor de una Sudáfrica con participación de todos. Nada podía unir más a los afrikaners que esto y Smuts perdió a las elecciones. El abismo que se abría era tan grande, que Hofmeyr y Smuts murieron de pena.

INSTITUCIONALIZACIÓN Y FIN DEL APARTHEID 1948-1990

El doctor Xuma, Presidente del ANC muy revitalizado tras la II Guerra Mundial, pidió la intervención de la ONU en Sudáfrica. Pero el nuevo gobierno racista creó lo que yo he llamado en mis clases de Filosofía del Derecho «la Institucionalización jurídica de la negación de los Derechos Humanos»: el Apartheid. Los «Afrikaner» tenían una exigua mayoría de 79-74, pero suficiente. Una de las primeras medidas fue abolir la nacionalidad británica en su territorio y crear la sudafricana, después establecer las apelaciones al propio Tribunal Supremo y no al Consejo Británico de Estado. Johannes Strikjdom fue el Ministro de Tierras. E. Jansen, Gobernador representante del Rey y ministro de Asuntos Nativos, posteriormente denominado de Desarrollo y Administración bantú, el pérfido Hendrik Verwoerd (1901-1966), Catedrático de Psicología y Sociología de la Universidad de Stellenbosch, próxima a El Cabo. A pesar de ser nacido en Holanda y no Afrikaner de varias generaciones, como sus compañeros de gobierno, fue el principal creador del odioso «Apartheid». Su política eliminó la urbanización y mezcla de tribus, obligando a mantener las raíces tribales de origen y prohibiendo que los obreros trajeran a sus familias, exigiéndoles regresar a su tierra natal a la terminación de sus contratos. Se separaron las razas por la «Population Registration Act» (1950) y se prohibieron los matrimonios mixtos e incluso las relaciones entre las razas, castigadas por la «Immorality Act» de 1957.

El comunismo fue prohibido en 1950, colocando en el mismo bando a los enemigos del Apartheid y a los comunistas, antes de la «Guerra Fría» y de la creación de la OTAN y del Pacto de Varsovia. Ante ello, comunistas emigrantes de Europa Oriental como Joe Slovo, esposo de Ruth Fist, asesinada por los servicios secretos sudafricanos en Mozambique en 1983, ingresaron en el ANC de los negros. No es de extrañar que cuando Corea del Norte invadió Corea del Sur, Sudáfrica hizo un intenso esfuerzo militar, especialmente enviando la casi totalidad de su Fuerza Aérea, que fue la segunda después de la estadounidense en actividad.

A los africanos se les prohibía la residencia en las ciudades de blancos (sólo podían ir para trabajar) y en todo momento debían llevar un voluminoso pase-carnet en el que estaban todas sus circunstancias. Los policías controlaban en todo momento su presencia e infundían pavor tanto a blancos como a negros.

Varios aldabonazos pusieron a la trágica actualidad sudafricana en el panorama internacional, además de abandonar la Commonwealth y proclamar la República, aunque muchos boer querían continuar bajo la protección bri-

tánica. Uno de ellos fue la matanza de Sharpeville (Transvaal) en 1960, la policía abrió fuego contra manifestantes negros que protestaban por los abusos relacionados con el pase; hubo 69 muertos y 180 heridos. El 5 de agosto de 1962 es detenido cercado Howick (Natal) el abogado negro Nelson («Rolilatha»: «el que causó problemas») Mandela, de 44 años, perteneciente a la familia real de los Xhosa-tembo. Aunque se le acusó de pertenecer al brazo armado del ANC (la lanza armada de la nación), su trayectoria pacifista anterior y su amistad con los líderes Haile Selassie, Julius Nyerere y K. Kaunda le salvaron la vida en un país de pena de muerte fácil. El 12 de julio de 1963, en una granja de Rivonia donde se encontraron armas, fueron detenidos la plana mayor del ANC, entre ellos Walter Sisulu, Govan Mbeki y el indo-pakistaní Ahmed Kathrada, salvo Oliver Tambo, que se exilió a Londres y luego a Suiza. El 16 de junio de 1976 se pretendió imponer a los negros, cuya lengua de comunicación era el inglés, el afrikaans (holandés del siglo XVI) de los boers. Una gran manifestación en Soweto, la ciudad negra próxima a Johannesburgo, y posteriormente en los restantes «Townships», reprimido a tiros por la policía, originó cientos de muertos. La independencia bajo partido único de inspiración comunista de Angola y Mozambique debido a los militares compañeros de ideología que dirigieron Portugal en los primeros tiempos del Movimiento 25-Abril-74 (Otelio Saraiwa de Carvalho, Vasco Gonzálves y Rosa Coutinho), originaron intensas campañas en Angola y acciones de represalia en los países vecinos, principalmente en Mozambique y Botswana.

Pero en 1979 Zimbawe-Rhodesia alcanzó una verdadera independencia, ya controlada por la mayoría negra (pero con tres ministros blancos en el gobierno, como si fuera una nueva Kenya). En agosto de 1981, once mil soldados sudafricanos invadieron Angola en el marco de la operación «Protea». En 1967 el Premio Nobel de la Paz, el zulú Albert Luthuli, moría en un extraño accidente ferroviario. En 1977 el abogado blanco del ANC, Fisher, moría en prisión, como también el activista negro Steve Biko (su vida fue inmortalizada en «Grita Libertad»), y el 16-VII-83 Ruth First moriría en Maputo por un paquete bomba enviado por el BOSS sudafricano. En 1984 Desmond Tutu, obispo anglicano, prototipo del nuevo hombre urbano de Sudáfrica, hijo de swana y xhosa, es galardonado con el Nobel de la Paz y posteriormente nombrado primado anglicano.

En 1985 es el primer ministro Pieter Botha, antiguo ministro de Defensa, que ha impuesto en los países vecinos un temor a la precisa e implacable máquina militar sudafricana con sus incursiones y bombardeos después del acuerdo de Nkomati con Samora Machel de Mozambique y un acuerdo con Angola que es el primero en incumplir enviando un comando en sub-

marino a Cabinda junto al río Congo para destruir las instalaciones petrolíferas de Angola (su jefe, el Capitán Johannes Du Toit, será capturado). Sabe además que todos los países del África Austral dependen económicamente de él, destruidos los ferrocarriles de Angola y Mozambique por guerrillas ayudadas desde Sudáfrica, insuficiente el «Tan-Zan». No hay otra salida que los trenes y puertos sudafricanos, la asistencia técnica del país del Apartheid mantiene sus industrias en marcha y la era Reagan-Thatcher impedirá cualquier condena efectiva en Naciones Unidas. Por medio de una reforma Constitucional crea tres cámaras para abrir el apoyo del Apartheid a mestizos e indios y Botha pasa a Presidente ejecutivo. Sin embargo, la reforma se vuelve contra él y los negros protestarán más que nunca porque se den a otros los derechos que a ellos siguen negándoseles.

Paralelamente una Unión Soviética cada vez más débil, por una operación maestra del General Vernon Walters, 2.º Jefe de la CIA, evacúa y pierde Etiopía y en una negociación cuatripartita acepta la evacuación cubana de Angola, lo que supone la ruina económica de la isla. Cuando Namibia alcance la independencia impuesta a Botha por EE.UU. y Gran Bretaña, sus ricos minerales continuarán en poder de multinacionales controladas por Occidente. Cuando en 1989 caen el Muro de Berlín y la Unión Soviética, termina la Guerra Fría y ya no hay razón para mantener un régimen del s. XVIII en la última década del siglo XX.

SUDÁFRICA HOY: DE KLERK ACABA CON EL APARTHEID. MANDELA, PRESIDENTE

El magnate de la industria sudafricana Harry Openheimer manifestaba que era absurdo mantener a más de 30 millones de ciudadanos fuera de los círculos de consumo económico. Efectivamente, más de 11 millones de negros se hacinaban en los inviables Bantustanes, cuya independencia nadie reconoció: 7 millones tienen condición de extranjeros indocumentados y un número mayor son ciudadanos de 2.ª o 3.ª en su propio país. Las multinacionales en la década anterior abandonaban pomposamente Sudáfrica, presionados por sus consumidores negros norteamericanos o de la Europa nórdica, pero se establecían en la vecina Botswana para que todo continuara casi igual. Botswana era la vía adecuada para los grandes camiones TIR, que llevaban por el paso de Kasane y la presa de Kariba a través de Zimbawe y Zambia a toda África los productos sudafricanos. La economía de Botswana fue la que más creció del continente gracias al boicot a Sudáfrica, como Haití y R. Dominicana se benefician del boicot a Cuba.

Una de las primeras medidas que tomó el Partido Nacional gobernante de Pieter Botha fue sustituirle en su jefatura por Frederick De Klerk el 2 de febrero de 1989, por el pretexto de un derrame cerebral. Cuando Botha proclama la independencia de Namibia el 1 de abril de 1989 es un cadáver político al entregar al poder a San Nunjoma. Nunjoma, líder de la tribu mayoritaria de los ovambos y del Swapo, no ha podido obtener la mayoría de dos tercios frente a la Alianza de Turnhalle, que agrupa a los blancos y al resto de grupos tribales, por lo que no puede modificar la constitución, lo que le daría poderes absolutos. Botha aceptaba perder Namibia para que continuara «el Apartheid», que empezó a dulcificar, aboliéndolo en los transportes, playas y zonas de recreo. Frederick De Klerk era hijo de un Presidente del Senado y hermano de un catedrático de Periodismo y descendiente de una antigua familia de hugonotes franceses (De Clerc), cuyos orígenes en Sudáfrica se remontan a 1688. Como antiguo ministro de educación, era el hombre preciso para hacer la democratización de la nación. Los jóvenes negros, con su lema «primero la revolución, después la educación», habían arrasado las zonas residenciales negras y los colegios de un país que tenía más universitarios de color que muchos países africanos juntos.

El ANC contaba con un gran prestigio mundial, pero sus mejores y más cualificados dirigentes, empezando por Nelson Mandela, desde hacía 27 años, estaban en prisión. Grupos de jóvenes radicales, agrupados en torno a Winnie Mandela en el llamado «Mandela Club de Fútbol», asesinaban a policías y concejales negros o incluso a sus propios compañeros por suponerseles «soplones», como Stompie Seipei, de 14 años, y Lolo Sono, que nunca apareció. El principal guardaespaldas de Winnie, Jerry Richardson, ya en prisión, declararía en 1997 ante la comisión de la verdad y la reconciliación que presidía Desmond Tutu que «el médico Abubakar Asvat fue asesinado por orden de Winnie, por saber demasiado».

Winnie había adquirido varias lujosas residencias con dinero de donaciones extranjeras, pero utilizaba la antigua casa de Mandela en Soweto para dar ruedas de prensa, mientras era público y notorio que mantenía un apasionado idilio con el joven abogado del ANC, Dalí Mpfu. Como esta otra Winnie era desconocida en Europa y EE.UU.⁶, nada mejor que conceder la

⁶ Tanto a Mandela como a De Klerk o incluso a Tutu o Thabo Mbeki, les preocupaba que por la idealización como «madre de la nación» de que gozaba Winnie fuera de Sudáfrica y por el apoyo entre los sectores más radicales de fuera y dentro de el ANC, aspirara a tomar el poder, impidiendo todo acuerdo pacífico que conservara los progresos económicos, para evitar el desastre producido en los demás países al marcharse los blancos. Un ejemplo claro de biografías apasionadas y poco objetivas es la de la sudafricana blanca, Nancy Harryson, editada en España en 1988 por GEDISA, de Barcelona. No cabe duda de que Mandela supo en prisión de sus andanzas, dado que en la última etapa, aunque no existía fotografía de él, sí recibía cartas,

libertad a los verdaderos dirigentes para que el país recobrarla la normalidad. De Klerk ganó las últimas elecciones sólo para blancos y fue nombrado presidente por el Parlamento el 14 de septiembre de 1989, a los 53 años. El 15 de octubre puso en libertad a Walter Sisulu, Govan Mbeki y toda la plana mayor del ANC. Se entrevistó con Mandela, que después de pasar por las prisiones de Robben Island (el Alcatraz sudafricano, frente a Ciudad de El Cabo, y Polls Moor) se alojaba en la granja-residencia Venter, donde su sargento de vigilancia se había convertido en su ayudante y secretario. Mandela comprobó que ahora trataba con un hombre íntegro y el 11 de febrero de 1990, tras 27 años de prisión, salió en libertad en medio del entusiasmo mundial, acrecentado en sus giras internacionales. Había un compromiso de renunciar a la violencia, aunque era mucho mayor la que se mantenía entre el ANC y los zulúes de Inkhata que contra los blancos.

La abominable Ley de Registro de población es derogada el 17-VI-91 en un país que ya admite los matrimonios mixtos. Sudáfrica, readmitida en el COI, participó en los Juegos Olímpicos de Barcelona-92 (posteriormente, ya con Mandela presidente y equipos multirraciales, ganará el Campeonato Mundial de Rugby con mayoría de blancos y la Copa de África de Fútbol

informes y visitas especialmente de eclesiásticos, como el obispo metodista Peter Storey, que le informó de los asesinatos y apropiaciones de fondos de Winnie. Al principio intentó protegerla por sus «hijas», pero en la Sudáfrica democrática una pared en Soweto donde tenía una de sus mansiones presentaba esta pintada: «¡Una vez madre de la nación, ahora ladrona de la nación!». Posteriormente se supo que se apropió de 140.000 dólares enviados por Benazir Butho, primer Ministro de Pakistán. Una Compañía Charter, «Foster Webb», la denunció por impago de 15.250 dólares, importe de un avión enviado a Angola. Posteriormente se supo que en este avión viajaban su yerno Muzi Dlamini, su hombre de confianza Ben Du Preez y su chófer John Lawrence, asesinado posteriormente en un tiroteo en Johannesburgo. Du Preez confesó que el objetivo principal del viaje era recoger un paquete de diamantes en Luanda, para venderlo en Sudáfrica. Curiosamente, Mandela en una de sus frases célebres había dicho a Winnie poco antes de casarse: «Quiero que sepas que nunca podré comprarte diamantes» (Javier MELLADO, *El Mundo*, 12-III-95). El 28 de enero de 1998, ante el Tribunal de la Verdad y la Reconciliación que presidía Desmond Tutu, la policía sudafricana reconoció haber tenido intervenido el teléfono de Winnie, por lo que supo que en su proceso por la muerte del joven Stompie en 1991 mintió y que había indicios del asesinato de un oficial blanco para protegerla. El 29 de enero, ante el mismo tribunal, el asesino-ejecutor más notorio del «apartheid», Eugene de Kock, confesó haber asesinado a Themba Mbotha, amante de Winnie Mandisikela-Mandela, a petición de la policía de seguridad de Soweto (muchos de cuyos miembros eran negros no xhosas). De Kock parecía haber obrado con gusto: le disparó dos balas al corazón y después voló el cuerpo con explosivo. Dirigente de un escuadrón de la muerte conocido por «El gran malvado», estaba en la prisión de alta seguridad de Pretoria con petición de 212 años de cárcel. Obviamente, a estos hechos se refería Nelson Mandela cuando en su divorcio declaró «que no quería entrar en detalles para no herir la sensibilidad de sus hijas». Por los numerosos jóvenes amantes de Winnie, implicados en sus actividades delictivas, parecía que Winnie mezclaba ambas cosas, aunque a alguno de ellos, como el caso de Mbotha, le costara la vida.

con mayoría de negros, pero sin Nigeria). Los ministros de Defensa, General Magnus Malan, y el ministro del Interior, Louis La Grange, defensores del «Apartheid», son destituidos. El 17 de marzo de 1992, en referéndum, el 69% de los blancos aprueban las medidas de De Klerk y la integración democrática. Una difícil negociación, dirigida, como se ha expuesto, por los «hombres del año 93» (Cyril Ramaphosa y Roelf Meyer), asegura el entendimiento entre las diferentes comunidades en una complicada deliberación en la que se establecen himno, bandera y reorganización territorial. Los banthustanes son reintegrados a la nación y más de once millones de personas vuelven a ser ciudadanos ahora con todos los derechos. Sin embargo, Winnie Mandela alienta a los jóvenes a derrocar a la cúpula del ANC, y un fanático anticomunista procedente de Polonia, Jan Walus, asesina a un destacado dirigente del ANC, Cris Hani, tachado de comunista y de posible sucesor de Mandela. También el terrorismo blanco de los simpatizantes del llamado Frente de la Libertad Afrikaner hizo temer por la evolución democrática.

El 27 de abril de 1994 se celebran elecciones libres por primera vez en la historia de este verdadero subcontinente. Por no existir censos fiables de los banthustanes y de la población negra flotante, se tiene que marcar con tinta indeleble a los votantes. Triunfó como se esperaba el ANC, que logró, con 252 escaños, superar las barreras tribales de su núcleo dirigente, xhosa, siendo apoyado por sothos, swanas, shangaan, algunos zulúes y los blancos del anglófilo antiguo partido Federal Progresista, ahora partido Demócrata. El antiguo partido gobernante el Nacional triunfó en la mayor provincia: El Cabo, gracias al apoyo de mestizos y malayos y probablemente más de las tres cuartas partes de los blancos, con 82 diputados. Los zulúes de Inkhata, temidos por su fuerza y cohesión tribal y por su sangrienta rivalidad provincial con el Frente Democrático aliado del ANC, vencieron en Natal, donde está Zululandia, y obtuvieron 43 escaños en total. Esto les tranquilizó momentáneamente⁷. Por fortuna para Sudáfrica, los grupos racistas del general Constand Viljoen (afrikaner) y del Congreso Panafricano de Clarence

⁷ Tanto la revista *Mundo Negro*, por unos precisos artículos del conocido antropólogo padre Antonio Calvera, como el autor de estas líneas en mis artículos en *Diario 16*, durante el mes de abril de 1994, debido a nuestros viajes a Sudáfrica, el trabajo día a día de lo allí escrito y la cuidada selección de las muchas publicaciones en España y Europa, tan llenas de inexactitudes, acertamos casi al 100 por 100 los resultados. Como me atribuyó Carlos González Echeagaray, antiguo director de la Hemeroteca y prestigioso africanista: «En Sudáfrica ha sucedido lo que Juan Manuel Riesgo ha explicado durante años». A De Klerk le pronostiqué 80 diputados y tuvo 82. En Natal había 42 escaños e Inkhata obtuvo 43 en total en todo el país, cedió algunos de Natal al ANC pero ganó otros en Transvaal, donde decenas de miles de zulúes trabajan en las minas del «Rand» (alrededores de Johannesburgo).

Makwetu (enemigo de blancos, mulatos e indios) obtuvieron resultados mínimos, a pesar de las simpatías de grupos extremistas europeos. Los dictadores y dirigentes de los banthustanes también recibieron un fuerte varapalo, con la excepción del General Holomisa (xhosa), que se mantuvo al margen esperando ser compensado por Mandela, lo que en cierto modo hizo de forma simbólica al nombrarle viceministro de Medio Ambiente.

Mandela fue elegido presidente, y Frederick de Klerk, como se había pactado al representar el 2.º partido más votado, fue designado vicepresidente junto con el joven dirigente Thabo Mbeki, hijo de Govan Mbeki. El más radical Oliver Tambo, anterior presidente del ANC y único de la vieja guardia del ANC que no fue detenido y se mantuvo largo tiempo en el exilio en Gran Bretaña y Suecia, falleció de un derrame cerebral.

SUDÁFRICA MAÑANA: MOTOR ECONÓMICO Y ÁRBITRO DE CONFLICTOS

El progreso industrial y la preparación técnica de la población negra, especialmente la mayoría que ha vivido fuera de los banthustanes, auguran un futuro de mejora y prosperidad si se mantiene el equilibrio político-social y el orden público. La población negra sufría unas carencias importantísimas especialmente en vivienda, si bien los que tenían capacidad económica en los años 80, compraron viviendas en los barrios blancos e incluso poseían negocios en ellos, por medio de testaferros blancos. La mayoría tenían infraviviendas u otras que podían ser destruidas y expropiadas si crecía el barrio de los blancos. Ello ocurrió en el barrio periférico de Crossroads (El Cabo) o en el barrio asiático de Port Elizabeth, donde sólo se respetó la mezquita por considerarse terreno sagrado. Así, Sudáfrica, la primera nación del mundo que protegió por ecología al tiburón blanco que todos los años devora en el Índico cerca de Durban a algún surfista y mantenía en la época los bellísimos jardines de Kirstenbosch en las faldas de la montaña de la Mesa junto a El Cabo de Buena Esperanza, que Francis Drake definió: el más bello de el mundo, tuvo que acometer la tarea de destruirlos para construir más viviendas. El gobierno del «Apartheid» no se preocupó del gravísimo problema de la vivienda de los negros, cuando ya los Townships no pudieron acoger más población. Hoy el gobierno de Mandela ha decidido urbanizar el idílico paraje de la «Montaña de la Mesa» y entiendo que probablemente también lo hará en las tierras de la mítica finca «Groot Constantia», residencia del célebre Gobernador Simon Van Steel, del siglo XVIII, y paraíso para el turista.

El primer gobierno Mandela, para evitar desastres como los ocurridos en Angola, Zaire o Mozambique, encomendó la economía a los blancos. El Ministro de Finanzas fue el experto dirigente del Banco Nacional de Sudáfrica, adscrito al gobierno blanco anterior, Derek Keys, y ministro de Minas y Energía (ministerio vital en Sudáfrica), continuó en manos del P.N. con R. F. Botha, aunque cerca de ellos y para ser el sucesor en Finanzas (Hacienda), Trevor Manuel, blanco simpatizante de siempre del A.N.C. como ministro de Comercio, Industria y Turismo. Ministro del difícilísimo cargo de la vivienda fue nombrado otro blanco, el mítico miembro del A.N.C. procedente del Partido comunista Joe Slovo (viudo de Ruth Fist y padre de la escritora Shawn Slovo, autora de la biografía de su madre, llevada al cine interpretada por Bárbara Hershey), falleció antes de tener los primeros frutos. Jugada maestra de Mandela y de sus asesores como Jessie Duarte, fue nombrar ministro del Interior al Príncipe Mangosuthu G. Buthelezi, antiguo compañero de estudios de Mandela en Fort Hare y tío y Consejero del Rey zulú Goodwill Zwelithini, pero después implacable rival del A.N.C. y especialmente de F. Democrático de Natal, con quien mantuvo un difícil pulso sangriento. Como viceministro de Seguridad fue nombrado otro miembro de Inkatha, el blanco Joe Matthews.

De cara al futuro, la principal labor de Mandela y su gobierno es mantener la estabilidad, el progreso económico y atraer grandes inversiones (lo que lograron) y mejorar la vida de los negros, una buena parte de los cuales ya tenía un nivel envidiable para el resto de África. Esta misión fue encomendada a Jay Naidoo, del ANC, como ministro sin cartera. Para evitar la delincuencia (6.000 robos de vehículos a mano armada al año), un general de origen indio, Sharma Maharaj, fue nombrado Jefe de la Policía de la «megalopolis» Johannesburgo. Ministro de Defensa un negro del ANC, Joe Madise, si bien en los cargos técnicos continúan aún en 1998 los generales blancos, como es el caso del Teniente General Jefe del Estado Mayor de la fuerza Aérea, Willem Hendrik Hechter, que probablemente deba su cargo a su difícil labor como Jefe del Mando Aéreo occidental en Windhoek (Namibia), en el difícil momento de la independencia de ese territorio, donde cientos de guerrilleros del Swapo que invadieron el país fueron drásticamente eliminados poco antes de la entrega del poder al gobierno elegido en las primeras elecciones democráticas. El presupuesto del potente aunque pequeño ejército sudafricano fue disminuido drásticamente (ya no hay estado de guerra con los vecinos) y pasado a vivienda y educación.

THABO MBEKI, EL FUTURO PRESIDENTE DE SUDÁFRICA

El 16 de diciembre de 1997, Nelson Mandela, el hombre del milagro sudafricano, sorprendió al mundo en el Congreso de su partido en el discurso de su despedida como presidente de su formación política con un fuerte ataque a los blancos, no sólo a los radicales afrikaner sino al Partido Nacional de su anterior vicepresidente De Klerk, que después de la aprobación de la Constitución abandonó el Gobierno de Unidad Nacional y pasó a ser oposición y no olvidemos que es el segundo partido de Sudáfrica y rival principal del ANC. Pero este ataque fue aún más sorprendente al atacar al Partido Democrático de los liberales anglófonos, que ha sido puente de los blancos simpatizantes del ANC, antes de legalizarse éste en la etapa anterior sudafricana. El ataque de Mandela estuvo dedicado especialmente a los medios de comunicación, dominados en su mayoría o en manos de blancos, acusándoles de estar fomentando la división en el seno de ANC. Varias lecturas había que hacer de este discurso: contentar a los radicales, evitar que el nuevo jefe del partido y futuro presidente, Thabo Mbeki, se quemara diciendo estas cosas, y especialmente quitar pretextos y apoyos a Winnie Mandela en su candidatura a vicepresidente del partido, y esto se consiguió prohibiendo Mbeki a Winnie que mediatizara a los compromisarios, afirmando que la propuesta de candidatos debía venir de éstos y no de la organización. Fuera de este ámbito Winnie afirmó que «su acusación de implicación en ocho asesinatos era para arruinar sus aspiraciones políticas en el ANC».

Thabo Mbeki dio así un golpe maestro a una de sus más encarnizadas rivales. La proyección de Mbeki, xhosa como Mandela e hijo de uno de sus más antiguos compañeros de militancia y prisión, Govan Mbeki, se debe principalmente a su prestigio en la política exterior del ANC. Exiliado durante años, tiene 56, viste con elegancia primorosa y se doctoró en Economía en la Universidad inglesa de Sussex. Como tantos jóvenes revolucionarios africanos, recibió instrucción militar en la Unión Soviética. Fue el artífice de la política de sanciones contra el Apartheid, que aunque nunca acabó con éste, sí le causó difíciles momentos económicos. Pasada la «etapa Reagan», mejoraron considerablemente las relaciones ANC-EE.UU. hasta el extremo de considerársele un gran amigo de Al Gore y de la política anglosajona proamericana en la serie de victorias que van desde Uganda a Etiopía, Eritrea, Ruanda hasta Congo-Zaire. En este último país fue decisiva su presencia junto con Mandela en el «Outenique»⁸, en las proximidades

⁸ Esta presencia de Mandela y Mbeki en la negociación entre Kabila y Mobutu representa la asunción por la nueva Sudáfrica de su papel como potencia económica y militar en el con-

de Punta Negra (Congo Brazaville), para apoyar a Laurent Kabila, conseguir la marcha de Mobutu y propiciar la toma de Kinshasa sin derramamiento de sangre. En este momento histórico hubo otra jugada maestra; al estar fuera el Presidente y Vicepresidente Mbeki, fue designado Jefe de Estado en funciones su enemigo político africano el Príncipe Mangosuthu Buthelezi, jefe del partido zulú Inkhata. Poco podía protestar éste de estar marginado de las decisiones políticas o pretender la independencia de Natal, de mayoría zulú, si sus enemigos le designan jefe de Estado en funciones.

Nelson Mandela, después de dimitir como Presidente del ANC y nombrar sucesor en la presidencia de Sudáfrica, dio un paso más en su camino a recuperar la estabilidad familiar y abandonar la vida política. Contrajo matrimonio el 18-VII-98 con su amiga Graça Machel (52 a.), viuda del fallecido Presidente de Mozambique, Samora Machel, en octubre de 1986, y prestigiosa dirigente de la UNICEF y de la lucha mundial contra las terribles minas anti-personal, que tantas bajas causan en África⁹.

Mbeki, formado en gran Bretaña y con grandes relaciones entre la clase dirigente de la política americana, pragmático de la economía capitalista, está siendo, y va a ser en el futuro, clave de la política de África y ya sufre la desconfianza de los vecinos africanos, especialmente en Tanzania, por la compra masiva que los sudafricanos están haciendo de industrias y propiedades en todo el continente. Sudáfrica será el motor del futuro, pero su extraordinaria potencia económica y vitalidad, asustan también a sus antiguos compañeros en este nuevo viaje.

tinente africano y confirmó su alineación dentro de las tesis estadounidenses y la nueva hegemonía anglófona en África. Coincidiendo casi con la muerte del Consejero francés Jacques Focard, llamado «Monsieur África». En el portahelicópteros y rompehielos «Outenique» sudafricano contrastaban los uniformes impecables de los oficiales blancos y los espectaculares turbantes de los suboficiales indios con el oscuro ébano de Mandela, Mbeki, Mobutu y Kabila. Había nacido una nueva África. Como dijo Mandela, «la paz en África es un requisito para nuestro propio éxito».

⁹ Graça Machel, Licenciada por la Universidad de Lisboa, ministra y políglota de Educación hasta 1987, cuando la cesó Chissano, sucesor de su marido, es también premio conjunto con otras mujeres «Príncipe de Asturias» de Cooperación Internacional. Con 52 años contrajo matrimonio con Nelson Mandela, en su 80 cumpleaños. A pesar de la edad de los contrayentes, hubo entrega de «lobula» o dote por parte de la familia real de la tribu «xhosa», a la que pertenece Mandela, sobrino del rey anterior que le educó y primo del actual Matanzima, cuyos poderes en la actual Sudáfrica ya son muy limitados e inferiores a su famoso primo. El matrimonio tuvo lugar en la residencia presidencial, «Mahlamba Ndlopfu», que en lengua tsonga quiere decir «donde se baña el elefante», la misma residencia de los presidentes del «Apartheid» en Pretoria. A la ceremonia asistió el Obispo anglicano Desmond Tutu, pero fue oficiada por el Obispo metodista Mvuvu Dandala, religión mayoritaria en el Transkei, lugar de nacimiento del Presidente.

BIBLIOGRAFÍA

- AFRICA INSTITUTE OF SOUTH AFRICA: *Africa at a Glance*, Pretoria 1992.
- AKAL: *Estado del Mundo*, Madrid 1986-1998.
- AMNISTÍA INTERNACIONAL: *Informes 1994-98*, Palmera 15, Madrid.
- BELL, PAUL y EWING, Deborah: «The Iron Grip of Shaka's House», «King Zwelet-hini and Buthelezi», *Leadership* 14-2, 1995, El Cabo - Sudáfrica.
- BENSON, M.: *Nelson Mandela*, Iepala, Madrid 1988.
- CORTÉS, J. L.: «África de Nkrumah a Mandela», *Mundo Negro*, Madrid 1996.
- CORRAL, Manuel: «Entrevista a Willen Hetcher, Jefe Fuerzas Aéreas de Sudáfrica», *R. Aeronáutica*, junio 1998.
- CIDAF: Noticias mensual, especialmente el magnífico 98-02. *Gaztambide* 31, Ma-drid.
- GARCÍA AYUSO, D. F.: *Viajes de Mauch y Baines al África del Sur*, Madrid 1877.
- GORDIMER, N.; GRAHAM, A.; WOODS, D.: *Represión, censura y olvido en Sudáfrica*, Tempestad, Barcelona 1992.
- GUITARD, Odette: *El Apartheid*, Fondo de Cultura Económica, Méjico 1992.
- HARRYSON, Nancy: *Winnie Mandela, la madre de una nación*, Gedisa, Barcelona 1988.
- Mandela*: Documental 1997 realizado por DEMME, Jonathan *et alii*, emitido por TVE el 24-VII-98.
- MARTÍNEZ-CARRERAS, José U.: «Las naciones africanas», *Cuadernos M. Actual* n.º 18, Historia 16.
- MEER, Fátima Mandela: *Más alto que la esperanza*, Ediciones B, Barcelona 1990.
- MESTRE, T.: *África como conflicto*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo.
- Mundo Negro*, revista 1990-98, Arturo Soria 100, Madrid.
- PARFITT, Tudor: *Las tribus perdidas de Israel*, Granica, Buenos Aires 1989.
- PATON, Alan: *Llanto por la tierra amada*. Notas y Vocabulario 1987. Ediciones B, Barcelona 1997.
- PUIG VENTURA, Marissa: *Los europeos y el oro de África Oriental-Antiguo Zimba-we*, Sendai, Barcelona 1990.
- RIESGO, Juan M.: «Sudáfrica». *Cuaderno Historia* 16 n.º 133. Madrid 1998.
- «El Apartheid», *Cuaderno del Mundo Actual* n.º 12, Historia 16, 1993.
- «Conflictos en el África Subsahariana 1980-1997», *Cuaderno CIDAF*, oct. 1997, *Gaztambide* 31, Madrid.
- ROJO, Alfonso: *La Odisea de la tribu blanca*, Planeta, Barcelona 1993.
- WOODS, D.: *Apartheid*, United Nations, New York 1986.

La educación en África subsahariana: de la enseñanza tradicional a la modernización educativa

OLEGARIO NEGRÍN FAJARDO
UNED. Madrid

INTRODUCCIÓN

Este trabajo que ahora damos a conocer pretende ser un planteamiento referencial, una aproximación global al problema de la educación en África subsahariana¹, abierto a interpretaciones distintas y a las revisiones que se necesiten en el futuro, cuando se hagan nuevas investigaciones sobre esta problemática.

Nos ocuparemos en este estudio de tres momentos claves en la cultura y educación africanas. El primer apartado fundamental es la educación tradicional; el segundo aspecto del que nos ocuparemos es el de los procesos de aculturación colonial ocurridos en África, durante la permanencia de las metrópolis europeas hasta que, finalmente, los países del continente negro alcanzan su independencia; el tercer aspecto o momento esencial será el balance de los 40 años de vida independiente. Finalmente, cerraremos nuestra intervención con un acercamiento prospectivo a la educación africana del futuro inmediato.

¹ Los contenidos de este artículo están basados en nuestras intervenciones en los cursos de «Historia de África», celebrados en los últimos años en el Colegio Mayor Nuestra Señora de África, organizados por el propio Mayor con la Asociación Española de Africanistas, y en la ponencia que presentamos, en octubre de 1997, en el seminario: «África a los 40 años de su independencia», en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Valencia, con el título «La educación y la cultura en África». Es de resaltar la sensibilidad demostrada por las autoridades académicas de aquella Universidad ante los problemas del mundo en desarrollo y, especialmente, ante la realidad africana, con frecuencia la eterna olvidada, en unos momentos en que las universidades se sienten cómodas, al parecer, afrontando otros ámbitos geográficos más atractivos que ofrecen mayores posibilidades de prestigio.

Pero antes de centrarnos en los contenidos fundamentales a desarrollar, quisiéramos referirnos a dos obstáculos que dificultan el acercamiento al estudio de la educación y la cultura africanas.

1. DOS PROBLEMAS DE INVESTIGACIÓN

La escasez de bibliografía

La primera dificultad que deseábamos mencionar es la relativa a la carencia de bibliografía especializada en castellano y a la escasez existente en otros idiomas, sobre el tema de la educación africana. Los obstáculos son mucho mayores si queremos obtener publicaciones elaboradas por los propios países africanos.

Existe una opacidad informativa en general en África que se produce también en el campo educativo. A ello se añade que no siempre los datos son fiables ni la recogida y valoración de los mismos ha sido la adecuada. Pero el problema más grave es que en muchos países no existen ni siquiera los medios económicos y técnicos imprescindibles para hacer públicos los resultados de su gestión en los diversos ámbitos. La escasez de publicaciones oficiales e informes, cuando no la inexistencia de ellos, es la constante en muchos países africanos asolados por el hambre, la miseria y, en varios casos, por la guerra.

Como tampoco existen circuitos privados de publicación y distribución de documentación, la única manera de estar informado es acudir a los organismos internacionales² que tienen acceso a informes y datos internos de cada país y los publican de manera periódica³.

Por lo que se refiere a la perspectiva histórica de la educación, desde nuestro ámbito de estudio, la primera limitación con la que se encuentra quien se acerca al conocimiento de la educación africana es una impresionante carencia de fuentes y bibliografía, a lo que se une la dificultad de ac-

² Nuestra experiencia en centros de documentación de la UNESCO en Ginebra es que ni siquiera esta institución, la más cercana al tema por la índole de sus objetivos y actividades, consigue reunir y producir documentación para todos los países africanos. Pedirlos a las embajadas africanas en Europa tampoco da mejor resultado, salvo algunas excepciones.

³ De hecho, para obtener los datos, análisis y valoraciones a los que nos referiremos más tarde al hablar de la educación en África independiente, hemos tenido que acudir a la escasa bibliografía existente y a las fuentes siguientes, entre otras: *Anuarios estadísticos de la UNESCO*, varios años; *Africa south of the Sahara*, varios años; *The world of learning*, varios años; *Higher education in Africa del Alto Comisariado para los Refugiados de 1986*; *Estudios Superiores. Exposición comparativa de los sistemas de enseñanza y de los títulos y diplomas*, Serbal/UNESCO, 1984.

ceder a las pocas existentes. Tal dificultad es mucho más notoria en publicaciones en castellano. Se observa que, salvo alguna obra concreta que no deja de ser una excepción, los manuales de Historia de la Educación⁴ no se ocupan de África para nada. También es verdad que similar tratamiento reciben el resto de los territorios que no están amparados bajo la rúbrica de «occidentales».

De hecho, no existen historias de la educación para el conjunto, o alguna región, de África ni tampoco, salvo algunos casos, historias de la educación por países⁵. Un ejemplo de tales excepciones son precisamente los trabajos históricos existentes para el África lusófona y la amplia bibliografía que se elaboró para nuestros territorios africanos mientras existió el Instituto de Estudios Africanos⁶.

2. ¿ES POSIBLE HABLAR DE LA EDUCACIÓN EN ÁFRICA SUBSAHARIANA EN SU CONJUNTO?

A nadie se le oculta la excesiva amplitud del título de este trabajo, tal como ha sido planteado⁷; es un tema complejo, diverso, inabarcable. Pero em-

⁴ La mayoría de los manuales de Historia de la Educación comienzan su estudio en Grecia y Roma. Hemos encontrado sólo dos obras en el ámbito histórico-educativo que dedican algunas páginas a la educación espontánea o enseñanza tradicional: LUZURIAGA, L.: *Historia de la Educación y la Pedagogía*, Buenos Aires, Losada, 1973, y LARROYO, F.: *Historia general de la Pedagogía*, México, Porrúa, 1973, 12.ª edición. Nosotros utilizamos a continuación la síntesis que presenta L. Luzuriaga en su obra citada, bajo el epígrafe «La educación de los pueblos primitivos», pp. 24 y ss.

⁵ Puede que una de las explicaciones de tales carencias sea la existencia de estereotipos negativos acerca de África, entre los que podemos destacar los siguientes: África no tiene historia escrita, los pueblos africanos han estado, antes de la llegada de los europeos, siempre sometidos al salvajismo y a la barbarie, la no existencia de sistemas educativos organizados a la manera europea. Argumentos a cual más inconsistente a la luz de los estudios actuales de antropología comparada. Pero sobre todo ocurre que los especialistas prefieren dedicar su tiempo a temas más atractivos, que ofrecen perspectivas de ganancia y éxito, y están más próximos geográfica y culturalmente.

⁶ El Instituto de Estudios Africanos, más conocido por sus siglas de IDEA, fue clausurado en torno a la fecha de la independencia de Guinea. A lo largo de su existencia produjo una amplia serie de estudios sobre los territorios hispanoaffricanos y también otros centrados en el conjunto de África. Aunque, lamentablemente, no han sido reeditados ni son en la actualidad suficientemente conocidos, al ser obras de difícil acceso para el público no especializado. Muchos de ellos encierran un arsenal de datos y de interpretaciones que siguen siendo útiles, especialmente si se les descarga de las valoraciones ideológicas partidistas propias del régimen político autoritario imperante en aquellos momentos.

⁷ No obstante, hay que decir que existen obras con este título general. Citemos algunos ejemplos: MOUMOUNI, A.: *L'éducation en Afrique*, París, Maspero, 1964; BANQUE MONDIALE: *Education in Sub-Saharan Africa: Policies for Adjustement, Revitalization and Expansion*,

pecemos por contextualizar el tema en el conjunto de África para conocer algunas perspectivas metodológicas de interés.

Como es bien sabido, existen varias Áfricas distintas que poco tienen que ver entre sí y están en la práctica bastante alejadas entre ellas. Así, los países árabes del norte de África tienen culturas, tradiciones y razas diferentes a los pueblos subsaharianos, si bien la religión musulmana está también bastante extendida en países del África negra y, a su vez, muchas tradiciones del África negra están arraigadas en algunos países musulmanes.

¿Y qué decir de las diferencias entre las Áfricas anglófona, francófona y lusófona, o entre el resto de los países africanos y Sudáfrica? Es difícil, por no decir imposible, hablar de educación en todo un inmenso continente, que es un mosaico de pueblos, culturas, tradiciones y grados de desarrollo bien diferentes y que contiene enormes países, extensos y muy poblados, como Nigeria, Zaire, Argelia y Sudáfrica, junto a otros minúsculos como Guinea Ecuatorial y algunas de las ex-colonias portuguesas.

Por eso, lo que realmente se puede afirmar es que existen diferentes Áfricas que se podrían aglutinar en los siguientes pares de opuestos: 1. África islámica *versus* África negra; 2. África tradicional *versus* África moderna; 3. África de las ciudades *versus* África de las aldeas. Seguramente a los que conocen más de cerca la realidad africana no les costaría mucho encontrar algunos elementos más de comparación y síntesis.

Por introducir algún criterio de autoridad en estas materias, baste citar a J. F. A. Ajayi⁸, que plantea los grandes sistemas de educación en África y los divide en los tres grupos siguientes:

- Sistema de formación islámica.
- Los sistemas de formación cristiana y occidental.
- Los sistemas de enseñanza indígena.

Ajayi entiende que África debe encontrar su propio sistema educativo autónomo, que recoja de lo existente sólo lo más significativo, que responda a las necesidades e intereses africanos, y que permita tener un papel funda-

Washington DC, 1988. BELLONCLE, G.: *La question éducative en Afrique noire*, París 1971; TRICARICO, A.: *La escuela en África*, Madrid, Cuadernos de Mundo Negro, 1964; UNESCO-BUREAU INTERNATIONAL DE L'ÉDUCATION: *L'Éducation en Afrique: entre tradition et modernité*, Genève, Bureau International de l'Éducation, 1989.

⁸ En su estudio «L'éducation dans l'Afrique contemporaine: historique et perspectives», en *Les processus d'éducation et l'historiographie dans Afrique*, París, Unesco, 1986. Esta publicación contiene los documentos de trabajo y los resúmenes del coloquio organizado por la UNESCO en Dakar, Senegal, entre el 25 y el 29 de enero de 1982.

mental a la tradición y a las lenguas del continente. En su opinión, las madres deberían volver a tener una función esencial en los procesos educativos modernos, semejante al que desarrollan en la educación tradicional.

Por su parte, Mazrui y Wagaw⁹ plantean la educación africana distinguiendo cuatro tradiciones pedagógicas y sus correspondientes 4 focos educativos:

Tradiciones pedagógicas:

- Indígena
- Afro/cristiana
- Afro/islámica
- Euro-moderna

Focos educativos:

- Sociocéntrico: el centro es el grupo o comunidad
- Teocéntrico: el centro es lo religioso, la idea de Dios
- Ecocéntrico: el centro es el entorno, la naturaleza
- Egocéntrico: el centro es el desarrollo individual y la creación de una humanidad ideal.

Es indudable que tales modelos de análisis abren unas perspectivas enormes al tratamiento sistemático de las tradiciones pedagógicas africanas. Pero éste no es el objeto de nuestra aportación, sino apoyarnos en tal clasificación para *centrarnos en África subsahariana*, en la que predomina la *tradición pedagógica occidental* y, más debilitada, lo que dichos autores llaman *tradición pedagógica indígena*. No obstante, mucho de lo que analizaremos aquí vale también para el conjunto de África, si tenemos en cuenta que los procesos de aculturación que se produjeron en África negra y en África musulmana fueron conducidos por las mismas metrópolis, con frecuencia con criterios semejantes.

Con este punto de partida metodológico y conceptual ya estamos en condiciones de analizar a grandes rasgos la enseñanza tradicional africana, esa

⁹ Para las personas interesadas en ampliar más estos datos, se recomienda la lectura del capítulo elaborado por A. Mazrui y T. Wagaw en la monumental obra de MIALARET, G., y VIAL, J.: *Histoire mondiale de l'éducation*, París, PUF, 1981, 4 vols. El capítulo al que hacemos referencia está en el volumen 3.º, pp. 73-96.

parcela de la historia de la educación que siempre habrá que tener en cuenta en el estudio de la educación africana de hoy y del futuro.

3. LA ENSEÑANZA TRADICIONAL

¿Recibían algún tipo de educación los africanos antes de la llegada de los europeos a sus territorios? En caso de que existiera: ¿Cuáles eran sus características? ¿En qué se diferenciaba de la educación tradicional occidental?

Podemos imaginarnos una aldea del África negra a la llegada de los conquistadores europeos: un ambiente natural y social equilibrado; fuerte arraigo cultural y tribal; educación espontánea y directa: aprendizaje de los mayores, competencia con los iguales; enseñanza práctica; ritos de carácter iniciático; relación estrecha con el medio natural; instrucción técnica, artesanal y agrícola.

Los africanos, como es bien sabido, tenían cultura propia y, asimismo, lenguas, costumbres y religiones consolidadas a través de la historia. La tradición oral y sus religiones mantenían la tradición y fomentaban las señas de identidad de cada tribu o etnia. Existía una estructura de la propiedad, del cultivo de los campos, de la caza y del resto de las actividades fundamentales de la vida tribal africana.

En definitiva, no se trataba de pueblos sin cultura o con una cultura inferior, como tendían a pensar los colonizadores desde su postura inflexible etnocéntrica. Por el contrario, dichos pueblos tenían un equilibrio vital profundo producto de la evolución natural de sus culturas, arraigadas a la naturaleza y a la elaboración de pautas de comportamiento consolidadas por la costumbre y la tradición¹⁰.

Porque no se puede olvidar que los pueblos africanos a la llegada de los colonizadores europeos también tenían graves problemas y lacras de todo tipo: enfermedades endémicas, subalimentación, esperanza de vida corta, y se movían en el ámbito de las supersticiones, el desconocimiento científico, la violencia entre tribus, los abusos de las castas. Algunos de ellos se paliaron con la irrupción de las nuevas culturas¹¹.

¹⁰ Para que no haya confusión entre nuestros lectores respecto a la tesis principal de este apartado, no estamos defendiendo ningún trasnochado planteamiento del buen salvaje feliz y despreocupado, sino resaltando el derecho de los pueblos a desarrollarse sin saltos ni violencias impuestas por los poderosos que no suelen respetar las tradiciones y costumbres de los pueblos más indefensos.

¹¹ Así, por sólo poner un ejemplo, en el campo de la sanidad e higiene se adelantó mucho con la construcción de hospitales y la asistencia médica moderna, erradicándose parcial-

Pero donde se produjo el daño irreparable fue en el terreno de la cultura y la educación. Los colonizadores, entendiendo que estaban ante culturas salvajes y primitivas, intentaron imponer por la fuerza y con la ayuda de sus agentes, a la cabeza de los cuales se encontraban los misioneros, la cultura occidental que entendían superior. Y se produjo el descalabro mayor al despersonalizar a masas de la población a las cuales, por otra parte, tampoco se les reconocía como iguales en derechos, sino como objetivamente explotables, en cuanto mano de obra barata, y como objeto de transformación a otra cultura y religión, en cuanto supuestamente salvajes indefensos.

Aunque el tema es bastante complejo, como se puede comprobar al estudiar los diversos modelos educativos y las distintas etapas de la colonización, podemos adelantar que en líneas generales se intentó, con resultados bien distintos y con un porcentaje de éxito seguramente bastante inferior al pretendido, sustituir la educación tradicional por la educación occidental.

Pero, ¿qué elementos o características definen la educación tradicional africana? ¿cómo podemos estudiar desde el presente aquellas culturas? En la actualidad existen dos fuentes principales para el acercamiento a la educación que venimos denominando tradicional: los *restos y productos prehistóricos* y la *vida de los pueblos primitivos aún existentes*.

A través de tales fuentes y de la historiografía sabemos que los africanos a la llegada de los europeos se encontraban viviendo la etapa que se ha denominado neolítica: el hombre cazador se convierte poco a poco en agricultor y ganadero, adquiriendo así estabilidad y formando clanes, hordas y tribus. Vive en poblados, en casas rudimentarias. Pulimenta la piedra y conoce el fuego; desarrolla la cestería y la alfarería para usos domésticos. Cultiva algunos cereales, y posee animales domésticos¹².

Correspondiendo a tales formas de vida se desarrollan estructuras sociales diferentes. En la época del hombre cazador, el varón ocupaba el lugar más importante, predominando el patriarcado; cuando empezó la colonización, lo que se podía denominar la etapa del agricultor, la mujer ocupa un lugar preeminente, por estar a su cargo las faenas domésticas y las labores agrícolas, afianzándose el matriarcado¹³.

mente algunas enfermedades endémicas, aumentando la esperanza de vida y otras variables básicas que revelan un aumento significativo del nivel de vida.

¹² Este párrafo puede entenderse como la síntesis de la citada etapa prehistórica, que puede encontrarse en cualquier manual al uso relacionado con la antropología, la etnología y, en sentido general, con la prehistoria como disciplina.

¹³ Se puede consultar una abundante bibliografía anglosajona en torno al tema de la mujer africana. Para profundizar en esta problemática pueden resultar adecuados los trabajos siguientes: PAULME, D.: *Women of tropical Africa*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press 1971; LEITH-ROSS, S.: *African women*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1939;

La base de la vida de estos grupos sociales era la familia, bien en forma de poligamia bien en la de monogamia. Las familias viven agrupadas en clanes o tribus con un tótem, del cual se suponen descendientes, y es tabú, es decir sagrado e intocable. Se practicaba el matrimonio con mujeres fuera del clan en forma de compra o raptó.

Los africanos poseían armas y utensilios domésticos y de labranza manufacturados por ellos. Construían sus propias chozas y hacían trabajos de alfarería con formas y dibujo de valor estético. Los hombres y las mujeres usaban adornos y se tatuaban el cuerpo.

Hay que destacar el carácter mágico de la mentalidad primitiva, que interpreta los fenómenos naturales en forma irracional, emotiva y sobrenatural y les asigna un espíritu que los anima. Veamos ahora las características de la educación que se suele denominar «natural», «espontánea», «inconsciente» o «tradicional».

En líneas generales, la educación tradicional está basada en la *convivencia de padres e hijos, adultos y menores*. Bajo la influencia de los adultos, los jóvenes aprenden las técnicas elementales necesarias para su vida: la caza, la pesca, el pastoreo, la agricultura y las faenas domésticas. Se trata, por lo tanto, de una *educación por imitación* o, por mejor decir, por coparticipación en las actividades vitales. Así se aprende también los usos y costumbres de la tribu, sus cantos y danzas, sus misterios y ritos, el uso de las armas y sobre todo el lenguaje, que constituye su mayor instrumento educativo.

En los *pueblos cazadores*, que no poseen riquezas que proteger, la libertad de los hijos es muy amplia y la formación se concentraba en la destreza física y la resistencia y endurecimiento respecto al dolor y a las dificultades climáticas; en los *pueblos con predominio de la agricultura y la ganadería*, las condiciones de vida y la educación cambian bastante porque las faenas agrícolas y ganaderas exigen orden, estabilidad y los jóvenes tienen que aprender los fenómenos meteorológicos, el cultivo de las plantas, el cuidado de los animales, etc. Existen ahora poblados estables y se hacen obras de cestería y alfarería, cuya técnica hay que aprender, para guardar los productos de la tierra. Para defender sus propiedades y aprender el arte de la caza,

MBILINYI, M. J.: *The participation of women in African economies*, Dar es-Salaam, University of Dar es-Salaam, 1971. En castellano se puede adquirir el interesante libro de PALA, A. y LY, M.: *La mujer africana en la sociedad precolonial*, Barcelona, Serbal-Unesco, 1982. En el mismo sentido de refutar la idea extendida entre los observadores extranjeros de la época, de que las esposas africanas estaban subordinadas completamente a sus esposos, J. H. DRIBER publicó en 1932 un importante trabajo para el África oriental: «The status of women among nilotic and nilo-hamitics», en *Africa*, pp. 404-421.

se imponía una educación más disciplinada y la preparación para el uso de las armas, el arco y la lanza principalmente. El papel de la madre en este tipo de sociedades pasó a ocupar un lugar predominante al centrarse en ellas la educación de los hijos hasta cierta edad.

Achola O. Pala, especialista en el tema de la mujer africana, afirma al respecto: «Parece resultar de las investigaciones realizadas que la mujer africana, en el curso del período precolonial, asumía la mayoría de las responsabilidades en la educación y el cuidado de los niños en los primeros años de su existencia, desde el embarazo hasta los doce años. Casi todos los padres contaban con la ayuda de sus hijos en sus actividades económicas desde que eran suficientemente grandes para desarrollar ciertas tareas. A menudo los niños ayudaban a llevar agua, buscaban combustible y hacían algunos recados o llevaban mensajes. Más tarde participaban en los trabajos agrícolas y se ocupaban de los niños más pequeños»¹⁴.

*La mujer desempeñaba, pues, un papel activo en la educación de los niños de ambos sexos, en la formación de las costumbres del grupo y en el comportamiento que se esperaba de ella*¹⁵. Las hijas aprendían a educar a los niños, a cocinar, a desarrollar tareas agrícolas y todo tipo de tareas económicas o estéticas complementarias. Los muchachos aprendían a cuidar a los animales, a construir cabañas, a cazar y a pescar y a adquirir los conocimientos técnicos asociados a estas tareas.

No obstante, al parecer, *las mujeres tenían también la clásica función de ser intermediarias entre el niño y su padre*, porque la frase más repetida entre las madres malinké (Malí) era: «Si no haces lo que tu padre te ha dicho que hagas, si no dejas lo que te he dicho que dejes, no vengas después a decirme nada»¹⁶.

En lo que concierne a *la educación sexual y la enseñanza del comportamiento tradicional* que una mujer debe observar con su esposo y vice-

¹⁴ PALA, A.: «La mujer africana en la sociedad precolonial de Kenia», en PALA, A. y LY, M.: *La mujer africana en la sociedad precolonial*, op. cit., p. 36.

¹⁵ En el caso guineoecuatorial es interesante consultar: PUJADAS, T. L.: *La Iglesia en la Guinea Ecuatorial*. T. II. Río Muni, op. cit., p. 49. Este autor basa sus afirmaciones en los documentos de archivo de las misiones claretianas. La mayor parte de las apreciaciones citadas valen para las mujeres de todas las tribus de Guinea. No obstante, MARTÍN DEL MOLINO, en su libro *Los bubis. Ritos y creencias*, Madrid, Instituto de Cooperación para el Desarrollo, 1989, p. 461, introduce una importante diferencia: «En la plantación y cosecha del fíame interviene principalmente el hombre; en la plantación y cosecha de la malanga, la mujer». Vid. además: NZE ABUY, R. M.ª: *Familia y matrimonio fán*, Madrid, Ediciones Guinea, 1985, p. 72. Del mismo autor existe otro interesante trabajo sobre el tema, parte de su tesis, defendida en la Universidad Lateranense de Roma: *Nsoa o dote africana*, Madrid, Instituto Politécnico Salesiano, 1984.

¹⁶ PALA, A., op. cit., p. 61.

versa, las jóvenes eran instruidas por una mujer en edad de ser abuela y que ya no iba a tener más hijos. Los muchachos eran en parte instruidos por una mujer también de edad durante el período de pre-pubertad y más tarde por hombres adultos o ancianos. Las mujeres, en su calidad de madres y educadoras, parecen haber sido las principales perpetuadoras de la definición de los papeles otorgados a cada sexo.

Pero, además de esa educación que hemos denominado espontánea o por imitación, también existía en los pueblos africanos pre-colonizados una forma intencional de educación que se puede denominar *iniciación de los efebos*. Mediante ella los jóvenes recibían el aprendizaje más riguroso para iniciarlos en los *misterios y secretos del clan* y para prepararlos para las actividades guerreras.

En palabras de Kriek: «Los niños son tomados de la familia y de la aldea, reunidos por grupos y sometidos durante unas semanas en lugares solitarios, en montes y bosques, en cabañas o tiendas construidas al objeto, a todo un sistema de ejercicios y pruebas. El sentido más profundo de estas prácticas es la disciplina del alma, una cura anímica preparatoria para el renacimiento en la iniciación; ésta sirve para el alejamiento de los malos demonios y para la adquisición del carácter masculino. Los ejercicios son danzas, ascetismos, mortificaciones que provocan estados anímicos y éxtasis pasajeros. Pero también se practican todo tipo de ejercicios con una finalidad racional: partidas de caza, ejercicios de armas, corporales, de desmonte y plantación. La dirección de todo esto puede confiarse al jefe, a un sacerdote magono o también a un anciano experimentado y distinguido»¹⁷.

Tal iniciación terminaba con una ceremonia de ordenación o confirmación a la que asisten todos los miembros de la tribu y en la que se sometía a los muchachos a pruebas muy rigurosas y duras para probar su estado de entrenamiento¹⁸.

Vemos, por consiguiente, que *la educación tradicional que encuentran los europeos al irrumpir en África se puede caracterizar, de una parte, por una educación elemental en la familia y en el poblado, y de otra, por una preparación profesional y militar, que termina en una especie de gradua-*

¹⁷ KRIECK, E. J.: *Bosquejo de la ciencia de la educación*, Buenos Aires, Losada, s. f., citado por LUZURIAGA, L., *op. cit.*, p. 25.

¹⁸ Aunque sobre esta temática existe una abundante bibliografía, mucha de ella elaborada por africanos, recomendamos dos obras que forman parte de una trilogía, basadas en el conocimiento directo de la realidad, en experiencias procedentes de la historia oral y la tradición y, en ocasiones, en vivencias personales, publicada recientemente: NDONGO, D.: *Las tinieblas de tu memoria negra*, Madrid 1987, y *Los poderes de la tempestad*, Madrid 1997.

ción social. Sin embargo, nada hay aún de educación sistemática e intencional en instituciones específicas y con personal especializado.

Pasemos ahora a comentar, al menos en sus grandes líneas, las características de la educación impuesta, o aculturación, por los colonizadores en los territorios africanos, que desbaratará la realidad educativa pre-colonial africana que hemos esbozado.

4. LA ENSEÑANZA COLONIAL O LA IMPLANTACIÓN DE MODELOS EDUCATIVOS COLONIALES FORÁNEOS

4.1. Aproximación a la definición del proceso de aculturación

Los términos «aculturación» y otros semejantes, como «asimilación», «inculturación», «deaculturación», no aparecen en los diccionarios de castellano más usuales y, sin embargo, son cada vez más frecuentemente utilizados. Por ello conviene que realicemos una aproximación al concepto de «aculturación» que utilizaremos bastante en nuestra exposición.

La aculturación es entendida como el fenómeno social que se produce cuando un pueblo se ve obligado a adoptar y asimilar una cultura distinta de la suya, procedente de otro pueblo. La aculturación entra dentro del cuadro general de las transformaciones sociales y se produce generalmente al ponerse en contacto una cultura pretendidamente inferior con otra superior. El proceso suele ser lento y, en algunos casos, puede llegar a hacer desaparecer casi por completo la cultura considerada inferior.

Vemos que se entiende por aculturación el conjunto de transformaciones que sufre un grupo social en contacto con otro. El profesor Iyanga Pendi, que prefiere utilizar el concepto de «deaculturación»¹⁹, lo define como el proceso de pérdida de rasgos de una de las culturas por asimilación o fusión con otra, al ponerse en contacto sociedades con tradiciones culturales diferentes.

Se puede decir, en síntesis, que todas las definiciones convergen en explicar un proceso de choque o dualismo cultural, en el que se enfrentan elementos heterogéneos y contradictorios, creando una desestabilización social y cultural que termina por inclinarse hacia la aceptación de las tesis de la cultura más fuerte, implicando este proceso una selección y adaptación forzosa y brusca de la cultura sometida o anulada.

¹⁹ Vid. IYANGA PENDI, A.: *Educación y aculturación en África negra*, Valencia, Escuela Universitaria del Profesorado de EGB, s.f.

4.2. Las características comunes del colonialismo en África²⁰

A finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX la burguesía domina el mundo como abanderada de la idea de progreso, conquista y expansión. África no quedaría fuera de sus apetencias; de hecho, pretextando un humanitarismo que escondía el deseo de provecho y dominio de nuevos territorios en busca de materias primas baratas, las potencias metropolitanas europeas pactan ocupar y apoderarse del continente africano.

Como hacía falta alguna justificación para ocupar lo que no les pertenecía, se utilizan una serie de argumentos entre los que se pueden destacar, por su contundencia, los siguientes:

- La superioridad de su cultura frente a la africana, considerada salvaje y degradada.
- El atraso moral de los indígenas.
- La mala explotación de las tierras.
- La idea de que cualquier territorio del mundo pertenece a la humanidad.
- El derecho a proteger al más débil.
- El deber de civilización.
- El derecho universal a la libre circulación.
- El derecho al libre comercio entre las naciones.

Existen diversas periodizaciones que pretenden explicar los procesos de colonización africanos. La mayoría de los autores que las plantean estarían conformes con las siguientes:

Un primer período, que se extiende desde finales del siglo XIX hasta 1920, que se caracteriza por la ocupación de los territorios y la explotación de las materias primas sin tocar la estructura social de los pueblos sometidos.

²⁰ A continuación nos limitamos a resaltar algunas de las características más llamativas de la colonización europea en África. Es un mínimo resumen que se puede ampliar hasta donde se desee a través de la bibliografía existente. Sobre el particular se sugieren las obras siguientes: VARIOS: *Historia general de África*, Madrid, Tecnos-Unesco, 1987, 8 volúmenes; BABA KAKE y M'BOKOLO: *Histoire générale de l'Afrique*, París, ABC, 1977; CORNEVINI, R. y M.: *Historia de África desde sus orígenes hasta nuestros días*, Bilbao, Edit. Moretón, 1969; KIZERBO: *Historia del África negra*, Madrid, Alianza Editorial, 1980, 2 tomos; OLIVER, R. y FAGE, J. A.: *Breve historia de África*, Madrid, Alianza Editorial, 1972; COQUERY-VIDROVICTH, C.: *La Découverte de l'Afrique*, París, Juillard, 1965; COQUERY-VIDROVICTH, C. y MONIOT, H.: *África negra de 1800 a nuestros días*, Barcelona, Labor, 1976; GANN, L. H. y DUIGNAN, P.: *Colonialism in Africa*, Cambridge University Press, 1970.

Un segundo período, entre 1920 y 1945, en el que se creó una infraestructura colonial más o menos desarrollada según el espíritu del colonizador y nacen los núcleos urbanos que originan una movilidad estructural significativa.

La tercera y última etapa, antes del comienzo de la descolonización rápida de África, se extiende entre el final de la II Guerra Mundial y 1960, caracterizada por la intensificación de la explotación colonial y, al mismo tiempo, por el máximo desarrollo social y económico de los territorios sojuzgados.

Aunque cada sistema colonial va a desarrollarse según unos esquemas propios, dependiendo de las tradiciones culturales de cada una de las metrópolis, también es cierto que el conjunto de los sistemas coloniales europeos desplegados en África tienen en común una serie de características²¹. Veamos algunas de ellas.

- a) Las nuevas fronteras coloniales rompieron el mundo tradicional africano, dividiendo pueblos y separando grupos clánicos y familiares.
- b) El hombre blanco no se adaptó nunca al mundo africano; la población europea no llegó a enraizarse, salvo las excepciones conocidas de las minorías que decidían quedarse o el caso sudafricano y zimbabwés. En general, reside en África por cuestiones de trabajo y se vuelve a la metrópoli cuando puede. Sin embargo, este hombre y su forma de vida será imitado por una parte de los nativos, que iban perdiendo así sus valores culturales para adquirir los esquemas mentales y prácticos del colonizador.
- c) El sistema de enseñanza occidental que se pondrá en marcha va a contribuir de una manera decisiva a la aculturación radical, especialmente de un grupo seleccionado de nativos, llamados a convertirse en los dirigentes de su pueblo, una vez convenientemente asimilados. Algunos de ellos son enviados a estudiar a la metrópoli, de donde regresarán totalmente convencidos de su superioridad sobre el resto de los suyos y asimilados a los blancos. En esta tarea colaboraron de manera decisiva los misioneros cristianos²².

²¹ Reiteramos que nuestra intención al hacer constar aquí algunas de las principales características del desarrollo de los sistemas coloniales es sugerir el contexto histórico en el que surgieron y se consolidaron los modelos educativos elaborados por las metrópolis europeas. Sin tales referencias no es posible entender el tipo de educación aplicado en África en tal período histórico. A este respecto, es muy recomendable la consulta de la bibliografía señalada en la nota anterior.

²² El servicio prestado por los misioneros a la colonización occidental no ha sido suficientemente estudiado y valorado, más allá de los tópicos al uso de detractores o defensores de

- d) El trabajo será otro fenómeno fundamental de destrribalización. Cuando los europeos suprimieron la esclavitud, implantaron el trabajo forzoso que causaría innumerables víctimas. Con posterioridad, esta clase de trabajo se sustituyó por el denominado «contrato de trabajo», que en realidad era un trabajo forzoso camuflado.
- e) La economía colonial se caracterizó por un desequilibrio permanente entre el dinamismo y expansión constante y el sometimiento continuo a las exigencias e intereses metropolitanos. Debido a ello se orientó la economía colonial hacia el monocultivo, abandonando las posibilidades de otros sectores que hubieran colaborado más en el progreso real de estos países. El empuje de las ciudades hizo que se desarrollara más el sector terciario a costa de la agricultura y la industria.
- f) La ocupación por la fuerza de las mejores tierras para los blancos y la orientación de la producción hacia los productos de exportación, especialmente materias primas que le interesaban a la metrópoli, y que desgastaban y empobrecían los suelos, frente a los cultivos alimenticios que eran imprescindibles para el pueblo.
- g) Otro importante impacto colonial fue la imposición de una lengua foránea²³, que se convirtió en la lengua oficial y, con frecuencia, en la que permitía la relación entre los distintos grupos étnicos que conformaban las nuevas naciones africanas estructuradas artificialmente.

su función. Se puede afirmar que durante bastante tiempo las misiones estuvieron al servicio del capitalismo internacional para facilitar la penetración colonial y desmoronar las culturas indígenas, en su intento por cristianizar y occidentalizar al africano. Es también cierto que no siempre fue así y que, especialmente, en los últimos tiempos buena parte de las organizaciones misioneras trabajan cada vez más al servicio de los hombres y las culturas africanas, siempre desde sus planteamientos y objetivos religiosos.

²³ Éste es otro de los temas que se presenta siempre polémico. Se puede decir que el mundo africano y el africanista está dividido entre los que entienden que la utilización de una lengua extranjera es una ventaja, que permite las interrelaciones más favorables para África, y aquellos otros grupos que se centran en la importancia cultural y humana del uso de la lengua propia por encima de cualquier otra ventaja. En nuestra opinión, la situación ideal es la combinación de ambas tesis; es decir, la utilización de una de las lenguas de comunicación internacional con el fomento de la utilización de las lenguas vernáculas para la profundización en las culturas propias y en el diálogo intercultural que es necesario desarrollar. Un esclarecedor estudio sobre el particular es: VERBEKE, R.: «Langues véhiculaires de l'enseignement en Afrique noire: Problematique du choix et implications idéologiques», en *Présence Africaine*, París, n.º 4, 1968.

Teniendo como marco de referencia las características de la colonización a las que nos hemos referido, estamos ya en condiciones de exponer, de una manera resumida, cada uno de los principales modelos de educación colonial aplicados en África por las metrópolis europeas.

4.3. Los modelos o sistemas de colonización y aculturación colonial²⁴

A) El sistema francés

De una manera resumida, se puede decir que el término «asimilación», entendido como el sistema de hacer de los africanos seres culturalmente franceses, sería el más apropiado para definir la política cultural francesa en sus colonias africanas.

La mayoría de la población pertenecía a lo que se denomina «indigenado», que guardan sus costumbres y son juzgados por la justicia indígena. Una categoría intermedia la forman los «exentos» del indigenado: jefes de cantones, funcionarios, comerciantes, etc.; finalmente, una minoría llamada a ser la élite dirigente los «ciudadanos originarios», que están sujetos al código civil y a la jurisdicción francesa.

Dentro de tal realidad estructural, en las escuelas los pequeños wolof aprenden a conocer a «sus» antepasados galos. Se prohíben las lenguas africanas en las instituciones escolares y si alguien se atreve a utilizarlas se le castiga a ponerse de rodillas en un rincón con orejas de burro. En realidad, las escuelas francesas de África fueron el semillero de una cierta clase media afrancesada, generalmente distanciada del pueblo, que se convertía así en el piso inferior de la pirámide administrativa. De hecho, los intelectuales africanos francófonos tienden a imitar y a «ser» como franceses, produciéndose con frecuencia un aislamiento entre la masa popular y sus intelectuales occidentalizados.

²⁴ Por motivos de espacio, en esta ocasión sólo nos referiremos a grandes rasgos a los modelos de colonización y aculturación más significativos. Pero hay que reconocer que el estudio y comparación de tales modelos o paradigmas, actividad aún por realizar, daría mucha luz sobre las diferentes sensibilidades europeas frente al hecho colonizador. Al mismo tiempo, se podrían establecer las características esenciales propias de cada estilo de aculturación. Ya se han escrito diversos libros en torno a las experiencias europeas de aculturación en África, pero es mucho aún lo que queda por realizar en este terreno. Nuestro libro, *Historia de la educación en Guinea Ecuatorial*, op. cit., pretende ser una aportación en tal sentido.

B) El sistema inglés

Con una concepción diferente de la francesa de lo que era una colonia, y con métodos más flexibles, los ingleses confiaron su imperio colonial a economistas y no a militares, administrando sus posesiones según la categoría del territorio.

Jurídicamente, los ingleses no introdujeron ninguna diferencia entre sus colonizados. La aplicación de las leyes no se hacía siguiendo principios precisos, sino que el indígena estaba sometido al régimen de la costumbre. La única misión de los jueces coloniales sería llenar las lagunas de la ley basada en lo consuetudinario.

El principio fundamental aplicado fue una administración colonial autónoma, no pudiendo el parlamento metropolitano exigir una contribución colonial. Las tierras eran del Estado, siendo los indígenas meros usuarios. A los europeos se les daban las mejores tierras, en condiciones de arrendamiento que llegaban incluso a los noventa y nueve años.

En el ámbito educativo se partía de postulados no asimilacionistas. La tendencia era que los contenidos tuviesen que ver con lo africano, con el objetivo de que no se desarraigasen de su medio y cultura. Los rudimentos de lectura y escritura se adquirían en la lengua materna.

Los colonos ingleses no se mezclan nunca con los africanos ni les interesa que éstos sean ingleses, a diferencia de la asimilación francesa o española; eso sí, se ocupan de preparar a una minoría selecta que envían a formarse en las universidades inglesas para que les colaboren en el control y gobierno de las colonias.

C) El sistema alemán

Antes de perder sus colonias, Alemania había colonizado sus territorios africanos mediante concesiones a compañías colonizadoras. Sólo se garantizaba la libertad de conciencia y de culto y, a excepción de algunos negros que podían ser asimilados a los blancos, todos se regían según las normas de la costumbre. Las tierras se consideraban propiedad del Imperio, conservando los indígenas el uso de la tierra que tradicionalmente habían tenido.

Por un acuerdo de 1907, la enseñanza se dejó en manos de las misiones. Aunque se permitieron las lenguas africanas, se fomentó la utilización del alemán como lengua de cultura europea fundamental para el desarrollo económico de las colonias. Desde un comienzo, los alemanes abrieron sus escuelas metropolitanas a los estudiantes cameruneses.

D) El sistema belga

Hay que distinguir dos períodos en la colonización belga de sus territorios africanos: un primer período que se extiende entre 1876 y 1908, la época leopoldina, y un segundo período que va de 1908 a la independencia, el período del Congo belga.

Durante el primer período, los colonizados se dividían entre «matriculados», una minoría que tenía todos los derechos reconocidos por la legislación para el Congo, y los «no matriculados», la mayoría, cuya vida estaba regulada por la costumbre. Esta doctrina llevaba necesariamente a la asimilación del indígena por la cultura belga.

Con la creación del Congo belga se rechaza el anterior sistema para adoptar la tesis de la «evolución»: favorecer el progreso de las sociedades indígenas apartando obstáculos y favoreciendo los factores que conviniere. Esta doctrina estuvo protegida por una política paternalista «ilustrada» gubernamental, empresarial y religiosa que se cifraba en hacer bien al indígena pero manteniéndole dependiente y sumiso, sin que él se hiciera responsable de su futuro ni participara en la toma de decisiones que le afectaban.

Leopoldo II había confiado el cuidado de la enseñanza a las misiones católicas, que jugaron un papel importante dirigiendo la casi totalidad de la enseñanza primaria y parte de la secundaria. También fueron ellas las que levantaron la primera Universidad, el Lovanium, en Leopoldville.

En 1908, el gobierno belga introdujo la enseñanza oficial, que no tenía por qué ser necesariamente laica, de hecho la escuela laica se creó en 1940, con el fin de formar auxiliares de la administración. Pero en 1920 sólo había 1.861 alumnos en las escuelas oficiales, frente a los 100.000 en las de los misioneros católicos y 85.000 en las de los misioneros protestantes.

La enseñanza se iniciaba en lenguas locales y en la lengua más difundida de la región (kiswahili, chiluba, kikongo). El francés o el flamenco, lenguas metropolitanas, sólo se enseñaban a título excepcional, como lenguas extranjeras, al igual que en algunos seminarios se impartían las lecciones en latín.

Se puede decir, en resumen, que los belgas, de manera mucho más amplia y sistemática que los británicos, hacen evolucionar a los indígenas en su propio mundo, de manera opuesta a la asimilación francesa, por poner un ejemplo bien distinto.

E) El sistema portugués

La generalidad de los súbditos colonizados no eran considerados portugueses; solamente los «asimilados» que vivían según cánones occidentales, eran católicos y sabían leer y escribir, fueron considerados ciudadanos con plenos derechos. Su número era muy exiguo: en 1939 sólo existían 2.000 asimilados.

Portugal tuvo serias dificultades para colonizar sus territorios africanos debido a su falta de capitales y de potencial humano. Por ello, la explotación de las tierras y del subsuelo se concedió a compañías extranjeras que, en 1900, llegaron a controlar dos tercios de Mozambique.

En los territorios portugueses, la educación se concebía como el principal medio de asimilación, cuya meta oficial era la de «nacionalizar» y «civilizar» a los negros, haciéndoles desarrollar una importante función a las misiones católicas e, incluso, a los colonos portugueses.

Se distinguía entre la *enseñanza oficial*, destinada a los portugueses y a los asimilados, y la *enseñanza adaptada*, anteriormente denominada «enseñanza rudimentaria», para hijos de indígenas. Esta última consistía en una enseñanza basada en elementos de lectura, de escritura y de cálculo, completada con nociones de trabajos manuales y de agricultura, todo ello en lengua portuguesa.

La enseñanza quedó confiada, sobre todo, a las misiones católicas. Existían además algunos colegios para personal cualificado, a los que llegaban pocos indígenas. Los estudios universitarios se realizaban en Lisboa. Pero la participación de los indígenas en la enseñanza era escasa en todos los niveles. De hecho, entre 1959 y 1960, de los alumnos de las escuelas elementales, los portugueses constituían el 60% del total, frente al 3% de los africanos.

F) El sistema español

El modelo de aculturación colonial español²⁵ está más cerca del francés y del portugués que del inglés o del belga. Se basa en la teoría de la asimi-

²⁵ Desde 1985, durante una larga estancia en Guinea Ecuatorial, al frente del Programa de la Universidad Nacional de Educación a Distancia en aquella república centroafricana, iniciamos una línea de investigación poco transitada en nuestro país, por no decir prácticamente desconocida, que tiene que ver con la historia de la educación africana centrada en los territorios coloniales españoles, pero que se puede extender con facilidad a otros lugares con características culturales similares. Fruto de nuestras investigaciones fueron apareciendo una serie

lación y divide a los indígenas en dos categorías: «emancipados» y «no emancipados». Estos últimos constituyeron la mayoría de la población durante mucho tiempo, hasta que los territorios guineanos pasaron a ser provincias españolas y sus habitantes españoles de pleno derecho.

Se puede decir que la administración española mantuvo una política de colonización basada en la aculturación profunda y radical de los territorios guineanos. La administración, con los misioneros a la cabeza, combatió con rigor la cultura y tradición bantú y la educación espontánea tribal. La política educativa estaba basada en introducir hábitos, valores y contenidos occidentales con el objetivo de modernizar y desarrollar social y económicamente los territorios africanos hispanos.

A partir de 1883, con la llegada de los claretianos, se produce la primera fase de colonización y aculturación sistemática, especialmente de Fernando Poo y algunas zonas costeras continentales (aunque ya había habido diversos intentos colonizadores anteriores con distinto éxito). Pero será a lo largo del primer tercio del siglo XX cuando se ponen las bases para el desarrollo socio-económico de Guinea. Sin embargo, el florecimiento de estos territorios coloniales sólo se produciría después de la guerra civil española.

Se puede afirmar que, a pesar de los defectos e injusticias que siempre se producen en todos los procesos colonizadores, la actividad colonial española en Guinea significó una importante tarea de aculturación y desarrollo socio-económico, modélica en los ámbitos de la sanidad y la educación, teniendo en cuenta lo que por entonces ocurría en los territorios colonizados por otros países europeos.

El proceso de aculturación fue, especialmente en la primera etapa de la colonización, lento y difícil, por la resistencia que oponían los indígenas a abandonar su cultura y costumbres y por los enfrentamientos entre los colonos, los misioneros y las autoridades gubernativas en su intento por controlar el proceso colonizador²⁶.

Paulatinamente, la política de creación de escuelas rurales por parte de la administración así como el trabajo misional de alfabetización y evangeliza-

de publicaciones en revistas de la especialidad y ponencias en congresos que, junto con otras aportaciones inéditas, se convirtieron, con posterioridad, en el libro *Historia de la Educación en Guinea Ecuatorial*, op. cit., que pretende ser un acercamiento al modelo educativo de aculturación colonial español para un país centroafricano; lo que aquí aparece es sólo un apretado resumen de lo que se desarrolla en la citada obra. Bastante diferente sería la actuación española en el caso de la educación impartida en sus territorios de cultura árabe.

²⁶ Vid. NEGRÍN, O.: «Conflicto entre el poder civil y las misiones por la definición y el control del modelo educativo colonial para Guinea (1835-1912)», en *Poder y control*, Barcelona, 1988, n.º 1, pp. 53-74.

ción fueron permitiendo que el proceso colonizador, con sus secuelas de explotación de los nativos y destrucción de las culturas tradicionales, pero también con la creación de bienestar y riqueza, se fueran imponiendo. A todo ello contribuyó de forma decisiva la alfabetización y escolarización progresiva que se inició en Fernando Poo y luego se fue extendiendo por la zona continental y las otras islas, especialmente a partir de 1927.

A manera de resumen, podemos afirmar que, en el ámbito de la educación y la cultura, en aplicación de la tradición colonial española, se concentraron los esfuerzos en la extensión de la enseñanza elemental y en el intento, escasamente conseguido, de crear una clase media nativa españolista. Los resultados globales muestran con claridad el grado de desarrollo que llegó a alcanzar dicho nivel elemental, que contrasta positivamente con el logro en otras colonias africanas a cargo de metrópolis europeas.

Si no se consiguió un mayor nivel de progreso y calidad, especialmente en la última etapa colonial, ello fue debido a que se comprendió demasiado tarde que los territorios coloniales tenían que acceder a sus independencias, empujados por el aluvión de libertad que invadió África en los años sesenta. Cuando se pretendió crear a toda prisa y a última hora las minorías que se pudieran encargar del gobierno de las nuevas naciones, ya no hubo tiempo ni la necesaria calma para una medida de tal naturaleza.

5. EVOLUCIÓN DE LA EDUCACIÓN EN EL ÁFRICA INDEPENDIENTE: BALANCE DE LOS CUARENTA AÑOS DE INDEPENDENCIA AFRICANA

Lamentablemente, la independencia de los países africanos no significó una mejora de los sistemas educativos ni de la enseñanza impartida; por el contrario, en la mayoría de los países subsaharianos la marcha de los colonizadores extranjeros trajo consigo el hundimiento de las estructuras escolares sin que ello llevara consigo la creación de otras alternativas más relacionadas con la tradición africana. Por ello, más que hablar de la educación en las primeras etapas de las independencias, vamos a centrarnos en comentar cuáles son las características fundamentales a tener en cuenta en un balance de la educación en África independiente²⁷, después de casi cuarenta años de independencia.

²⁷ Éste es otro de los temas que necesitaría un mayor desarrollo, un planteamiento autónomo en un acercamiento a la educación africana. Como forma parte de un constructo más amplio, en esta ocasión, de forma sintética, sólo nos interesa dejar sentadas las características más

O dicho de otra manera, cuando se analiza la evolución de la educación en los años ochenta y noventa y se observa con detenimiento la estructura de los sistemas educativos, ¿qué consecuencias se pueden extraer? Arriesgándonos a dejar muchos aspectos fuera, resumimos a continuación el balance educativo de la educación africana independiente.

A) Referencias previas

Hay que empezar por recordar algunos hechos que no son siempre suficientemente conocidos y que, en algunos casos, se prefiere no utilizar en el análisis del hecho educativo y cultural africano por razones distintas. Enunciamos a continuación algunos bien significativos para entender la situación educativa actual y los importantes avances que se alcanzaron en la última etapa de colonización, después de la II Guerra Mundial.

1. Frecuentemente se olvida que la colonización real de África subsahariana sólo duró alrededor de cincuenta años²⁸.
2. No se suele reconocer que la colonización significó el dominio e imposición por la fuerza de una civilización mejor dotada sobre otra que se encontraba en una etapa de desarrollo histórico remoto²⁹.
3. Hacia 1930 la escolarización secundaria era escasa y no existían universidades.
4. Sólo en torno a 1950 empiezan a aparecer los primeros estudios universitarios embrionarios, seguramente producto de los esfuerzos en materia educativa que realizan los países metropolitanos después de

llamativas e importantes de la educación en los países africanos después de que obtienen o conquistan su independencia de las metrópolis europeas. Quien desee ampliar más esta apretada síntesis puede acudir a la amplia bibliografía existente, de la que nosotros recomendamos la que aparece en la nota n.º 20 de este mismo trabajo.

²⁸ Cuando se escribe en torno a las realizaciones de las colonizaciones europeas y también acerca de su impacto en las culturas africanas, no siempre se tiene en cuenta que la colonización, entendida como explotación sistemática de los territorios indígenas, se extendió a lo largo de un período de tiempo escaso, si tenemos en cuenta otras experiencias históricas similares.

²⁹ Para que se entienda bien lo que queremos decir, y alejarnos con claridad de cualquier planteamiento ingenuo o ambiguo, es preciso recordar que los pueblos africanos a la llegada de los colonizadores europeos se encontraban en fases de desarrollo prehistóricas. En tales circunstancias, los invasores extranjeros, aunque a veces con enorme dificultad, tenían todas las posibilidades de imponerse en el enfrentamiento con pueblos con una tecnología y una cultura no comparable en su efectivo grado de evolución.

1945. Entre 1947 y 1950 se abrieron institutos y universidades en Bukavu (Congo belga), Brazzaville (Congo francés), Accra (Ghana), Ibadán (Nigeria), Makerere (Uganda) y Dakar (Senegal). En los años cincuenta y sesenta se fue generalizando la tendencia de que casi cada país dispusiera de su universidad.

Teniendo en cuenta tales presupuestos, veamos a continuación cuáles son los aspectos más destacables de la educación y la cultura africana en estos cuarenta años de independencia.

B) *Lo más negativo del balance*

1. Elevación del número de analfabetos en términos absolutos. Un ejemplo: entre 1960 y 1970, según la UNESCO³⁰, el porcentaje de analfabetos se redujo de un 81% a un 74%, pero el número absoluto había aumentado de 124 a 143 millones. Entre 1974 y 1977 se estimaba que la cifra global de analfabetos se había incrementado en unos 24 millones.
2. Insuficiente dotación de edificios y mobiliarios escolares. A pesar del indudable esfuerzo que se ha hecho en este terreno, la falta de edificios escolares adecuados y bien dotados³¹ es uno de los flancos débiles de la educación africana que dificulta avanzar en la cantidad y, sobre todo, en la calidad de los procesos de enseñanza-aprendizaje.
3. Escasa calidad de la educación³²: elevado número de ausencias a clase, altísimo abandono escolar, profundas lagunas culturales y científicas.

³⁰ Sobre el particular existe bastante bibliografía. Véase, en particular, la producida por la UNESCO en diferentes años, que se puede consultar en la sección española en Madrid, o bien acudiendo directamente a sus centros de documentación en Francia y Suiza.

³¹ Si bien los países africanos subsaharianos más desarrollados ofrecen notables avances educativos en algunas ciudades, normalmente las principales de cada país, la situación carencial es muy grave en otros barrios de esas mismas comunidades y, especialmente, en las zonas rurales y en las provincias más deprimidas alejadas de los polos de desarrollo existentes.

³² Ya no sólo por la inadecuada preparación del profesorado, ni por las carencias de infraestructura imprescindible para el adecuado desarrollo educativo, sino que, además, la pobreza familiar lleva consigo la utilización de los niños en edad escolar en tareas agrícolas en diferentes épocas del año. La desnutrición y las enfermedades endémicas son otras causas fundamentales de la baja calidad de la educación. Sigue siendo corriente ver cómo los escolares africanos se duermen con frecuencia durante las clases debido a tales razones carenciales.

4. Profesorado con poca formación y nulo perfeccionamiento y con una consideración socio-económica muy baja³³.
5. Las lenguas extranjeras³⁴ continúan su dominio en la enseñanza, cuyo contenido es también heredado de la colonia; de hecho, los modelos y valores que se enseñan son extranjeros.
6. Las universidades se han convertido en centros de influencia colonial que dispensan una formación más europea que africana³⁵.
7. Los sistemas educativos, salvo excepciones, sirven a los intereses capitalistas metropolitanos y de las élites explotadoras locales³⁶ y no a los del pueblo para el que se supone que deben trabajar.
8. Predominio de la enseñanza humanística frente a la técnica y científica e insuficiente desarrollo de la formación profesional³⁷.
9. Los problemas de la falta de identidad y valores africanos siguen vigentes, sin que se hayan adaptado los sistemas de enseñanza a las condiciones geoculturales locales. En algunos casos, dicha adaptación ha sido superficial y folklórica, sin convicción alguna, lo que desanima a los que realmente estarían dispuestos a colaborar en un sistema autóctono africano de educación que reúna los requisitos necesarios de dignidad y calidad.

³³ En los países subdesarrollados y, en especial, en la mayoría de las naciones africanas sigue siendo válido el dicho en otro tiempo muy extendido entre nosotros de «pasar más hambre que un maestro de escuela». En muchos lugares de África habría que extenderlo a los profesores de enseñanza secundaria y universitaria. Si a ello le unimos la escasa formación recibida por muchos de esos profesores y la poca consideración social que se tiene con ellos, no será difícil imaginar que éste es uno de los problemas básicos para los sistemas educativos africanos.

³⁴ Véase lo que sobre este particular decimos en la nota n.º 23 de este estudio.

³⁵ De hecho, en los países francófonos una buena parte de los investigadores universitarios son de nacionalidad francesa. En Senegal y en Costa de Marfil, en 1988, del 30 al 40% de los investigadores eran franceses. En ciertos países africanos la ayuda extranjera a la investigación llega hasta el 70% del presupuesto nacional de investigación (Mali, Mozambique, Senegal, Zambia, etc.).

³⁶ Ésta es otra de las variables esenciales de la que no puede prescindir cualquier debate serio que se quiera plantear en torno a la educación africana, si bien es cierto que, dada la correlación internacional de fuerzas económicas, no tiene fácil solución. Se entiende bien la injusticia de la realidad dependiente, pero no se acaban de poner de acuerdo las instituciones nacionales e internacionales en encontrar alguna salida razonable al problema creado.

³⁷ Aunque Guinea Ecuatorial, antigua Guinea española, no es un país significativo en el conjunto africano en casi ningún parámetro, puede servir de ejemplo en este ámbito: a través de la Universidad Nacional de Educación a Distancia española, se explica derecho foral navarro, se pueden cursar licenciaturas europeas de cinco años, no cuentan con una buena formación profesional, la secundaria está desarbolada y no existen carreras superiores cortas. Claro que en estas realidades tienen mucha parte de culpa los propios africanos porque son ellos lo que, a veces, demandan ese tipo de enseñanza para asimilarse a los europeos aunque no tenga nada que ver con los verdaderos intereses de los países.

10. La utilización de la lengua colonial ha seguido facilitando el reforzamiento de las estructuras de clases: minorías privilegiadas frente a las masas que sólo hablan a veces las lenguas autóctonas.
11. Se sigue pensando únicamente en la asimilación de la cultura occidental, olvidando otras importantes culturas de la entidad de las orientales³⁸, que pueden estar más cerca de la mentalidad y de las necesidades de los pueblos africanos.
12. Y, finalmente, una verdad que no por efectista es menos cierta: las madres africanas en su mayoría siguen siendo iletradas y pobres. No hay que olvidar que ellas son las encargadas de la educación de los niños hasta, al menos, los seis o siete años.

C) Aspectos positivos y esperanzadores del balance

Si partimos de de la situación colonial, sí que se puede decir que se ha dado un paso de gigante en la educación del pueblo, en la educación básica, aunque queda mucho por hacer, especialmente en la lucha contra el analfabetismo y en los niveles de la enseñanza media y superior. Concretamente, entendemos que se pueden señalar los siguientes aspectos positivos en la evolución de la educación africana de los últimos años:

1. Crecimiento del presupuesto dedicado a educación, limitado por el crecimiento vegetativo de la población, por el despilfarro y la corrupción, auténticas lacras para el desarrollo africano. El capítulo dedicado a la enseñanza absorbe la cuarta parte de los presupuestos gubernamentales y la vigésima del producto nacional bruto.
2. Desarrollo de la cooperación internacional de apoyo, no sustitutoria³⁹. Aunque la recepción del nuevo estilo no es igual en todos los

³⁸ No deja de resultar paradójico, aunque sea explicable, que los referentes en este ámbito que se contemplan sean siempre únicamente los países colonizados y sus antiguas metrópolis. Sin dejar de aceptar y reconocer que tales relaciones existen e, incluso, que deben ser profundizadas, los países africanos deberían intensificar sus contactos e intercambios con los países asiáticos y los latinoamericanos, con los que tienen tantas cosas en común y las posibilidades de colaboración son más cercanas y de unas dimensiones considerables.

³⁹ En algunos períodos, la cooperación internacional ha caído en el error de aplicar políticas paternalistas, sustituyendo las funciones que deben realizar los pueblos subdesarrollados, que han hecho mucho daño a las naciones supuestamente ayudadas. En vez de preparar mano de obra especializada y técnicos de distinto nivel, que se hicieran cargo de continuar con los proyectos vitales para el país con el que se cooperaba, las cooperaciones extranjeras realizaban directamente tales proyectos. Así que cuando finalizaba el programa acordado, el apoyo

- países. De una parte porque las autoridades africanas no les suele interesar tanto el desarrollo de sus pueblos como el aumento de sus cuentas particulares; de otra parte, porque las burocracias de las organizaciones internacionales tienen muchas presiones de los funcionarios interesados en desplazarse a África ganando sustanciales cifras y viviendo en unas condiciones que nunca podrían soñar en sus propios países⁴⁰.
3. Existencia de una serie de instituciones en cooperación regional y subregional, que pretenden organizar la educación africana bajo parámetros africanistas: Consejo Africano y Malgache de Educación Superior, Consejo Regional para la Educación de Adultos y la Alfabetización en África, Agencia de Cooperación Cultural y Técnica, Oficina Africana de Asociación de Universidades, Oficina Africana de Ciencias de la Educación, Programa de Educación Científica para África.
4. La constante lucha contra el analfabetismo y por aumentar la presencia de la mujer en la sociedad a través de su educación. Éstas son dos de las variables más esperanzadoras para un mejor futuro africano, si bien ambas encuentran bastantes obstáculos en su marcha y requieren grandes inversiones, que no siempre se tienen, y un fuerte cambio de mentalidad, que no es fácil de conseguir en poco tiempo, mientras no cambien el resto de los elementos sociales y económicos.
5. La progresiva utilización de las lenguas africanas en la enseñanza en algunos países, a pesar de las dificultades de todo tipo que existen para ello: falta de conocimiento de las lenguas por los propios africanos, dificultad para adaptarse a los lenguajes científicos y técnicos y a la comunicación internacional con otros investigadores y profesionales, inercia del pasado.
6. El desarrollo de las ciencias y la tecnología. Si bien desde mediados de los ochenta se ha estancado el crecimiento y se encuentra en la actualidad envuelta en una crisis permanente por dificultades financieras.

técnico cesaba, los cooperantes regresaban a sus países de origen, y su experiencia no arraigaba porque no tenía continuidad.

⁴⁰ Una parte considerable del apoyo internacional, que se supone debería llegar a África, se invierte en los propios países que lo generan; otra parte no menos importante se utiliza para el pago de funcionarios internacionales de distintos niveles. Finalmente, la ayuda internacional que llega a los países africanos es mínima, si se tienen en cuenta las cifras millonarias que se presupuestan en los países desarrollados. Hay que decir, no obstante, que la cooperación internacional está revisando sus criterios de actuación con la intención de hacer más eficaz la colaboración con los pueblos africanos evitando que sean las minorías gobernantes las que se apropien las donaciones.

7. La investigación, aun en sus comienzos, pero apuntando ya hacia un cierto despegue en diferentes países. A este respecto hay que recordar que África ha pasado a representar el 0,36% mundial (20.000 investigadores e ingenieros de investigación), frente al 0% en 1960, especialmente en las áreas de ciencias agrícolas, medicina y salud. Gracias al crecimiento anual del 9% en el número de investigadores a partir de los años setenta se ha llegado a conseguir un cierto avance, en algunos países, en medio de enormes dificultades⁴¹.

En definitiva, se va tomando conciencia de que la enseñanza y la educación no deben ser disociadas de un proyecto global de sociedad.

6. ALTERNATIVAS DE FUTURO

Nos podemos preguntar: ¿qué lineamientos se pueden diseñar en el futuro para conseguir que los aspectos negativos se puedan reorientar y, por el contrario, se consigan mantener las características positivas apuntadas?

Sin intentar ser exhaustivos, creemos que se pueden resaltar las siguientes vías de desarrollo futuro de la educación africana, contando, lo que seguramente no deje de ser una utopía, con que el dinero que se gasta en las guerras y el sustraído por la corrupción se utilice para fomentar la educación y siempre que los organismos internacionales y los países cooperantes y donantes colaboren a desarrollar la educación y los sistemas educativos que realmente le interesen a África:

1. *Limitar el poder burocrático*, frecuentemente clientelista y tribal, reduciendo el número de funcionarios y cualificando a los más capaces y preparados⁴².
2. *Revisar los objetivos de los sistemas educativos nacionales* adaptándolos a las características y necesidades reales, procurando su inte-

⁴¹ Estas cifras que se manejan sólo pueden servir como referencia, porque hay que tener en cuenta que muchas de las que se utilizan son inciertas, frecuentemente antiguas y son series incompletas. Por otra parte, cuando se habla de cualquier parámetro africano no hay que perder de vista las realidades diferenciales del continente, y que son ejemplos radicalmente distintos Nigeria y Guinea Ecuatorial.

⁴² Un ejemplo: a veces no se pueden solicitar ayudas porque los funcionarios correspondientes no saben cumplimentar formularios. Los funcionarios suelen ser de la misma tribu del ministro u hombre fuerte de cada Ministerio o departamento ministerial.

- gración en la sociedad en la que viven y facilitando que contribuyan al desarrollo de sus respectivos países⁴³.
3. *Introducir los mecanismos de administración y gestión que permitan mejorar el rendimiento interno y hacer crecer la eficacia externa del sistema en favor de la calidad educativa*. Elementos estos imprescindibles para recibir ayuda externa y para encontrar interlocutores internacionales.
4. *Incrementar de forma permanente los recursos financieros y materiales*, tanto públicos como privados, y sobre todo recursos de orden externo. Frente a la colaboración de las empresas privadas en los países desarrollados, en África la iniciativa particular participa aún en un pequeño porcentaje que no llega al 5% de la inversión en investigación del continente⁴⁴.
5. *Potenciar la incorporación del sector privado y las comunidades locales en la gestión y la administración de la enseñanza*.
6. *Impulsar la formación inicial, la capacitación, la actualización y la especialización de los docentes*.
7. *Dar prioridad a las enseñanzas técnicas de grado medio y sobre todo a la enseñanza profesional* sobre el bachillerato humanístico y la enseñanza universitaria.
8. *Promover campañas de alfabetización* basadas en las lenguas y culturas autóctonas, que lleven aparejadas inversiones económicas para ayudar a desarrollar las zonas más deprimidas basándose en el principio de que alfabetizar, además de enseñar a leer y a escribir, tiene que llevar consigo ayudar a transformar las injustas realidades socioeconómicas.
9. *Garantizar la progresiva extensión de la enseñanza preescolar y la primaria también a las zonas rurales*.
10. *Determinar cuidadosamente qué enseñanza superior fomentar, primando las enseñanzas científicas y técnicas de grado medio y es-*

⁴³ En este apartado es fundamental recordar la necesidad de adecuar la enseñanza al mercado de trabajo, que tiene efectos directos sobre la estratificación social. Un ejemplo negativo podría ser la denominada Ley General de Educación de Guinea Ecuatorial, copiada de la Ley española del mismo nombre de 1970. Una ley elaborada en un país europeo se pretende que sirva de aplicación en un país centroafricano, de cultura bantú, que ocupa uno de los últimos lugares del mundo en su nivel de desarrollo. No hace falta decir que tal ley guineana no tuvo ningún efecto concreto en la realidad.

⁴⁴ Debido a la falta de tradición en este ámbito y al presupuesto equivocado de que son los Estados los que deben potenciar la enseñanza y la investigación universitarias, la empresa privada participa aún de forma bastante insuficiente en la financiación de la investigación.

- tableciendo criterios objetivos de selección de los alumnos de secundaria mejor preparados y capaces.
11. Seguir *fomentando y desarrollando equipos de investigación básica y aplicada* que pongan las bases para el despegue tecnológico, científico e industrial que África necesita.
 12. Dedicar más atención a la *formación y al perfeccionamiento de los profesores en los distintos niveles del sistema educativo*.
 13. Alcanzadas *ciertas cotas cuantitativas mínimas o medias*, ir planificando avances de la calidad del sistema educativo: centros pilotos, número razonable de alumnos por aula y profesor, mejora de edificios escolares, manuales escolares elaborados en función de los intereses y necesidades de los alumnos y el país, etc.

Se podrían seguir encontrando líneas posibles de desarrollo educativo, pero las expuestas pueden servirnos de referencia para situarnos en la perspectiva del cambio hacia adelante de la educación africana a la base del desarrollo social y económico de aquellos países. Para finalizar este apartado, a modo de resumen de lo que hemos venido diciendo hasta aquí, habrá que hacer hincapié en el futuro en cuatro grandes líneas de política educativa:

- a) Aumento de la calidad interna de la educación.
- b) Aumento de la eficacia externa.
- c) Optimización de los recursos existentes.
- d) Movilización de nuevos recursos.

CONCLUSIONES

No se puede seguir afirmando que la colonización europea de los países africanos fue una bendición para África. Hay que reconocer la carga negativa de cualquier colonización impuesta a través de una férrea aculturación que lleva consigo la implantación de modelos educativos foráneos, que poco tienen que ver con la sensibilidad de los pueblos sojuzgados.

Hay que aceptar también que los europeos que viajaron a África, salvo excepciones, estaban convencidos de su superioridad en todos los ámbitos y de la necesidad de imponer su cultura a pueblos que consideraban salvajes y degradados, con el objetivo final de alcanzar la más completa asimilación que les permitiera una colonización y explotación económica lo más eficaz y amplia posible al servicio de los intereses metropolitanos.

Los colonos y empresarios, por unas razones, los administradores y gobernantes, por otras complementarias, y los misioneros por las suyas específicas, unieron sus esfuerzos para que los colonizados aceptasen las nuevas culturas impuestas por la fuerza o por la más hábil de las persuasiones mediante incentivos.

El resultado final fue la destrucción en buena parte de las culturas tradicionales y la imposición de culturas, religiones y lenguas foráneas que producirían un trastorno de enormes consecuencias para el desarrollo de los pueblos sometidos en el futuro e, indirectamente, también para los países metropolitanos cuyos resultados se pueden observar en la actualidad.

La colonización y aculturación de África se desarrolló desde el último tercio del siglo XIX aunque se produjo una mayor celeridad a lo largo del siglo XX, especialmente en los períodos posteriores a las guerras mundiales. Las maneras de aculturación o, si se quiere, los modelos educativos metropolitanos, aun persiguiendo fines similares, reunieron características diferentes, la mayoría provenientes de las tradiciones culturales de los países colonizadores.

En la actualidad, para conseguir la verdadera independencia es preciso alcanzar la reivindicación de la identidad cultural africana, que no debe rechazar lo que de positivo se pueda extraer de la cultura occidental y de otras culturas universales. Es decir, los sistemas educativos y la enseñanza impartida deben africanizarse, sin por ello renunciar a los aportes de las tradiciones pedagógicas extranjeras.

El renacimiento cultural y educativo de África pasa, seguramente, por la unidad africana concebida desde parámetros progresistas y actuales. Pero la educación africana no podrá alcanzar cotas dignas mientras: a) Los profesores cobren sueldos irrisorios; b) Se siga pensando en que alfabetizar es enseñar a leer y no se tenga en cuenta que los niños se mueren de hambre o están mal alimentados; c) Los alumnos se eduquen sin saber para qué y con modelos foráneos.

Para finalizar este acercamiento a la historia y al presente de la educación africana, quisiéramos dejar un mensaje positivo de esperanza en el futuro de la educación y la cultura africana. Porque África vive en sus generaciones jóvenes y puede y debe tener futuro siempre que crea en sí misma y se atreva a plantear su segunda independencia, creando modelos propios, autóctonos, de desarrollo social, económico, religioso y político, y renunciando a toda emulación no deseable de los valores occidentales.

La situación de los africanos en España

AUGUSTO IYANGA PENDI
Universidad de Valencia

1. LOS AFRICANOS EN ESPAÑA SON EMIGRANTES

El turista es una persona bien, que viaja por distracción o recreo porque le apetece conocer otros países y vuelve a su lugar de origen.

El emigrante, en cambio, es en la mayoría de los casos una persona necesitada que se traslada de su propio país a otro, generalmente con el fin de trabajar de una manera estable o temporal y mejorar sus condiciones de vida. Éste es mayoritariamente el caso de los africanos en Europa, en España; no son turistas ni residentes acomodados, porque han abandonado sus países de origen forzados por diversos motivos, para fijar su residencia temporal o definitiva en España.

2. CAUSAS DE LA EMIGRACIÓN

Los principales móviles de la emigración africana a España son:

- a) El tener que cursar estudios porque en el país de origen no los hay, o por haber conseguido una beca para cursarlos en Europa.
- b) El desprecio por los derechos humanos en los países de origen por parte de los regímenes dictatoriales, los cambios bruscos de gobiernos con los mismos esquemas de tiranía y un permanente estado de inestabilidad política, que ponen en peligro la propia vida y traen además todas las crisis; obligando, en consecuencia, a los africanos a emigrar a otros países que les ofrezcan ciertas garantías de su vida y la posibilidad de mejorar sus condiciones.

- c) Otras causas:
- La curiosidad por conocer la Europa de la «civilización» y del progreso de que tanto se habla.
 - El querer vivir el «estado de bienestar» que se dice de Europa.
 - Las ansias de alcanzar el poder y la riqueza «convencen» para dedicarse en Europa a cualquier cosa: prostitución, tráfico de estupefacientes, «política», pseudointelectualismo, ludopatía, etc.

3. ETAPAS DE LA EMIGRACIÓN

En la emigración africana a España hay que distinguir cuatro etapas:

- a) La primera etapa abarca desde la segunda mitad de la década de los años cincuenta hasta los finales de la década de los sesenta. Se caracteriza por la lucha por la independencia y el proceso de descolonización del continente. Estas «avanzadillas» africanas que llegan a España las componen estudiantes, en un número muy escaso que apenas alcanzó en sus mejores momentos cien personas en todo el territorio español. Son en su mayoría varones y procedentes de Guinea Ecuatorial, completando el número unos cuantos estudiantes de otros países de África negra.
- b) La segunda etapa comprende desde los finales de la década de los sesenta hasta finales de la década de los setenta. Se caracteriza por muchos golpes de Estado, la crisis de Guinea Ecuatorial y la proclamación de independencia de las colonias portuguesas. Hay buen número de estudiantes, aunque el grueso lo forman gente que huye de la crisis de África. Siguen siendo los guineoecuatorialianos mayoritarios, seguidos de las poblaciones de otros países negroafricanos; se incrementa la población femenina. El Gobierno español empieza a «perder» el control de estos inmigrantes. Empiezan los africanos a organizarse en asociaciones, y las primeras que surgen son de los oriundos de Guinea Ecuatorial.
- c) La tercera etapa abarca desde los finales de la década de los setenta hasta finales de los ochenta. Se caracteriza por el inicio del proceso democrático en algunos países africanos. Continúan entrando los guineoecuatorialianos, tanto hombres, mujeres, niños como personas ancianas, por reagrupamiento familiar; entran también los angoleños, mozambiqueños, caboverdianos, etc., y masivamente empiezan

- a llegar senegaleses, gambianos, sudaneses, argelinos, marroquíes, etc. Los africanos ya cuentan con muchas asociaciones, y hasta ya surgen problemas internos, que son reflejo del ambiente dejado en los países de origen. La emigración africana a España ya es un problema para el Gobierno y preocupación para la población.
- d) La cuarta etapa se inicia con la década de los noventa. Se caracteriza por la generalización del proceso democrático en África y el control de las fronteras de la Comunidad Europea. Siguen llegando negroafricanos y norteafricanos, pese a la resistencia y el control de las fronteras por parte del Gobierno; porque unos hablan de derechos humanos, solidaridad y deuda histórica, mientras otros defienden su Ley.

4. PERFIL DEL EMIGRANTE

El africano emigrante en España presenta en la actualidad el perfil siguiente:

- a) Edad: entre los 18 y los 39 años.
b) Sexo: los varones predominan.
c) Estado: soltero.
d) Nivel cultural: estudios primarios.
e) Status socio-económico: bajo.
f) Dedicación: servicios.

5. PRINCIPALES PROBLEMAS

Son muchos los problemas por los que atraviesa el emigrante africano desde su llegada a España; pero los principales son:

- a) La autorización para permanecer o residir en España. Este requisito es a veces difícil de obtener porque se carece de documentación personal o permiso de entrada en el país, trabajo o recursos económicos.
- b) El trabajo o recursos económicos. Para disponer de alojamiento, manutención, atención sanitaria, etc.
- c) El desconocimiento del país en todos los aspectos, inclusive de la lengua y las costumbres.

- d) La integración. Hay serias dificultades para relacionarse, comunicarse, etc.
- e) La realización humana. Ésta es totalmente imposible, a la falta de muchos recursos, tanto materiales como espirituales.

6. ANÁLISIS PSICOLÓGICO SOBRE EL EMIGRANTE

El examen o exploración minuciosa de la conducta del emigrante africano, sin intención de llegar al diagnóstico y a la terapia, nos lleva a las siguientes consideraciones:

- a) Es ante todo y sobre todo una persona llena de frustraciones, en sus ilusiones y esperanzas, en los conceptos de libertad, derechos humanos, paz, justicia, progreso, democracia, tolerancia, solidaridad, interculturalidad, etc.
- b) Vive dos culturas o más, no pudiendo afianzarse en ninguna de ellas por el ambiente que le rodea, que es africano y europeo-español, pudiendo añadir a esto otra cultura de algún otro país europeo si el emigrante no es de una ex-colonia española; situación que puede llevar a una psicopatología transcultural.
- c) Sufre una crisis de valores, al variar su sentido de la vida y la concepción del mundo, que le llevan a la desorientación en la identidad personal.
- d) Se siente víctima de la indiferencia, si no del desprecio y la marginación, lo que le obliga a vivir en el anonimato y en constante inseguridad, por lo que no se «madura».
- e) Es desconfiado con la sociedad receptora, porque ésta sólo cuenta con él como elemento «circunstancial».
- f) No se siente «útil» en una sociedad que no le integra; en consecuencia, su compromiso con ella es mínimo.
- g) Es presa fácil de la explotación por el trabajo mal remunerado, el sexo, el tráfico de estupefacientes, la drogodependencia, la ludopatía, etc.

7. LAS ASOCIACIONES DE AFRICANOS EN ESPAÑA

Estas asociaciones están todas reconocidas por el Gobierno español, ya que están inscritas en el Ministerio del Interior, las que tienen cobertura na-

cional, y en las correspondientes consejerías de Gobernación o Presidencia, las que cubren sólo los territorios regionales.

Algunas de estas asociaciones culturales africanas representan las culturas de pueblos o etnias; otras se refieren a países, y las hay que invocan todo el continente. En otro contexto, las hay de derechos humanos, de profesionales, de intelectuales, etc.

Conociendo a buena parte de sus dirigentes y leído varios de sus Estatutos, llegamos a la conclusión de que los objetivos de las mismas son muy similares; con lo que los resumimos como sigue:

- a) Defender la identidad cultural de origen de los socios y trabajar por la transmisión de la cultura africana a las nuevas generaciones de africanos en España.
- b) Respetar, proteger, promover e innovar las culturas tradicionales de los pueblos y etnias de África.
- c) Promover el interés por los temas africanos en todo el mundo, defender el patrimonio natural y cultural de África y aportar ideas y soluciones para el desarrollo del continente africano.
- d) Potenciar la cultura occidental de la ex-metrópoli y la africana original que se forjó con la colonización.
- e) Estrechar e intensificar las relaciones de amistad y compañerismo entre los socios, haciendo posible el diálogo, el entendimiento y la convivencia entre ellos.
- f) Fomentar el amor al trabajo y al estudio, para levantar los países de África.
- g) Aprender a organizarse en grupo: en asociaciones culturales, profesionales, interprofesionales, políticas, etc.
- h) Buscar vías que ayuden a intensificar los lazos culturales, la tolerancia y la solidaridad entre los pueblos del mismo país, las antiguas colonias y sus metrópolis.
- i) Fomentar el espíritu de superación, tanto a nivel personal como grupal.
- j) Promover el espíritu de servicio, compromiso histórico y visión universal.
- k) Trabajar por la defensa de los principios que conforman la realidad histórico-sociocultural de origen.

Para llevar a cabo estos objetivos, las asociaciones de africanos en España organizan estudios, conferencias, congresos, divulgaciones, festivales,

así como reuniones, recepciones, fiestas sociales y otros actos de similar naturaleza.

8. DESEO POR REGRESAR AL PAÍS DE ORIGEN

La afirmación de algunos sectores europeos en el sentido de que los africanos residentes en Europa no desean volver a sus países no tiene suficiente base, por lo tanto es gratuita; porque «el pecho de una madre es el mejor cobijo» (Dicho Ndowe).

Los africanos, por muy cómodos que se sientan en Europa, añoran sus países de origen; pero no siempre por la admiración que suscita en las capitales o grandes ciudades, sino porque es su tierra, y cualquier rincón de la misma, como es la aldea que le ve a uno nacer y crecer, es comparable a un paraíso.

Los africanos desean volver a África, pero no a cualquier precio; porque la experiencia de la salida es demasiado amarga en muchos casos, y hay que volver con un mínimo de garantías. Por ello, los africanos que se encuentran fuera y con más posibilidades de pensamiento y acción, hacen un análisis crítico de la historia del continente en general y de su país en particular, y trabajar con la experiencia de otros pueblos ya evolucionados, cuyo pasado fue similar al de los países africanos ahora.

Si los africanos están en España temporalmente, y aunque fuera para quedarse, en este sueño de vuelta para participar en la configuración de una sociedad nueva, deben contar con la ayuda de sus amigos de España, con su acogida solidaria, que debe proyectarse más allá de las fronteras nacionales.

9. EL PAPEL DEL GOBIERNO Y OTRAS INSTITUCIONES DEL ESTADO ESPAÑOL

España, que se constituyó como resultado de muchos pueblos y razas, creó otras naciones en tierras lejanas y conoció la emigración en los años difíciles hasta hace unos lustros, debe comprender por qué se encuentran en su territorio tantos africanos, que no son muchos si se compara con Francia, Gran Bretaña, Holanda, etc.

Por esta razón, su cometido podría encuadrarse en las siguientes consideraciones:

- a) No centrar los esfuerzos sólo en el cierre de las fronteras, sino también en buscar las vías que conduzcan a mejorar las condiciones de vida de los africanos en España y colaborar al propio tiempo en el desarrollo de los países africanos.
- b) Intentar comprender que los africanos establecidos en España, tanto con «status» de residentes como de nacionalizados, encuentran con frecuencia serias dificultades para el ejercicio de sus derechos humanos y civiles; porque se pretende ignorar su presencia si no son marginados.
- c) Tener presente que el problema de la emigración africana a España podría tener solución a corto o medio plazo, si se adoptan las siguientes actitudes, entre otras:
 - Educar a las nuevas generaciones y sensibilizar al público en general para la tolerancia y la solidaridad, ya que la emigración es un fenómeno humano de todos los tiempos y todos los pueblos.
 - Trabajar por la promoción cultural de los africanos, aquí y allá.
 - Trabajar por el establecimiento del respeto a los derechos humanos en los países africanos.
 - Condicionar la cooperación a los países africanos al respeto de los derechos humanos y al establecimiento de regímenes democráticos.
 - No colaborar en la protección de regímenes dictatoriales y tiránicos de los Estados africanos.
 - No apoyar líderes de talante continuista de los actuales esquemas de arbitrariedad.
 - No fomentar los conflictos ni colaborar a mantenerlos, sea directa o indirectamente.

En definitiva, si colabora con sus esfuerzos a que África supere su crisis, no sólo habrá atendido a los africanos en España, sino que habrá contribuido a la construcción de una África nueva.

10. EL PAPEL DE LAS ORGANIZACIONES NO GUBERNAMENTALES (ONGs)

Las ONGs, que operan desde el territorio español y para África, al ser fundamentalmente organismos de ayuda, no deben olvidarse de que su misión es de emergencia, por tanto, temporal; porque estos países tienen que

asumir sus propias responsabilidades, por lo que han de prepararse para ello día a día. Lo que aconseja que se les ayude también a superarse a nivel individual y social, dinamizando todos los aspectos de la condición humana, todos los sectores de la población y todos los factores existentes. Esto implica, entre otras, las siguientes consideraciones:

- a) Que independientemente de las relaciones directas con las poblaciones necesitadas de África, incluir en los programas la asistencia a la población africana en España, así como los contactos con sus instituciones más representativas, porque las personas con experiencia en ellas pueden hacer contribuciones muy positivas.
- b) Procurar, por todos los medios, que haya una operatividad real y que se beneficie directamente el destinatario de la ayuda, los ciudadanos del país, pueblo o localidad al que se envía.
- c) Colaborar con los protagonistas para que se superen a través del trabajo diario.

La Iglesia en el futuro de África

GERARDO GONZÁLEZ / ANTONIO VILLARINO
Mundo Negro

El mapa religioso de África es actualmente muy amplio y diferenciado. Globalmente existen en este continente tres grandes bloques religiosos:

- *Cristianos* (234 millones, el 31% de la población):
 - católicos: 109 millones (14,5% de la población)
 - otros cristianos (coptos y protestantes): 124 millones (16,6%)
- *Musulmanes*: 302 millones (40,3%)
- *Religiones tradicionales*: 212 millones (28,4%)

Existe, asimismo, un considerable número de Iglesias independientes (unas 10.000), desgajadas de las Iglesias madres, católicas y protestantes. Y un creciente número de sectas, en torno a un líder carismático.

El Islam está sólidamente implantado en el África septentrional y en la mayoría de los países del Sahel. Es más radical en la costa mediterránea y su rigidez coránica se va diluyendo paulatinamente a medida que penetra desde el sub-Sahel hasta las zonas ecuatoriales. Existen poblaciones musulmanas muy consistentes en el África oriental. Las religiones tradicionales y el cristianismo están más arraigadas en el África profunda.

Esta es, en síntesis, la realidad de las tres grandes religiones en África.

MUSULMANES

Son algo más del 40 por ciento de toda la población del continente, es decir, el grupo religioso más numeroso de África. Sin embargo, conviene su-

brayar un hecho que suele pasar desapercibido. Los musulmanes africanos —y con ellos algunos políticos— acostumbran a difundir una falacia que trata de encubrir la realidad histórica: el cristianismo es una religión importada por los colonizadores y el Islam es la religión propia de los africanos. En la exhortación apostólica *Ecclesia in África* (el documento que escribió Juan Pablo II después de la celebración del Sínodo Africano en 1994) se pone de relieve esta realidad histórica. Citando a Pablo VI, Juan Pablo II señala: «Pensamos en las Iglesias cristianas de África, cuyo origen se remonta a los tiempos apostólicos y está ligado, según la tradición, al nombre y predicación del evangelista Marcos. Pensamos en la pléyade innumerable de santos, mártires, confesores y vírgenes que pertenecen a ellas. En realidad, desde el siglo II al siglo IV la vida cristiana en las regiones septentrionales de África fue intensísima e iba en vanguardia tanto en el estudio teológico como en la expresión literaria... Nos vienen a la memoria los nombres de los grandes doctores y escritores, como Orígenes, san Atanasio, san Cirilo, lumbreras de la escuela alejandrina. Y en la otra parte de la costa mediterránea africana, Tertuliano, san Cipriano, y sobre todo san Agustín, una de las luces más brillantes de la cristiandad. Recordemos a los grandes santos del desierto: Pablo, Antonio, Pacomio, primeros fundadores del monacato, difundido después, siguiendo su ejemplo, en Oriente y Occidente. Y, entre tantos otros, no queremos dejar de nombrar a san Frumencio, llamado Abba Salama, que, consagrado obispo por san Atanasio, fue apóstol de Etiopía... Durante estos primeros siglos de la Iglesia en África, algunas mujeres dieron también testimonio de Cristo. Entre ellas se debe mencionar particularmente a las santas Felicidad y Perpetua, Mónica y Tecla».

Hubo también Papas de origen africano, como Víctor I (años 189-199), Melquíades (años 311-314) y Gelasio I (años 384-392). Los escritos de los autores cristianos de África son todavía hoy fundamentales para profundizar en la historia de la salvación.

A partir del año 697, cuando Cartago cayó en poder de los árabes, de los 300 obispos que había en el norte de África quedaron 30, y el Islam fue penetrando inexorablemente en todo el África septentrional, a excepción del floreciente reino cristiano de Nubia (la bíblica Kush, que los 70 tradujeron por Etiopía), entre los años 700 y 1200.

Actualmente, los países de influencia musulmana se pueden agrupar en varias categorías:

a) La franja septentrional

Como se sabe, los musulmanes predominan absolutamente en los países del norte: Marruecos, Mauritania, Argelia, Libia, Túnez, Somalia y, en menor medida, Egipto. En estos países se considera extranjero a cualquier seguidor de otras religiones. El gran problema de cara al futuro es el integrismo.

b) El Sahel

Un poco más al sur, por debajo del desierto del Sahara, están los países del Sahel, en los que la presencia musulmana es también mayoritaria, aunque menos abrumadora y, sobre todo, menos rígida: Senegal (85 por ciento), Níger (82 por ciento), Gambia (80 por ciento), Guinea-Conakry (70 por ciento), Malí (65 por ciento). En estos países se aceptan sin problemas las minorías cristianas y las religiones tradicionales. La convivencia interreligiosa ha sido tradicionalmente armónica y pacífica, aunque en los últimos años existe una fuerte presión islámica con el comercio, la creación de mezquitas y medersas (escuelas coránicas), financiadas por los países musulmanes del Golfo Pérsico.

c) Países intermedios

Hay una serie de países en los que los musulmanes son mayoría (Sudán, Chad) o con una presencia cercana al 50 por ciento (Nigeria, Eritrea, Etiopía, Sierra Leona). Estos países, salvo Sierra Leona, presentan problemas de convivencia entre un Islam que se quiere imponer, especialmente en Sudán y Chad, y unas poblaciones que se aferran al cristianismo y a las religiones tradicionales como señas de identidad.

d) Países en los que los musulmanes son una minoría consistente

Tanzania (30%), Costa de Marfil (24%), Camerún (20%), Mauricio (17%), Benín (13%), Ghana (12%), Mozambique (11%), Liberia (10%). Estos países se distinguen por un pluralismo religioso serenamente asumido.

e) **En otros países**

Hay una presencia musulmana más minoritaria.

RELIGIONES TRADICIONALES

Son casi el 29 por ciento, aunque el valor de las estadísticas es en este caso relativo, dada la permeabilidad de estas creencias con el islam y con el cristianismo.

La religiosidad de muchos africanos está muy marcada por las tradiciones y creencias de sus antepasados, lo que se ha denominado «religión tradicional africana», aunque se puede discutir si conviene hablar de «una» o de «muchas» religiones.

Ciertamente, no existe un sistema religioso unificado. Lo que sí existe es una actitud religiosa básica y unas creencias y prácticas con características bastante comunes, a pesar de las diferencias lógicas. A nuestro modo de ver, se pueden señalar tres de estas características básicas de la religiosidad tradicional africana

a) **La centralidad de la relación con los antepasados**

La pertenencia a la propia familia y al clan —el valor probablemente más arraigado entre la mayoría de los africanos— encuentra su piedra angular en la relación con los antepasados, los cuales garantizan la cohesión y la vitalidad del clan. Esta relación se hace obediencia a las normas y tabúes heredados así como a los detentadores de la herencia (ancianos, jefes) y se mantiene mediante distintos tipos de sacrificios, oraciones, fiestas, etc.

b) **La búsqueda del beneplácito, la protección y la fuerza vital**

De la que son portadores los múltiples espíritus que «animan» el mundo, aunque no siempre se sepa muy bien cómo relacionarse con ellos. Parte importante de las prácticas religiosas consiste en adivinar y conocer la voluntad de estos espíritus en relación con los humanos; estos espíritus pueden tomar cuerpo (hacerse presentes) en lugares (lagos, montes, ríos, árboles), en algunos antepasados, en fenómenos de la naturaleza (rayo, trueno), etc. Para llevar a cabo esta relación surgen adivinos, sacerdotes,

magos... Una forma muy desarrollada de esta religiosidad es el vodú de África occidental.

c) **La conciencia de un Dios supremo**

Aunque esta conciencia es más clara en algunos pueblos que en otros. La presencia de este Dios en la vida ordinaria es también percibida de manera diferente en unas regiones y en otras. En general, se puede decir que Dios está en el origen de todo, aunque generalmente se inmiscuye poco en la vida ordinaria.

En cualquier caso, el africano, en general, vive una religiosidad que, como dice Vincent Mulago, cumple «una función psicológica y social de integración y equilibrio, permitiendo al hombre entenderse y valorarse a sí mismo para aceptar su situación en la vida y controlar su angustia. Gracias a la religión, la dualidad entre el ser humano y su mundo es superable y la unificación alcanzada».

Esa función la cumplía bien la religión tradicional, aunque ningún sistema es en sí mismo completo, lo que propicia las rupturas y las nuevas aportaciones. Es lo que está pasando en África con la llegada del islam o del cristianismo. Actualmente, ni las religiones tradicionales ni el islamismo o el cristianismo permanecen idénticos a lo que eran antes de las últimas rupturas y encuentros.

CRISTIANOS

Los cristianos son algo más del 31 por ciento: un 14,5 por ciento de católicos y un 16,5 por ciento de cristianos pertenecientes a otras Iglesias, principalmente luteranos, presbiterianos, anglicanos y reformados. Son países mayoritariamente católicos Cabo Verde, Guinea Ecuatorial, Angola, Burundi, Gabón, República Democrática del Congo (antiguo Zaire), Ruanda y Congo-Brazzaville. Por otra parte, Suráfrica, Suazilandia, Namibia, Lesoto, Ghana, Botsuana, Nigeria, Madagascar, Uganda, Zambia y Zimbabue son los países en los que la presencia «protestante» es más consistente: desde el 50 por ciento en Suráfrica hasta el 15 por ciento en Zimbabue. Los cristianos coptos, miembros de una Iglesia que perdura en suelo africano desde los primeros siglos, llegan a ser casi el 50 por ciento en Etiopía y Eritrea; en Egipto, donde representan un 10 por ciento (también se da la cifra del 13 por ciento), están siendo sometidos a una verdadera persecución por los extremistas islámicos.

En África han surgido, además, o han llegado de otras tierras unas 10.000 Iglesias independientes, entre las que hay que destacar, a modo de ejemplo, la Iglesia Kimbanguista de Zaire, la Zion Church de Suráfrica, la Aladura de Nigeria.

Esta realidad plural, multirreligiosa, exige un diálogo, y así se recoge en el Sínodo Africano de 1994. Entre otras razones, porque en muchos países africanos la Iglesia católica es minoritaria y tiene escasa influencia en la sociedad.

EL AUGE DE LA IGLESIA CATÓLICA

En las cuatro últimas décadas, la Iglesia católica ha experimentado un auge espectacular. Y para comprobarlo, aunque sólo sea desde el punto de vista cuantitativo, basta cotejar unos datos.

En 1957 las estadísticas de la Iglesia eran las siguientes:

- cardenales: ninguno;
- obispos: 37 (los 2 primeros, un malgache y un ugandés fueron nombrados en 1939);
- sacerdotes locales o nativos: 1.811;
- seminaristas mayores: 1.400;
- católicos: unos 20 millones.

En 1997 las cifras son las siguientes:

- cardenales: 14;
- obispos: unos 450;
- sacerdotes diocesanos nativos: 14.000;
- seminaristas mayores: 17.000;
- catequistas: más de 300.000;
- católicos: 109 millones.

A estos datos hay que añadir unos 1.000 religiosos sacerdotes, unos 3.500 religiosos no sacerdotes, y 24.000 religiosas nativas.

¿Son sólo estadísticas para figurar en el Anuario Pontificio? Se pueden contar anécdotas de todo tipo, según lo que se desee resaltar. Y a los misioneros, como primeros evangelizadores, no les duelen prendas a la hora de la autocritica. En el verano de 1977, un avezado misionero que había sido expulsado de Sudán, declaró a los enviados de *Mundo Negro* una noche de ve-

rano en su nueva misión del entonces Zaire: «Un día me dispuse a celebrar los bautismos en una pequeña capilla del Sudán Meridional. Cuando le llegó el turno a un jovencito, le hice la pregunta de rigor, según el antiguo ritual del bautismo: «¿Qué pedís a la Iglesia de Dios?». Sin pensarlo dos veces, me respondió: «Unos pantalones».

Hoy quizás las respuestas no son probablemente tan sinceras y espontáneas, pero muchos africanos bautizados dudan entre opciones como poligamia, monogamia o total libertad sexual; igualdad entre hombre y mujer o fidelidad a los roles tradicionales; solidaridad financiera de la familia extendida o adopción del individualismo occidental en una especie de «sálvese quien pueda»; honestidad en el trabajo y los negocios o lucro por encima de todo; fidelidad al clan y a la tribu o conciencia patria por encima de las divisiones étnicas tradicionales.

De todos modos, la vivencia religiosa del africano de hoy —musulmán, tradicional o cristiano— no puede ser ajena a estas dudas, angustias, luchas, fracasos, intentos y éxitos. De no ser así, la religión se convertiría en algo muerto, una careta para algunas ocasiones. Como sucede en muchos casos.

Cuarenta años no son muchos años para un continente como el africano, relegado del llamado mundo civilizado durante varios siglos, convertido en abastecedor de esclavos desde el siglo XVI hasta bien entrado el siglo XIX, explorado, conquistado y colonizado desde mediados del siglo XIX hasta 1957. Y, sin embargo, se han operado cambios radicales en el ámbito católico, tanto o más que en el político.

TOMA DE CONCIENCIA

En 1945, doce años antes de la independencia de Ghana, se publica un libro clave que entonces pasó desapercibido para la mayoría de los estudiosos: *La philosophie bantoue*, del misionero franciscano belga P. Plácido Tempels (1906-1977), con prólogo de Alioune Diop. Por primera vez se plasma en una obra sistemática una forma de ver y de ser en el mundo, sin recurrir a los conceptos clásicos de la filosofía occidental. Y, lo que no es menos importante, implicaba que la evangelización debería empezar por la aceptación de los valores espirituales de África, y no con la implantación de una civilización cristiana compacta importada de Europa.

El P. Tempels da un paso más en el diseño del concepto de negritud, acuñado por Léopold Sédar Senghor y Aimé Césaire en los años treinta, para reivindicar la cultura africana. Hay que tener en cuenta que, a principios de este siglo, nadie osaba hablar de cultura africana, ni siquiera tras el impac-

to de la obra de Picasso *Las señoritas de Aviñón*, inspirada en el arte negro-africano. Como mucho, se hablaba de arte primitivo, con la misma pereza mental con la que ahora se habla de música étnica.

Prevalcía la convicción de que la cultura primitiva africana tenía que ser reemplazada por la civilización europea. El director del colegio en el que estudiaba Senghor llegó a decir a los estudiantes que los africanos ni siquiera tenían civilización. Más tarde, Senghor recordará que estaba agradecido a aquel nefasto maestro, porque aquella afirmación tan provocativa lo llevó a la búsqueda de los valores escondidos en su cultura africana.

Al P. Tempels le pasó algo parecido. «Vine a África en 1933 —dijo el P. Tempels en una ocasión solemne, durante la celebración de las jornadas de estudio sobre la «Cultura africana y personalidad bantú», en Abidyán— como europeo y como blanco; a un África colonizada, completamente convencido de que era portador de un mensaje divino. El mensaje que Dios me había confiado me inspiraba una actitud clerical de padre espiritual, doctor autoritario, funcionario religioso y jefe o pastor en relación con mi gente, la cual debería limitarse a escuchar, obedecer y callar. Recorrí la sabana durante años predicando, enseñando e intentando organizar mi Iglesia. Pero, al comprobar que no había conseguido realizar nada sólido, caí en un profundo abatimiento. No tenía más remedio que admitir un fracaso rotundo. Así acabó mi primera fase: la de pastor o, mejor, la de jefe religioso de una Iglesia.»

Durante diez años había estado con los ojos fijos en un manual para enseñar todos los métodos y recorrer todos los caminos posibles a fin de conseguir que los africanos aceptaran, comprendieran y practicaran la religión cristiana... Desde entonces decidí, por primera vez en diez años, no consultar ya más manuales ni libros de doctrina o catecismo, concentrando, por el contrario, mi mirada en aquella máquina humana que se empeñaba en no funcionar, en aquel hombre al que antes no había sido capaz de observar. Lo contemplaba y, volviéndome hacia él, le preguntaba: ¿Quién eres? ¿Qué quieres tener? ¿Qué clase de hombre eres? ¿Cuáles son tus pensamientos?»

El hombre africano había ayudado al P. Tempels a descubrirse a sí mismo, encontrando en Cristo, revelado como vida, una respuesta fundamental a las aspiraciones del alma bantú. Durante esta evolución espiritual maduró su libro *La Philosophie bantoue*.

El renacimiento de la cultura africana va a servir de cauce necesario para el nacimiento de un auténtico cristianismo africano. «El colonialismo —dice el historiador suizo John Baur— había negado a África su propia civilización y tildó a sus tradiciones culturales de bárbaras. ¿Cómo podía de-

sarrollarse un auténtico cristianismo africano en un vacío cultural? La fe cristiana únicamente podía vegetar como un cristianismo occidental importado de segunda mano. El resultado fue la tantas veces deplorada dicotomía de la personalidad cristiana africana. El cristianismo fue injertado en la persona como una fe extraña y practicado en la superficie, mientras que las convicciones profundas permanecían enraizadas en la religión tradicional. Para que el cristianismo pudiera echar raíces en la cultura tradicional, con su específica religiosidad, era necesario valorar su cultura».

A la negritud y al libro del P. Tempels sucedieron algunos hechos significativos:

- la publicación por Alioune Diop de la revista *Présence Africaine*, en 1947;
- el primer encuentro en Accra (Ghana) organizado por las Iglesias protestantes sobre el tema «África y el cristianismo» (1955);
- el I Congreso Internacional de Escritores y Artistas Africanos en París (1956);
- la publicación en París (1956) por *Présence Africaine* de una obra colectiva titulada *Des prêtres noirs s'interrogent (Los sacerdotes negros se preguntan)*, considerada como el punto de partida del movimiento teológico africano. Como autores figuraban, entre otros, nombres tan prestigiosos como Vincent Mulago, Alexis Kagame, Robert Sastre y Meinrad Hebga. «Por primera vez se plantean —según el jesuita camerunés P. Engelbert Mveng—, no ya en el gueto de las Iglesias independientes, sino en el cuadro universal de las Iglesias oficiales, los problemas fundamentales de la liberación y de la inculturación»;
- la publicación del libro *La filosofía bantú-ruandesa del ser* del sacerdote Alexis Kagame, considerada la primera obra filosófica de un africano (1956);
- la celebración de la I Semana Teológica de Kinshasa sobre *Teología africana y africanización* (1960);
- publicación del mensaje *Áfricae Terrarum* de Pablo VI (1967), considerado por algunos como la canonización por parte de la Iglesia de la cultura africana;
- la celebración en Kampala del I Simposio de las Conferencias Episcopales de África y Madagascar (1969), con presencia de Pablo VI, primera visita de un Papa a África;

- el coloquio de Abiyán sobre *Civilización negra e Iglesia católica* (1977), organizado por *Présence Africaine* y la Sociedad Africana de Cultura. De este coloquio salió el proyecto de un Concilio africano;
- la fundación en Accra de la Asociación Ecuménica de Teólogos Africanos (1977);
- la celebración del Sínodo Africano (1994).

No están enumerados, ni mucho menos, todos los acontecimientos que jalonaron la puesta de largo de una cultura. Sí queremos hacer una observación: entre 1945 y 1957 hay una explosión de iniciativas culturales de gran calibre, en la que participan católicos africanos de gran renombre, como preámbulo privilegiado para entonar los primeros himnos de la independencia política.

Era un momento de eclosión reivindicativa, gozosa, eufórica, donde todo se vivía aspirando profundamente los vientos de libertad que soplaban sobre el continente, aunque más que viento era un huracán. Los sacerdotes jóvenes africanos veían también que llegaba su hora, y necesitaban romper el corsé de una Iglesia demasiado ligada al poder colonial y, sobre todo, a una cultura, la europea, que pretendía imponer en África lo que en la propia Europa, todavía sacudida por los rescoldos de la II Guerra Mundial, agonizaba lentamente. El pesimismo horadaba el pensamiento filosófico, al tiempo que se reconstruía una economía devastada.

Con los primeros pasos del África independiente se fue fraguando una Iglesia africana autóctona, que dio ya cierto brillo a las primeras sesiones del Vaticano II. El P. José Luis Martín Descalzo, que cubrió informativamente todo el Concilio, se preguntaba sobre los obispos africanos que participaron en las sesiones conciliares: «¿Qué había detrás de ellos? ¿Eran en verdad poco cultos, manejables, ingenuos, como cierta Prensa los presentaba? Puedo asegurar que muchos ojos periodísticos se fijaron en ellos durante el Concilio. Y lo primero que golpeó esa atención fue su simpatía... El episcopado africano supo estar en todos los sitios... Si no había entre ellos importantes teólogos, sí había un modo muy peculiar de entender la teología: era un enfoque vital, casi sanguíneo, de los problemas. Hay que reconocer que muchos temas conciliares fueron seriamente influidos por sus opiniones: el sentido familiar de la formulación del concepto Pueblo de Dios, la acentuación de los valores autóctonos en la liturgia, los capítulos sobre los derechos humanos en el esquema XIII, tantos y tantos puntos en los que un observador atento ve hoy esa huella africana».

En este contexto —ha escrito el P. Engelbert Mveng— nació la teología africana, que «habla en primer lugar el lenguaje del pueblo, es decir, el de sus necesidades, sus preocupaciones, sus esperanzas (aunque este lenguaje no se expresa en las lenguas del pueblo). Esta misma teología se refiere a la enfermedad y a las curaciones (Milingo, Hegba), a los problemas políticos y económicos (Marc Ela) a la tradición y la inculturación (John Mbiti) a la vida de las Iglesias de África (Penoukou), a los caminos para un mejor conocimiento del contexto africano (Bimwenyi, Ngindu, Mveng...); llama al pueblo de Dios, a las instituciones eclesíásticas y a los individuos a tomar conciencia en la lucha contra las fuerzas de opresión».

LO RELIGIOSO COMO TELÓN DE FONDO

Ya en los años sesenta se pudo constatar un hecho significativo: que África es un continente profundamente religioso, en donde no existen los ateos. Quizá por eso, aunque se implantó oficialmente el marxismo en algunos países, nunca cuajó en la población. No deja de ser paradójico que dos de los países donde se impuso el marxismo-leninismo (Benín y Etiopía) fueran la patria del vodú, en el caso de Benín, y del profundo arraigo del cristianismo copto-ortodoxo en Etiopía.

Un misionero contó a *Mundo Negro* la siguiente anécdota que presencié en Mozambique, durante la etapa marxista de Samora Machel: «En un poblado llegó un monitor del FRELIMO, se convocó una asamblea popular y trató de demostrar que Dios no existe, porque no es una realidad científicamente comprobable. Fue desgranando argumentos extraídos de los manuales al uso. Al cabo de un tiempo, un anciano levantó la mano y le preguntó: Mire usted, tengo una duda también científica y me gustaría que me la aclarara. ¿Por qué las vacas y las cabras cagan de distinta manera, si ambas comen hierba? El monitor, sorprendido, no supo qué responder. Y el anciano le espetó: Si no sabes de mierda, cómo vas a saber de Dios».

Es un ejemplo trivial pero significativo. Dios —como ya señalamos anteriormente—, en cuanto ser supremo y creador, está presente en todas las culturas negroafricanas. Se trata de un Dios distante, lejano, pero todopoderoso. Y debajo de El está el mundo de los espíritus, que impregnan con su presencia los acontecimientos de cada día. El hombre viviente tiene que congraciarse con ellos, para que no le perturben ni le acarreen males en esta vida.

Esta realidad religiosa es, por otra parte, poco comprometedor para el sujeto: si alguien hace daño a otro, basta con hacer una ofrenda a los espíri-

tus para aplacarlos. Los pokot de Kenia y los karimoyón de Uganda, por ejemplo —dos pueblos pastores que basan su riqueza y prestigio social en el ganado—, no tienen reparo en matar al otro, si se opone a que tome sus vacas. En ninguno de estos pueblos existe sentido de culpabilidad, ni de robo, puesto que el otro es un enemigo y las vacas son un legado que Dios les ha dado en propiedad. Para no tener problemas, cuando existen razzias con muertes —que es casi siempre—, se hace un rito de purificación, con el sacrificio de un animal para pacificar el espíritu del muerto, porque se tiene mucho miedo a los espíritus de los muertos. El asunto no lo resuelven los tribunales, porque se trata de un problema entre el hombre y Dios.

El miedo a los espíritus no ocurre sólo en el caso de tribus apartadas, ni se da únicamente en pueblos animistas, antes llamados paganos. Nos confesaba recientemente un misionero que ha trabajado en Guinea Ecuatorial la «trampa» que tendió el presidente Teodoro Obiang a la Iglesia: pidió a los sacerdotes que celebraran una misa de acción de gracias en el palacio presidencial, después del golpe de Estado contra Macías, en 1979, y su posterior ajusticiamiento. Así lo hicieron. Después se enteraron que antes Obiang había llamado también a algunos hechiceros para «aplacar el espíritu de Macías» que andaba rondando por las dependencias del palacio. Obiang, católico, quería contar con todos los poderes de las distintas religiones para neutralizar la «presencia» del difunto. Y Obiang no es el único jefe de Estado que teme a los espíritus; por eso, la mayoría de los dirigentes africanos están rodeados de hechiceros más o menos poderosos.

Con el proceso de urbanización y de modernización, que va poco a poco calando en todas las sociedades por muy ancladas que estén en el pasado, cambiarán estas costumbres, pero más lentamente de que lo que cabe suponer.

El teólogo beninés Efoe-Julien Penoukou ha subrayado que «en las sociedades africanas no existe dicotomía —menos aún oposición— entre lo sagrado y lo profano, lo espiritual y lo material, el más allá y el aquí abajo. Se trata de una visión unitaria de la realidad global, percibida en diversas elaboraciones culturales y religiosas como un sistema armónico».

«El dato básico de esa visión unitaria —asegura Penoukou— es la afirmación, mediante mitos, ritos y símbolos, de una relación tripolar específica entre el Ser supremo, el hombre y el universo socioeconómico. El Dios creador africano, que hace nacer y crecer a toda criatura, es el principio último de cohesión y de coherencia, el sentido normativo que engloba todo. Mitos y relatos de los orígenes, ritos y lenguajes simbólicos y metafóricos, nombres teóforos y oraciones jaculatorias, etc. expresan y subrayan en muchas culturas africanas no sólo que todo lo que existe tiene su principio y su

sentido en Dios, sino también que todo lo que el hombre concibe y emprende no puede tener éxito sin la ayuda y la bendición del Ser supremo, solicitada mediante las divinidades tutelares o los antepasados protectores».

LA INCULTURACIÓN

Esta idiosincrasia religiosa del hombre africano, que ya nadie discute, se ha abierto paso lentamente, hasta configurar uno de los temas más sabrosos del Sínodo Africano y uno de los grandes retos para el futuro de la Iglesia africana. Conecta directamente con el problema de la inculturación; dicho de otra manera, de cómo ser cristiano sin dejar de ser africano o cómo vivir sin traumas la fe y la cultura.

Ya en 1982 Juan Pablo II dijo en una carta autógrafa: «La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe que no es acogida plenamente ni vida fielmente». Y Pablo VI había escrito en la encíclica *Evangelii Nuntiandi* que «el drama de nuestro tiempo es la ruptura entre Evangelio y cultura».

El ya citado teólogo africano Efoe-Julien Penoukou aborda el problema en estos términos: «El único y grave problema que se le plantea a nuestras Iglesias africanas es el de la inculturación de la fe cristiana. Nuestras Iglesias serán africanas, o no serán. Ese es el verdadero problema del futuro del cristianismo en nuestro continente».

Como ha subrayado el teólogo ugandés John Waliggo: «La inculturación ya no es una opción, sino una necesidad, no es un apéndice de la evangelización, sino que está en su centro. Todos los miembros y autoridades de la Iglesia africana deben aceptar este principio y comprometerse en su puesta en práctica. La inculturación cuenta ahora con el consenso general de la Iglesia africana y de las autoridades de la Iglesia universal. Esto es motivo de gran alegría, especialmente para los teólogos africanos que alguna vez han sido objeto de las sospechas oficiales por su compromiso decidido con la inculturación».

Por lo que se refiere al significado de la inculturación, se subrayan dos dimensiones: «La íntima transformación de los auténticos valores culturales a través de su integración en el cristianismo» y «la inserción del cristianismo en las diferentes culturas humanas».

Después de matices y no pocas discusiones entre los guardianes de la antigua ortodoxia romana, para muchos inamovible, la inculturación entró por la puerta grande en el Sínodo Africano de 1994. El cardenal senegalés Hya-

cinthe Thiandoum, arzobispo de Dakar, dijo en su informe del 15 de mayo de 1994, cuando ya había concluido el Sínodo: «La inculturación es más que una simple adaptación a los modos culturales de expresión o una simple teología de adaptación..., ya que se trata de enraizar el mensaje evangélico en la cultura de un pueblo... No se trata sólo de una cuestión de especulación teológica, sino también de un compromiso de vida cristiana en la base». Antes había señalado que «es preciso reconocer que la inculturación es la mayor preocupación de este Sínodo».

El asunto es mucho más trascendente de lo que parece a simple vista. El obispo de Segou (Mali), Mons. J. Sidibé, señaló sin ambages: «El Sínodo no servirá para nada, si no se presta atención a nuestras diversidades culturales... Una Iglesia que sale de su condición de Iglesia asistida, de colonia espiritual de la Iglesia del Norte, he aquí, a mi juicio, el papel esencial del Sínodo».

Desde el punto de vista doctrinal, la exhortación apostólica de Juan Pablo II, *Eccelesia in Africa*, recoge sustancialmente los valores de la inculturación, aunque con ciertas cautelas. Se pone de relieve la urgencia de la inculturación: «El Sínodo considera la inculturación como una prioridad y una urgencia en la vida de las Iglesias particulares para que el Evangelio arraigue realmente en África; una exigencia de la evangelización; un camino hacia una plena evangelización; uno de los desafíos mayores para el continente a las puertas del tercer milenio».

En el apartado titulado «Criterios y ámbitos de inculturación» (n. 62) se apunta ya algún temor: «Es una tarea difícil y delicada, ya que pone a prueba la fidelidad de la Iglesia al Evangelio y a la Tradición apostólica en la evolución constante de las culturas. Por ello los padres sinodales observaron: «Ante los rápidos cambios culturales, sociales, económicos y políticos, nuestras Iglesias locales deben trabajar en un proceso de inculturación siempre renovado, respetando los dos criterios siguientes: la compatibilidad con el mensaje cristiano y la comunión con la Iglesia universal (...) En todo caso, se tratará de evitar cualquier sincretismo».

Y en el número 64 se vuelve a insistir: «En la práctica, sin prejuicio alguno para las tradiciones propias de cada Iglesia, latina u oriental, se debe tender a la inculturación de la liturgia, teniendo cuidado de no cambiar nada de los elementos esenciales, de modo que el pueblo fiel pueda comprender y vivir mejor las celebraciones litúrgicas».

Eso sí, se abre el camino a una futura investigación para aplicar los procesos de inculturación. «...El Sínodo ha expresado el deseo de que las Conferencias Episcopales, en colaboración con las Universidades y los Institutos católicos, creen comisiones de estudio, especialmente sobre el

matrimonio, la veneración a los antepasados y el mundo de los espíritus, con objeto de examinar a fondo todos los aspectos culturales de estos problemas desde el punto de vista teológico, sacramental, ritual y canónico» (n. 64).

DE LA DOCTRINA A LA PRAXIS

¿Cómo aplicar en concreto estas directrices? He aquí algunos retos que tiene la Iglesia africana en este final de siglo, porque el objeto de la inculturación abarca toda la existencia cristiana: teología, liturgia, costumbres, estructuras, etc. Ningún sector debe quedar excluido.

1. El matrimonio

Constituye uno de los mayores problemas de la pastoral católica en África. El Sínodo habla con efusión de los valores de la familia tradicional africana. Pero, en la práctica, resulta complicado armonizar las distintas leyes del matrimonio tradicional con las normas de la Iglesia sobre el matrimonio. No pocos consideran el matrimonio tradicional africano, que implica generalmente relaciones prematrimoniales, como impropio para los cristianos. El presidente de la Conferencia Episcopal Malgache, Mons. Jean-Guy Rakotondravahatra, se ha lamentado de que muchos «consideren el matrimonio tradicional en el mismo plano que el concubinato, y esto es una asimilación injuriosa. Esto contribuye a la desvalorización del matrimonio tradicional, cuando lleva en sí un compromiso de estabilidad entre dos personas y dos familias».

La realidad del matrimonio tradicional en África, hoy por hoy, se impone sobre las normas de la Iglesia. Incluso entre los cristianos se lleva a cabo primero el matrimonio tradicional y después el religioso. Es frecuente también ver parejas que se casan por la Iglesia acompañadas de nietos. Como se suele decir en África, para poner de relieve los poderosos vínculos tribales: «La sangre es más fuerte que el agua».

Los más pragmáticos plantean la celebración gradual del matrimonio, que implicaría primero los ritos tradicionales y posteriormente la ceremonia eclesial. Éste es un reto de la inculturación, y la Iglesia africana sabe que no puede tomarlo a la ligera.

2. La Liturgia

Ofrece pocas dificultades, porque poco a poco se han ido incorporando a la misa y a otras celebraciones rasgos esenciales de la cultura africana, como la danza y la música. Más aún, la Iglesia aprobó en 1988 el llamado «Rito zaireño de la Misa», que es mucho más que un ropaje externo, más o menos folclórico. Este rito se estaba empleando *ad experimentum* desde 1973, un año en el que en el Zaire de entonces soplaban los aires de la autenticidad promovida por Joseph-Desiré Mobutu que cambió su propio nombre cristiano por el de Mobutu Sese Seko. Probablemente Mobutu recurrió a la autenticidad como un recurso para mantener su jefatura política, en una época de partido único que nadie discutía; pero, al mismo tiempo, supuso un revulsivo para la Iglesia zaireña, que contaba con cabezas muy bien amuebladas, como las del cardenal Malula, Mons. Tshibangu, Mons. Monsengwo, Vincent Mulago, abanderados de los procesos de inculturación y firmes promotores de la teología africana.

El cardenal Malula fue incluso más lejos. Tres años después, en 1976, nombró los primeros seis *bakambi* (plural de *mokambi*), párrocos seculares, para dirigir otras tantas parroquias de la archidiócesis de Kinshasa. Estos responsables fueron bien acogidos por los cristianos y dieron prueba de seriedad, de competencia y de entrega desinteresada en el ejercicio de su ministerio. Hoy, el número creciente de parroquias en la archidiócesis de Kinshasa, así como otras necesidades pastorales, llevan a los responsables de la Iglesia a hacer un llamamiento a nuevos ministros laicos para que colaboren no sólo como asistentes parroquiales o animadores pastorales, sino también como *bakambi*, es decir, responsables de una parroquia. En la Iglesia de Kinshasa hay actualmente cuarenta y dos ministros laicos en actividad, de los que veinte están al cargo de una parroquia. Otros dieciséis son asistentes parroquiales y seis son animadores pastorales.

Todos estos ministros laicos son nombrados según unos criterios básicos: estar casado por la Iglesia y tener un hogar estable y armonioso; ser de buena moralidad y ejercer una profesión remunerada; llevar trabajando varios años y haber realizado los estudios en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas. Entre ellos hay funcionarios de la Administración Pública, empleados de sociedades privadas o paraestatales, profesores, directores de escuela, y hasta militares.

Pero volvamos a la liturgia. En el Rito zaireño se encuentra, como una gran novedad, una invocación a los antepasados —junto a los santos— al comienzo de la misa, la liturgia penitencial que tiene lugar después de la homilía como expresión de la conversión del pueblo tras la escucha de la Pa-

labra de Dios, y una plegaria eucarística dialogada con un lenguaje sacado de los estilos orales africanos. Se incorporan también vestiduras litúrgicas, danzas, músicas y gestos rituales típicos de las distintas tradiciones zaireñas (hoy congoleñas).

No todo fueron espaldarazos a este rito. El cardenal Malula se lamentó, por ejemplo, de que durante la visita de Juan Pablo II a Kinshasa, en mayo de 1980, el Papa no pudiera asistir a una celebración del Rito zaireño, a pesar de la insistencia del propio Malula. Entre el Nuncio y las jerarquías vaticanas decidieron organizar solamente liturgias tradicionales... romanas. Se subrayó que todavía no estaba aprobado oficialmente el Rito zaireño.

3. El Culto a los antepasados

En el rito zaireño se hace una invocación a los antepasados al comienzo de la misa. Pero no basta con hacer una invocación más o menos ritual, para hablar de inculturación. El culto a los antepasados es algo que está en las entrañas mismas de la religiosidad africana.

Deben buscarse modos de integrar la veneración de los antepasados —central en las culturas africanas— en la reflexión teológica y el ritual católico. Este es el meollo de la inculturación. He aquí lo que ha escrito Buti Tihagale, actual secretario de la Conferencia Episcopal Surafricana, sobre el culto a los antepasados y su integración en la liturgia católica: «Precisamente porque los sacrificios dirigidos a los antepasados siguen realizándose en toda ocasión importante de dolor o de alegría son un punto de referencia que no se puede olvidar en el proceso de la inculturación de la fe en África. Las ocasiones y el modo como se ofrecen estos sacrificios muestran, entre otras cosas, el sistema de creencias de los africanos y su reacción ante las situaciones-límite, así como sus actitudes ante lo sagrado, su fe en la vida después de la muerte y la necesidad de la reconciliación para el bienestar comunitario.

A la hora de hablar de inculturación, no sugerimos que se vuelva a los tiempos del Antiguo Testamento, cuando se asperjaba el altar con sangre. Lo único que decimos es que la cultura sacrificial sigue viva y no se la puede ignorar. Sería deseable incorporarla a los ritos funerarios celebrados en casa del difunto, al comienzo de la vigilia, por ejemplo; o a los ritos que preceden a la fiesta del matrimonio, etc.

Un modo de hacerlo puede ser el siguiente. Se toma sangre fresca del animal apenas sacrificado y se lleva al altar para hacer una libación a su debido tiempo. Si la ceremonia de libación tiene lugar fuera de la misa, se as-

perja con la sangre el espacio ante el altar o se la vierte en un agujero, mientras se hace una invocación a los antepasados:

Vosotros, antepasados, recibid este cálido don de vida.

Nosotros, vuestros descendientes, nos dirigimos a vosotros en busca de ayuda, apoyo, protección y fuerza.

Os hablamos de esta manera, porque así es como os hablaron nuestros padres.

Os pedimos un favor, no sólo porque vosotros nos engendrasteis, sino también porque estáis en el mundo de los espíritus.

Defended nuestra causa ante el Todopoderoso Padre de toda misericordia.

Nosotros también, a nuestra débil manera, haciendo memoria de los misterios salvadores de nuestro Señor Jesucristo, el primero en levantarse de entre los muertos, le pedimos que os acoja en su kraal real, donde también nosotros, al final de los tiempos, esperamos compartir la fiesta preparada para todos aquellos que creen.

Vosotros, antepasados nuestros, alzaos y amablemente recibid nuestra oración.

Lo mismo se puede decir de otras realidades vinculadas a la vida del hombre y de la mujer africanos: ritos de la vida, como la iniciación de jóvenes, viudedad, funerales, cosechas, enfermedades... La Iglesia tiene la oportunidad de inculturarse en el esquema de ritos tradicionales dándoles nuevas dimensiones. Es una tarea que implica esfuerzos conjuntos de antropólogos, sociólogos, teólogos, liturgistas y pastores. Y que la Iglesia africana tendrá que impulsar cuanto antes para no quedar atrapada en discusiones paralizantes, si realmente quiere servir al hombre africano.

LOS OTROS RETOS DE LA IGLESIA, HOY

La Iglesia católica vive en África un momento de especial importancia en el que se juega la autenticidad de su seguimiento evangélico y de su servicio. Algunos de los retos que se le presentan son los siguientes:

1. Evangelización en profundidad

Tradicionalmente, la evangelización católica ha tenido un déficit bíblico, que ahora es necesario subsanar, sobre todo teniendo en cuenta que el afri-

cano es un pueblo muy ligado a la oralidad y hambriento de palabras de verdad. Esto significa, entre otras cosas:

- continuar el trabajo ya iniciado de la traducción de la Biblia a muchas lenguas en las que todavía no se la puede leer;
- mejorar las traducciones apresuradas hechas en condiciones muy precarias;
- difundir masivamente y por todos los medios posibles los textos bíblicos, superando la etapa en la que la formación católica se reducía a aprender las escuetas y abstractas fórmulas del catecismo;
- crear centros de estudios bíblicos que unan el conocimiento de las Escrituras con el de las culturas africanas;
- promover una mayor preparación bíblica de sacerdotes, religiosas, catequistas y otros líderes laicos.

2. Constituirse como «familia de Dios»

El modelo de Iglesia-familia de Dios se impuso como una gran intuición en el Sínodo Africano. La exhortación *Ecclesia in Africa* pide especialmente a las universidades teológicas que se dediquen a profundizar en el tema, como de hecho han empezado a hacerlo ya en varios lugares.

Pero evidentemente no basta con reflexionar. La Iglesia africana tiene mucho que avanzar en su práctica ordinaria para que esta concepción de Iglesia-familia se concrete y para que la Iglesia sea realmente la «familia de los hijos de Dios reunidos en la comunidad de Jesús» y no una gran institución o sistema de servicios en la que prime la lucha por el poder o el prestigio.

El espíritu de familia sería una gran aportación de la Iglesia a la sociedad africana actual. Esta padece en estos momentos la grave enfermedad de la lucha por el poder y las divisiones étnicas, tal como lo reconocen los africanos más lúcidos; ahí radica el origen de muchos conflictos.

La Iglesia, que posee escuelas, hospitales, prestigio social, no está exenta de esta fuerte tentación de poder. Un antídoto contra la tentación de transformar el servicio en poder y prestigio sería el concepto y la práctica del modelo de Iglesia-familia, lo que debería llevar a poner en marcha, entre otras, las siguientes opciones pastorales:

- decidirse de manera clara y definida por las pequeñas comunidades cristianas, en las que los cristianos puedan ser evangelizados constantemente gracias a la escucha atenta y continuada de la Palabra de Dios, fortalecerse en el seguimiento de Jesús mediante la participación sacramental, sentirse responsables del anuncio del Evangelio y participar plenamente en los diversos ministerios conforme a las necesidades de la comunidad;
- hacer de la parroquia y de la diócesis verdaderas comunidades de comunidades, que no se reduzcan a ser centrales de servicios burocráticos, sociales o religiosos, cuyos poderosos dispensadores son los obispos o los párrocos;
- mejorar las estructuras de lo que el Papa ha llamado la «solidaridad pastoral» a nivel continental. Hay decisiones y compromisos pastorales que sólo se pueden tomar a nivel de una nación, de una región o de todo el continente. En el caso de África es urgente mejorar las estructuras de coordinación a nivel continental;
- cuidar con especial esmero la formación de sacerdotes, religiosas y otros agentes de pastoral. La multiplicación de vocaciones plantea un gran reto formativo tanto a nivel humano y científico como espiritual: se necesitan universidades y profesores, pero, sobre todo, se necesitan maestros y formadores... Hay un gran peligro de convertir el ministerio sacerdotal en una carrera de prestigio para el candidato y para su familia.

3. Al servicio del pueblo

El servicio de la Iglesia, una comunidad nacida para servir y no para ser servida, ha tomado a lo largo de la historia formas muy concretas. En este momento algunas de las prioridades más evidentes en el contexto africano son las siguientes:

- Mejorar y aumentar la infinidad de servicios concretos que ya presta la Iglesia en los campos de la salud, de la educación, del desarrollo en general; sin esos servicios habría mucho más sufrimiento, sobre todo en las nuevas «selvas» de las periferias urbanas.
- Continuar definiendo en términos africanos, y en diálogo permanente con la realidad sociopolítica, la doctrina social más avanzada de la Iglesia. En estos momentos África tiene especial necesidad de una guía concreta y práctica, dentro de un cuadro teórico adecuado, en los

- campos de la democracia, de la justicia social, de los derechos humanos, de la justicia económica, del trabajo, de la familia, del sentido de la patria, del valor de la pertenencia étnica en el nuevo contexto del Estado y de la universalidad...
- Para incidir más adecuadamente en la sociedad, los obispos africanos están embarcados en dos sectores de enorme importancia: las universidades y los medios de comunicación, dos sectores hasta ahora prácticamente dejados de lado. Un poco por doquier están surgiendo universidades y emisoras de radio locales. Es un gran reto que está en sus comienzos y que no dejará de presentar serias dificultades.
 - Contribuir a la formación de la conciencia social de los africanos, desde los niveles más bajos hasta los más altos: catequesis, escuela primaria, universidades, seminarios, círculos de católicos...

En este sentido, hay que destacar por su valor práctico la propuesta del Sínodo para que se instauren comisiones de justicia y paz en todos los niveles: local, parroquial, diocesano, nacional y continental. Estas comisiones ayudarán a que la vida católica no se reduzca a la realización de ritos más o menos inculturados, sino que incida realmente en la conversión de las personas y en la transformación de la sociedad.

- Dar ejemplo de coherencia, de justicia y honestidad en la gestión de las propias obras: salarios justos, cuentas claras, responsabilidad financiera, integración étnica...
- Denunciar con más firmeza los sistemas internacionales de explotación de África: especialmente, el tráfico de armas, la injusta deuda externa, el desequilibrado comercio internacional...

EL DIÁLOGO CON OTRAS RELIGIONES

Las áreas de cooperación que se mencionan en la exhortación de Juan Pablo II *Ecclesia in Africa* son: el servicio a la causa de la vida en la justicia y en la paz; la defensa de la libertad religiosa con todo lo que ello implica (libertad de culto, práctica pública); la superación de las divisiones étnicas, tribales, religiosas, etc., que existen en muchas sociedades africanas y países; la protección de los africanos, sin diferencia de religión; la defensa de valores como la familia, el respeto por la vida, el sentido de solidaridad y vida comunitaria.

Medios para promover el espíritu de diálogo

- Las escuelas católicas deberían estar abiertas a todos y promover la educación de todos. En ellas debería producirse una iniciación al «diálogo sobre la vida entre jóvenes de diferentes religiones».
- Los centros culturales católicos deben ser lugares para promover la capacidad de escucha, el respeto y la tolerancia.
- Se deberían dar cursos sobre la religión tradicional africana en las casas de formación de sacerdotes y candidatos a la vida religiosa.

Amenazas contra el diálogo interreligioso

Las principales dificultades para el diálogo interreligioso, según la exhortación citada, son:

- El fundamentalismo religioso que deriva en intolerancia religiosa.
- La violencia que se ejerce en nombre de Dios: «Lejos de querer ser aquel en cuyo nombre unos eliminan a otras personas, Dios compromete a los creyentes a trabajar juntos al servicio de la justicia y de la paz».

El Papa dice que la Iglesia desea cooperar con los «musulmanes de buena voluntad». ¿Significaría esto que hay un grupo de musulmanes con los que la Iglesia no estaría dispuesta a dialogar? En segundo lugar, se dice que el diálogo con los adeptos a la religión tradicional africana debe ser «sereno y prudente». ¿Reflejaría esta observación la dificultad que la Iglesia tiene para definir claramente lo que es la religión tradicional africana y distinguirla de la cultura africana?

COMPROMISO Y LUCHA POR LA JUSTICIA

«Hay que elegir entre una muerte lenta y una muerte violenta», aseguran algunos africanos comprometidos con la causa de la justicia. Y muertes ha habido muchas en África a lo largo de sus 40 años de independencia: muertes en guerras civiles y luchas por el poder más que por la liberación de las viejas colonias, muertes por inanición, hambrunas y pésimas condiciones sanitarias. Todavía estremece ese millón de muertos en Ruanda durante 1994 (o medio millón según otras fuentes), los no menos

de 200.000 muertos durante la reciente guerra de los Grandes Lagos, mientras Laurent Kabila avanzaba inexorablemente hacia Kinshasa, las muertes en los campos de refugiados, las muertes diarias en Burundi, Ruanda y Sudán, las muertes por el sida, las muertes y las condiciones infrahumanas en países ricos porque sus dirigentes corruptos acaparan los recursos del país. Hay demasiada muerte en el continente de la vida.

Es preciso subrayar también la penosa situación de la mujer africana, que carga con el peso de la economía en las zonas rurales, y apenas se cuenta con ella para planificar el desarrollo. Los casos de las llamadas «mamás Benz» en Togo, Ghana y Benín son excepcionales.

Ante esta dura y cruda realidad, algunos teólogos africanos se preguntan que no basta con llevar a cabo inculturaciones más o menos acertadas, cuando lo que está en juego es la propia vida. Lo que hay que hacer es comprometerse a fondo y denunciar las tropelías que condenan a los africanos a malvivir, a exiliarse, a buscar refugio en el Norte, aun a costa de hundirse en las pateras de la miseria disfrazada de ensueño.

Varios teólogos han saltado a la palestra con libros, conferencias y un compromiso valiente para denunciar las injusticias e invocar una línea de acción que rompa las estructuras injustas. El *Documento Kairós*, publicado en Suráfrica en 1985 (cuando todavía pervivía la opresión del *apartheid*) supuso un aldabonazo a la conciencia de muchos católicos africanos.

Como ejemplo de compromiso, señalamos el caso de tres teólogos africanos, los dos citados —Efoe-Julien Penoukou y Jean-Marc Ela— y José Mpundu, creador en el antiguo Zaire del Grupo Amós. Ela y Mpundu están en sintonía con la teología de la liberación; Penoukou prefiere hablar de teología del compromiso. En cualquier caso, se trata de lo que hoy se llama voces proféticas en la Iglesia africana, incómodas para los políticos e incómoda también para la jerarquía.

JOSÉ MPUNDU

Mundo Negro tuvo la oportunidad de entrevistarle en el verano de 1996 en Kinshasa. Mpundu, además de teólogo, colabora en varios proyectos de desarrollo y promoción humana, como pude comprobar al verlo en el centro «Telema» para enfermedades mentales que llevan adelante algunas misioneras españolas. Una de sus hermanas, Ana María Mpundu, está también comprometida con la lucha de la mujer zaireña en favor de la democracia y dirige el movimiento «Mujeres Cristianas por la Democracia y el Desarrollo». Fue un destacado crítico contra la corrupción del régimen de Mobutu

y organizó incluso una manifestación en Kinshasa, la Marcha por la libertad, en febrero de 1992.

Entre otras cosas, declaró: «La Iglesia local debe comprometerse en este proceso de rearme moral. Incluso en la Iglesia se da lo que podríamos llamar una inversión de valores. Debemos reencontrar el Evangelio en su pureza y radicalidad. De lo contrario, la Iglesia no tendrá una palabra profética que decir. Se necesitaría que los sacerdotes, religiosos y religiosas sean los modelos de referencia. La Iglesia está llamada a ser testigo, no sólo a hacer discursos y a escribir cartas pastorales. La Iglesia debe ser sobre todo creíble. Ello comporta una exigencia fundamental. ¿Cómo podemos predicar la democracia, cuando nosotros, dentro de la Iglesia no vivimos según los valores democráticos de la libertad, de la participación, de la igualdad y de la justicia? Para mí son los cuatro valores fundamentales para crear una sociedad democrática, para tener hombres libres, conscientes de su radical igualdad con otros hombres, hombres que practican la justicia... Ahí tiene la Iglesia un gran reto. (...)

Creo que los africanos debemos luchar por ser nosotros mismos. La negritud no es algo pasado ni del pasado. Pero hay que ir más allá de planteamientos teóricos. El problema de fondo no es el color. No basta con tener obispos negros para que la Iglesia sea negra. Se trata de algo mucho más profundo. La cultura es una cuestión de mentalidad y de valores humanos universales. Negro o blanco, la verdad es la verdad; negro o blanco, la justicia es la justicia, negro o blanco, la libertad es la libertad, el amor es el amor... La verdadera negritud no es que yo sea negro, sino un negro que vive en la verdad, la libertad y el amor. (...)

Me han acusado de ser un «cura rojo». Pero no soy ni rojo ni blanco. No me gustan las etiquetas ni las ideologías. Reflexiono, y lo único que me interesa es el bien común, el bien del hombre. Lo demás no me importa. En la medida en que hay hombres explotados, seguiré en la brecha. Lo que me importa es el hombre, simplemente. Estas etiquetas proceden de quienes se sienten molestos por mis acciones, tanto en la Iglesia como en la sociedad. Se trata de personas que no quieren el bien del hombre. A veces en la Iglesia se me acusa de hacer política, de ser rebelde... Yo acepto esas acusaciones, ya que Jesucristo fue también acusado de algo parecido, y no voy a negar que estoy comprometido en una lucha por cambiar las cosas».

JEAN-MARC ELA

Está exiliado en Canadá, tras recibir amenazas de muerte en Camerún por denunciar las tramas mafiosas y secretas que cometen toda clase de atropellos, incluido el asesinato. Es autor de varios libros, entre los que destacan *El grito del hombre africano*; *He aquí el tiempo de los herederos*; *Iglesias de África y voces nuevas*, en colaboración con René Luneau; *El África de los poblados*; *Fe y liberación en África*.

Así resumía en Madrid, en 1996, el papel de las Iglesias africanas en este momento histórico: «El problema de la misión en el África de hoy es comprender que África ni siquiera es parte del Tercer Mundo. África ha sido expulsada del mundo. Esta es nuestra situación. Ahora, si el cristianismo no es una gran justificación (una gran falsificación) la vida que África pueda aportar a la Iglesia es recordarle la actualidad de la misión de Jesucristo vivo. Recordarle a la Iglesia que ella es la comunidad que recuerda, que hace memoria del crucificado.

La gran tentación de la Iglesia es encerrarse, apagando la gran voz del Evangelio. Un Evangelio que libera al hombre de todas las servidumbres. Me parece que para evitar esta tentación, la Iglesia necesita reencontrar de nuevo la fidelidad a Aquel que le envía hoy a anunciar, redescubriendo todas las dimensiones de la salvación. Recordando que Dios no salva al hombre fuera de su historia, comprendiendo que, por el contrario, la cuestión de Dios es inseparable de la cuestión sobre el hombre.

Existe un serio conflicto entre el Evangelio de Jesucristo y el sistema del neoliberalismo internacional. Para mí este sistema neoliberal reproduce la muerte de Abel, porque se apoya en la violencia, en la violencia del dinero. Contra este sistema la Iglesia debe organizar una resistencia, debe encontrar la capacidad de movilización del Evangelio. Sabemos que el sistema es poderoso, pero también el Evangelio tiene un germen poderoso, en donde late que la esperanza puede a la muerte.

También los gobiernos africanos se apoyan en formas de violencia, de explotación, y despojan al hombre de su derecho a la vida. Son gobiernos dirigidos por malhechores, por criminales, que arrebatan la vida. Esta es la criminalización del estado en África. Estas situaciones son profundamente incompatibles con el Evangelio de Jesucristo.

La Iglesia en África para hoy y para mañana se va a juzgar probablemente fuera de nuestros templos. Para comprender esto hace falta releer la Biblia. Y ver en qué sentido la Iglesia hoy es una Iglesia de profetas, dispuesta a construir el Reino de Dios».

EFOE-JULIEN PENOUKOU

Ha sido decano de la Facultad de Teología del Instituto Católico del África Occidental, con sede en Abiyán (Costa de Marfil) y colabora en varias revistas católicas africanas. Ha escrito varios libros, entre ellos *Iglesias de África, propuestas para le futuro*. Perspicaz y gran divulgador, es abanderado de la teología del compromiso, más próxima a la teología de la liberación que a la teología de la inculturación.

Para Penoukou, «el desequilibrio en los intercambios comerciales y el deterioro de la moneda africana, consecuencia del pernicioso sistema económico impuesto por los países del Norte, nos están llevando a situaciones apocalípticas. No nos «salvará» tampoco su ayuda económica y técnica, porque ellos se preocupan de justificarse a sí mismos y de conservar o crear mercados para sus productos.

¿Y cómo no evocar la mala administración y las malas políticas sociales y económicas de nuestros dirigentes, el despilfarro del dinero en realizaciones inútiles, la corrupción y el mal uso de los fondos públicos, la aparición de burguesías locales intocables, que se dedican a acumular escandalosamente riquezas a costa del pueblo? Todo esto engendra injusticias y desigualdades que, a su vez, originan la miseria material y moral en el seno de nuestros países africanos.

Este sistema de egoísmos y de injusticias institucionalizadas, que permite que una minoría de privilegiados obligue a numerosísimos seres humanos a vivir en condiciones de esclavos, interpela la conciencia cristiana del africano. El compromiso por el desarrollo integral del hombre y de la sociedad en nuestros países africanos es una exigencia de la fe. «El combate por la justicia y la transformación del mundo—decían los obispos en el Sínodo de 1971—son una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio».

El futuro del hombre y de los pueblos africanos no puede asegurarse por lo que, desde dentro o desde fuera, desnaturaliza y mutila los valores y las razones de vivir del africano. Tampoco puede ser garantizado por unos modelos de desarrollo o unas opciones de sociedad que ignoran nuestra identidad cultural e intentan conferirnos nuestra naturaleza desde fuera. Por eso, la imitación e intromisión de los proyectos de civilización del llamado mundo desarrollado sólo puede conducirnos a un falso desarrollo, a la tragedia del sentido perdido.

Un modelo de desarrollo basado en la explotación del hombre, y que aprecie el dinero por encima de todo, no corresponde a los valores humanos de las culturas africanas. Incluso se opone a su pretensión de modelo único y universal. El plan de «salvación» que Occidente ha establecido ge-

nerosamente para nuestra «felicidad económica» es absurdo. Llevamos muchos años de intercambio comercial, ayuda financiera, imperialismo monetario, traspaso de tecnología, planificación a corto, medio y largo plazo, etc., y no ha cesado de ensancharse el abismo entre el Norte y el Sur, de empeorar nuestra economía, disminuir nuestros productos agrícolas y aumentar nuestras deudas externas. El sistema de desarrollo de los países del Norte que, en definitiva, origina el subdesarrollo del hombre del Sur, no puede ser indiferente a la práctica de la fe en África.

La teología del compromiso interroga e interpela a la Iglesia en el ejercicio de sus funciones sociales. Es cierto que las Iglesias africanas muestran desde hace varios años un interés renovado por las actividades de desarrollo y una evolución sensible en favor de la numerosa clase campesina y sus dificultades. Tendrán que hacer algo más que administrar unos capitales caritativos que agravan su dependencia y aceleran el subdesarrollo; y deberán estudiar cómo asumir la formación de las masas, especialmente esa formación que compromete en un proceso en el que se va asumiendo una responsabilidad autónoma.

Las Iglesias africanas deben examinar cómo transmiten y cómo viven la promesa evangélica de justicia universal, y deben preguntarse si son verdaderamente fieles a la cruz desconcertante y liberadora, aunque provoquen con ello la revisión y quizá el hundimiento de estructuras y de situaciones conflictivas e inhumanas.»

Sirvan como corolario estas palabras pronunciadas por el jesuita camerunés, P. Engelbert Mveng, durante la celebración en Oaxaca (México) de la II Asamblea General de la Asociación Ecueménica de Teólogos del Tercer Mundo (7-11 de diciembre de 1986): «La Iglesia africana está íntimamente ligada al futuro del continente, que está a punto de hundirse. Si África se hunde, la Iglesia se hunde con ella... Para las Iglesias de África el anuncio de la liberación, de la Buena Nueva a los pobres, los débiles y oprimidos es la prioridad de las prioridades».

BIBLIOGRAFÍA

- BAUR, John: *2.000 años de cristianismo en África*. Mundo Negro, Madrid 1996.
ELA, Jean-Marc: *Fe y liberación en África*. Mundo Negro, Madrid 1986.
— *Le cri de l'homme africain*, Harmattan, París 1990.
JUAN PABLO II: *Ecclesia in Africa*, 1995.
LUNEAU, René: *Paroles et silences du Synode Africain (1989-1995)*. Karthala, París 1997.

MBITI, John: *Entre Dios y el tiempo (Religiones tradicionales africanas)*. Mundo Negro, Madrid 1991.

MULAGO, Vincent: *Simbolismo religioso africano*. BAC, Madrid 1979.

PENOUKOU, Efoe-Julien: *Iglesias de África. Propuestas para el futuro*. Mundo Negro, Madrid 1986.

Entrevistas, artículos y declaraciones de José Mpundu, Engelbert Mveng y Jean-Marc Ela.

La unidad africana y la O.U.A.

JOSÉ LUIS CORTÉS LÓPEZ
Universidad de Salamanca

En la Conferencia inaugural de la O.U.A. el Dr. N'Krumah insistía sobre la necesidad de unirse: "Debemos unirnos o perecer" y daba como razón fundamental la oposición tenaz que había que oponer al neocolonialismo. Antes había escrito en una de sus obras fundamentales: "La supervivencia de África libre, el progreso de su independencia y el avance hacia un futuro radiante al que tiendan nuestras esperanzas y nuestros esfuerzos dependen de la unidad política... Tal es el desafío que el destino ha lanzado a los dirigentes de África. A nosotros nos toca coger esta ocasión magnífica y probar que el genio del pueblo africano puede trinar de las tendencias separatistas para transformarse en una nación soberana, constituyendo para la gloria más grande de la posteridad los Estados Unidos de África" (*África debe unirse*). N'Krumah estaba enraizado en la corriente panafricanista y moldeado en su espíritu reivindicativo.

I. HACIA LA UNIDAD AFRICANA

1. La fuerza del Panafricanismo

El *Panafricanismo* se gestó como doctrina política fuera de África, pero algunas de sus raíces reivindicativas las podemos encontrar en el continente a finales del siglo pasado. P. Booth, misionero en Nyassaland (actual Malawi), escribió en 1895 una obra con el sugerente título *África para los Africanos* en la que pedía para éstos el goce y la posesión del patrimonio y

riquezas africanos: "El africano sólo es inferior en un punto: no tiene el sentido de la oportunidad".

Siguiendo esta línea reivindicativa el africano **J. Chilembwe** fundó la *Unión Cristiana Africana* en uno de cuyos estatutos se podía leer: "Los africanos deben unirse y trabajar para su propia salvación política, económica y espiritual..." En el programa se habla de: "Modelar y guiar el trabajo de millones de africanos para encaminarlos hacia la explotación de los recursos dados por Dios a África, hacia la elevación del nivel de vida y del bienestar del pueblo antes que favorecer el enriquecimiento de un pequeño número de europeos ya de por sí enriquecidos..."

Sin embargo, fue en América donde empezó a germinar el *Panafricanismo* que, al principio, se confundió con la "cuestión negra" tan relevante en Estados Unidos. **S. Williams** logró reunir una pequeña conferencia en Londres en 1900 para protestar contra el acaparamiento de las tierras africanas por parte de los europeos. Los ecos de las protestas llegaron hasta la Reina que, a través de su Primer Ministro, mostró su interés y "cuidado para no perder de vista los intereses y el bienestar de las razas indígenas".

Con **Du Bois** se da un salto cualitativo y la doctrina panafricana se dota de una base jurídica sobre la que fundamentar las reivindicaciones pertinentes. En 1906 creó el *Movimiento Niágara* en cuyo manifiesto se recogía el deber a exigir "cada derecho político, civil, social... que pertenece a todo americano nacido libre y no cesaremos de protestar y de atronar los oídos de los americanos hasta que hayamos obtenido todos estos derechos". Dos años más tarde este movimiento fue sustituido por *La Asociación Nacional para el Progreso del Pueblo de Color* mucho más radical y resolutivo.

Marcus Garvey revistió el *Panafricanismo* de un carácter mesiánico, visionario y pintoresco con la propagación del "retorno a África" como solución a los males africanos. A pesar de lo anecdótico de la propuesta y de haberse creado alrededor de la misma toda una infraestructura para llevarla a cabo, tuvo Garvey el mérito de introducir en los negros americanos la conciencia de su origen. **Price Mars**, otro militante del negrismo, vio en la corriente panafricanista un simple movimiento estético y trabajó por divulgar la riqueza cultural del mundo negro.

Todas estas interpretaciones crearon una corriente de opinión estable que cristalizó en la celebración de Congresos los cuales mantuvieron viva la conciencia panafricana durante la primera mitad del siglo XX. Se realizaron en Europa y esta circunstancia ayudó a romper el americanocentrismo existente hasta entonces y, como quiera que todas las resoluciones aprobadas se referían a las gentes de África, el movimiento adquirió su esencia panafricanista orientada a la recuperación de este continente sometido entonces a

los diversos regímenes coloniales. Todos los Congresos insistirán de forma reiterativa en el derecho de los africanos a disponer de ellos mismos.

En el Primero (París, 1919) se envió una nota a la Sociedad de Naciones para que las colonias alemanas se pusieran bajo control internacional y que se reconocieran a los negros los mismos derechos que a los blancos. En el Segundo (Londres y Bruselas, 1921) se presentó a la Comisión de Mandatos un manifiesto insistiendo en la igualdad absoluta de todas las razas. En el Tercero (Londres y Lisboa 1923) se aprobó una resolución general en la que se incluía esta exigencia: "Pedimos al mundo entero que el pueblo negro sea tratado como son tratados todos los otros hombres. No encontramos otros caminos para alcanzar la paz y el progreso". En el Cuarto (Nueva York, 1927) se volvía a reiterar el derecho de los africanos a ser oídos por los gobiernos externos que regían sus destinos y reclamaban para ellos la posesión de sus tierras y de sus recursos y el acceso a la enseñanza y a otras prestaciones sociales. En el Quinto (Manchester, 1945) de nuevo se dirigían los congresistas a las potencias colonizadoras para pedir, en un tono más moralizador que amenazante, el reconocimiento de todos los derechos de los africanos.

En definitiva, África pasó a ser la depositaria de la idea panafricana que se transformó en una reivindicación válida frente a su doble humillación histórica: el *destierro*, encarnado de forma inapelable en la trata de esclavos, y la *desposesión* material y cultural llevada a efecto por la colonización. Para luchar contra ambas lacras se abrió un doble camino:

- Reconquistar la identidad de la personalidad africana restableciendo y potenciando las fuentes culturales. En esta dirección se movió la teoría de la *Negritud* desarrollada principalmente por **Senghor**.
- Dotar de contenido político la actuación de los africanos una vez conseguida la autonomía. Para esto no cabría otro camino que la conquista de la unidad mediante la cual África podría hacer frente, de manera más contundente, a cualquier contingencia externa.

Se volvía, así, a la pretensión de **Garvey** que, además de pedir el "retorno a África", postulaba un "África para los africanos" y a la que **Padmore** dio un contenido político: "Conseguir el gobierno de los africanos para los africanos". Resumiendo, se pasó de un *Pan-negrismo* teórico y universal, surgido de la "cuestión negra" norteamericana, a un *Pan-africanismo* práctico con base geográfica propia y contenidos determinados que son los que se quieren desarrollar y los que favorecerán la llegada de la independencia continental.

2. Las grandes líneas del Panafricanismo

Se pretende un desarrollo político de lo que sería un "África para los africanos" incorporando elementos que se aprobaron en la *Conferencia de Bandoeng* (abril de 1955) por los países recién liberados del yugo colonial. Entre las grandes líneas que se aceptaron en esta Conferencia y que luego entraron a formar parte de la ideología panafricana tenemos: la cooperación económica y cultural que englobaría la ayuda material a los países en desarrollo y la difusión de sus riquezas culturales como valores de la civilización universal; la condena del colonialismo en su doble vertiente de reconocimiento de los derechos del hombre y del derecho a la autodeterminación de los pueblos y, como una consecuencia del mismo, los problemas estructurales surgidos en los primeros momentos de las independencias; promoción de la paz y de la cooperación mundial facilitando el desarme y, finalmente, la coexistencia pacífica entre todos los pueblos de la tierra.

Los grandes principios panafricanistas, alimentados con esta nueva fuente de regeneración política, quedaron así concretados y asumidos por los diversos dirigentes:

- Liberación completa de todo el continente poniendo fin a la ocupación colonial.
- Creación de los "Estados Unidos de África" sustituyendo el tribalismo por un proyecto nacional panafricano que evitara cualquier tipo de centrifugismo.
- Búsqueda de una personalidad africana recuperando los valores culturales anulados por el colonialismo.
- Desarrollo económico evitando en todo momento la explotación del hombre por el hombre.
- Alianza y cooperación con todos los pueblos de color de cualquier parte del mundo.
- Neutralismo positivo frente a los dos bloques políticos existentes en aquellos tiempos: el occidental-liberal y el socialista.

Todos estos contenidos estaban encaminados a conseguir la *Unidad* de todo el continente que era la verdadera espina dorsal de todas las reivindicaciones y el resumen de todas las aspiraciones políticas.

3. Caminos para conseguir estos objetivos

Los líderes intensificaron su actividad política promoviendo Conferencias, creando Partidos, politizando los Sindicatos y llegando, incluso, a hacer intentos de Agrupaciones concretas para abrir caminos en esta dirección.

1. Hubo tres Conferencias entre 1958 y 1960 que reunieron a los *Estados Africanos Independientes* para "aunar lazos más estrechos de amistad, fraternidad, cooperación y solidaridad" (N'Krumah). En la *Primera* (Accra, 1958) se aprobó un proyecto de cooperación política, económica y cultural en busca de una "unión fundamental". "África para los africanos quiere decir simplemente que los africanos se gobiernen y deban gobernarse ellos mismos en sus propios países"

En la *Segunda* (Monrovia, 1958) se abrió la brecha entre *moderados* y *progresistas* llegándose a resoluciones de tipo genérico y en la *Tercera* (Addis Abeba, 1960) se rechazó el proyecto de una "unidad política" de los estados independientes, pero se aceptaron acuerdos generales: ayuda a los Movimientos de Liberación, condena del racismo, boicot a África del Sur, etc.

2. Otras tres Conferencias reagruparon a los *Pueblos Africanos*: países que aún eran colonias pero cuyos líderes se alineaban en las tesis de N'Krumah. Según éste el fin no era otro que "desarrollar un sentimiento de solidaridad panafricana que debe favorecer la creación futura de los Estados Unidos de África".

En la *Primera* (Accra, 1958) se condenó el colonialismo-imperialismo, se aceptó la resistencia pacífica como método de lucha y se pidió para África la aplicación de los derechos humanos proclamados por la ONU. En la *Segunda* (Túnez, 1960) se rechazó la "Comunidad Francesa" como una fórmula imperialista y en la *Tercera* (El Cairo, 1961) se radicalizaron las posturas y se propuso la lucha armada como forma de liberación continental.

3. Los *Partidos Políticos* de ámbito supracolonial formados antes de la independencia se constituyeron siguiendo los dictámenes panafricanistas. Los tres más sobresalientes fueron:

— El *Reagrupamiento Democrático Africano* (R.D.A.) creado en África occidental en las colonias francesas. En el célebre Congreso de Bamako se delineó su finalidad: "La emancipación de los diversos países africanos del yugo colonial mediante la afirmación de su personalidad política, eco-

nómica, social y cultural; la adhesión libremente consentida de una unión de naciones y de pueblos fundada en la igualdad de derechos y deberes”.

— En la misma área geográfica, los que no se adhirieron al partido anterior formaron otras asociaciones políticas que desembocaron en la *Convención Africana*. Aceptaron también las propuestas africanistas propugnando la construcción de una comunidad africana, pidiendo a Francia una conferencia multinacional de pueblos y expresando claramente su deseo de luchar “por un África unida desde El Cairo hasta Joannesburgo”.

— En la parte oriental africana otras formaciones de diversa índole se consolidaron formando el *Movimiento Panafricano de Liberación de África del Este, Central y del Sur* (PAFMECSA) cuyo objetivo era “unir a los pueblos de África oriental, central y del sur a fin de liberar estos países del imperialismo, de la supremacía blanca, de la explotación y de la degradación social, por la intensificación de las actividades nacionalistas hasta la autodeterminación y el establecimiento de gobiernos democráticos que aseguren el bienestar social y económico de estos pueblos”. Sus estatutos preveían la “promoción de la unidad del continente por etapas y basada en proyectos suficientemente elaborados”.

4. El *Movimiento Sindical* preindependiente estuvo también tocado por la corriente panafricanista:

— En enero de 1959 nació la *Unión Panafricana de los Trabajadores Creyentes*.

— En noviembre de ese año se creaba la *Unión Sindical Panafricana* en cuyo comunicado final se hablaba del “papel histórico devuelto a la clase obrera en la marcha del continente hacia la liberación y la Unidad”.

5. Los “Padres de la Patria” por su oportunismo o protagonismo intentaron uniones o programaron federaciones de escasa incidencia en la práctica:

— *Unión Guinea-Ghana*: Noviembre de 1958: “La República de Guinea sostiene sin reservas toda política que tienda a la creación de los Estados Unidos de África... Puede concluir con todo estado africano acuerdos de asociación o de comunidad que comprendan el abandono total o parcial de la soberanía con vistas a la realización de la Unidad Africana.”

Con la prevista incorporación de Malí en abril de 1961, los tres líderes firmaron la *Carta de la Unión de los Estados Africanos* con estas ideas principales: defensa común, descolonización, cooperación diplomática, económica, cultural y de investigación.

— *Federación de Malí*: Compuesta por Senegal y Malí al principio a los que se unirían después Burkina Faso y Benín. No duró ni un año.

— *Unión Sahel-Benín*: Costa de Marfil y Burkina Faso. Costa de Marfil “acepta crear con todos los estados de la Comunidad una organización intergubernamental de coordinación” (Art. 64 de la Constitución marfileña).

— *Estados Unidos de África Latina*: Congo, República Centroafricana, Chad, Gabón, Camerún, Rwanda y Burundi. No se llegaron a dar ni los primeros pasos.

— *Unión de Benín*: Togo, Níger y Benín. No salió del mero proyecto.

4. Fracaso de estas iniciativas

1. Conferencias de los Estados Independientes de África:

— *Segunda*: Hubo diferencias muy fuertes entre el grupo de los *Moderados* y el de los *Progresistas*.

— *Tercera*: No se aprobó el proyecto de “Comunidad de los Estados Independientes de África” y se abandonaron momentáneamente las aspiraciones de N’Krumah.

2. *Conferencias de los Pueblos Africanos*: La conquista de la independencia primaba sobre el concepto de unidad que debería imponerse después de conquistada aquella: “El problema no está en saber si queremos la independencia, sino cómo conquistarla”.

3. *Partidos Políticos y Acción Sindical* reducirán su actividad a los territorios geográficos respectivos perdiendo toda la fuerza de sus orígenes panafricanistas.

Algún dirigente se apresuró a “acomodarlos” a su ideario político y a servirse de ellos para su propaganda y promoción personales.

4. Ninguna *realización práctica* logró materializarse ni sobrevivir por algún tiempo. La que más duración tuvo fue la Federación de Malí y no llegó a un año.

Conclusión: África culminó la primera etapa del Panafricanismo sin haber encontrado cauces a su unidad política y estrenó la independencia dividida en dos *bloques* antagonistas que durante algún tiempo protagonizarán enfrentamientos de diversa consideración:

— *Grupo de Brazzaville*: Compuesto por la mayoría de las ex-colonias francesas, excepto Guinea y Malí, se formó en diciembre de 1960 y adquirió su configuración definitiva en la Conferencia de Monrovia de mayo de 1961 adhiriéndose algunos países francófonos.

Ideas principales: Cooperación económica, cultural y diplomática basada en la tolerancia y en la solidaridad, no-ingerencia, respeto a la integridad territorial, derecho a la libre asociación con cualquiera de los estados, igualdad de todos éstos, etc. O sea, su proyecto se orientaba a conseguir la realización de un "interafricanismo cooperativo".

— *Grupo de Casablanca*: Integrado por Ghana, Guinea, Malí y RAU principalmente. Se fundó en enero de 1961 cuando Mohamed V invitó a los Jefes de Estado de dichos países para discutir en la capital marroquí una "Carta Africana"

Se postulaba una unidad política y un anticolonialismo profundo que se recogía de esta forma en la dicha Carta: "Se trata de hacer triunfar las libertades de toda África, de realizar su unidad en el marco de la no-alineación y de la liquidación del imperialismo en todas sus formas".

A la diferencia ideológica había que añadir la diversidad política plasmada en una serie de *Gobiernos* distintos en su concepción jurídica y opuestos en no pocos casos en su forma de concebir la realidad africana:

- 8 Gobiernos democráticos de coalición que permiten partidos de forma restringida.
- 8 Gobiernos de partido único.
- 5 Gobiernos con partidos dominantes, pero permiten la oposición.
- 1 Gobierno militar.
- 2 Democracias parlamentarias
- 3 Monarquías

II. NACIMIENTO DE LA O.U.A.

Tanto los miembros del Grupo de Casablanca como los de Brazzaville pedían una definición política del continente y terminar de una vez por todas con el cruce continuo de acusaciones. Se quería, en definitiva, aunar pareceres y esfuerzos para consensuar una *Carta Fundamental* en la que se definiera nítidamente la personalidad africana y se configurara un marco político para todo el continente. En mayo de 1963 se reunieron todos los "Padres de la Patria" en Addis Abeba y se pusieron a discutir sobre esos puntos.

El emperador Haile Selassie había apremiado a los asistentes a que se hiciera todo lo posible para sacar adelante un compromiso que uniera voluntades: "Esta Conferencia no puede terminarse sin la adopción de una *carta africana* única. Si en esto no logramos tomar nuestras responsabilidades habremos faltado a nuestras obligaciones con África y con nuestro pueblo... Si lo logramos, nuestro encuentro habrá estado plenamente justificado..."

Y comenzaron los debates que se centraron, lógicamente, en lo que dividía a ambos bloques: el contenido que había que dar a la unidad. Los defensores de la *unidad política* eran los representantes del Grupo de Casablanca que, además, manifestaban una cierta tendencia hacia el Socialismo y al bloque que defendía este sistema como marco para el desarrollo político.

N'Krumah era el partidario más destacado: "La necesidad de unidad es demasiado urgente para permitir una preparación gradual por etapas... Entiendo por ello un gobierno continental africano, una unidad continental que desarrolle en todos los africanos el sentimiento de pertenencia a una misma comunidad..."

Nyerere fue el otro pilar: "En la lucha contra el colonialismo la unidad fundamental de los pueblos africanos se ha revelado evidente y profundamente consciente. Sin embargo, es una unidad forjada en la adversidad, en el transcurso de la batalla contra un gobierno extranjero. Si debemos obtener un triunfo del mismo orden sobre las fuerzas del neoimperialismo, así como sobre el pauperismo, la ignorancia y la enfermedad, nuestro deber es, entonces, mantener y reforzar esta unidad..."

Pero la mayoría de los asistentes eran defensores de la *unidad moral* tal como se recogía en el proyecto del Grupo de Brazzaville, es decir, una unidad de forma y no de fondo, como podemos ver en las intervenciones de sus representantes más cualificados entonces:

Ahidjo (Camerún): Declara a este respecto que "toda forma institucional rígida nos parece ahora prematura" y en lugar de una unidad política propone "una cooperación progresiva y estrecha, lenta pero eficaz..."

Burguiba (Túnez): Es de la misma opinión que el anterior: "Hagamos juntos el aprendizaje de la unidad... Los sentimientos regionales pueden jugar un papel importante en el desarrollo de África... Es más fácil a países agrupados en el seno de un conjunto armonizar en el marco de un programa común sus políticas económicas y sociales".

Tsiranana (Madagascar): Prefiere empezar por agrupaciones regionales para marchar hacia la unidad total: "Un regionalismo inteligente y amplio nos ayudará. Ya hemos podido constatar en África políticas económicas concertadas... y se ha podido constatar que estos entendimientos han obtenido ya excelentes resultados..."

Balewa (Nigeria): “La unidad económica parece constituir el mejor acercamiento posible a la unidad política”.

Senghor (Senegal): Pide prudencia y una unidad conseguida por pequeños pasos: “Seremos prudentes avanzando paso a paso y por etapas. Querer de un golpe construir una federación o solamente una confederación con Parlamento y mando militar únicos... es prepararnos a un fracaso que nos dolerá en un breve plazo”.

Tombalbaye (Chad): Expresa la opinión de muchos dirigentes africanos, temiendo que la aceptación de una unidad continental lleve al mismo tiempo al sometimiento a un liderazgo determinado: “No es conveniente pensar en una organización cuyo liderazgo caería en una personalidad o en un país.”

Selassie (Etiopía): Como anfitrión de todos quiere contentar a las dos posturas, pero se alinea con los moderados: “A pesar de que el futuro político de este continente reside... en una unión política... los obstáculos que hay que superar hasta llegar a ella son numerosos y difíciles... Por consiguiente un período de transición es inevitable...”

Otros puntos importantes que se debían incluir en dicha Carta y su forma de interpretarlos eran:

- Afirmación de África en la vida internacional.
- Reconocimiento de la personalidad africana y desarraigo de las estructuras coloniales.
- Neutralismo positivo frente a los dos bloques internacionales y a la situación permanente de “guerra fría”.

En este apartado tanto unos como otros estaban plenamente de acuerdo en suscribirlos, pero estos conceptos eran interpretados de diferente forma según los grupos porque:

- Los *Moderados* se asociaban a las tesis políticas occidentales y a una economía de tendencia liberal.
- Los *Progresistas* eran receptivos a las propuestas emanadas del socialismo internacional.

Del *neutralismo* se dieron varias versiones todas ellas propuestas desde el campo progresista:

Keita (Malí): “Esta política no debe confundirse con el equilibrio, con una noción que oscila escapando a toda posición de principio y alineándose ya sea sobre uno u otro de los dos bloques según las circunstancias. Exami-

naremos los problemas internacionales a la luz de nuestros intereses nacionales y de nuestros intereses africanos y, al mismo tiempo, a la luz de nuestro deseo de paz y de coexistencia pacífica con todos los países... Si nuestra política coincide entonces con la del Este o la del Oeste será únicamente por casualidad y no el resultado de un cálculo. Una tendencia equilibrista, una política de báscula lleva a un país a perder toda personalidad...”

Nyerere (Tanzania): “Las gentes nos observan ansiosamente para ver si queremos hacernos comunistas o demócratas occidentales... No tenemos que ser ni una cosa ni otra, sino que tenemos delante de nosotros la elección del Este y del Oeste y tenemos nuestras propias tradiciones para contribuir al tesoro común de los conocimientos humanos...”

El 23 de mayo se firmó la Carta que daba nacimiento a la *Organización para la Unidad Africana* (O.U.A.) dentro de un consenso entre ficticio y resignado en el que se impusieron las tesis del grupo moderado en lo que se refería a la unidad. En lo demás dejaron la iniciativa a los progresistas.

En el punto tercero se recogen los *principios* por los que se regirá la Organización y que proclaman con toda clarividencia el particularismo nacionalista sobre cualquier tipo de unión:

- Igualdad soberana de todos los Estados miembros.
- No ingerencia en los asuntos internos de los Estados.
- Respeto a la soberanía e integridad territorial de cada Estado y de su derecho inalienable a una existencia independiente.
- Arreglo pacífico de las diferencias por medio de negociaciones de mediación, de conciliación o de arbitraje.
- Condena sin reservas del asesinato político, así como de las actividades subversivas de los Estados vecinos o de cualquier otro Estado.
- Consagración sin reservas a la causa de la emancipación total de los territorios africanos aún no independientes.
- Afirmación de una política de no-alineación con respecto a todos los bloques.

Esto suponía, sin más, la consagración del África de las Nacionalidades, el reconocimiento de los particularismos y la derrota institucional de los supuestos panafricanistas.

III. DESARROLLO Y VIDA DE LA O.U.A.

Primera época: hasta el fracaso de 1982

Entre 1964 y 1971 asistimos a un período de aislamiento durante el cual la O.U.A. vive relegada en sí misma buscando cauces sobre los que desplegar su actividad y resolver problemas que, a veces, dependían del exterior. Sus comienzos se ven obstaculizados por los partidarios de la unidad política que aún pretendían imponerla en los primeros pasos de esta Organización:

— *Cumbre de El Cairo* (Julio, 1964): Los *Progresistas* siguen con la idea de implantar un gobierno continental y los *Moderados* se oponen: "La O.U.A. debe permanecer actualmente como una organización multinacional" (Apithy, Benín).

— *Cumbre de Accra* (Octubre, 1965): Se vuelve sobre el mismo tema aprovechando el lugar de la reunión. La gente acoge a los representantes africanos con pancartas donde se puede leer: "Un gobierno continental ahora".

Las tesis de N'Krumah se someten a votación y no obtienen los dos tercios de los votos requeridos; a partir de este momento asistimos al abandono oficial de los supuestos panafricanistas.

La desaparición de los dirigentes *progresistas* contribuyó también al debilitamiento de estos supuestos, como sucedió con N'Krumah, Nasser, Ben Bella, Ben Barka, Keita, etc.; otros, como Hassán y Turé, se deslizaron hacia posiciones más conservadoras.

La expansión del Golphismo y de la violencia militar (hasta 1972 se contabilizaron 30 golpes de estado) hundió al continente en una mediocridad política que se dobló con una regresión económica. Ambas circunstancias contribuyeron al anquilosamiento de las ideas regeneradoras y a la inoperancia de la acción política.

Quizás por todo esto desde muy pronto se percibió la *impotencia* de la Organización para resolver los conflictos africanos que cada día iban surgiendo en todos los puntos del continente. O bien se resolvían por intervenciones extrañas o por la fuerza de los hechos, pero no por su mediación. He aquí los ejemplos más importantes de aquella época:

— La *crisis congoleña* derivada de su independencia culminó con la secesión de Katanga y se puso fin a ella mediante la llamada y la intervención de los "cascos azules".

- La *crisis rhodesiana* se cerraba con la proclamación unilateral de independencia por parte del dirigente Jan Smith (11-XI-1965) que creaba un gobierno racista blanco. Sólo 9 de los 38 estados africanos rompieron relaciones con la metrópoli inglesa, cuando se había previsto una ruptura total.
- La *guerra de Biafra* (Nigeria) empezó en 1967 y terminó tres años más tarde con dos millones de muertos después de que varios estados africanos hubieran reconocido a la República de Biafra. Las diversas mediaciones de la OUA no tuvieron ningún efecto.
- La *crisis de Oriente Medio* puso en evidencia la falta de cooperación árabo-africana ya que Nasser sólo recibió de los negroafricanos "apoyo moral".
- Tampoco se arreglaron ciertos *conflictos fronterizos*: Marruecos-Argelia (Tinduf), Etiopía-Somalia (Ogaden), etc.

Hubo, sin embargo, **unanimidad** en los asuntos referentes a la liberación total del continente:

- Ataque institucional al *Apartheid* surafricano, aunque dirigentes como Boigny propugnaban el diálogo con Suráfrica.
- Ataque político a Portugal, Francia y España por la ocupación colonial de ciertos territorios y críticas a la OTAN porque el primer país, miembro de esta organización, utilizaba su material bélico para atacar a los movimientos de liberación de sus colonias.
- Apoyo material y moral al "Comité de Liberación" de la OUA que financiaba a los diversos movimientos operativos en países con ocupación colonial.

Y **olvidos** imperdonables ante el deterioro continuo en el que se hundía paulatinamente África:

— *Cuestión económica*: Ante el empobrecimiento rápido no se arribaron medidas correctoras. Únicamente se redactó una "Convención sobre prospección de la Naturaleza y recursos naturales" (Argel, 1968) y se creó una "Comisión para el estudio de las bases del desarrollo continental" (Addis Abeba, 1970).

— *Situación social*: Tampoco se preocuparon mucho los "Padres de la Patria" de abordar los temas sociales: condición jurídica de los ciudadanos, tribalismo, refugiados, escolarización, etc. Tan solo se llegó a un "Anteproyecto sobre convención de refugiados" (Addis Abeba, 1969).

Como conclusión a este período podemos afirmar que ante la falta de operatividad política de los dirigentes y ante el deterioro continuo que se apreciaba en el conjunto del continente, las cumbres anuales de la O.U.A. cayeron en una monotonía y en una rutina inoperante que llegaron a borrar los ideales primeros que fundamentaron su creación.

Cuando todo parecía desánimo y cansancio, la *Cumbre de Rabat* (Junio, 1972) rompió con esta tendencia decadente e inició un "nuevo espíritu" revitalizador. Se trató de dar una proyección internacional a la Organización y, sobre todo, se impulsó su acción liberadora a nivel continental al tiempo que se potenciaba una acción diplomática a escala mundial para quitar todo apoyo político a la ocupación colonial.

En concreto, se arbitraron medidas contra Inglaterra por su apoyo a la causa blanca de Rhodesia y contra Francia, España y Portugal por seguir manteniendo territorios coloniales. Se propuso romper relaciones diplomáticas con Portugal, condenar a los países que intervenían financieramente en la construcción de la presa de Cabora Bassa en Mozambique y urgir el cumplimiento del embargo contra Suráfrica por su política discriminatoria.

Este optimismo decayó muy pronto ante la nueva inoperancia mostrada por la Organización para arreglar crisis y enfrentamientos que seguían surgiendo en todo el territorio africano:

— *Rhodesia*: El "Plan angloamericano" que proponía un período de transición y la elaboración de una Constitución por parte de Inglaterra, fue anulado por la iniciativa de Smith que se entendió con los jefes moderados del interior y firmó con ellos el "Acuerdo interno", apartando a los participantes en la lucha armada. La solución llegó por caminos en los que la O.U.A. no intervino directamente sino por las presiones internacionales que obligaron a las autoridades rhodesianas a celebrar, a finales de 1977, la Conferencia de Lancaster House donde se abrió el camino que condujo a Zimbabwe...

— *Colonias Portuguesas*: Su independencia se debió a la "Revolución de los claveles" que estalló en Portugal en 1974. La guerra civil que siguió en Angola y Mozambique tampoco fue solucionada por la OUA.

— *Crisis angoleña*: Provocada por esta guerra civil después de la independencia no fue solucionada por la Cumbre Extraordinaria reunida en enero de 1976 en la que de forma monográfica se trató sobre la misma.

— *Crisis del Sahara*: División entre partidarios de Marruecos y del Polisario tras los "Acuerdos de Madrid" de 1975. La O.U.A., en principio, no admitió la autodeterminación saharauí.

— *Crisis del Chad*: Empezó en 1978 con la intervención del FROLINAT y luego se fue complicando con las intervenciones libias y una guerra civil larvada entre el norte y el sur. Las diferentes cumbres que trataron el tema no consiguieron solucionar el conflicto.

— *Crisis de Eritrea*: En 1950 la ONU propuso una federación de este país con Etiopía. En 1962 el emperador Selassie anexionó este territorio y lo declaró provincia imperial. La guerra de liberación tanto bajo el régimen imperial de Selassie como con el régimen comunista de Mengistu apenas si fue tenida en cuenta y esta guerra se soslayó frecuentemente en las reuniones anuales.

Junto a estos fracasos hubo *silencios* que también se contabilizaron como tales en el "debe" de esta Organización:

- Burundi: Genocidio hutu de 1972 con más de 300.000 víctimas.
- Zaire: Las intervenciones de los ex-gendarmes katangueses a partir de Angola los años 1977 y 1978 para derribar el régimen de Mobutu.

Pero también se hicieron intentos de querer marchar hacia otros derroteros socioeconómicos dejando a un lado las querellas puramente políticas cuyas discusiones llevaban más al enfrentamiento que a la concordia:

— En *economía*: Creación de comités, exposición de proyectos y ronda de negociaciones para poner remedio a una situación de pobreza creciente y reclamar una ayuda más convincente a los países desarrollados:

"Comité de expertos para elaborar un proyecto de cooperación técnica interafricana" (Rabat, 1972).

"Comité para negociaciones con la CEE para ayuda a África" (Adis Abeba, 1973)

"Declaración africana de cooperación, desarrollo e independencia económica" ante las consecuencias nefastas de la "crisis del petróleo".

Anteproyecto sobre "Mercado Común Africano" (Monrovia, 1979) con la aprobación de una "Declaración de compromiso para el desarrollo económico de África".

La iniciativa más importante fue la *Cumbre extraordinaria de Lagos* (abril de 1980) para abordar la situación económica africana y tratar de po-

ner los remedios adecuados. El Secretario general había declarado que "África estaba en peligro de muerte" y se adoptó un plan que tenía como líneas maestras para detener la decadencia africana: aumento del comercio intrafricano, autosuficiencia alimentaria, interconexión de las vías de comunicación, industrialización y explotación del caudal energético. Estas medidas propuestas se olvidaron muy pronto y casi ninguna se llevó a la práctica.

En cuanto a las *cuestiones sociales* se propuso la confección de una "Carta de derechos humanos en África".

Dentro de la propia *Organización* hubo voces que se levantaron pidiendo reformas estructurales para hacerla más operativa y eficiente. Omar Bongo (Gabón), presidente en funciones en 1978, declaraba: "Los dirigentes africanos deben tomar conciencia de la necesidad de tener una Organización fuerte continental. La OUA está perdiendo su credibilidad a causa de la actividad de ciertos jefes de Estado más cuidadosos del liderazgo que de la unidad africana... Yo soy el primero en reclamar la revisión de la carta de la OUA... Los redactores habían tenido en cuenta las diferencias existentes en 1963... Pero el resultado final es que las instancias funcionan en el equívoco... Ya es tiempo, pues, de revisar en los detalles el funcionamiento de las estructuras de la Organización..."

Durante este período se puso en evidencia la inexistente *cooperación árabo-africana* a raíz de la crisis provocada por la subida del precio del petróleo a principios de los años setenta. Los países negros iniciaron una decadencia de la que ya no se repondrán. Su desencanto los lleva a no defender las tesis árabes con el empuje que lo habían hecho anteriormente porque los productores de petróleo no tuvieron para nada en cuenta la tantas veces reclamada solidaridad entre ambos grupos.

Al final de esta etapa se va a llegar al colapso y al borde de la desaparición de la Organización al coincidir los asuntos del Chad y del Sahara en circunstancias complejas y que exponemos con toda brevedad:

— *Cumbre de Freetown* (Julio, 1980): La República Árabe Saharaui Democrática (RASD) es reconocida por la mitad más uno de los miembros, lo que provoca una tempestad política importante entre los partidarios de su reconocimiento y los de su rechazo. Para salvar la cumbre y la Organización se hacen presiones a la RASD para que se retire de ésta "temporal y voluntariamente".

— *Cumbre de Nairobi* (Junio, 1981): Tras muchas componendas y una intensa actividad diplomática internacional logró celebrarse aunque con muchas ausencias. La reunión fue de puro trámite y de escaso contenido político: demasiado tuvo con celebrarse.

— En 1982 la cumbre debía tener lugar en *Trípoli*, pero Gaddafi estaba implicado directamente en:

El *Sahara* sosteniendo a la RASD en contra de Marruecos y otros países amigos.

El *Chad* apoyando a la facción de Weddey en contra de Habré, el antiguo jefe del FROLINAT.

Estos conflictos llevaron a que por primera vez en la vida de la O.U.A. ésta *no celebrara su cumbre anual*.

Segunda época: del fracaso político a los asuntos socioeconómicos

1. Los primeros pasos

* El trauma de Trípoli fue difícil de olvidar y siguió planeando en las Conferencias siguientes:

— *Cumbre de Addis Abeba* (Junio, 1983): Como miembro de pleno derecho la RASD se presenta en la cumbre y recibe nuevas presiones por lo que vuelve a retirarse "voluntaria y temporalmente de la O.U.A.", con la promesa que le hacen de negociar un referéndum con Marruecos sobre la autodeterminación de su territorio: "La OUA exhorta a las partes en conflicto... a entrar en negociaciones directas para conseguir el alto el fuego tendente a crear las condiciones necesarias para un referéndum pacífico y justo con vistas a la autodeterminación del pueblo del Sahara occidental..." Al Comité encargado de estudiar este asunto le instó la OUA a que preparara dicha consulta "en los seis próximos meses".

— *Cumbre de Addis Abeba* (Noviembre, 1984): La RASD es finalmente admitida y Marruecos y Zaire se retiran de la Organización. Algunos presidentes, como Buhari (Nigeria) dicen que "no quieren oír hablar del Chad, ni del Sahara... y que la OUA debe ocuparse de otros problemas serios". Siguiendo estos deseos se soslayan conflictos como la guerra del Chad y otros mencionados anteriormente y los dirigentes se ponen rápidamente de acuerdo para enfrentarse a los problemas sociales y económicos que afectan a todo el continente:

- Sequía y hambre, creándose un "Fondo de urgencia para la lucha contra la sequía".

- Carta africana de los derechos del hombre: Se aceptó el texto propuesto que entró en vigor en 1986.
- Creaciones de Comités de Expertos para el estudio de proyectos que aporten soluciones a la integración económica. Uno de ellos fue el "Comité director permanente para el desarrollo económico.
- Remedios para cubrir los 43 millones de dólares de deuda acumulada en el funcionamiento de la Organización.

Mobutu trató de sustituir la O.U.A. por la *Liga de Estados Negros de África* (LENA) porque, según él,

- La cooperación árabo-negra ha sido un fracaso.
- Los problemas que han puesto en peligro la existencia de la O.U.A. han venido del mundo árabe: Sahara, Chad, Eritrea, Egipto, Sudán, etc.

2. Cambios operativos

Las *Cumbres de 1985 y 1986* versaron sobre temas económicos dejando a un lado los enfrentamientos políticos; sobre todo se abordaron la situación del continente y el crecimiento de la Deuda Externa.

En la *primera* se aprobó una "declaración sobre la situación económica de África" que se completó con una serie de "Recomendaciones sobre cuestiones económicas" para afrontar los compromisos externos. Las posturas de los asistentes tenían una triple dirección: Unos, encabezados por los representantes de Camerún y Costa de Marfil, se manifestaban partidarios de respetar las obligaciones contraídas; otros, como los de Angola, Mozambique y Santo Tomé, pedían su anulación pura y simple; finalmente, los que proponían una solución intermedia, como Burkina Faso, pedían la suspensión de estos compromisos por espacio de un año...

En la *segunda* se presentó un "Programa prioritario de enderezamiento económico de África 1989-1990" preparado por peritos africanos y expertos internacionales y se decidió por parte de todos "ajustar los planes nacionales de desarrollo" para armonizar las políticas regionales.

También se estudió la reforma administrativa de la O.U.A. para reducir gastos de funcionamiento ya que el 80 por 100 del presupuesto iba destinado al pago de personal. Se aprobó el cierre de varias oficinas en diversas ciudades. Volvió a reintegrarse el Zaire y se condenó el ataque aéreo norteamericano a la ciudad de Trípoli en represalias, según información

oficial de Wasington, por la ayuda prestada por Gadafi al terrorismo internacional.

Donde con más nitidez se percibió el cambio de dirección en la orientación de la OUA fue en la *Cumbre de 1987* en la que, de forma monográfica, se estudió el gran problema de la Deuda Externa que paralizaba cualquier intento de desarrollo tanto a nivel general como regional y particular:

- El montante alcanzaba los 200.000 millones de dólares (22,6 billones de pesetas).
- El servicio de la misma llegaba a los 24.000 millones anuales de dólares.

Algunos participantes manifestaron la opinión de que África no debía pagar la deuda: Históricamente el continente ya había saldado la misma de forma suficiente con lo que se sacó de África mediante la Trata de esclavos, la Colonización, el Neocolonialismo, etc.

No obstante, se adoptó un *Plan* para pagarla de forma escalonada y sin que constituyera un dique insalvable que impidiera las diversas iniciativas de desarrollo. Entre las consideraciones técnicas más importantes que se aconsejaron adoptar y sobre las que se fundamentaba el Plan estaban:

- Moratoria de 10 años.
- Escalonamiento de los pagos en un período de 50 años con un plazo de gracia de 10 años.
- No destinar al pago del servicio de esta deuda más del 20 por 100 de la entrada de divisas por concepto de exportaciones.
- Reducir las tasas a los intereses reales y conseguir que los préstamos se considerasen como cantidades para la "ayuda al desarrollo", siguiendo el ejemplo de ciertos países escandinavos que habían transformado los créditos al Tercer Mundo en dones. Se apuntó también la posibilidad de que parte de la deuda se abonara en moneda local.

Se avanzó mucho en la *cuestión social* ya que se aprobó el texto de la *Carta africana de los derechos del hombre y de los pueblos* al ser admitido por los dos tercios de los asistentes, entrando en vigor.

Los conflictos políticos habituales: Apartheid, Sahara, Chad... no se tocaron en profundidad porque los diversos intentos de solución no dieron su fruto o acabaron en un duro fracaso.

3. La nueva orientación y los fantasmas del pasado

En el último decenio África se ha visto involucrada en una serie de *conflictos políticos* muy violentos ante los cuales se ha vuelto a manifestar, una vez más, su tradicional inoperatividad en esta clase de acontecimientos. Estas nuevas tragedias han venido a unirse a los problemas ya tradicionales y los dirigentes se han vuelto a ver desbordados por la virulencia de los mismos y por la falta de control y de autoridad de los responsables continentales:

— *Chad*: El "Comité ad hoc", creado en 1977, no logró reunir a las dos partes en conflicto en ningún momento. Siete años más tarde se rehizo este Comité y en la cumbre de 1988 se presentaba ante los asambleístas con las manos vacías porque ni siquiera había logrado juntar a los representantes para el comienzo de un diálogo. La OUA le "animó" a seguir en su empeño, pero en la conferencia de 1989 ya ni se tocó el tema.

— *Sahara*: Se delega en el Secretario general para que emprenda negociaciones sobre el famoso referéndum, ya que Marruecos sigue fuera de la Organización.

— Para los casos de *Somalia* ("invasión televisada" de Estados Unidos bajo el eufemístico lema de "devolver la esperanza" con el pretendido fin de acabar con la guerra civil), *Sudán* (guerra prolongada norte-sur) y *Liberia* (intervención de las fuerzas de África Occidental o ECOMOG) se nombraron Comités y Delegaciones que no consiguieron nada y las confrontaciones armadas siguen vigentes en la actualidad.

— En el conflicto *Senegal-Mauritania* que desencadenó represalias en ambos países, trató de solucionarse en la *Cumbre de Addis Abeba* (Junio, 1989) mediante el nombramiento de una Comisión para mediar entre las dos partes.

— La crisis de los *Grandes Lagos* que sigue afectando a varios países de la zona tuvo también su tratamiento en diferentes ocasiones sin que en ninguna de ellas se lograra parar las matanzas. Al contrario, la inestabilidad sigue siendo tan normal y las muertes tan habituales que todos los días hay que lamentar masacres y desplazamientos sin que a nadie parezca interesarle su solución.

- *Rwanda*: Se abordó sin mucha convicción en la *Cumbre de Túnez* (Junio, 1994) y se acabó, como casi siempre, creando una Comisión mediadora y de estudio que no ha servido para nada.

- *Burundi*: En la *Cumbre de Yaundé* (Julio, 1996) se trató de una intervención regional africana que, finalmente, no se pudo realizar. Esta intervención había sido propuesta el 25 de junio en Arusha durante una reunión de los Jefes de Estado de la región. Habiendo sido aprobada y exigiéndose el aval de la OUA para llevarla a la práctica, éste nunca llegó.
- *Zaire*: A la crisis se dedicó la *Cumbre Extraordinaria de Lomé* (Marzo, 1997) y, al cabo de dos días de discusiones, sólo se llegó a exigir a las partes "negociaciones inmediatas que conduzcan a un alto el fuego y a un total cese de los conflictos".

— La guerra civil en *Sierra Leona* se trató en la *Cumbre de Harare* (Junio, 1997) durante la cual se aprobó y se apoyó la intervención del ejército nigeriano, integrado en la ECOMOG, en favor del presidente elegido y derrocado y con la intención de aislar a los golpistas y al movimiento revolucionario R.U.F.

El sarcasmo y la paradoja estuvieron presentes esta vez en la intervención del Secretario general de la ONU, Kofi Annan, que felicitó públicamente a Kabila por haber hecho la transición en el Zaire "en un clima de relativa paz".

Todos estos conflictos, y otros de menor entidad, no han sido solucionados por la mediación de la O.U.A. por lo que se vuelve a generar una nueva sensación de impotencia, de inoperancia y de debilidad. Para esto se trató de crear un *Mecanismo de prevención, gestión y resolución de conflictos* (*Cumbre de El Cairo*: Junio, 1993) cuya formación aún no se ha llevado a la práctica. En la *Cumbre* del año siguiente la O.U.A. se esforzó en reafirmar su liderazgo.

Por el contrario, las intervenciones en el *terreno económico* encontraron un espacio cada vez más amplio en las reuniones anuales de la O.U.A.:

— *La Deuda Externa*: Se volvió a afrontar en la *Cumbre* de 1993; Alcanzaba en esos momentos los 288.000 millones de dólares.

— El proyecto de una *Comunidad Económica Africana* se firmó, después de varias iniciativas, en la *Cumbre de Abuja* (Junio, 1991). Quiere ser la base de un futuro Mercado Común Africano que aglutine a todas las organizaciones regionales. En la cumbre de 1989 se habían tomado las primeras disposiciones cuando se comisionó al Secretario general para que diera los primeros pasos en esta dirección e informara cada año sobre la situación de las gestiones.

También en estos últimos años fueron tomando interés los temas *ecológicos* que tradicionalmente habían sido muy olvidados en las políticas de todos los países africanos y en la situación general de todo el continente:

— En la *Cumbre de Addis Abeba* (mayo, 1988) se aprobó una resolución condenando a aquellos países que habían aceptado recibir *desechos tóxicos* contra sumas de dinero.

— En la del año siguiente, también celebrada en la capital etíope, se acordó declarar el año 1991 *año africano del medio ambiente*.

La *democratización* que en los últimos años había recorrido toda la geografía africana, tuvo en ciertos foros de la O.U.A. una forma de expresión y un modo de desarrollo muy estimulados por bastantes dirigentes. Sobre todo fue en la *Cumbre de Dakar* (1992) cuando se animó a todos los sistemas políticos africanos a comprometerse con esta forma de gobernar y, en la del año siguiente, el entonces Secretario general de la ONU, Boutros-Ghali, insistió en su discurso inaugural en la necesidad de democratizar las instancias políticas continentales.

IV. LA O.U.A., ENTRE EL MITO Y LA REALIDAD

Esta controvertida Organización ha sido cuestionada en varias ocasiones por su aparente ineficacia y su falta de decisión a la hora de afrontar los problemas más espinosos que se han desarrollado en el continente. Pero en su funcionamiento hay de todo:

— *Logros* incuestionables en terrenos parciales: conflictos fronterizos, arreglo de algún incidente armado, reducción de diferencias, etc.

Pero su éxito mayor ha sido conseguir la *descolonización* total del continente en un doble sentido:

- *Liberación* total de la ocupación europea.
- *Supresión* de políticas racistas como el "apartheid".

— Los *fracasos* aparecen siempre como más espectaculares que los éxitos, según se ha podido verificar a lo largo de esta exposición. Pero las razones que los explican son bastante convincentes:

- La mayoría de los conflictos a los que se enfrenta la Organización proceden de la época *colonial* y no tuvieron una solución adecuada en aquellos momentos y se han ido agravando con la llegada de las independencias.
- La O.U.A. no tiene un carácter *ejecutivo*, razón por la cual no puede hacer cumplir sus propias decisiones. Si alguna vez lo ha intentado (caso del Sahara) se ha consumado la ruptura y se ha estado al borde de la desaparición de esta Institución.
- La *Carta* fundacional, como hemos visto, consagra los particularismos y la no-ingerencia, que tienen prioridad sobre cuestiones de carácter más general. Aceptadas así las cosas difícilmente se puede encontrar una salida a problemas de tipo global.
- La *inestabilidad política* persistente y los cambios ideológicos constantes no han facilitado tampoco la marcha de la Organización ni que ésta pueda centrar su actuación en dar directrices válidas para el conjunto africano.
- Por otra parte, *repetir* siempre planteamientos semejantes, enfrentarse año tras año a los mismos conflictos y actuar siempre de la misma forma cansa y desgasta mucho, creándose un cierto hábito de aparente inutilidad.
- En un tiempo la Organización se convirtió en una especie de *Sindicato de los Jefes de Estado* que utilizaron esta tribuna como plataforma de sus intereses y de sus diferencias particulares, dejando a un lado los verdaderos problemas que afectaban a todo el continente. A esta circunstancia hay que achacar la inoperancia de ciertos períodos en los que sólo se oían discursos dominados por el enfrentamiento personal y por las situaciones ideológicas previamente aceptadas como dogmas incuestionables.
- Sin embargo, la principal contradicción de la O.U.A. consiste en haber sido creada como fuerza estabilizadora en un mundo que, como el africano, está siempre en un cambio continuo y en una tensión entre sus legados tradicionales y las imposiciones del exterior.

Todo esto, y otras muchas causas más, han llevado al desánimo incluso de los propios dirigentes africanos que, con frecuencia, han pedido cambios estructurales en el funcionamiento de la O.U.A. y han expresado su malestar por su forma de actuar:

“Nosotros somos solamente una formidable máquina para organizar Conferencias”
(Telli, primer Secretario General. Kinshasa, 1966)

“Lo más triste es que la O.U.A. se ha convertido en una organización puramente formal. No ha conseguido sus objetivos. Nos adherimos a ella porque es una obligación familiar... Ha fracasado porque no ha cumplido sus ideales que son la unidad, la cooperación, el desarrollo económico, los derechos humanos y otros loables objetivos. Treinta años después de su creación nuestro continente sigue padeciendo hambre”.

(Presidente de Eritrea al entrar a formar parte en dicha Organización en la Cumbre de 1993)

Pero la OUA debe seguir funcionando, entre dificultades y claroscuros, porque se quiera o no es la afirmación de todo un continente y lo que representa es la meta hacia la que se debe aspirar.

Dictaduras y conflictos sociales en los Estados africanos

FERRAN INIESTA
Universidad de Barcelona

RESUMEN

Más allá de los tópicos a los que suelen acostumbrarnos en muchos medios de difusión, esta exposición trata de describir los procesos del mundo subsahariano, analizando sus causas. Los límites del Estado poscolonial y los comportamientos sociales africanos ante la presión modernizadora serán aspectos básicos del texto, en los que se plantean algunos interrogantes sobre las perspectivas próximas de los países africanos.

1. EL ESTADO INDEPENDIENTE

En menos de una década, el continente africano ha pasado de una estrecha división entre Estados alineados políticamente con uno u otro de los bloques mundiales a una situación en la que sólo incide una orientación económica —la del FMI— y una concepción política, la democrático-parlamentaria. Si en los treinta primeros años de independencia pesaron con fuerza las estrategias poscoloniales de Francia y la URSS, con resultados más bien dudosos —Zaire y Etiopía sirven de ejemplos negativos— en la actual fase el proyecto política es de vía única. Cabe interrogarse, de todos modos, si hubo realmente dos modelos confrontados en el pasado reciente, pues los créditos financieros procedieron casi siempre del bloque del Oeste, mientras que los objetivos de todos los Estados —socializantes y liberalizantes— fueron los de una rápida modernización tecno-económica, con base desarrollista. Pero, aunque el discurso teórico fue de progreso, en los dos sectores alineados, la mayoría de nuevos Estados fueron escasamente interven-

cionistas en los procesos sociales y económicos, de tal manera que algunos autores no han vacilado en calificar a dichos gobiernos de inertes y neopatrimoniales. Asistimos desde 1994 a una recuperación de los índices productivos y financieros en casi todo el mundo subsahariano, que habían tocado peligrosamente fondo en 1990, aunque sea lícito cuestionar la continuidad de tales éxitos estadísticos una vez haya terminado la desestabilización general exigida por los organismos financieros mundiales.

2. LA SOCIEDAD NEGRO-AFRICANA

En los países negro-africanos parece cumplirse hasta la caricatura la teoría democrática de una bicefalia irreconciliable entre una sociedad civil, abandonada a sus fuerzas internas y un Estado superpuesto y capaz de cometer las peores barbaridades contra su población. No obstante, el concepto mismo de sociedad civil resulta de escasa aplicación en países en los que el pensamiento democrático —individualista y progresista— es inexistente fuera de reducidos círculos occidentalizados. Precisamente, han sido los Estados más inerciales y menos activos en forzar las transformaciones estructurales los que han gozado de mayor longevidad, y han podido reivindicar el relativo éxito de la estabilidad. Allí donde el Estado ha manifestado su vocación centralizadora y transformadora han estallado con virulencia conflictos religiosos, étnicos y económicos, pasándose de la milenaria diversidad en todos los aspectos a la crispación étnica, social y política. Incluso en los regímenes inoperantes o débilmente intervencionistas se han creado nuevos centros de poder —burocracias de Estado las llamaba Samir Amin— y en los más ricos en materias primas se han deprimido todas las áreas periféricas. Las sociedades negro-africanas no han cesado de levantar poderes alternativos, parciales o sectoriales, a unos poderes de Estado demasiado limitados y excesivamente alejados en sus proyectos de las dinámicas históricas de los pueblos: no se puede hablar de ilegitimidad de los nuevos Estados, pero sí de fragilidad extrema, paliada apenas por el escaso intervencionismo que los ha caracterizado. Cuando los regímenes desarrollistas, etnicistas o integristas han intentado imponer sus soluciones homogeneizadoras, las consecuencias han sido guerras de alta intensidad —Sudán, Etiopía, Ruanda, Angola, Chad, Mozambique— y fracturas profundas entre la mayoría social y los sectores amparados tras los resortes estatales.

3. EN LA FRONTERA DE OCCIDENTE

Desde hace ya más de cinco siglos, los observadores occidentales han situado a los africanos y su mundo entre los territorios de la curiosidad exótica y las impracticables regiones del tópico, de lugares comunes que luego resultan inhallables. Un siglo de colonización —menos, en muchos casos— no bastó para borrar los prejuicios anteriores, y cuando el movimiento hacia la independencia de Afroasia dio paso a las jóvenes generaciones occidentales opuestas a la colonización, el pensamiento occidental dio un vuelco espectacular, y las sociedades africanas fueron equiparadas a las del Norte o de cualquier otro punto del planeta: las teorías tercermundistas, de centro y periferia, señalaron que toda la responsabilidad se situaba fuera de África, que los Estados poscoloniales o eran revolucionarios o eran simples agentes del exterior y que nada justificaba un análisis distinto del Norte para estos países. Se ignoró así que las sociedades africanas son cosmocéntricas —y no antropocéntricas— y holistas —y no individualistas— para desplegar así el recetario desarrollista, el liberal o el socialista. Cuando actualmente, un investigador africano de envergadura como Mazrui plantea la necesidad de recolonizar África ante la imposibilidad manifiesta de que los propios africanos asuman la democracia (condición inexcusable de desarrollo), la gravedad del callejón sin salida al que se ha llegado se nos presenta sin paliativos. No se trata, una vez más, de la discutible dicotomía entre la buena sociedad civil y el mal Estado —tan extraño como un tumor— sino de la universalidad e ineluctabilidad del modelo moderno que Occidente propulsa en los últimos quinientos años, un modelo que en África hace aguas desde hace cuarenta años. Si el futuro continental será surafricano —siempre que el análisis de la RSA sea lineal, claro— o de otro(s) tipo(s), anda lejos de haberse dilucidado, por mucho que los expertos del FMI así lo hayan diagnosticado. La escasa pregnancia del propio Estado poscolonial puede servir de ejemplo para reflexionar.

Para un debate

CÓMO SERÁ ÁFRICA EN EL SIGLO XXI

I. Las hipótesis externas

1. El FMI y la teoría de las regiones útiles, como subcentros de desarrollo
2. El capital "flotante" y el despegue de enclaves privilegiados ("tigres" africanos)
3. Un continente siniestrado y núcleos extractivos bajo control internacional

II. Las hipótesis internas

1. La opción democrática
2. La vía autoritario-desarrollista
3. Clandestinidades neofaraónicas
4. Fuera de los límites modernos

EL SENTIDO DE UN BALANCE

Desde una óptica occidental, la situación política negro-africana destaca por sus anomalías: hambrunas, emigraciones masivas, guerras y dictaduras frecuentemente sangrientas son objeto de atención reiterada en los grandes medios de difusión escrita o audiovisual. Sería tarea vana tratar de negar esos hechos que los propagadores de sensacionalismos sirven asiduamente en nuestras mesas, sin producir ya la más leve indigestión. Podría hacerse un listado cronológico de desastres en el mundo subsahariano, y ello ayudaría a reforzar la sensación de aproximarse a un continente siniestrado, surgido de un inmemorial primitivismo y abocado a las peores desmesuras, miserias físicas y morales en el presente. Como se plantearon los ilustrados, cabría hoy la pregunta de si nos hallamos frente unas poblaciones directamente sacadas de un paradisíaco estado de naturaleza y lanzadas desconsideradamente al frenesí de las llamadas civilizaciones modernas.

La realidad, siempre compleja y de largo recorrido en el tiempo, apenas puede entreverse en las noticias que regularmente buscan acaparar la atención de ese monstruo de mil cabezas —exigente y manipulable— que es la

llamada opinión pública y su hija legítima, la recién nacida comunidad internacional. Por estas razones antepuestas, mi aportación a la reflexión no será tanto la cuantificación cronológica de traumas sociales y políticos en África, sino la de un esbozo de causas de corto y largo recorrido que ayude a entender los regímenes que han sido y los que son ahora en el África independiente, el significado de revueltas económicas y de otra índole, así como los obstáculos que impiden o destruyen los proyectos democráticos y de desarrollo. Aunque, como analista de la milenaria historia negro-africana, el autor está convencido de que los remedios que se avecinan tienen serias posibilidades de acabar con los males de los pueblos africanos mediante la simple supresión del enfermo, hará un esfuerzo de ecuanimidad tratando de explicar los procesos de crispación africana, de derrota —¿provisional?— moderna y de incertidumbre para futuros próximos.

Abordaremos, pues, aquellos rasgos más destacables del Estado independiente, de sus modelos de derecha e izquierda —aunque no responden a lo que se conoce en el Norte como tal— y su evolución en estas cuatro largas y duras décadas. Espacio primordial será el destinado a calibrar la discutida legitimidad de los nuevos Estados, y si ésta puede medirse con baremos de eficacia moderna o con otros de raigambre cultural africana. Y habrá que plantearse si puede hablarse en África de sociedad civil —separada cualitativamente del Estado— e incluso si aquel concepto revolucionario que franceses y norteamericanos difundieron doscientos años atrás se ajusta al menos a las culturas modernas de nuestro Norte. Etnia, religión, poder, riqueza, pero también violencia y miseria son aspectos de una compleja situación en que pasado y futuro perjeñan un presente de desajustes, desorientaciones y tenacidades ante el cual ni el Fondo Monetario aparece como profeta creíble. Por último, daremos una ojeada al conflicto entre sistemas de pensamiento que se han citado en África, en un marco mundial favorable a la alternativa moderna, pero un choque que sigue aún marcando las fronteras entre unas dinámicas africanas específicas y otras que ofrecen como solución la homologación del progreso y la democracia como la prevista por Mc.Luhan con su Poblado Tribal Planetario. De tan agitada realidad derivan los conflictos internos, las opciones parlamentarias y las prácticas autoritarias, según los casos ¿Quedaron atrás los más luctuosos estallidos sociales? El análisis histórico no permite un exceso de esperanza.

CUATRO DÉCADAS DE ESTADOS INDEPENDIENTES

Cuando en 1961, recién nacidas las primeras independencias africanas, una pluma occidental se alzó como sombría ave agorera con su célebre *África negra ha empezado mal* (Réné Dumont), la obra apareció excesiva y discordante en medio del cálido concierto de felicitaciones liberales y socialistas. Autores generalmente severos en sus críticas hablaron con simpatía de los grupos nacionalistas africanos y de sus posibilidades al frente de la nueva *África independiente* (Immanuel Wallerstein). La fuerza de los movimientos anticoloniales que llevaron al poder a dirigentes occidentalizados brillantes, y a veces incluso carismáticos, hizo prever a los analistas del Norte un pronto despegue de los países descolonizados, fuese por la vía del bloque liberal o por la del soviético. Quienes, aisladamente, tuvieron el coraje de anunciar la proximidad del lobo fueron, razonablemente, calificados de aguafiestas.

Sudán en 1956, Ghana en 1957 y Guinea Conakry en 1958 abrieron la marcha anticolonial de las independencias, precedidas por el movimiento no alineado de Bandung y seguidas por la cumbre fundacional de la Organización para la Unidad Africana en 1963, en torno al hábil Negus etíope, Haile Selassie. Pese a la derrota de los partidarios del unionismo panafricano, agrupados en torno a Kwame Nkrumah, el hecho de sentar en un mismo foro a los grupos favorables a las antiguas potencias europeas —los denominados moderados— y a los más dispuestos a una ruptura de vínculos con quienes fueron sus colonizadores —los llamados radicales— la creación de la OUA en Addis Abeba y el acuerdo de promover unitariamente la total descolonización del continente fueron un hecho nuevo en el panorama de la posguerra mundial.

Dirigentes forjados en la contestación colonial o en el autogobierno pactado, de fuertes personalidades y con amplias popularidades, alcanzaron eco en la prensa y en los organismos internacionales: junto a los panafricanistas radicales como Nkrumah, Modibo Keita, Patrice Lumumba o Sekou Touré, y a los moderados Namdi Azikiwe, Julius Nyerere, Kenneth Kaunda o Jomo Kenyatta, aparecían con prestigio propio los anticomunistas Félix Houphouët Boigny, Philibert Tsiranana o el polifacético Léopold Sédar Senghor. En el norte árabo-bereber, políticos con opciones innovadoras completaban el potencial del continente con Gamal Abdel Nasser, Habib Bourguiba y Mohamed V, nada homogéneos entre sí pero indudablemente notorios en el plano de los alineamientos internacionales. A ambos lados del Sahara, África se presentaba súbitamente bien pertrechada, al filo de las independencias, e incluso sus demarcaciones intestinas entre

radicales y moderados quedaban relativizadas por los esfuerzos conjuntos en la tarea descolonizadora de la OUA.

Las sociedades recientemente liberadas de la carga colonial, en los primeros años, dieron su apoyo confiado a quienes fueron sus compañeros de desventura en el pasado y luego el nuevo poder del Estado independiente. Fue en la primera década cuando las estadísticas señalaron una fiebre constructora de fábricas, embalses y unos aceptables índices exportadores de materias primas, antes del despegue de los precios de los productos manufacturados y la devaluación constante de la materia prima afroasiática y latinoamericana. Pero, antes inclusive de las angustias petroleras y financieras de los años setenta, las estadísticas fueron incapaces de detectar la suerte deparada a las industrializaciones y modernizaciones que tan buenas perspectivas parecían augurar: y es que las fábricas no funcionaron nunca o lo hicieron esporádicamente, que la productividad era baja y que el esfuerzo salarial y tributario que se siguió pidiendo a las poblaciones generó un rechazo silencioso y progresivo. A mediados de la década de los setenta, la desafección popular era manifiesta por doquier, ya fuese por causas económicas, ya por distinta manera de concebir la vida, y las más de veces por ambas razones.

Cuando entre 1966 y 1980 los militares multiplicaron sus cuartelazos contra regímenes de ideario panafricanista o simplemente liberal, la desilusión del grueso de clases sociales africanas era lo bastante fuerte para recibir espectadores y, en ocasiones, con alguna ilusión, a los centuriones y sus catecismos desarrollistas. Prevalcieron los militares ligados a las antiguas metrópolis, como quienes derrocaron a Nkrumah, Obote y Keita, pero los hubo también quienes como Kérékou en Dahomey-Benín, Ratsiraka en Madagascar y Ngouabi en Congo Brazzaville se alinearon con el bloque del Este o soviético, al menos en política internacional. Encuadrados por Este y Oeste en su pugna por la hegemonía intercontinental, los analistas de derechas e izquierdas prolongaron al unísono la convicción de que los Estados africanos y sus sucesivos gobernantes desplegaban políticas liberales o socialistas en conformidad con sus discursos y alineamientos mundiales. Pero la realidad usaba senderos menos miméticos.

Quienes todo lo explican por estrategias de bloques han descrito el mantenimiento de regímenes dictatoriales —persecución a opositores, prohibición de libre expresión y represalias feroces contra cualquier demostración de descontento— por las necesidades geoestratégicas de los Estados Unidos, la URSS y sus respectivos aliados. Por supuesto que ese factor jugó muchas veces, pero lo curioso y anómalo —al menos desde un enfoque modernizante— es que la mayoría de regímenes de uno y otro bando coincidían

en soluciones básicas. Los gobiernos llamados moderados o liberales casi nunca renunciaron a preservar buena parte de la estructura moderna colonial en manos del Estado, exactamente igual que los llamados radicales o antiimperialistas. Pero ambos grupos coincidieron asimismo en una escasa, cuando no nula, interferencia en los procesos productivos existentes, fuesen los de autosubsistencia y de mercados antiguos, fuesen los procesos de planificación heredados de la era colonial, algo verdaderamente insólito para Estados de corte moderno, más decididamente intervencionistas contra los espacios económicos (Gunnar Myrdal).

Más significativa era aún la dependencia en los años setenta y ochenta de todos los regímenes africanos de los organismos financieros capitalistas — bloque del Oeste— con casi plena independencia de cuál fuera el discurso político y el voto en OUA y ONU, hasta tal extremo que fue imposible ubicar a uno sólo de los regímenes proclamados marxistas en subordinación económica directa del campo soviético (Enric Lluch). El mayor potencial financiero del Oeste se puso siempre de relieve por los préstamos estatales y privados concedidos a regímenes verbalmente tan anticapitalistas como los de Guinea Conakry, Angola o la misma Etiopía de Mengistu Haile Mariam: las armas e instructores podían llegar de la URSS o Cuba, pero el dinero para sufragar deudas y proyectos de explotación podían proceder de Canadá, el FMI o los mismos Estados Unidos. En la misma línea se situaba la inversión privada occidental —con mayores trabas burocráticas en los regímenes de definición socialista— con una elevada repatriación de beneficios en todos los casos. El Estado independiente, cualquiera fuese su adscripción política, operaba regularmente como inercial en el plano interno y absorbente de préstamos en la esfera internacional.

La colonización había forzado a las poblaciones a producir masas ingentes de excedentes destinados en totalidad a la exportación y había coartado militarmente una constante trayectoria de levantamientos y sordos rechazos. Entre 1945 y 1960, estallidos con decenas de miles de víctimas puntuaron todo el continente con guerras como la *malgache*, la *camerunesa* o la *kenyata* del Mau-Mau, entre las más conocidas (Nazi Boni). Al día siguiente de las independencias, ni siquiera gobernantes impuestos a punta de bayoneta por los colonizadores en retirada (Ahidjo en Camerún o Tsiranana en Madagascar) osaron proseguir la política constrictiva de los colonizadores, ni en impuestos ni en represalias armadas.

Poco a poco, estos Estados perdieron recursos ante la ruina de quienes producían para exportar y el retraimiento de quienes buscaban un sistema de mercado más próximo al *suk* o bazar que al capitalismo introducido violentamente por la colonización. Liberados del control político-militar, muchos

sectores de las sociedades africanas se distanciaron del circuito de la economía de mercado, absolutamente extrovertida desde una percepción autóctona africana. Los golpes militares, los cambios de régimen incidieron más entre una minoría occidentalizada que en la cotidianidad de la mayoría: la represión, por lo general, fue brutal pero dirigida a los competidores potenciales en la lucha por el control del aparato del Estado moderno: antes de ser derrocado en Ghana, Nkrumah había llenado las cárceles de opositores reales y supuestos, y lo mismo hicieron en el campo aparentemente opuesto Traoré en Malí o Mobutu en el Congo-Zaire.

En realidad, nunca hubo dos modelos modernos de Estado en el África independiente, aunque sí aparecían como socialistas y liberales en los discursos teóricos y en los alineamientos diplomáticos. Es más, el modelo constatable en la práctica interna era uno sólo en múltiples versiones, y por ello unos autores han hablado de Estados neopatrimoniales (Jean François Médard) y otros han empleado la expresión de burguesías burocráticas de Estado (Samir Amin). Tal vez nos sea posible establecer una sensible distinción —rara vez señalada— entre Estados inerciales o escasamente intervencionistas en los procesos sociales y Estados crispados con tentativas discontinuas de modificar las dinámicas sociales: en ambos casos, el resultado ha sido escaso en cuanto a logros modernos, y las dos variantes lo son del modelo que hemos denominado neopatrimonial-burocrático. Incluso sería preferible no hablar de modelo, sino simplemente de contra-modelo, porque carece de los rasgos básicos que se presumen indispensables en un Estado moderno: apenas las formas externas, las leyes y un cierto discurso de desarrollo e igualdad podrían encuadrarse en la órbita del Estado-Nación hoy preponderante.

Con todo, un análisis aceptable exige situar el peso de los bloques político-militares hasta inicios de la década actual. La misma fragilidad de los nuevos Estados, sus graves carencias financieras y militares, les hacía candidatos a golpes desestabilizadores, intervenciones exteriores o realineamientos diplomáticos. Así, aunque el modelo generalizado o contra-modelo de Estado no distó mucho de unas zonas a otras, la acción de las potencias del Norte influyó en las opciones de los sectores occidentalizados que se disputaban el poder estatal: con el acceso del Ejército a la dirección de países como Dahomey-Benín o Etiopía en los años setenta, los sectores estudiantiles y la oposición marxista alcanzó importantes espacios de poder en la administración, paliando las evidentes carencias de los militares, y el recurso a la URSS fue casi inevitable.

No obstante, y por más que la progresión del influjo soviético fue patente en la citada década, el bloque del Oeste no perdió nunca su preponderancia

cia en la mayoría de países: si bien Estados Unidos dejó de intervenir después de los primeros años de independencia, Francia desempeñó el papel más activo en reforzar los regímenes favorables a las viejas metrópolis e incluso promoviendo golpes de Estado contra regímenes que amenazaban con salirse de la órbita moderada o liberal. Tratar de inclinar la balanza en favor de franceses o soviéticos en cuanto a la calidad de sus intervenciones e influencias sería un grosero error, puesto que ambas potencias y sus aliados ocasionales pusieron siempre en primer término la continuidad de regímenes africanos adictos por encima de cualquier necesidad urgente de las poblaciones. Las armas socialistas no dejaron de llegar al Dêrg etíope, pese a la política anticampesina de tierras calcinadas, pese a las deportaciones masivas que desencadenaron hambrunas gigantescas y pese a que las guerrillas eritreas y tigríñas eran más sinceras y antiguas en su marxismo. Tropas aerotransportadas francesas impusieron sus candidatos en la guerra chadiana contra la popularidad de otros grupos insurrectos, sostuvieron a Bongo en Gabón y Eyadema en Togo contra sus poblaciones, y combatieron directamente las guerrillas zaireñas alzadas en diversas ocasiones contra un dictador nefasto como Mobutu.

El balance que puede hacerse de la etapa de bloques en África no es nada brillante. Los éxitos estadísticos iniciales mostraron pronto su vacuidad en los hechos, con Estados mal gestionados, infraestructuras en regresión y poblaciones espectantes ante un escenario estatal de conflictos entre una élite con padrinos remotos. Cuando hoy, en la segunda mitad de los noventa, nuevamente las estadísticas retornan a la positividad, la experiencia anterior exige cierto escepticismo a la espera de ver qué sucederá cuando los gobiernos actuales hayan terminado de vender el grueso de propiedades estatales y hayan empequeñecido al límite los ya parcos espacios modernos encarnados en África por el Estado. De igual modo, añorar la etapa presidida por Francia y la URSS, con sus respectivos aliados, por temor al ascenso directo de los Estados Unidos, implica despenalizar un pasado que ha sido una tortura constante para los pueblos del continente, ya fuese en nombre del socialismo o de la democracia: la incipiente hegemonía norteamericana podrá ser tan aciaga como la de sus predecesores, pero por el instante carece del traumatizante curriculum de aquéllos al sur del Sahara y mal vemos que desde París o Moscú puedan darse lecciones sobre buenas maneras en África.

LA SOCIEDAD NEGRO-AFRICANA EN CRISIS

El término crisis puede desorientar por su uso indiscriminado, pero el sentido en que se emplea aquí es el de fusión de elementos diversos en un crisol, el de estado caótico del que surgirá una realidad distinta, con probable desaparición de algunos o muchos factores actuales. Y con el riesgo indudable de que los resultados sean peores que los componentes hoy interpenetrados, porque sólo un ingenuo o un occidental moderno puede creer con fe inquebrantable que todo futuro humano será superior a las fases precedentes en el tiempo cronológico. No entraremos en una disquisición filosófica en esta ocasión, baste recordar que para el autor la crisis africana puede alumbrar órdenes nuevos, pero que la calidad de lo que nazca está ya gravemente condicionada por las miserias del presente y las muchas torpezas del pasado, colonial y anterior. El dato escueto, hoy, es que la confrontación africana se sitúa en un punto sin retorno atrás y que el influjo modernizante camina junto a las rudezas negreras y a las viejas sabidurías. En paralelo al fracaso del Estado moderno, a su parálisis transformadora, marcha desorientada una sociedad que preserva su voluntad de sobrevivir pero que carece de referentes fiables desde los cuales labrar nuevas formas de cultura, de vida social.

La conflictividad es inherente a cualquier sociedad humana y las variaciones regionales lo son exclusivamente de intensidad y frecuencia. No puede pretender el moderno Occidente que su historia ha sido puntuada sólo por convulsiones esporádicas ni que éstas hayan sido de baja intensidad, ni antes ni después de las guerras napoleónicas, si se desea tomar un punto de referencia comparativa. Pero no es menos cierto que los cuatro siglos de predación negrera, el siglo de ocupación colonial y las cuatro décadas de reciente independencia no han sido tampoco un camino de rosas o una historia que no haya dejado rastros duraderos en el presente del África negra: y no porque con anterioridad al siglo XV y XVI, los pueblos africanos viviesen en una inmutable naturalidad hegeliana, sino porque sus ritmos de conflicto y sus modos de superación eran más positivos y menos destructivos. Desde esta perspectiva debe abordarse el presente en el seno de un tiempo largo en el que convergen clasicismo, esclavismo, colonización e independencia. Lo que sorprende del ahora africano no es la conflictividad, sino su intensidad y su carácter altamente destructor.

Para la mayoría de analistas, de izquierda y derecha indistintamente, la causa fundamental de los desajustes es el divorcio entre unos Estados de tendencias dictatoriales y unas sociedades civiles que les son ajenas cuando no hostiles. Los marxistas hablaron en los primeros tiempos independientes de

Estados títere de las antiguas metrópolis o de correas de transmisión de intereses económicos del Norte o centro del sistema capitalista mundial (Gunder Frank). Los liberales hablaron de regímenes corruptos y de burocracias patrimonializadoras que paralizaban cualquier esfuerzo de modernización en lo social y en lo económico (Jean François Médard). Por ello algunos teóricos del primer grupo preconizaron en los años ochenta la “desconexión” de dichos Estados con el Norte (Samir Amin), y otros del segundo grupo han sugerido en los años noventa una democratización profunda de las sociedades africanas por medio de presiones financieras e incluso de intervenciones directas exteriores (Ali Mazrui). En ambos casos, los teóricos modernos —occidentales o africanos— coinciden en la urgencia de desarrollar y democratizar los Estados africanos, con independencia de si la vía es interna o externa, blanda o dura. Así acabaría la dicotomía entre el Estado y la llamada sociedad civil.

Pero el concepto mismo de sociedad civil es inaplicable a las sociedades subsaharianas, ya que presupone un conjunto de clases o estamentos sociales no sólo con fuerte dinamismo interno —que lo tienen— sino con una clara conciencia colectiva de las necesidades comunes encarnadas por el Estado. Y es en este punto donde el paralelismo con las sociedades modernas termina, porque la conciencia colectiva africana —real y pujante— no se orienta hacia un modelo de Estado que encarna teóricamente unos valores extraños como son la concepción antropocéntrica o individualista de la vida y la idea de un progreso tecno-instrumental a cuyo servicio hay que poner todas las energías, familiares y grupales. Podemos incluso cuestionar la validez conceptual de la sociedad civil en los países del Norte moderno, ya que el esquema original nacía de una contraposición aguda entre el poder del Antiguo Régimen y el Tercer Estado timoneado por la burguesía moderna: sólo en la imposibilidad para el grupo ascendente de reconducir el viejo poder en su beneficio apareció la teoría de que el Estado —cualquier “Estado”— era un cuerpo ajeno a la sociedad real —llamada civil desde entonces— y que todo régimen razonable y moderno debía ser simplemente el resultado de la recién nacida “voluntad popular”. Desde entonces, los tribunales, representantes, ciudadanos y mandatarios han conducido los Estados modernos en nombre de una sociedad civil a la que supuestamente representan en sus más ínfimos deseos.

Hay que plantearse, pues, otro elemento básico para comprender la crisis de las sociedades africanas, y ese factor no es otro que el de la legitimidad del poder en general (George Lenski) y de los nuevos Estados negro-africanos en particular (Jean François Bayart). Mientras que en los primeros años de las independencias, los analistas de todo tipo saludaban a los nue-

vos regímenes y la popularidad de sus dirigentes, a mediados de los años setenta los entusiasmos empezaron a enfriarse a la vista de unos resultados magros sino inexistentes en el plano del desarrollo moderno, y si el cambio de la crítica de izquierda y derecha no fue más perceptible hay que atribuirlo a la cautela hacia los aliados impuesta por la pugna entre los dos bloques mundiales: pero bastaba leer las revistas internacionales de uno y otro bando para descubrir las taras y flaquezas de los Estados africanos del bloque opuesto. Un análisis medianamente independiente, de las exigencias de OTAN y Pacto de Varsovia, permitía calibrar la considerable semejanza de los regímenes africanos protegidos por Moscú y Washington. Por ello, los politólogos y sociólogos de los últimos ochenta y primeros años noventa iniciaron la crítica decisiva: pese a admitir que muchos rasgos estatales de hoy, en África, provienen de siglos atrás y son por ello pasablemente legítimos para las poblaciones afectadas, el talón de Aquiles es la escasa pregnancia moderna del Estado en su acción transformadora.

En suma, se han tardado casi cuatro décadas en reconocer que hay una estrecha relación entre gobernantes y gobernados, y que esa familiaridad es más de tipo antiguo o neopatrimonial que no moderna. Y ha hecho falta que autores africanos occidentalizados planteen abiertamente que la colonización se hizo no sólo mal sino de forma insuficiente (Achille Mbembe, Leroy Vail), y que si se quiere desarrollo y democracia habrá que romper la excesiva connivencia entre unos gobernantes modernos sólo en el discurso y unos gobernados que parecen bastante lejos de querer encaminarse hacia las mieles del productivismo y el antropocentrismo institucionalizado. Hay que preguntarse, entonces, si las lecturas a las que se estaba acostumbrado no presentaron un panorama africano excesivamente lineal y simplificado, con unos poderes primero prometeicos y luego miserables, y con unas sociedades al comienzo esforzadamente calvinistas y más tarde sufriendamente civilistas ante sus fracasados y ajenos gobernantes. Debiera, nuevamente, ser motivo de inquietud que la nueva panacea que se perfila sea la inversión financiera masiva desde el exterior, y su control desde poderes políticos y económicos del Norte, pues como en las fases anteriores África seguirá asignada a fuerzas y orientaciones foráneas.

Volviendo la atención hacia el pasado reciente —esos últimos cuarenta años— podríamos obtener algunas ideas fundamentales sobre el comportamiento social africano. Ante todo, negar cualquier divorcio substancial entre poblaciones y Estados, pese a indudables dictaduras e impopularidades, sobre todo porque la mayoría de veces los gobiernos han sido inerciales, escasamente intervencionistas en las esferas locales y perfectamente patrimoniales en el acaparamiento de recursos exteriores y clientelistas

en sus formas de redistribución, lo cual proseguía una milenaria trayectoria en los sistemas políticos del continente: la supuesta ilegitimidad del grueso de Estados africanos estaba más en la percepción moderna de los analistas que en la realidad social interna del África actual. Los gobiernos ilegítimos han sido aquellos que han tratado de aplicar traumáticamente — y de forma sangrienta muchas veces— procesos modernizadores en lo económico o en lo político: el Estado islamista sudanés o el Estado marxista etíope, entre los más notorios.

Otro dato descollante es la creciente ilegitimidad de aquellos regímenes que, como el mobutista en Congo-Zaire o el militar en Nigeria, han dispuesto de grandes reservas de materias primas explotables y han recibido el apoyo occidental abierto y encubierto, hasta concentrar en pocas manos beneficios gigantescos doblados de represiones masivas contra sectores extenuados de la población. Sin embargo, esta estrecha ligazón de tales gobiernos con el exterior no ha sido un estímulo modernizador para esos Estados, sino una ayuda para desmesuras monstruosas encubiertas por intereses diamantíferos, petroleros y geopolíticos. Si la marginalidad económica, desde el punto de vista del mercado mundial, ha deteriorado la situación de la mayoría de países africanos, la centralidad o notoriedad exportadora ha generado los mayores desastres y desajustes entre gobiernos y poblaciones.

En el pasado siempre hubo diversidad de identidades en los pueblos de una zona, aunque no fueran necesariamente diferencias étnicas, pero sí político-religiosas o de especialización económica regional. Como han señalado recientemente algunos teóricos, es insostenible seguir negando la historicidad de tales líneas de demarcación, perfectamente pertinentes y que hacen que un grupo o una sociedad se distinga conscientemente de otra e incluso organice su andadura política afirmando su radical diferencia, como en la emergencia del fenómeno zulú (Robert W. July) o en el nacimiento de la confederación *betsimisaraka* (Hubert Deschamps). Así, contra la escuela deconstructivista de la antropología política francesa que ha insistido en la no pertinencia del concepto étnico para explicar numerosas crisis actuales (Jean Loup Amselle, Jean Bazin, Elikia M'Bokolo), se levanta hoy un reconocimiento frontal del factor étnico en la historia lejana e inmediata de las sociedades africanas (Michel Cahen, Claudio Moffa, Christian Coulon, Ferran Iniesta): la peculiaridad del presente es la explosividad del elemento étnico en el marco del Estado moderno, de rígidas fronteras y de pretensiones uniformizantes desde un poder que puede legalmente pretender una unidad, impuesta desde la etnia que controla el Estado y sus recursos, en nombre de un pretendido interés "nacional".

Los genocidios de los Grandes Lagos, primero de tutsi ruandeses y ahora de hutu de Ruanda y Burundi sin punto de refugio en territorio alguno, son una muestra de la irrelevancia escandalosa de ciertos análisis sociológicos que tratarían de situar la diferencia étnica en los limbos de la manipulación grosera de unas clases sociales contra otras. Lamentablemente, la realidad diferencial, en marco estatal moderno y con la carga clasista agravada, se basta y sobra para multiplicar las carnicerías de tipo bosnio en cualquier región del planeta. Las diferencias antiguas, aumentadas por odios históricos en algunos casos, se exageran cuando una etnia habla desde el nuevo Estado en nombre de la Nación.

Lo mismo ocurre con el aspecto social que Occidente denomina religión, pero que en cualquier cultura no moderna es simplemente una manera de concebir y desplegar la existencia humana en grupo. Desde hace mil años, África ha incorporado progresivamente al Islam en su geografía espiritual, y en los últimos cien años —antes sólo de forma muy limitada— ha admitido al cristianismo en múltiples variantes y adaptaciones, aunque la percepción africana clásica fue siempre tópica, es decir local e integrada a un espacio humano concreto, lejos de misiones universalizantes y de propuestas válidas para pueblos y grupos de diversa trayectoria y personalidad.

Con ferocidad moderna y tenacidad universalizadora, Nigeria o Sudán escinden a sus poblaciones en nombre de la Razón Única, la religiosa en ambos casos, pero la económica o la política en otros. Y ante semejantes acosos totalizantes modernos, el frágil Estado negro-africano demuestra su incapacidad para resistir y su escasa permeabilidad para flexibilizar su práctica: así se rompieron étnicamente los Estados chadiano, angoleño, somalí, ruandés y burundés, y religiosamente el sudanés y en proporciones menores el nigeriano. Como en el sur senegalés o en el interior liberiano, etnia y religión, atizadas por la desigualdad socio-económica, acercan a los nuevos Estados al estallido o a una parálisis creciente: el genocidio, étnico o religioso, aparece entonces como la vía expeditiva para romper el bloqueo, una solución que carga el futuro de odios ominosos y de igualdades liquidadoras. La quiebra del Estado independiente, su continuidad luctuosa en manos de un grupo contra el resto, en nombre de cualquier Razón, puede que acabe desarrollando la economía de los supervivientes, pero difícilmente restablecerá una historia de multiplicidades y cohabitaciones, para quienes los conflictos fueron normales, pero de alcance limitado y nunca genocida.

La sociedad africana, con sus débiles Estados nuevos, se enfrenta a una agresión mucho peor que la negrera y la colonial, ya que la amenaza no es su desaparición física sino la extinción de sus características históricas, cambiantes pero endocentradas, y con dicha desaparición puede llegar el fin

de las últimas culturas diversas frente a la modernidad. No es el divorcio entre sociedad y Estado, pese a sus indudables contradicciones, lo que destruye a los pueblos africanos, sino la enorme presión conjugada de un mundo en el que los mitos progresistas y antropocéntricos están exterminando cualquier raíz de diversidad, como dijo el poeta antillano (Aimé Césaire).

EN LA FRONTERA DE OCCIDENTE

Cuando hace exactamente quinientos años —a finales de 1497— el degradado Alvaro Velho escribía para Vasco de Gama que los hotentotes que danzaban en las playas próximas al Cabo de Buena Esperanza “bailaban como negros”, y su música no estaba del todo mal para ser de negros, los tópicos occidentales sobre África y sus gentes sólo estaban iniciando su andadura. Unos cincuenta años después, el cronista João de Barros señalaba en su II Década de Asia que, si fuesen algo más diligentes, los negros del sureste africano podrían extraer más oro y enriquecerse con facilidad, iniciando así el tópico de la escasa laboriosidad negro-africana. Sin embargo, hay dos aspectos que merecen precisarse: Velho no relaciona la peculiaridad musical autóctona con cualquier necesidad de enseñarles la música correcta, y Barros no deja de reflexionar pocas líneas después sobre la posibilidad de que la moderación excavadora negra no fuese tanto por pereza como por un menor valor atribuido a lo que nosotros apreciamos.

Hoy, en pleno triunfo planetario de la expansión moderna iniciada cinco siglos antes, los tópicos no han cesado de fortalecerse y las reflexiones sobre el porqué de las particularidades han cedido el paso a la condena inmediata de cualquier diferencia: hay que erradicar el atraso, la ociosidad, y todo cuanto suponga diversidad respecto a Occidente, el único y fiable rasero de verdad y bondad. Lo que ha reducido la magnitud del desastre para numerosos países africanos, en estos cuarenta años, no ha sido la buena voluntad misional de los occidentales sino la considerable marginalidad económica de esos Estados, con poco que ofrecer al mercado internacional y con unos presupuestos tan magros que ni siquiera han logrado distanciar seriamente a gobernantes y gobernados. Ahora bien, en las postrimerías del siglo XX y con un sólo modelo estatal moderno, las sociedades africanas están soportando la mayor presión de su larga historia, la presión de un orden internacional que interviene incluso por simples razones de homogeneización político-parlamentaria y para evitar el mal ejemplo de las particularidades.

No hace ni una década que la antropología política norteamericana analizaba con flexibilidad e inteligencia la asombrosa vivacidad de la frontera africana en este siglo, pese a la ocupación colonial, pese a las dependencias económicas y políticas de los nuevos Estados (Igor Kopytoff). Parece como si esos trabajos colectivos que radiografiaron toda la complejidad repropriadora africana de una modernidad de apariencia, y puesta al servicio de objetivos sociales nada modernos, se hubiesen elaborado en la prehistoria, porque nada hoy recuerda que esos trabajos de la escuela de Indiana fueron los últimos en explicitar la poderosa persistencia de las dinámicas internas africanas. Si ahora se habla de comportamientos “de vientre” (Bayart) o neopatrimoniales (Médard) es para señalar taras de un pasado que hay que extirpar para facilitar el advenimiento del desarrollo moderno. Lo mismo sucede con el reconocimiento del tribalismo como una manipulación forjada por los colonizadores (Vail, Meillassoux), y con la que hay que terminar de inmediato para franquear las puertas a la democracia auténtica, aquella que no admite diferencias, al menos no en el presente. Incluso los analistas más respetuosos con las particularidades religiosas y étnicas (Coulon, Cruise O'Brien), consideran ineluctable y necesario el definitivo arraigamiento de los presupuestos modernos, desarrollo y democracia.

En semejante contexto mental, la cooperación y el voluntariado internacional reemplazan ahora a los misioneros y colonizadores de ayer, y desplazan decididamente con la acción militante a los pensadores que fueron respetuosos pero escasamente útiles para el triunfo de una nueva África, aquella que sólo tendrá como particularidad la música occidentalizada o las danzas para exhibición exterior. Tras esa nueva marcha recolonizadora hacia el continente africano, se despliega la política global de un modelo de sociedad único, sostenido por una sola economía, un sólo sistema político y una sola ideología. Puede que ese sea el mal menor, como reflexiona Mazrui, y que cuanto antes triunfe menores serán los sufrimientos africanos, aunque el autor de esta reflexión sigue sospechando que matar mosquitos con napalm puede resultar ecológicamente arriesgado. Tal como ha indicado reiteradamente el kenyata Mazrui, las sociedades africanas no son productivistas ni demócratas, y por ese motivo propone una recolonización de África hecha por Occidente, ya que desde el interior las tentativas han fracasado: la opción democratizadora interna le parece probablemente inviable, así que el recurso masivo a las finanzas internacionales y la presión política directa de los Estados e instituciones del Norte es a su juicio el único camino, al que no vacila en llamar por su nombre de recolonización.

Los años que se avecinan tal vez no sean los definitivos, pero el pulso entre tendencias holistas e individualistas, entre fuerzas capitalistas y autocentradas, entre ideologías de raigambre africana y las de la más incisiva modernidad proseguirá por debajo de las estadísticas oficiales y de las unidireccionales informaciones de los medios de difusión. Las perspectivas de una África reorientada, desde bases propias y con incorporaciones modernas asumidas, son pocas salvo que se confundan deseos con realidades, pero también es cierto que durante más de cinco siglos África ha sido el único conjunto de culturas que se ha mantenido vivo frente al ascenso moderno, y que es el único sector humano que no entrará en el tercer milenio homologado con el Poblado Tribal Planetario descrito por Mc Luhan como el paraíso reencontrado (y que la mala traducción castellana ha resumido en Aldea Global). Lo que sí es seguro, cualquiera que sea la evolución histórica, es que la sociedad africana quedará duramente marcada por las atrocidades del presente y que —de producirse— el triunfo moderno pleno será el cierre de la última ventana abierta que le quedaba a Occidente para respirar de su obsesión asimiladora. Después de África, los monstruos interiores reemplazarán a los africanos e islámicos en la acción salutífera, siempre en búsqueda frenética de una definitiva e imposible unidad perfecta. Pero se me olvidaba que sólo debía comentar las taras africanas y en absoluto las perfecciones propias. Que Nkosi, Amma o Emitai —el mismo Principio supremo— protejan a África, tal como pidió en su día Namdi Azikiwe y más tarde el ANC sudafricano, si así debe ser, porque a lo que alcanza nuestro conocimiento se avecinan tiempos oscuros.

ALGUNAS OBRAS DE REFERENCIA

- AMIN, S.: *La Déconnexion*, París 1985.
AMSELLE, J.-L.: *Logiques métisses*, París 1989; (ED.) *Nations et nationalismes*, París 1995.
BARROS, J.: *Da Asia*, Década II, Lisboa 1552, reed. 1973.
BAYART, J.-F.: *The African State*, Londres 1993.
BAYART, J.-F.-MBEMBE, A.-TOULABOR, C.: *La politique par le bas*, París 1992.
BAZIN, J., TERRAY, E. (eds.): *Guerres de lignages et guerres d'État en Afrique*, París 1982.
BONI, N.: *Histoire des résistances africaines*, París 1978.
CAHEN, M.: *Éthnicité politique*, París 1994.
CÉSAIRE, A.: *Discours sur le colonialisme*, París 1945.
COULON, C.-INIESTA, F. (eds.): *Ètnia i Nació als móns africans*, Barcelona 1995.
CRUISE O'BRIEN, D.: *Saints and Politicians*, Michigan 1975.

- DESCHAMPS, H.: *Histoire de Madagascar*, París 1960.
DUMONT, R.: *África negra ha empezado mal*, Barcelona 1964; *Démocratie pour l'Afrique*, París 1991.
FRANK, G.: *La crisis mundial. El Tercer Mundo*, vol. II, Barcelona 1983.
INIESTA, F.: *L'univers africain. Approche historique des cultures noires*, París 1995.
JULY, R. W.: *History of the African People*, Nueva York 1970.
LENSKI, G.: *Poder y privilegio. Teoría de la estratificación social*, Barcelona 1977.
LLUCH, E. (ed.): *Geografía de la Sociedad Humana*, 8 volúmenes, Barcelona 1983.
MAZRUI, A.: *The African Condition*, Londres 1980; *The Africans: a Triple Heritage*, Londres 1988.
MBEMBE, A.: *Afriques indociles*, París 1989.
M'BOKOLO, E.-AMSELLE, J.-L. (eds.): *Au coeur de l'éthnie*, París 1985.
MÉDARD, J.-F. (ed.): *États d'Afrique Noire*.
MEILLASSOUX, C. (ed.): *Verrouillage ethnique en Afrique du Sud*, París 1988.
MOFFA, C.: *L'Afrique à la périphérie de l'histoire*, París 1995.
MYRDAL, G.: *Asian Drama*, 3 volúmenes, Londres 1970.
VAIL, L. (ed.): *The Creation of Tribalism in Southern Africa*, Londres 1989.
VELHO, A.: *Meridiano 76º. Diario del 1º viaje de Vasco de Gama*, editado por A. Planells, Barcelona 1991.
WALLERSTEIN, I.: *Africa. The Politics of Independence*, Nueva York 1961.

África: Evolución política y democratización interna

MBUYI KABUNDA BADI
SODEPAZ

INTRODUCCIÓN

La actual crisis africana antes que económica es política. Es la crisis de gobernabilidad, expresada por la propia crisis del Estado, nacionalmente mal integrado e internacionalmente mal preparado para la confrontación mundial.

Dicho Estado, europeo y colonial en sus estructuras y mecanismos, es excéntrico, importado, multinacional y superficial. Fue africanizado por los funcionarios a los que los colonizadores lo confiaron, en el momento de las independencias. Sin embargo, dicha africanización fue superficial, puesto que sus nuevos amos mantuvieron su carácter centralizador y monopolizador de la violencia legítima, sólo para convertirlo en fuente de poder político y económico. Dicho de otra manera, la nueva clase gobernante poscolonial integrada por la tríada de funcionarios, militares e intelectuales, se sirvió de su capital cultural para acceder al poder político que a su vez brinda el acceso a los recursos económicos. De este modo, el Estado fue patrimonializado por sus detentores formales, a su vez saqueados por sus clientelas sociales y tribales, en el marco de la cultura africana del desarrollo en la que se invierte en lo social o en las personas mediante la distribución de prebendas, en detrimento de la acumulación del capital. Es la famosa «economía afectiva» (Hydén, 1986: 67), que permite a los dirigentes africanos, a todos los niveles, servirse de las arcas públicas para promover los intereses de la familia, de la aldea o del clan, economía ilustrada por la megalomanía y cleptocracia del régimen mobutista en Zaire, al tiempo que se desarrolla una inédita capacidad de represión con la ins-

tauración de «estalinismos tropicales» basados en el etnofascismo (resolución de problemas económicos, políticos y sociales mediante la eliminación física de sus autores o los que los plantean) y la violación a gran escala de derechos humanos.

Bajo la excusa de la creación de un sentimiento nacional y la promoción del desarrollo económico, se procedió a la confiscación del Estado por una minoría tribal o social con prácticas de exclusión, dejando como única vía de cambio el golpe de Estado o la guerra civil.

Se ha creado así, a lo largo de las tres o cuatro últimas décadas, una dialéctica permanente nacida del conflicto de legitimidades y que ha conducido a la ruptura entre el Estado carente de legitimidad sociológica, y que nadie interioriza, y las nacionalidades desprovistas de la legitimidad política y del derecho a la autodeterminación.

En este contexto, la dictadura de una persona o de un clan fue la regla y la democracia, la excepción. Esta situación generó conflictos entre el Estado, en sus intentos de controlar las nacionalidades, y éstas para liberarse del colonialismo interno o incluso apoderarse del Estado, como fuente de ventajas políticas y económicas de un grupo determinado en búsqueda de hegemonía o para convertirse en etnia dominante.

El proceso de democratización actual es frágil y menos fiable, al desarrollarse en el marco de contradicciones de aspiraciones entre las fuerzas centrífugas intratribales o el etnicismo y las fuerzas centrípetas supatribales o el nacionalismo, contradicciones a menudo manipuladas por los poderes establecidos, que sólo han cambiado las formas. Además, dicho proceso es vulnerable por la pauperización de las masas por los autoritarismos poscoloniales. De ahí la acertada puntualización de Mbembe (1996: 14), para quien no existe en este momento ningún régimen democrático en África negra, por la ausencia de libertades fundamentales y por la determinación de los detentadores del poder a conservarlo por todos los medios y a cualquier precio.

La evolución política de África ha sido la de una crisis permanente del Estado, geográficamente indefinido y que ha fracasado en sus pretensiones de convertirse en un Estado-nación (Zartman, 1978: 85), para tomar la forma de una «simple estructura burocrática de explotación» (Darbon, 1990: 45).

En definitiva, la evolución política de África ha pasado por tres etapas que han marcado los sistemas políticos africanos (en adelante SPA): la primera es la de identificación de los líderes nacionalistas con las masas, en la lucha anticolonial, con la posterior instauración de un sistema multipartidista en los primeros años de las independencias. La segunda y más larga

corresponde a la confiscación del poder por dichos líderes, civiles o militares, con la imposición del partido único en detrimento de las masas sojuzgadas. La tercera y actual es la del retorno al multipartidismo truncado y manipulado, nacido de las presiones internacionales e internas. O según P-F. Gonidec (1970: 66), las élites afrooccidentalizadas que controlan el Estado africano se caracterizan por mutaciones curiosas: en una primera fase son conformistas dotadas de una ideología liberal y colaboran con la autoridad colonial, limitando sus reivindicaciones a la participación en las instituciones políticas y administrativas coloniales para beneficiarse de sus ventajas y no para destruirlas. En una segunda fase, se convierten en rebeldes nacionalistas contra la colonización que las reconoce como «líderes». En la última fase, conquistan el poder y dejan de ser rebeldes, con la subsiguiente confiscación del poder, siguiendo a los colonizadores mediante la endocolonización de la que nunca se desvincularán incluso en el proceso actual de democratización.

I. LOS S.P.A. DE LA PRIMERA GENERACIÓN O EL TRIUNFO DEL MULTIPARTIDISMO TRIBAL

En las negociaciones para la independencia, los antiguos colonizadores impusieron y exigieron como prueba de madurez, incluso como condición previa, la adopción por los líderes africanos del sistema multipartidista a imagen de las metrópolis, condición a la que se doblegaron estratégicamente sus interlocutores africanos, formados por la necesidad de la colonización y de la neocolonización, para conseguir o merecer la independencia y sobre todo para respetar el carácter plural de la lucha anticolonialista.

Tanto en los países en los que se produjo una «descolonización-continuidad» (la mayoría) como en los que se realizó una «descolonización-ruptura» (la minora) —cfr. Zentho, 1987: 83-87—, los partidos políticos africanos, al igual que los sindicatos, son la réplica de los de las metrópolis o simples secciones locales de éstos.

Durante estos primeros años de la independencia, los poderes establecidos consideraron la oposición como un factor positivo. Eran tolerantes y animados de valores de libertad y democracia. Prueba de ello es que todas las Constituciones africanas de los años 59-60, inspiradas en las de las metrópolis repectivas¹, proclamaron su adhesión total a los derechos y liberta-

¹ Los nuevos Estados africanos adoptaron los principios multipartidistas inspirados en la Constitución francesa de 1958, el «Westminster Model» británico o negociados con los repre-

des fundamentales o públicas universalmente reconocidos, como consecuencia de la ideología de la democracia burguesa de los líderes africanos de la época (Owona, 1985: 225), formados en la democracia parlamentaria occidental con su participación en las instituciones francesas o británicas. De este modo, la colonización fue una escuela de democracia (véanse Apter, 1955: 19; Emerson, 1960: 231).

En ausencia de verdaderas burguesías nacionales, el Estado se convirtió en el principal empresario, administrador e inversor. Este hecho, además del antecedente colonial, explica el control del Estado africano por los funcionarios, que se apoyarán más tarde en los intelectuales, civiles o militares, para gobernar.

Pronto surgieron rivalidades políticas y económicas entre los nuevos dirigentes, que se apoyaron en sus nacionalidades respectivas clientelizadas para el control del poder. De este modo, a los partidos políticos creados sobre la base de los modelos ideológicos occidentales (liberalismo, socialismo, nacionalismo, social-democracia, comunismo...) sucedieron los partidos políticos tribales o regionales, siendo el tribalismo y no la ideología el poderoso factor de movilización de las masas.

El tribalismo creado por la colonización, fomentando las divisiones para gobernar y sobre todo para debilitar los movimientos nacionalistas, dio lugar a una nueva forma de tribalismo, integrista y más peligroso por su carácter centrífugo. Sería preciso afirmar, al respecto, que la introducción de la democracia parlamentaria o el parlamentarismo occidental es responsable de la agudización del «tribalismo agresivo» en África (Sylla, 1977: 163). Los propios líderes de partidos africanos se comportan más como jefes de tribus que como responsables políticos con sentido del Estado.

Todo ello lo ilustra el profesor Crawford Young (1975: 9) con el caso congoleño, donde los partidos políticos, entre 1960 y 1965, manipularon con violencia la etnicidad desencadenada, con el consiguiente «derrumbamiento del Congo», que permitió a Mobutu acaparar el poder para convertirse en el primer tribalista del país con la «ngbandización» (de ngandi, su tribu) de las instituciones oficiales. Incluso los propios líderes revolucionarios de las sublevaciones campesinas de 1963-1964, tales como Pierre Mulele, que organizó la ofensiva contra el gobierno neocolonial de Léopoldville a partir de su tierra natal, el Bandundu-Bampende, utilizaron la etnicidad como factor determinante en sus luchas.

sentantes de la antigua potencia colonial, como en el caso del Congo belga (cfr. LAVROFF D-G., 1979: 213-214). De este modo, el multipartidismo fue un fenómeno generalizado en África negra.

El mismo fenómeno de la etnicidad como fundamento de transacciones políticas se reprodujo en otros países como Nigeria, Uganda, Sudán, Ruanda, Burundi, Kenia, etc. Las razones de la persistencia del etnicismo, además de la ya mencionada responsabilidad de la colonización que, por sus fronteras arbitrarias y artificiales, juntó a tribus atávicamente opuestas y dividió a una misma nacionalidad entre varios territorios, se explican por la esclavitud que durante cuatro siglos dejó huellas en las subconciencias colectivas, o según Lamb (1984: 11), por la práctica generalizada de la endogamia por las nacionalidades, el carácter fundamentalmente gregario o grupal de la sociedad africana, el mantenimiento de las estructuras tribales en las zonas rurales desprovistas de infraestructuras de transportes y comunicación horizontales y las prácticas tribalistas de los dirigentes que no han fomentado lo suficiente el nacionalismo. Todo lo contrario, han descubierto sus diferencias tribales para servir sus ambiciones políticas y económicas.

Esta clientelización de las nacionalidades por sus líderes producirá otro efecto contrario, consistente para aquéllas en atarlas, de tal manera que un partido creado por un líder que le quiere proporcionar una dimensión nacional y un contenido ideológico preciso, se ve sitiado por los oriundos de su nacionalidad, que le consideran como su partido excluyendo a los demás. Se han creado, así, vínculos verticales de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, en detrimento de las relaciones horizontales entre partidos, relaciones que suelen limitarse a la confrontación o violencias. De ahí la afirmación de P-F. Gonidec, según quien, «para todos los dirigentes africanos, las ideologías están subordinadas a las realidades y no están por encima de éstas» (1971: 313).

Las derivaciones del etnicismo y su manipulación violenta convencerá a los poderes de la época a instaurar unos mecanismos políticos, ideológicos e institucionales para forjar la conciencia nacional y la voluntad de una vida común, empezando por la supresión del multipartidismo a lo occidental, y sobre todo para dotarse de una base económica a través del capitalismo de Estado.

II: LOS S.P.A. DE LA SEGUNDA GENERACIÓN O LA IMPOSICIÓN DEL PARTIDO ÚNICO

El partido único, recomendado por sus ideólogos africanos, fue justificado por la necesidad de un gobierno popular, el comunalismo de la sociedad tradicional africana sin clases, la creación de la conciencia nacional, la lu-

cha contra el neocolonialismo y la movilización de la sociedad para el desarrollo económico.

El presidente Kwame Nkrumah, de Ghana, en su lucha panafricanista para la realización de la unidad africana introdujo en el continente la tradición del partido único, considerado como el instrumento adecuado para reunir el consenso nacional, por encima de los particularismos étnicos y canalizado hacia dicho objetivo. Mientras otros líderes, tales como Julius Nyerere y Léopold Sédar Senghor, argumentaban que un sistema de partido único basado en el consenso era el más adecuado para África, cuyas sociedades no se caracterizan por la división en clases sociales. Ignoraron, consciente o inconscientemente, tres hechos evidentes (Mengisteab, 1996: 107): primero, las condiciones socioeconómicas introducidas por la colonización destruyeron el relativo igualitarismo del período precolonial, con la aparición de embriones de clases sociales en el momento de descolonización; segundo, existían, pese al comunitarismo tradicional, importantes divisiones étnicas y confesionales en África; y tercero, el sistema de partido único es contrario al consenso democrático. O según la ecuación de Maurice Duverger: «democracia = pluralismo; partido único = dictadura».

Ello ocurrió, efectivamente, al convertirse el partido único en el instrumento de la eliminación de la alternancia y de la pluralidad de puntos de vista, de la etnocracia y de la dictadura (*ibid.*: 107).

Partido único de hecho o de derecho, de inspiración marxista o de autenticidad africana o con tendencias internas², todos se caracterizarán por el centralismo del modelo comunista con la supremacía del partido sobre el Estado y el pueblo, esta vez con la especificidad de la dominación del partido por una etnia o familia, la del presidente, o por una clase social determinada.

La idea inicial de Nkrumah será así desviada de su objetivo inicial por los civiles o los militares que le sucedieron³, aprovechando la excusa de la ge-

² Sobre las tipologías de los partidos políticos africanos, véanse LANCYNE SYLLA (1977: 244 ss.), quien distingue el partido único compuesto con dirección colegial, el partido único centralizador con dirección popular y el partido único atomístico con dirección personal; JOSEPH OWONA (1985: 315 ss.), quien define la siguiente clasificación: los partidos únicos revolucionarios centralizadores y los partidos únicos con tendencia pragmática pluralista, los partidos únicos de gestión defensores del liberalismo económico y los partidos únicos de liberación nacidos de la lucha armada con orientación socialista o nacionalista revolucionaria; los partidos únicos con sistemas electorales competitivos y los partidos únicos basados en la elección de un solo candidato; y ABDOULAYE WADE (1989: 30), quien habla del partido-Estado-nación, el partido-Estado, el partido único propiamente dicho y el partido-administración.

³ Los militares, individualmente o en nombre del Ejército, instauraron partidos únicos o gobernaron sin partidos mediante golpes de Estado, para poner fin a la corrupción de los gobernantes, reinstaurar la unidad nacional amenazada por el multipartidismo tribal y realizar la

neralización de las luchas tribales nacidas de la democracia occidental, para la concentración de todos los poderes en una sola persona, quien asume las funciones del secretario general del partido y de jefe de Estado. Es la consagración del presidencialismo o del «cesarismo africano».

Los partidos únicos instituidos por los dirigentes africanos tendrán las características siguientes:

- La supresión o neutralización del parlamento, o su reducción a una simple caja de resonancia del partido.
- La supresión del pluralismo sindical y la creación de sindicatos únicos, garantes del orden y de la tranquilidad.
- La fusión entre el partido y el Estado o la supremacía del partido sobre el Estado, incluso la confusión del partido con el pueblo⁴.
- La represión de cualquier tipo de oposición, incluso constructiva, con la eliminación física de los opositores «para el bien superior de la nación».
- La celebración de elecciones farsas con un solo candidato permanente del partido, votado con el 99,99% del sufragio expresado.
- La imposición autoritaria de la ideología del partido⁵ a la juventud y a las mujeres.

unificación del país con la meta de promover el desarrollo económico. En uno u otro caso, los militares crearon nuevos partidos únicos o recuperaron los de sus predecesores, para conseguir el apoyo de sus seguidores y clientelas, generalmente por la suspensión de la Constitución y la disolución de las instituciones, siendo el objetivo eliminar el precedente grupo dominante y aniquilar los eventuales y potenciales centros de oposición al nuevo poder (cfr. LAVROFF, D-G., 1979: 212).

⁴ El caso extremo de esta confusión viene ilustrado por la Constitución zaireña, actualizada en 1983, que define en su artículo 33 el partido único, el Movimiento Popular de la Revolución —MPR—, como «la nación zaireña políticamente organizada». El mismo artículo considera «todo zaireño, desde su nacimiento, como miembro del Movimiento Popular de la Revolución...».

⁵ Esta ideología, que, durante la Guerra Fría, iba desde el «afrocapitalismo ineficiente», al no tener ni capitales ni empresarios nacionales, y el «afrocomunismo de farsa», al limitarse a la palabrería marxista-leninista, contradicha por la realidad económica del capitalismo periférico, pasando por los «socialismos africanos de intención», hasta la manipulada autenticidad africana mobutista, tuvo diferencias sólo en las estrategias políticas y culturales de integración nacional, utilizadas como instrumentos del colonialismo interno o de asimilación cultural de las minorías étnicas, a saber (cfr. Gus Liebenow J., 1986: 87 ss.): la estrategia basada en la recuperación de una lengua africana y una ideología movilizadora, la estrategia pluralista o de reconocimiento del carácter positivo de la diversidad cultural, la estrategia orientada hacia el desarrollo de actitudes nacionalistas positivas, la estrategia de imposición de la historia y cultura de la etnia dominante, la estrategia de exclusión y discriminación de los grupos considerados como inferiores por el grupo dominante, la estrategia etnofascista con prácticas genocidas, la estrategia irredentista o de resurrección de una nación precolonial dividida por la colonización.

- La violación sistemática y a gran escala de los derechos humanos.
- La fusión y confusión del patrimonio del Estado y el de los dirigentes, etc. (cfr. Hebga, 1968: 165; Albagli, 1991: 162-163).

El partido único africano⁶, al contrario del partido único soviético basado en el consenso político, la movilización y participación populares, destacó por la neutralización de fuerzas nacionales, tradicionales y modernistas, que amenazaban los privilegios de las nomenclaturas en el poder (Kontchou Kouomegni, 1983: 272-273). Se convirtió en el principal vector del tribalismo, subdesarrollo y violación de conciencias con una tremenda capacidad de destrucción y autodestrucción. Este sistema será puesto en tela de juicio a finales de la década de los 80 y comienzos de los 90, como consecuencias de importantes cambios a nivel internacional, africano y de cada país.

III. LOS S.P.A. DE LA TERCERA GENERACIÓN: EL RETORNO AL MULTIPARTIDISMO DE FACHADA

Varios factores endógenos y exógenos, sucedidos a finales de la década anterior, llevaron al proceso actual de democratización, y entre los cuales cabe mencionar:

- La tremenda crisis económica y social en la que se han hundido la casi totalidad de los países africanos, con un deterioro drástico de las condiciones de existencia de los ciudadanos que no pueden satisfacer sus necesidades más elementales, junto a la proliferación de guerras, epidemias y hambrunas, ha conducido a una cadena de protestas y deslegitimación de los dirigentes que no han realizado ninguna de sus promesas, salvo el enriquecimiento personal a un ritmo uniformemente acelerado.
- La crisis generada por el agotamiento del modelo de desarrollo basado en la exportación de materias primas y «la politización excesiva del Estado en detrimento de su función de agente del desarrollo» (Matoko, 1996:

⁶ Pese al hecho de ser el partido único una práctica generalizada en las tres primeras décadas de las independencias africanas, algunos países mantuvieron el sistema multipartidista (Botsuana, Egipto, Gambia, Liberia, Madagascar, Marruecos, Nigeria, Senegal, Sudán, Túnez, Uganda y Zimbabue) en su forma integral, con o sin prohibición del partido único, o limitada, con o sin un partido dominante (cfr. Owona, 1985: 317-322). De acuerdo con Dimitri-G. Lavroff (1979: 211), sería correcto afirmar que el África negra conoció con respecto a los partidos políticos tres situaciones: la ausencia de partidos políticos, el multipartidismo y el más generalizado partido único.

50). Las masas aprovecharán esta crisis para exigir más libertades y más participación en el proceso de desarrollo, con el fomento de la economía popular al margen de los mecanismos y estructuras del Estado, consiguiendo una autonomía con respecto a los poderes locales mediante la creación de nuevas formas de solidaridad basadas en la etnia, la región o la religión (Mbembe, 1996: 18).

- El «efecto Mandela», con quien se identificaron las masas contra los dirigentes asimilados con los blancos de Suráfrica. La liberalización política en Suráfrica, con el fin del apartheid institucional y la liberación de Nelson Mandela, no sólo tuvo un efecto dominó en el continente, sino que además puso fin a la lucha contra la dominación blanca en este país, lucha utilizada por los dirigentes africanos para distraer a las masas de los verdaderos problemas internos y de los «apartheid internos informales». La liberación de Mandela fue interpretada por los pueblos como una victoria de la libertad y de la democracia e inspiró la resistencia popular contra los «nuevos colonos», caracterizados por la falta de voluntad política de cambio.

- La *perestroika* y la caída del telón de acero. El derrumbe del comunismo y del bloque del Este tuvo como consecuencia la devaluación geopolítica del continente africano, con el abandono de los regímenes marxista-leninistas que se establecieron y fortalecieron merced al respaldo de la Unión Soviética durante la Guerra Fría. Este movimiento se acompañó con la retirada del continente de las potencias occidentales. Los dirigentes africanos fueron así abandonados a su propio destino y ya no podrían utilizar la suabasta de la rivalidad entre los bloques, al dislocarse el orden bipolar.

- Las presiones de las metrópolis occidentales y de las instituciones financieras internacionales. Bajo la presión de sus opiniones públicas internas contra la dilapidación de la ayuda pública al desarrollo en África, el continente que más dinero ha recibido sin resultados significativos, las metrópolis occidentales vinculan la asistencia internacional con las reformas políticas y la institución de un Estado de Derecho, basado en los principios democráticos. Este contexto es en el que se sitúa el discurso de La Baule, en junio de 1990, donde el presidente Mitterrand relacionó la ayuda francesa a los países africanos con el respeto de los derechos humanos y las reformas democráticas. Por su parte, Gran Bretaña condicionó dicha ayuda a sus ex colonias africanas con el «good governance», basado en la transparencia y la promoción de aspectos de justicia social. De igual modo, el Banco Mundial y el FMI, que atribuyen el fracaso del desarrollo en África a la mala administración y a la carga presupuestaria excesiva del sector público, exigen como condición para el acceso a sus préstamos la liberalización política y económica, erosionando así la base del poder dictatorial y clientelista de los

dirigentes africanos que fundamentaban su legitimidad en la corrupción y la distribución de prebendas (Brunel, 1993: 74-77).

- La planetarización de la democratización, como resultado de la desmilitarización del poder en Asia y en América Latina con la llegada al poder de gobiernos civiles, puso en posición incómoda a los regímenes militares africanos que, agregados a la ya mencionada devaluación estratégica del continente y a las presiones internacionales (Martin, 1994: 104-107), deberían ponerse a la orden del día y mostrarse favorables a la paz civil, al menos, formalmente.

Ante las reivindicaciones por la democracia, los dirigentes han reaccionado de diversas maneras, desde la resistencia al cambio, pasando por los intentos de recuperación mediante reformas artificiales hasta la instauración de un multipartidismo integral.

En los países empeñados en el proceso democrático o en los que dicho proceso ha sido bloqueado, cabe distinguir dos mecanismos principales:

- En el África francófona, el proceso pasa generalmente por la celebración de la Conferencia Nacional Soberana (CNS), una especie de foro político integrado por las fuerzas vivas de la nación, los partidos de la oposición y el antiguo partido único. El objetivo común es la adopción de órganos de transición democrática encargados de preparar las elecciones generales (Mabire, 1992: 158).

- En el África anglófona, la estrategia consiste en la instauración del multipartidismo y la consiguiente celebración de las elecciones municipales, legislativas y presidenciales, sin una previa organización de la Conferencia Nacional.

Las Conferencias Nacionales francófonas han dado muestra de graves limitaciones: muchos regímenes autoritarios se han mantenido con sus prerrogativas casi intactas, la democratización se ha limitado a unos conflictos entre las clases gobernantes o las élites sin un cambio real de hombres y de mentalidades, el partido único ha recuperado y ampliado sus bases clientelistas sin conseguir el saneamiento de la situación política. Estos resultados decepcionantes se explican por el hecho de que la *paristroika*, al contrario de la *perestroika*, se ha limitado a una actitud de prudencia y de reserva para preservar los intereses franceses y las amistades creadas durante las tres o cuatro últimas décadas en el continente, contra los «desórdenes» producidos por los partidos de la oposición que amenazan a los aliados déspotas y a los intereses franceses.

En el África francófona, según la acertada puntualización de Jean-François Bayart (1989), la verdadera democratización ha sido confiscada a favor de una simple «descompresión autoritaria».

La lucha de liberación de Laurent-Désiré Kabila contra la dictadura de Mobutu Sese Seko, apoyada hasta el último momento por Francia, las guerras civiles entre las distintas facciones políticas y tribales en el Congo-Brazzaville o en Centroáfrica ilustran el fracaso de la democratización en el África francófona, con excepciones como las de Benín y Madagascar, por falta de claras alternancias debidas al apoyo galo a las facciones favorables al mantenimiento y defensa de sus intereses.

En cuanto a las elecciones celebradas en los países anglófonos y en algunos países francófonos (Burkina Faso, Camerún, Togo...), por los desacreditados aparatos estatales, han sido tachadas de graves irregularidades y fraudes, y marcadas por grandes abstenciones de la desconfiada población, incluso por el boicot de la oposición. Salvo algunas excepciones, han confirmado en sus puestos a los antiguos dictadores, dotados ahora de una tapadera jurídica para seguir con el sistema y limitarse sólo a meros cambios en las formas.

En ciertos casos, los poderes establecidos han fomentado limpiezas étnicas, es decir el etnofascismo, para desacreditar el proceso democrático manipulando los conflictos intertribales con fines electoralistas como sucedió en Ruanda, Zaire y últimamente en Kenia.

El balance que hoy se puede hacer del proceso de democratización en África es poco alentador. Se han instaurado en todas partes las «democraduras», es decir, democracias formales y dictaduras disfrazadas (cfr. Liniger-Goumaz, 1992). Se ha procedido al reemplazo de las oligarquías autoritarias impresentables por las oligarquías liberales más o menos presentables (Quatin, 1991: 27), incluidas en el social-imperialismo y encargadas de la mundialización, a costa de la profundización interna de los sufrimientos humanos.

Parafraseando a Achille Mbembe (1996: 15), quien habla de «multipartidismo de fachada» para calificar el proceso de democratización en África, donde siguen el autoritarismo y la arbitrariedad, cabe hacer el siguiente balance, totalmente negativo: persistencia de dictaduras militares y sangrientas como en Nigeria, motines e intentonas golpistas como en Níger, Guinea Conakry, Guinea Ecuatorial, Sierra Leona, Gambia y Centroáfrica; proliferación de milicias privadas armadas en el Congo-Brazzaville, descomposición y desaparición del Estado en Zaire, Somalia, Guinea, Angola, Liberia, criminalización de las élites políticas en Kenia, Congo-Zaire, Camerún, Costa de Marfil, Zimbabue, generalización de conflictos armados y la reinstauración de la brutalidad salvaje en muchos países, conduciendo a casos extremos de genocidios como en Burundi y Ruanda.

Las razones del fracaso del actual proceso de democratización son históricas y actuales. Las primeras nacen de tres factores (Mazrui, 1996: 117-

118). Primero, la arbitrariedad y superficialidad de las fronteras africanas coloniales que pusieron juntos grupos sin ninguna experiencia de gobierno común precolonial y dividieron a los grupos que deberían estar juntos, obstaculizando cualquier perspectiva democrática. Segundo, los Ejércitos africanos, producto de la colonización, siguen con la mentalidad colonial impidiendo el ejercicio del poder por los que controlan los medios de producción, sino por los que controlan los medios de destrucción. Estos ejércitos o milicias son obstáculos permanentes a la democratización. Por último, la ruptura entre las instituciones poscoloniales y la cultura tradicional, en África, constituye un importante factor desestabilizador de la democracia, con el abandono de mecanismos tradicionales de resolución de conflictos reemplazados por los de destrucción militar, coloniales y poscoloniales.

En cuanto a los actuales obstáculos (Mengisteab, 1996: 116 ss.) a dicho proceso, cabe mencionar: la ausencia de hegemonía⁷, tanto por parte de la burguesía africana, sin una clara conciencia o ideología de clase, como por parte de las masas, excluyendo cualquier posibilidad de pactos fundamentales en la instauración de la democracia; las distorsiones socioeconómicas, en particular la marginalización de amplias capas de la población en el acceso a la educación y la información junto a la pobreza generalizada (el deterioro de las condiciones económicas), debilitan la lucha por la democratización; la casi ausencia de integración nacional limita la democratización al fenómeno urbano; los conflictos étnicos y las violencias toman cada vez más la forma de una «lucha de descolonización», por parte de los grupos oprimidos que dan prioridad a la recuperación de sus derechos, sobre la lucha por la democratización a corto plazo; los Programas de Ajuste Estructural (PAE) impuestos a los países africanos por el Banco Mundial y el FMI que, al profundizar las desigualdades entre las clases privilegiadas y las masas desfavorecidas, es decir, en contra de la democracia social, crean las condiciones objetivas de acciones de desestabilización política por parte de las fuerzas sociales (cfr. Mbaya, 1996: 261), acciones perjudiciales para la democracia.

En definitiva, el proceso actual de democratización, a pesar de expresar el inicio de una conciencia y cultura política, está manipulado y falsificado.

⁷ Partiendo de la definición de Fernando Enrique CARDOSO (citado por el autor), que considera el Estado como un pacto de dominación que existe entre las clases sociales, pacto que conduce a formas democráticas según los compromisos o alianzas concluidos entre las distintas clases, el autor considera que dicho pacto es casi inexistente en África, donde la burguesía o la pequeña burguesía no es una clase compacta al igual que las masas, desprovistas de posibilidades para imponer cualquier tipo de hegemonía sobre la sociedad.

Se han cometido dos grandes errores en la introducción de la democracia en el continente. El primero ha sido el confundirla con el multipartidismo, olvidando que la crisis de la democracia es ante todo la crisis de los hombres en el poder y de las instituciones que han creado. Éstos han cambiado sólo las formas, como queda subrayado, creando partidos de la oposición ficticios allegados al poder, como fue el caso de Mobutu con el «multimobutismo». Es imprescindible tener nuevos hombres en el poder y crear nuevas instituciones. El segundo ha sido el vincular la democracia con la ayuda externa, convertida en un objetivo en sí, en detrimento de la verdadera democratización. Hecho absurdo, África ha recibido más dinero en el período del partido único y de la Guerra Fría que en el actual de democratización⁸.

Por otra parte, los partidos de oposición, aún marcados por la mentalidad de partido único, caminan hacia la instauración de nuevas dictaduras.

En ambos bandos, pues, no se han interiorizado, todavía, las prácticas democráticas, puesto que los debates electorales, en vez de basarse en proyectos de sociedad y modelos de desarrollo, suelen fundamentarse en descalificaciones personales y consideraciones tribalistas.

El modelo actual de democratización, inspirada en la plutocracia occidental, no tiene futuro al desarrollarse en un contexto de pauperización generalizada, y al ocuparse las masas más de sus problemas de supervivencia diaria, que les desvinculan de verdaderos problemas políticos o de participación política. Toma cada vez más la forma de un fenómeno exclusivamente urbano, excluyendo a la mayoría campesina.

CONCLUSIÓN

El análisis que precede ha puesto de manifiesto que existe un sistema político africano de la misma manera que existe una política económica africana⁹, al margen de las diferencias ideológicas de los gobiernos auto-

⁸ La ayuda al desarrollo ha alcanzado, en 1996, su nivel más bajo desde hace cincuenta años (cfr. MARTÍ, 1997: 3).

⁹ Según DIALLO (1996: 47-48), dicha política tiene como denominador común: la extorsión de la plusvalía del campesinado, el papel empresarial del Estado con una excesiva intervención estatal, la sobrevaloración de las tasas de cambio, el proteccionismo y la subvención de los bienes de consumo. Dicho de otra manera, la política económica africana, basada en la monoproducción y la monoexportación, privilegia la sociedad de consumo sobre la de producción.

proclamados «moderados» o «progresistas»¹⁰, «democráticos», «en vías de democratización» o «democráticamente bloqueados». Dicho sistema se caracteriza por la dictadura de un clan, de un grupo social, de una persona o de la anarquía (Conte, citado por Janssen, 1997: 250), que monopoliza la política económica social en su totalidad (Koulibaly, 1992: 124). La unión nacional tan proclamada no debe engañar, puesto que esconde importantes conflictos de intereses y las contradicciones sociales.

Si en el período anterior, el del partido único, la democracia fue bloqueada por el monopolio ideológico, la politización de las actividades económicas, el terrorismo de las fuerzas de seguridad y la personalización del poder por el jefe de Estado, en la actualidad los obstáculos lo constituyen el terrorismo de Estado contra los seguidores y simpatizantes de los partidos de la oposición (Kaba, 1996: 135), generando tensiones y conflictos.

El actual proceso de democratización, al igual que el primero de la época de las independencias, está condenado al fracaso, al no adentrarse en lo político, en lo económico y lo social, pese al hecho de que cada vez tienen mayor peso el respeto a los derechos fundamentales, la responsabilidad política y la libertad de expresión.

Sin embargo, esta tendencia para ser fiable y duradera debe acompañarse de la educación democrática y del progreso económico. La ayuda internacional, minuciosamente otorgada y dirigida, ha de actuar en este sentido. Con hambre, miseria y analfabetismo, la democracia estable no es posible. Los dirigentes actuales se aprovechan de las rivalidades tribales de los pueblos para dividir a sus opositores y perpetuarse en el poder, como viene ilustrado por los últimos y trágicos acontecimientos sucedidos en Kenia, fomentados por el poder del presidente Daniel Arap Moi.

Por eso, opinamos que la democracia en África ha de ser original, mediante el reconocimiento de la diversidad y del pluralismo étnico, y dar la oportunidad y el derecho de existir a los partidos llamados tribales como marco de interiorización por los pueblos de la cultura política democrática y de expresión de sus aspiraciones. Dicho de otra manera, la lógica tribal de las masas, en su mayoría analfabetas, debería ser recuperada por los partidos políticos, por ser dicha lógica el único factor movilizador, para educarlas y dotarlas de una nueva conciencia nacionalista y pan-africanista.

¹⁰ Términos utilizados durante la Guerra Fría, sobre todo en la década de los 60 y 70, para designar respectivamente los países neocoloniales, empeñados en la vía capitalista de desarrollo, y los países decididos a romper con la dependencia por la vía de desarrollo no capitalista (véanse al respecto GONIDEC, P.-F., 1974: 281-283; BUCHMANN, J., 1962: 393 ss.; HEBGA, 1968: 141 ss.).

En otras palabras, se acompañará la adopción del modelo de desarrollo autocentrado o afrocentrado, con un modelo de «democracia social consensuado» (Mengisteab, 1996: 120), conforme a la cultura africana tradicional. Es decir, una democracia de participación y no de exclusión (Nguema, 1995: 136) para canalizar las conciencias tribales hacia la conciencia nacional, mediante la asociación de todos los partidos, incluso étnicos y de los que han perdido las elecciones, al ejercicio del poder y a la realización del proyecto de desarrollo.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBAGLI, C. (1991): *Economie du développement. Typologie des enjeux*, Litec, París.
- APTER, D. E. (1955): *The Gold Coast in transition*, Princeton United Press, Princeton.
- BAYART, J.-F. (1989): *L'Etat en Afrique. La politique du ventre*, Fayard, París.
- BRUNEL, S. (1993): *Le gaspillage de l'aide publique*, Seuil, París.
- BUCHMANN, J. (1962): *L'Afrique noire indépendante*, LGDJ, París.
- CRAWFORD, Y. (1975). «Ethnicité revisitée au Zaïre», en *Elimu*.
- DARBON, D. (1990): «L'Etat prédateur», en *Politique Africaine*, n.º 39, París, septiembre.
- DIALLO, M. L. (1996): *Les Africains sauveront-ils l'Afrique?*, Karthala, París.
- DIMITRI, L.-G. (1979): «Le statut des partis politiques», en AA.VV., *Les institutions constitutionnelles des Etats d'Afrique francophone et de la République Malgache* (dir.: Gérard Conac), Economica, París.
- EMERSON, R. (1960): *From empire to nation*, Cambridge-Harvard University Press, Cambridge.
- GONIDEC, P.-F. (1970): *L'Etat africain*, LGDJ, París.
- (1971 y 1974): *Les systèmes politiques africains* (Iª y IIª parte), LGDJ, París.
- GUS LIEBENOW, J. (1986): *African Politics. Crisis and Challenges*, Indiana University Press, Bloomington e Indianapolis.
- HEBGA, M. (1968): «Les étapes des regroupements africains (1945-1965)», en *Afrique documents*, n.º especial, Dakar.
- HYDÉN, G. (1986): «African social Structure and Economic Development», en AA.VV., *Strategies for African Development* (eds.: Robert J. Berg y Jennifer S. Whitaker), University of California Press, Berkeley-Los Angeles-Londres.

- JANSSEN, P. (1997): *A la cour de Mobutu*, Michel Laffon, París.
- KABA, L. (1996): «Paix et Démocratie», en AA.VV., *Pouvoir et paix en Afrique*, Présence Africaine, París.
- KOULIBALY, M. (1992): *Le libéralisme. Nouveau départ pour l'Afrique Noire*, L'Harmattan, París.
- KOUMEGNI, K. A. (1983): «Administration publique et politique en Afrique francophone (nord et sud du Sahara)», en *Présence Africaine* n.º 127-128, 3.º y 4.º trimestres, París.
- LAMB, D. (1984): *The Africans*, Vintage Books, Nueva York.
- LINGER-GOUMAZ, M. (1992): *La démocratie: Dictature camouflée. Démocratie truquée*, L'Harmattan, París.
- MABIRE, J.-F. (1992): «Vers la démocratisation en Afrique subsaharienne»? en *Ramses 93*, IFRI-DUNOD, París.
- MARTI, S. (1997): «L'Afrique francophone craint d'être marginalisée au sein du FMI», *Le Monde* del 27 de septiembre de 1997.
- MARTÍN, M. (1994): «Armée et politique: le cycle de vie de militarisme en Afrique noire francophone», en AA. VV., *Etat et sociétés en Afrique francophone* (dir.: C. Bach y Anthony Kirk-Greene), Economica, París.
- MATOKA, E. (1996): *L'Afrique par les Africains. Utopie ou Révolution*, L'Harmattan, París.
- MAZRUI, A. A. (1996): «Democracy and Regional Stability in the Pan African Agenda», en *Pouvoir et paix...*, *op. cit.*
- MBAYA, E.-R. (1996): «État de droit, démocratie, droits de l'homme et paix en Afrique», en *Pouvoir et paix...*, *op. cit.*
- MBEMBE, A. (1996): «Des rapports entre la rareté matérielle et la démocratie en Afrique subsaharienne», en *Sociétés africaines et diaspora*, n.º 1, L'Harmattan, París.
- MENGISTEAB, K. (1996): *Globalization and Autocentricity in Africa's Development in the 21st Century*, Africa World Press, Nueva Jersey-Asmara. n.º3, Campus de Lubumbashi, mayo-junio.
- NGUEMA, I. (1995): «Etat, violence, Droits de l'Homme et Développement en Afrique», en AA. VV., *L'avenir de l'Etat-Nation*, Centre Tricontinental - L'Harmattan, Bruselas-París.
- OWONA, J. (1985): *Droit constitutionnel et régimes politiques africains*, Berger-Levrault, París.
- (1985): *Droit constitutionnel et régimes politiques africains*, Berger-Levrault, París.
- QUANTIN, P. (1991): «L'Afrique de l'Etat-providence a un système libéral? Remarques à propos d'un passage incertain», en AA.VV., *Afrique noire-Europe de l'Est. Regards croisés* (dir.: Frédéric Dufaux y Philippe Gervais-Lambony), Karthala, París.

- SYLLA, L. (1977): *Tribalisme et parti unique en Afrique noire*, Université Nationale de Côte d'Ivoire-PFNSP, Abiyán.
- WADE, A. (1989): *Un destin pour l'Afrique*, Karthala, París.
- ZARTMAN, W. (1978): «Les problèmes politiques de demain en Afrique noire», en AA.VV., *Les Etats-Unis et l'Afrique: les intérêts en jeu*, Karthala, París.
- ZENTHO, A. N. (1987): «Les leaders africains de la décolonisation», en AA.VV., *Décolonisation de l'Afrique vue par les Africains* (Centre Culturel Africain), L'Harmattan, París.

Clausura

FCO. JAVIER JIMÉNEZ DE GREGORIO
A.E. de C.I.

En primer lugar quisiera en nombre de la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI) agradecer a los organizadores de este curso su amable invitación a la organización que represento para participar con todos Vds. en la clausura de este curso que tanto éxito ha tenido, tanto por la asistencia de alumnos como por la calidad de las exposiciones, como he podido comprobar desde mi llegada a esta Universidad, razón por la que no puedo dejar de felicitar al Director del Curso, D. Carlos González Echegaray, así como a la Secretaria del Curso, Dña. Belén Pozuelo Mascaraque, por su acierto en la selección de los participantes.

Dicho esto, en los próximos minutos me propongo explicarles la posición que ocupa la región dentro de la política de cooperación de la AECI.

Dentro de la estructura de la AECI es la Dirección General del Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Mediterráneo y Países en Desarrollo (ICMAMPD) la competente para la ejecución de los programas de cooperación con los países del África Subsahariana cuya trayectoria en los últimos cuarenta años se ha analizado durante este curso.

En primer lugar hay que señalar que las prioridades geográficas de nuestra cooperación en esta región se concentran en África Austral (en particular en Angola, Mozambique, Namibia y Sudáfrica) y en África Occidental (en particular en Guinea Ecuatorial, Sto. Tomé, Cabo Verde, Guinea Bissau y Senegal) y que es en estos países donde se concentra el 90% de nuestra cooperación bilateral, superando los 200 proyectos en ejecución en estos momentos.

Por lo que respecta a nuestras políticas sectoriales, las prioridades en África son semejantes a las del resto del mundo:

- Apoyo a los procesos de paz.
- Desarrollo de las infraestructuras básicas de desarrollo.
- Apoyo a la promoción de los sectores productivos.
- Protección del medio ambiente.
- Desarrollo de los recursos humanos.

La planificación de estas políticas se realiza hasta ahora anualmente a través de los Planes Anuales de Cooperación Internacional (PACI), donde la Administración Pública planifica sus actividades con un año de antelación. En estos planes se incluyen todos los instrumentos de cooperación que desde la SECIPI se utilizan (financiación de proyectos, cooperación técnica, becas, ayuda alimentaria, fondos de ayuda de equipamiento, etc...).

Desde la creación de la AECE en 1988 la importancia de África dentro de nuestra política bilateral de cooperación ha ido creciendo año tras año con una peculiaridad, y es que Guinea Ecuatorial ha ido disminuyendo su peso relativo debido al aumento experimentado por otros países de África Austral.

En la práctica hoy en día existen acciones de cooperación con casi todos los países africanos, aunque sólo tienen cierta entidad con los antes mencionados y no con todos con la intensidad querida debido a las limitaciones que suponen los conflictos civiles por los que atraviesan algunos de estos países, que han supuesto en la práctica la paralización de algunos programas de cooperación.

Con la elaboración de la Ley de Cooperación que el Gobierno está preparando estoy seguro que se consolidarán los instrumentos y principios de nuestra cooperación con la región para que con esta aportación podamos contribuir a la consecución de un futuro mejor para África.

Animando a todos los presentes a seguir estudiando y trabajando la realidad africana contemporánea, para lo cual siempre podrán contar con el apoyo de la AECE, y agradeciendo su atención, permítanme, en compañía de D. Carlos González Echegaray, clausurar este curso felicitando a todos los participantes por el magnífico trabajo realizado.

Bibliografía

HISTORIA DE ÁFRICA GENERAL

Historia General de África. Madrid, Tecnos-Unesco, 1987, VIII vols.

- BABA KAKE, I. y E. M'BOKOLO: *Histoire générale de l'Afrique.* París, ABC, 1977.
- BERTAUX, P.: *África, desde la Prehistoria hasta los Estados actuales.* Madrid, Siglo XXI, 1972.
- CASTRO ANTOLÍN, M. L. DE, y M. L. DE LA CALLE MUÑOZ: *Historia de África.* Madrid, MEC, 1987.
- CORNEVIN, R. y M.: *Historia de África desde sus orígenes hasta nuestros días.* Bilbao, Ed. Moretón, 1969.
- CORTÉS LÓPEZ, J. L.: *Introducción a la Historia de África negra.* Madrid, Espasa Calpe, 1984.
- FLUCHARD, C. y A. SALIFOU: *L'Europe et l'Afrique du XV siècle aux indépendances.* Bruselas, De Boeck, 1987.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, C.: *Historia del África negra.* Madrid, Ed. Nacional, 1974.
- INIESTA, F.: *Kuma. Historia del África negra.* Barcelona, Bellaterra, 1998.
- JULY, R. W.: *A history of the African people.* N. York, Scribners, 1980.
- KI-ZERBO, J.: *Historia del África negra.* Madrid, Alianza, 1980, 2 tomos.
- OLIVER, R. y J. A. FAGE: *Breve historia de África.* Madrid, Alianza, 1972.
- SURET-CANALE, J.: *África negra. Geografía, Civilización, Historia.* La Habana, Ed. Política, 1963.
- *Essais d'histoire africaine. De la traite des noirs au Neocolonialisme.* París, Ed. Sociales, 1980.

ÁFRICA DEL NORTE

- CANIAGE, J.: *Histoire contemporaine du Maghreb, de 1830 à nos jours*. París, Fayard, 1994.
- Introducción a l'Afrique du Nord Contemporaine*. París, C.N.R.S., 1975.
- HERNANDO DE LARRAMENDI, M. y B. LÓPEZ GARCÍA: *Sistemas políticos del Magreb actual*, Madrid, Mapfre, 1996.
- JULIEN, CH. A.: *L'Afrique du Nord en marche*. París, Julliard, 1952.
- *Histoire de l'Afrique blanche*. París, P.U.F., 1976.
- *Histoire de l'Afrique du Nord*. París, Payot, 1978.
- *Le Maroc face aux Imperialismes 1415-1956*. París, Ed. J. A., 1978.
- LAROU, A.: *L'Histoire du Maghreb*. París, Maspero, 1970.
- TOUMI, M.: *Le Maghreb*. París, P.U.F., 1982.
- LÓPEZ GARCÍA, B. y M. H. LARRAMENDI: *El Maghreb*, «Cuadernos de Historia 16», n.º 243, Madrid.
- SEGURA I MAS, A.: *El Magreb: del colonialismo al islamismo*. Universidad de Barcelona, 1994.

CONTEMPORÁNEA GENERAL

- D'ALMEIDA-TOPOR, H.: *L'Afrique au XX siècle*. París, A. Colin, 1993.
- COOK, C. y D. KILLINGRAY: *African Political Facts since 1945*. Londres, Mac Millan, 1983.
- COQUERY-VIDROVITCH, C. y H. MONIOT: *África negra de 1800 a nuestros días*. Barcelona, Labor, 1976.
- CORNEVIN, M.: *Histoire de l'Afrique Contemporaine de la Deuxième Guerre Mondiale à nos jours*. París, Payot, 1978.
- CORNEVIN, R.: *L'Afrique noire de 1919 à nos jours*. París, P.U.F., 1973.
- CORTÉS LÓPEZ, J. L.: *Historia Contemporánea de África*. Madrid, Mundo Negro, 1995.
- ENTRALGO, A. (ed.): *África en dificultades. Del reparto colonial a las independencias*. La Habana, Ed. C. Sociales, 1987.
- MARTÍNEZ CARRERAS, J. U.: *África Subsahariana (1885-1990), del colonialismo a la descolonización*. Madrid, Ed. Síntesis, 1993.
- M'BOKOLO, E.: *L'Afrique au XX siècle*. París, Seuil, 1985.
- MERLE, M. (dir.): *L'Afrique noire contemporaine*. París, A. Colin, 1968.
- NEGRÍN FAJARDO, O.: *Historia de la educación en Guinea Ecuatorial*. Madrid, UNED, 1993.

- OLIVER, R. y A. ATMORE: *África desde 1800*. Buenos Aires, Ed. Aguirre, 1977.
- STAMM, A.: *L'Afrique de la colonisation à l'indépendance*. París, P.U.F., 1998.

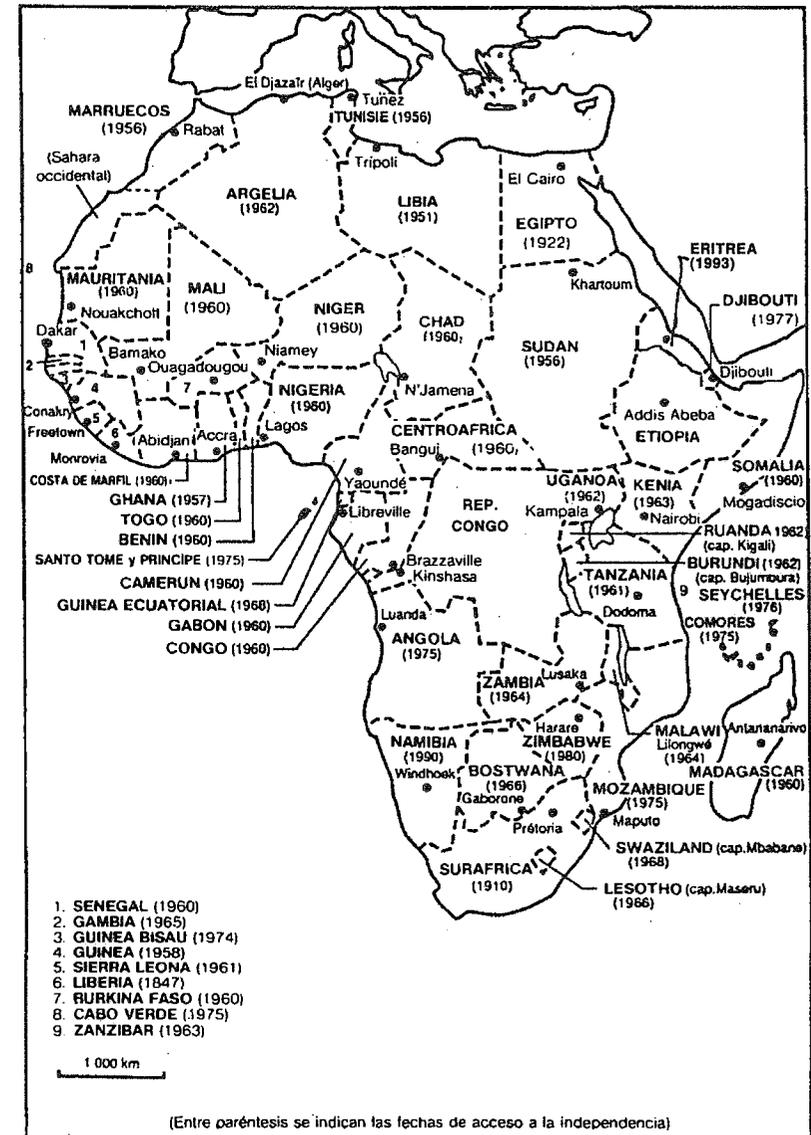
DESCOLONIZACIÓN

- C.C.A.: *La Décolonisation de l'Afrique vue par des Africains*. París, L'Harmattan, 1987.
- BIRMINGHAM, D.: *The Décolonization of Africa*. Londres, Rch. Press, 1995.
- CALCHI NOVATI, G. P.: *La revolución del África negra*. Barcelona, Bruquera, 1970.
- DAVIDSON, B.: *L'Afrique au XX siècle. L'éveil et les combats du nationalisme africain*. París, Ed. J. A., 1979.
- DECRAENE, P.: *Le Panafricanisme*. París, P.U.F., 1961.
- DUMONT, R.: *L'Afrique noire este mal partie*. París, Seuil, 1962.
- ENTRALGO, A.: *Panafricanismo y unidad africana*. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1989.
- FERKISS, V. C.: *África en busca de una identidad*. México, Uteha, 1967.
- HARGREAVES, J. D.: *Décolonization in Africa*. Londres, Longman, 1988.
- JAFFE, H.: *Del tribalismo al socialismo*. México, Siglo XXI, 1976.
- KOHN, H. y W. SOKOLSKY: *El nacionalismo africano en el siglo XX*. Buenos Aires, Paidós, 1968.
- MESTRE, T.: *África como conflicto*. Madrid, C. para el D., 1968.
- MORÁN, F.: *Revolución y tradición en África negra*. Madrid, Alianza, 1971.
- VARELA BARRAZA, H.: *Los movimientos de liberación en África*. México, UNAM, 1975.
- WOODIS, J.: *África, los orígenes de la revolución*. Madrid, C. Nueva, 1968.
- WILSON, H. S.: *African Decolonization*. Londres, E. Arnold, 1994.

INDEPENDENCIA

- BENOT, Y.: *Ideologías de las independencias africanas*. Barcelona, Dopesa 1973.
- COQUERY-VIDROVITCH, C.: *Afrique noire. Permanences et ruptures*. París, Payot, 1985.
- CORTÉS, J. L.: *El golpismo en África negra*. Madrid, CIDAF, 1982.
- *La Organización para la Unidad Africana*. Madrid, CIDAF, 1982.
- DESCHAMPS, H.: *Las instituciones políticas del África negra*. Barcelona, Oikos-Tau, 1971.
- FRIEDLAND, W. H. y C. G. ROSBERG: *África socialista*. México, FCE, 1967.

- KABUNDA BADI, M.: *La integración africana: problemas y perspectivas*. Madrid, AEI, 1993.
- *Las ideologías unitaristas y desarrollistas en África*. Barcelona, Ed. Occidente, 1997.
- LINGER-GOUMAZ, M.: *La demócrature. Dictature camouflée. Démocratie trunquée*. París, L'Harmattan, 1992.
- LUGAN, B.: *Afrique bilan de la décolonisation*. París, Perrin, 1991.
- NKRUMAH, K.: *Neocolonialismo, la última etapa del imperialismo*. México, Siglo XXI, 1966.
- *África debe unirse*. Buenos Aires, Eudeba, 1965.
- TENAILLE, F.: *Las 56 Áfricas. Guía política*. México, Siglo XXI, 1981.
- VARELA BARRAZA, H.: *África, crisis del poder político. Dictaduras y procesos populares*. México, Ed. Nueva Imagen, 1981.
- WAUTHIER, C.: *El África de los africanos*. Madrid, Tecnos, 1966.
- ZIEGLER, J.: *Sociología de la nueva África*. México, Era, 1968.
- *Saqueo en África*. México, Siglo XXI, 1979.



La descolonización de África.

Las independencias del África actual

<i>Pais</i>	<i>Régimen</i>	<i>Fecha</i>
ANGOLA.....	República	1975
ARGELIA.....	República	1962
BENIN.....	República	1960
BOTSWANA.....	República	1966
BURKINA FASO.....	República	1960
BURUNDI.....	República	1962
CABO VERDE.....	República	1975
CAMERÚN.....	República	1960
REP. CENTROAFRICANA.....	República	1960
COMORES.....	República	1975
REPÚBLICA DEL CONGO.....	República	1960
REPÚBLICA DEM. DEL CONGO.....	República	1960
COSTA DE MARFIL.....	República	1960
CHAD.....	República	1960
EGIPTO.....	República	1952
ERITREA.....	República	1993
ETIOPIA.....	República	1975
GABÓN.....	República	1960
GAMBIA (*).....	República	1965
GHANA.....	República	1957
GUINEA.....	República	1958
GUINEA BISSAU.....	República	1974
GUINEA ECUATORIAL.....	República	1968
KENYA.....	República	1963
LESOTHO.....	Monarquía	1966
LIBERIA.....	República	1847
LIBIA.....	República	1951
MADAGASCAR.....	República	1960
MALAWI.....	República	1964
MALI.....	República	1960
MARRUECOS.....	Monarquía	1956
MAURICIO.....	República	1968
MAURITANIA.....	República	1960
MOZAMBIQUE.....	República	1975
NAMIBIA.....	República	1990
NÍGER.....	República	1960
NIGERIA.....	República	1960
RUANDA.....	República	1962
SANTO TOMÉ Y PRÍNCIPE.....	República	1975
SENEGAL (*).....	República	1960
SEYCHELLES.....	República	1976
SIERRA LEONA.....	República	1961
SOMALIA.....	República	1960
REP. SURAFRICANA.....	República	1910
SWAZILANDIA (NGWAME).....	Monarquía	1968
SUDÁN.....	República	1956
TANZANIA.....	República	1964
TOGO.....	República	1960
TÚNEZ.....	República	1956
UGANDA.....	República	1962
YIBUTI.....	República	1977
ZAMBIA.....	República	1964
ZIMBABWE.....	República	1980

(*) En 1982 Senegal y Gambia han constituido la Confederación de Senegambia.

PETICIÓN DE INTERCAMBIO/EXCHANGE REQUEST

Institución.....

Institution.....

Dirección Postal.....

Address.....

País.....

Country.....

Estamos interesados en recibir su Revista

We would like to receive your Cademic Title

en intercambio por nuestra Revista/Serie

in exchange for our Academic Journal/Series

(Por favor, adjunte información sobre su/s Revisas/o o Serie/s: periodicidad, contenido, contenido...)

(Please enclose information about your/s Academic Title/s: frequency, contents...)

Dirección de intercambio/Exchange Address

Asociación Española de Africanistas

Colegio Mayor N.º S.º de África

C/ Ramiro de Maeztu, s/n.

Ciudad Universitaria

28040 Madrid. ESPAÑA.